

Benedetta Craveri
Amantes y reinas

El poder de las mujeres

El Ojo del Tiempo **Siruela**



Benedetta Craveri

Amantes y reinas
El poder de las mujeres

Traducción de María Condor

El Ojo del Tiempo Ediciones Siruela

Índice

Cubierta

El poder de las mujeres

Una italiana en la corte de Francia

Diana de Poitiers. La belleza como mito

Catalina de Médicis. Las razones de la política

La reina Margot. La corona perdida

Gabrielle d'Estrées. A un paso del trono

Una nueva reina florentina

María de Médicis. La pasión del poder

Ana de Austria. «Una seducción infinita»

María Mancini. La vida como una novela

María Teresa de Austria. Una reina en la sombra

Louise de La Vallière. «Aquella pequeña violeta que se escondía entre la hierba»

Athénaïs de Montespan. Una belleza triunfante

El asunto de los venenos

Madame de Maintenon. La institutriz de Francia

María Leszczyńska. La reina polaca

Las hermanas Mailly-Nesle. Amores en familia

La marquesa de Pompadour. Una burguesa en el poder

Madame du Barry. El ángel de los bajos fondos

María Antonieta. La reina mártir

Fuentes

Bibliografía

Notas

Notas

Créditos

Amantes y reinas
El poder de las mujeres

a Margherita e Isabella

El poder de las mujeres

En 1586, el célebre jurista francés Jean Bodin no vacilaba en confinar a las mujeres a los márgenes de la vida civil, sosteniendo que «era preciso mantenerlas alejadas de todas las magistraturas, los lugares de mando, los juicios, las asambleas públicas y los consejos, para que se ocupen solamente de sus faenas mujeriles y domésticas». Agarrándose a una doble herencia cultural –la grecorromana y la judeocristiana–, el gran teórico de la soberanía del Estado absoluto moderno confirmaba una convicción tan antigua como la sociedad occidental. En toda Europa, en consideración a la debilidad intelectual, moral y psíquica inherente a su naturaleza, se excluía a las mujeres del poder; sólo los hombres eran ciudadanos de pleno derecho, sólo a los hombres les estaba permitido reinar.

Costumbres y leyes no siempre habían sido tan desfavorables al sexo débil; no mucho tiempo antes, dentro del sistema feudal francés, las mujeres habían gozado de un trato menos punitivo.

Hasta el siglo XIV, en efecto, en ausencia de cabeza de familia hacían las veces de tal y tenían la facultad de heredar títulos y feudos, gobernando sus tierras ellas mismas. Valga como ejemplo el caso de Ana de Bretaña, que, casada primero con Carlos VIII y después con Luis XII, y por tanto reina de Francia por dos veces, nunca había dejado de supervisar personalmente la administración del ducado que había llevado como dote a la corona francesa.

De manera similar a las mujeres de la nobleza, también las de la burguesía y las del pueblo habían tenido en el pasado una mayor libertad de acción, empezando por el derecho a ejercer legalmente los oficios más variados, a practicar la caridad y la asistencia a los pobres en los hospitales y en las calles, a organizarse en comunidades y conventos de beguinas, dando vida a movimientos espirituales y fundando órdenes religiosas y monasterios.

Al estar ligados a la sociedad feudal, estos márgenes de autonomía femenina se redujeron con el Renacimiento. En el transcurso del siglo XIV (dentro de un profundo cambio, que tenía sus raíces en el siglo anterior, en el modo de plantear la política y las instituciones, en el cual la noción de «*res publica*» fue sustituyendo progresivamente al concepto medieval de linaje, como la autoridad del rey a la del señor) empezó a abrirse camino una nueva concepción de la familia. Ésta aparecía ahora como el fundamento en el que se apoyaba el edificio del Estado moderno, aún más, era una especie de república a escala reducida, gobernada por el cabeza de familia y a modo de perfecto reflejo de la otra. Su estabilidad, su equilibrio y su autonomía eran por ello de vital importancia tanto para la esfera privada como para

la pública, y los legisladores no escatimaron recursos sagaces para ponerla al abrigo de las posibles amenazas –la irracionalidad, la responsabilidad, la inconstancia– derivadas de la naturaleza femenina. Similar a un Jano bifronte, la mujer del siglo XVI mostraba, efectivamente, un rostro angélico y otro diabólico, podía inducir a la elevación espiritual o a la perdición moral; en todos los casos, representaba un enigma. Entre quienes se inclinaban por una concepción demoníaca de lo femenino se encontraba, por ejemplo, Jean Bodin, que en la *Demonomanie des sorciers*, publicada en 1580, acusaba a las hijas de Eva de perseverar en sus propósitos subversivos y de estar confabuladas con Satanás.

En la guerra preventiva contra las insidias del sexo débil se consideraba necesario someter completamente a la mujer a la autoridad masculina y circunscribir su radio de acción a la esfera doméstica. De esta manera se sacrificaban en aras del orden familiar no sólo su libertad sino también su misma persona jurídica, ya que no tendría otra identidad que la de hija, esposa o viuda (solamente la viudez le garantizaría, por lo demás, una cierta autonomía civil).

En su interpretación literal, la «incapacidad femenina» significaba que, sin la autorización de sus parientes masculinos o del rey, las mujeres apenas poseían una personalidad jurídica autónoma. Una esposa no podía, por ejemplo, disponer libremente de sus propios bienes, asumir un compromiso ni prestar testimonio. No obstante, allí donde el equilibrio de la institución matrimonial lo hacía necesario, se permitía a la esposa, a la madre y sobre todo a la viuda redactar documentos –testamentos, donaciones, legados– que eran en todo caso sometidos al control de las leyes.

La defensa de la institución familiar no podía prescindir, sin embargo, de tutelar en cierto modo la dignidad de la esposa, puesto que el vínculo matrimonial la colocaba en el centro de la vida doméstica. Una mujer, por tanto, debía ser tratada con respeto y, en el plano material, estaba protegida por la comunidad de los bienes y por el *douaire*, una especie de renta o ingreso vitalicio que garantizaba su autonomía económica en caso de fallecimiento del marido. A cambio, juristas, moralistas y hombres de Iglesia coincidían en exigirle obediencia, modestia, castidad, parsimonia y discreción y no dejaban de preguntarse cuáles eran los métodos educativos más adecuados para desarrollar estas virtudes.

Pero ¿cuál era el género de educación deseable? Débil y limitada, ¿era capaz la inteligencia femenina de acceder al orden racional? Y el saber ¿no corría el riesgo de alentar defectos congénitos en la naturaleza de las hijas de Eva como la curiosidad y el orgullo? La primera en alzar una voz de protesta fue, a comienzos del siglo XV, Christine de Pisan, la cual sostenía que bastaría con mandar a la escuela a las niñas para que su inteligencia se desarrollase tanto como la de sus coetáneos. Un siglo después, Montaigne, aun dando prueba de una actitud mucho más liberal que la mayor parte de sus contemporáneos hacia el sexo débil, seguía

estando íntimamente convencido de la superioridad intelectual masculina y se limitaba a observar que el estudio de la historia o de la filosofía podía ayudar a las mujeres a soportar las injusticias y las prevaricaciones de las que eran víctima por parte de los hombres.

No había, por el contrario, resignación sino amargura en el grito que lanzó en 1626 Marie de Gournay, su *fille d'alliance*, en el *Grief des dames*: «Afortunado tú, lector, si no perteneces a ese sexo al que, privado de la libertad, le están vedados todos los bienes, al igual que casi todas las virtudes. No podría ser de otro modo, puesto que le es negado el acceso a los cargos, a los empleos y a las funciones públicas, es decir, al poder, porque es en el ejercicio moderado de éste como se forman en su mayor parte las virtudes. Un sexo al cual, como única felicidad, como únicas y soberanas virtudes, se le dejan la ignorancia, la servidumbre y la facultad de hacerse pasar por estúpido, si este juego le complace».

Dentro de la gran renovación espiritual promovida por la Contrarreforma, y aunque fuera en controversia con los protestantes que animaban a los fieles, sin distinción de sexo, a leer directamente los textos sagrados, la Iglesia católica se vio obligada a afrontar los problemas de la educación de las mujeres, elaborando una pedagogía inspirada en el culto mariano, que, de tratado en tratado, perseguía un único objetivo: neutralizar el elemento oscuro y demoníaco que se halla al acecho en la naturaleza femenina y, tomando como modelo las virtudes encarnadas por la Virgen María –la pureza, la dulzura, la caridad–, preparar a las muchachas destinadas a vivir en el mundo para realizar felizmente su vocación de esposas y madres cristianas.

En la Francia del siglo XVI, sin embargo, el empeoramiento de la condición de la mujer en el plano jurídico y religioso coincidió con una primera e indiscutible afirmación de su prestigio intelectual. Siguiendo el modelo de *De claribus mulieribus* de Boccaccio, traducido en Francia a petición de Ana de Bretaña, esposa de Carlos VIII, nació también en Francia una tradición literaria, que habría de gozar larga fortuna, centrada en el elogio de la *femme forte* y de la *femme savante*. Se trataba de una literatura encomiástica, encaminada sobre todo a rendir homenaje a princesas y damas ilustres, de mano casi exclusivamente masculina; no obstante, su éxito fue testimonio de la existencia de un público femenino. Un público de lectoras pertenecientes a las élites aristocráticas y burguesas que exigían a la literatura, y de manera especial a la reflexión moral, a la poesía y a la novela, una imagen idealizada de la mujer en la que poder por fin reconocerse.

Pero la verdadera novedad de este «renacimiento» a lo femenino la constituyó la entrada del sexo débil en la liza literaria. En la Edad Media había habido más de una escritora famosa, pero «nada, en sus discursos, dejaba traslucir la conciencia de una “especificidad”». A la inversa, a partir de la obra póstuma de Christine de

Pisan, *Le Tresor de la cité des dames*, aparecida en 1497, el pequeño grupo de autoras cincocentistas –mencionaremos al menos los nombres de Pernette du Guillet, Louise Labé, Catherine y Madeleine des Roches y, al final del siglo XVI, Marie le Jars de Gournay– compartía un único proyecto, cuya intención no escapaba a sus contemporáneos: plantar cara al casi total monopolio masculino de la escritura y tomar directamente la palabra para hablar de modo más o menos velado de sí mismas, de sus gustos, de sus sentimientos, de sus aspiraciones más profundas.

Desde un principio, sin embargo, las escritoras (con la salvedad de alguna clamorosa excepción) optaron por evitar los choques frontales, de los cuales inevitablemente hubieran salido perdiendo, y avanzar por caminos transversales, aprovechando cada vez las ocasiones propicias.

Por otra parte, sabían que podían invocar en su defensa unos precedentes inatacables: ¿acaso no habían sido dos grandes princesas las que dieran ejemplo y tomasen la pluma? A la cabeza del cortejo estaba Ana de Francia, hija de Luis IX, hermana mayor de Carlos VIII, duquesa de Borbón (1461-1522), la cual, después de tener las riendas del gobierno durante la minoridad de su hermano, Carlos VIII, se rodeó de una corte brillante, abierta a escritores y artistas, y en 1521 decidió dar a la imprenta sus *Enseignements*, escritas para su hija Susana. Venía luego la más ilustre de todas, la gran Margarita, hermana de Francisco I y esposa del rey de Navarra, «soberanamente perfecta en poesía, docta en filosofía, experta en la sagrada escritura». Primera poeta francesa que publicó, Margarita de Navarra se medía con la misma audacia intelectual y parigual talento con los temas cruciales del amor sacro y el amor profano. Dos generaciones después, otra Margarita, hija de Enrique II y Catalina de Médicis y también reina de Navarra, inaugurará el género de las memorias de autoría femenina para narrar las trágicas vicisitudes de su vida.

Desde luego, nadie discutía que era necesario dar una educación humanista y una preparación intelectual a las princesas reales y a las damas de la alta nobleza, pero esto afectaba a un número extremadamente exiguo de representantes del sexo débil, destinadas desde el nacimiento a desempeñar papeles oficiales de gran responsabilidad. No obstante, aun siendo excepcionales, estos casos constituyen siempre un palmario mentís a los lugares comunes misóginos acerca de las taras congénitas de la naturaleza femenina, y representaban un implícito aliento y una garantía moral importante a las ambiciones intelectuales de sus hermanas de menos alcurnia.

Ni siquiera un nacimiento real podía, con todo, conferir a las mujeres los mismos derechos de los hombres; la ley sálica es la confirmación más clara de ello. En virtud de una antiquísima prohibición que se remontaba a los tiempos de

Pharamond, mítico rey de los francos, y a diferencia de lo que sucedía en otros países europeos, en Francia las mujeres estaban excluidas de la sucesión al trono y la misión de asegurar la continuidad dinástica estaba reservada a la descendencia masculina. Sólo el rey detentaba el poder, mientras que la reina no tenía otro estatus que el de esposa.

No siempre había sido así. La ley sálica era una institución jurídica relativamente reciente, inventada por historiadores y juristas en el transcurso de los siglos XIV y XV para garantizar antes que nada la independencia y la unidad territorial del país. En la Francia medieval, efectivamente, la corona era transmitida en consideración al derecho de primogenitura sin impedimento por razón de sexo hasta 1316. En aquella fecha, tras la muerte del mayor de los hijos de Felipe el Hermoso, Luis X, el hermano del soberano, Felipe de Poitiers, después Felipe V, logró hacerse reconocer como rey, aprovechándose de la menor edad de su sobrina Juana, a la que correspondía por derecho la corona. Seis años después fueron las hijas de Felipe V las que sufrieron el mismo abuso y vieron sus derechos usurpados por el hermano de su padre. Y cuando, a su vez, Carlos IV el Hermoso murió dejando solamente hijas, éstas fueron automáticamente excluidas de la sucesión sobre la simple base del ejemplo de los dos reinados precedentes. Pero, puesto que Carlos IV no tenía hermanos, ¿a quien debía ir la corona? Si se hubiese tenido en cuenta el lazo de parentesco más estrecho con el rey difunto, habría correspondido a Eduardo III de Inglaterra, sobrino de Felipe el Hermoso por parte de madre. Pero adoptar esta solución significaba pasar bajo la jurisdicción de un soberano extranjero, y los barones franceses prefirieron orientar su elección a Felipe de Valois –Felipe VI–, primo en línea masculina de la familia capetingia. Introducida subrepticamente para secundar las ambiciones de Felipe V y de Carlos IV, la prohibición impuesta a las mujeres de subir al trono se extendió de esta manera a su descendencia masculina. (Por otra parte, ya durante la Guerra de los Cien Años se había empezado a tomar conciencia de que, como consecuencia de una política matrimonial que destinaba cada vez con mayor frecuencia a las princesas de sangre real a soberanos de otros países, la sucesión por línea femenina podía exponer la corona al peligro de acabar en manos de un príncipe extranjero.)

A partir de entonces y durante todo el Renacimiento, varias generaciones de eruditos y de juristas prodigaron su ingenio y su saber con el fin de hacer irreversible esta disposición. El mito de los orígenes, el peso de una tradición jurídica autóctona que había que contraponer orgullosamente a la romana, la teorización del carácter sacro de la monarquía francesa, el cual comportaba el papel sacerdotal de sus reyes, imposible de extender a las mujeres, la autoridad masculina como principio unificador de la nueva concepción del Estado en todas sus expresiones eran los argumentos presentados en apoyo de la exclusión de las mujeres del ejercicio del poder. Si bien se trataba de motivaciones a las cuales era

difícil oponerse en una época en la que Francia se estaba esforzando por afirmar su propia identidad cultural y por imponer su prestigio a escala europea, lo que confirió a la ley sálica un carácter de indiscutible necesidad fue el repertorio de tópicos misóginos, el primero de todos el de la «imbecilidad de juicio» del sexo débil.

Sin embargo, a la vista de los hechos, ¿no constituyó el siglo XVI un clamoroso desmentido de los interdictos que pesaban sobre el sexo débil? Jamás como en la Europa del Quinientos hubo un número tan relevante de mujeres –hijas, hermanas, esposas, madres, amantes– que tuvieran acceso a altas responsabilidades, influyeran en la política o gobernaran en primera persona. A pesar de los anatemas de los predicadores, María Tudor primero y su hermana Isabel después subieron con pleno derecho al trono de Inglaterra, al igual que María Estuardo ciñó la corona escocesa. Tía del emperador Carlos V y un tiempo prometida a Carlos VIII de Valois, Margarita de Valois, a su vez, reinaría en los Países Bajos con habilidad y prudencia, por no hablar de Renata de Francia, que tuvo en Ferrara un papel religioso y cultural de gran resonancia. Y si en Francia la ley sálica excluía a las mujeres de la sucesión dinástica, más de una de las diez reinas que se sucederían al lado de los soberanos de la casa de Valois tendría, junto con madres y hermanas, una gran influencia en los acontecimientos del país.

Luisa de Saboya, madre de Francisco I, gobernó en nombre de su hijo en los años del dramático cautiverio de éste en España y llevó a cabo para él delicadísimas negociaciones diplomáticas, dando prueba de un verdadero genio político, mientras que la hermana del monarca, Margarita, desposada con el rey de Navarra, no ocultó sus simpatías por la religión reformada, hizo de su corte un gran centro de cultura humanística y dio lustre a la literatura francesa con una célebre colección de novelas a la manera de Boccaccio, el *Heptamerón*.

La hija de Margarita, Juana de Albret, reina de Navarra, consagró su inteligencia, poco común, a los intereses de la causa protestante y a los de su joven hijo, Enrique de Borbón, que habría de reinar un día sobre Francia. Tampoco se puede olvidar que será una reina, Catalina de Médicis, la que a la muerte de su marido, Enrique II –acaecida en 1559–, y durante casi treinta años, en lo más encendido de las guerras de religión, recurrió a todos los expedientes posibles, incluidos los más extremos, para tutelar los intereses de la corona y defender la integridad del reino.

En la Francia del siglo XVI, soberanas y princesas no son, sin embargo, las únicas que dominan la escena. En ausencia de ellas, junto a ellas o, como es frecuente, en abierto antagonismo con ellas, se presentan las reinas de los corazones, las poderosísimas favoritas reales: la duquesa de Étampes y Diana de Poitiers, amantes respectivamente de Francisco I y de Enrique II; Gabrielle de Estrées y Henriette de Entragues, destinatarias preferidas de la fogosidad amorosa del excesivamente galante Enrique IV. Y tampoco en la alta nobleza faltaron figuras

femeninas que se imponen como puntos de referencia de clanes enteros: por ejemplo, las tres sucesivas duquesas de Guisa, una vez se quedaron viudas, ejercieron una influencia decisiva en las estrategias políticas de la que era en la época la familia más poderosa de Francia.

Todo esto, sin embargo, no debe inducirnos a pensar que este ilustre cortejo de damas en el poder sea signo de una evolución, aunque subterránea, en la mentalidad y en las costumbres, o que revele una mejora jurídica en la condición de las mujeres. Si en la sociedad del siglo XVI hay mujeres que cuentan es porque, aferrándose a sus ambiciones, en su inteligencia y en su belleza, lograron, a pesar de los prejuicios masculinos, aprovecharse de unas circunstancias favorables y hacerse valer. Pero nunca asumieron el poder en nombre propio; su autoridad es siempre provisional y está sometida a oposiciones, y su afirmación presupone siempre un vacío o una debilidad masculinos: la lejanía o la muerte de los maridos, la minoría de edad de los hijos, la pasión de los sentidos. Aun siendo espectaculares, sus experiencias constituyen una suma de casos individuales, no se consolidan nunca en una historia única. Dado que la Historia –como ninguna de ellas duda– sigue siendo patrimonio oficial de los hombres, para introducirse en sus engranajes sin ser trituradas por ellos es preciso disfrazarse, usar la astucia, crearse aliados poderosos, distribuir favores, seducir, corromper, castigar... y saber hacer mutis en el momento justo.

Me propongo aquí contar la historia de este poder sui géneris, que sabe transformar la debilidad en fuerza y hacer de la condición de inferioridad una carta ganadora: una historia que es testimonio del valor, la inteligencia y la inventiva que de manera constante caracterizaron a las mujeres francesas del Antiguo Régimen.

Una italiana en la corte de Francia

En 1533, con sólo catorce años de edad, Catalina de Médicis llegó a Francia para convertirse en la esposa del segundogénito de Francisco I, Enrique, duque de Orléans.

Por notable que fuese la dote de la joven florentina, no dejaba de ser una *mésalliance*: la muchacha no era más que la heredera de una familia de banqueros. Pero aquel matrimonio tenía sólidas motivaciones políticas. Para Clemente VII, tío de la novia, al reforzar el acuerdo entre los Médicis y la corona francesa, permitiría al papado no depender enteramente de la buena voluntad de Carlos V, quien, sólo seis años antes, habría consentido a los ejércitos imperiales saquear Roma y asolar a hierro y fuego la ciudad santa. A Francisco I, por su parte, emparentar con el Papa y con la dinastía medicea le servía para consolidar sus proyectos hegemónicos sobre Italia y para contrarrestar la influencia de la casa de Habsburgo.

El pontífice condujo personalmente a su sobrina a Francia, mostrando así en cuánto aprecio tenía aquel matrimonio; Catalina hizo su entrada en Marsella el 12 de octubre de 1533 detrás del cortejo papal, acompañada de una coreografía extraordinaria y totalmente inédita para los franceses. Precedido sólo por un caballo blanco que transportaba el Santísimo Sacramento, Clemente VII avanzaba en la silla gestatoria, seguido de cardenales vestidos de rojo a lomos de mulas blancas; luego iba Catalina, rodeada de una muchedumbre de damas y gentilhombres a caballo. Dieciséis días después se celebró la boda con magna pompa y por la noche, al término de un grandioso banquete, los jóvenes esposos fueron conducidos a la cámara nupcial por la reina Leonor y sus damas. Enrique y Catalina tenían la misma edad; no sabían nada el uno del otro, pero sabían lo que se esperaba de ellos y tuvieron que dar públicamente prueba de ello. Atisbando sus abrazos a través de las cortinas entornadas del lecho, Francisco I pudo constatar que ambos esposos «se habían comportado gallardamente» y a la mañana siguiente, muy temprano, acudió Clemente VII a visitarlos y a inspeccionar el lecho. No hace falta decir que el sentido del pudor era en aquella época muy diferente del nuestro y la idea de intimidad no había hecho aún su aparición en el sentir común. Pero si tanto el rey como el pontífice estaban tan ansiosos de certificar el éxito positivo de la primera noche de los esposos, todavía adolescentes, se debía al hecho de que la consumación del matrimonio era necesaria para que quedasen definitivamente sellados los recíprocos compromisos, a los cuales habían llegado tras largas negociaciones. Ello daba a Clemente VII la garantía de que, fuera cual fuese la evolución de la situación pública, Catalina se había convertido, a todos los efectos,

en la esposa de Enrique y por lo tanto ya no corría peligro de ser enviada de nuevo a Italia, y Francisco veía legitimadas sus ambiciones transalpinas y podía proclamar en voz alta los derechos que su segundo hijo había adquirido, en calidad de marido de Catalina, sobre el ducado de Urbino. Menos de un año después, sin embargo, la repentina muerte de Clemente VII hizo vanas las promesas de las cuales se había hecho garante y a Francisco I no le quedó más remedio que constatar que el matrimonio con la «duquesita» había sido un pésimo negocio.

La vida que aguardaba a Catalina en la corte de Francia se anunciaba, pues, cualquier cosa menos fácil, pero la joven florentina ya se había templado en una infancia llena de dramas. Huérfana de padre y madre desde su nacimiento, única heredera legítima de un gran patrimonio, tenida como rehén y amenazada de muerte durante la revuelta popular de Florencia, que se había prolongado hasta agosto de 1530, la muchacha había crecido en el seno de un clan familiar dividido por intrigas, intereses y ambiciones contrapuestas, en espera de servir de peón matrimonial en el complejo tablero de ajedrez de la política italiana.

En su nuevo país, Catalina, ante todo, tuvo que renunciar a la única certeza que la había acompañado hasta entonces, la de formar parte de una dinastía que no tenía parangones: ella era «solamente» una Médicis y cuando, tres años después de la boda, la muerte inesperada del delfín hizo de Enrique el heredero al trono de Francia, la disparidad de rango entre los dos cónyuges pareció aún más escandalosa.

Inteligente, voluntariosa y habituada a contar sólo con sus propios recursos, Catalina se las ingenió para remontar la pendiente y ganarse la benevolencia de su nueva familia, adaptándose rápidamente a las costumbres de la corte, aprendiendo un francés impecable, mostrándose alegre, complaciente, afectuosa, modesta y obediente. Pronto consiguió establecer un óptimo entendimiento con las demás mujeres de la familia: con la piadosa, amable y poco amada reina Leonor; con Margarita de Navarra, hermana del rey; con su cuñada Margarita de Francia, que se casaría con el duque de Saboya. Del mismo modo, empresa aún más ardua y trabajosa, supo obtener el favor de su suegro.

A la llegada de Catalina a Francia, Francisco I, que tenía a la sazón apenas cuarenta años, a pesar de los dramáticos reveses de fortuna que había sufrido pasaba por ser el monarca más soberbio de Europa, y su reino duraría aún trece años. Conquistado por el afecto que le mostraba su nuera, el soberano accedió a sus ruegos, permitiéndole entrar a formar parte del pequeño círculo de favoritos, la «*petite bande*», que lo seguía a todas partes. Para poder estar a su lado hasta en las batidas de caza —el deporte real por excelencia—, Catalina incluso ideó un nuevo modo de montar a caballo, con el pie izquierdo en el estribo y la pierna derecha apoyada encima del arzón, inaugurando el estilo «a la amazona». Por otro lado, Francisco I, admirador entusiasta del arte italiano y constructor infatigable de

espléndidos palacios reales, no podía dejar de apreciar la cultura y el sentido artístico de su nuera, que había formado su gusto en Florencia y en la corte pontificia, en contacto directo con las grandes colecciones mediceas y con las obras maestras custodiadas en el Vaticano.

Cierto es que la «duquesita» no lograba darle un hijo a su marido: «La serenísima delfina se puede decir muy bien constituida, pero en cuanto a que se pueda llamar, por las cualidades del cuerpo, mujer para tener hijos, no sólo no los tiene aún, sino que dudo que vaya a tenerlos, si bien no deja de tomar todas las medicinas que pueden serle de provecho para la generación, de lo cual tiene cierto peligro de enfermarse más», escribía en aquellos años Matteo Dandolo, embajador de la Serenísima. «Es amada y acariciada por el Delfín su marido al mayor signo; la ama todavía su majestad, y es igualmente amada de toda la corte y de todos los pueblos, que creo no se encontraría persona que no se dejase sacar sangre con tal que tuviera un hijo.» No todas las afirmaciones del diplomático, sin embargo, deben ser tomadas al pie de la letra: la esterilidad no era el único pesar de Catalina, que sufría en silencio por no haber logrado hacerse amar de un esposo al que ella, por el contrario, amaba apasionadamente. El adolescente tímido y desconfiado al cual había sido dada por esposa no dejaba de guardarle consideración, pero desde hacía tiempo había consagrado su corazón a una mujer inasequible cuyo culto públicamente celebraba. Pero para esto hemos de retroceder a la época en la que Catalina aún no había dejado Italia.

Diana de Poitiers

La belleza como mito

El 7 de julio de 1530, una semana después del regreso a Francia de sus dos hijos mayores (que habían permanecido en Madrid como rehenes durante cuatro años para que él pudiera volver en libertad), Francisco I, viudo de Claudia de Francia, ratificó una frágil paz con España casándose en segundas nupcias con Leonor de Austria, hermana del emperador Carlos V. El torneo que coronó los festejos en honor de la nueva reina vio por primera vez descender a la liza a los dos jóvenes príncipes. Según la costumbre, tenían la facultad de designar a la dama a la que querían rendir homenaje. El delfín, queriendo hacer algo grato a su padre, eligió batirse por la duquesa de Étampes, amante oficial del rey, mientras que el duque de Orléans inclinó la lanza a los pies de Diana de Poitiers, esposa de Louis de Brézé, Gran Senescal de Normandía, la cual unía a una belleza sin parangón una virtud sin tacha. El segundo hijo del soberano apenas tenía once años y Diana treinta, pero bajo el velo del ritual caballeresco se ocultaba una auténtica declaración de amor: en efecto, llevaría toda su vida los colores de la dama del torneo.

El sentimiento de adoración que Enrique experimentaba por la gran senescala se remontaba en realidad al día en el que aquél, con sólo siete años de edad, había sido hecho prisionero en España junto con su hermano. Mientras que la atención general de la corte se centraba en el delfín, a Diana le había impresionado la angustia que se veía en el rostro del pequeño Enrique y lo había estrechado entre sus brazos, rozándole la frente con un beso. Beso fatal, cuyo recuerdo acompañaría al niño en los cuatro dolorosos años de cautiverio, cristalizando para siempre sus fantasías eróticas.

A diferencia de su introvertido y romántico caballero, Diana se amaba sobre todo a sí misma; era ambiciosa, ávida y clarividente y tenía la frialdad, la altivez y la inclinación a la castidad de la diosa cuyo nombre llevaba. Su belleza, ha escrito Marguerite Yourcenar, «era tan absoluta, tan inalterable, que ocultaba la personalidad misma de su poseedora». Nacida en un ilustre abolengo, casada jovencísima con un hombre que le llevaba cuarenta años, el cual desempeñaba la importantísima tarea de representar al rey en Normandía, había sido una esposa y madre ejemplar, contenta de tener un papel de primer plano en la corte y de pertenecer a una de las familias más nobles e influyentes del país. Pero no se puede excluir que el recuerdo del fin que tuvo su suegra, asesinada por su celoso marido, hubiera contribuido a su rigurosa reserva.

En 1531, a los treinta y un años, aún relativamente joven para los criterios de la época y con una belleza intacta, Diana se quedó viuda y, totalmente decidida a no volver a casarse, empezó a construir con gran sabiduría su personaje. Tomando como modelo a Artemisa, la célebre esposa de Mausolo, rey de Halicarnaso, la cual figuraba en todos los catálogos de mujeres ilustres, adoptó los colores del luto –el blanco y el negro–, añadió a su escudo la antorcha invertida, símbolo de las viudas, y celebró la memoria de su marido dedicándole en la capilla del castillo de Anet un espléndido mausoleo. Envuelta en su dignidad y al abrigo de las insinuaciones, la gran senescala encontró en su nueva condición una libertad de acción habitualmente negada a las mujeres.

Probablemente a petición del propio Francisco I, que contaba con sus enseñanzas para civilizar a su hijo e iniciarlo en los usos mundanos, Diana condescendió a dejarse adorar públicamente por Enrique, según los esquemas del platonismo cortés entonces en boga, adquiriendo sobre él un ascendiente absoluto. A pesar de la sólida posición que desde siempre disfrutaba en la corte, la gran senescala no sobrevaloraba las ventajas que podía producirle el apoyo incondicional de un príncipe de sangre real. Luego fue la primera en favorecer la unión del joven príncipe con la descendiente de los Médicis, en parte porque ésta aportaba nuevo lustre a su familia, dado que el abuelo materno de Catalina –Jean de La Tour d’Auvergneera hermano de la abuela paterna de Diana. Pero cuando en 1536 (tres años después de celebrarse el matrimonio), la muerte inesperada del delfín convirtió a Enrique en el heredero al trono, la viuda inaccesible bajó del pedestal y se entregó a su admirador, si bien continuó ocultando su relación carnal tras la apariencia del amor cortés.

A la decisión de tomar a los treinta y seis años un amante de diecisiete no le faltaban las incógnitas: significaba poner en peligro su esplendorosa reputación, exponerse al ridículo, a la sátira y a la calumnia y encontrarse más tarde o más temprano con un abandono humillante. Pero ¿acaso tenía otra elección? Seguir negándose a un hombre joven y de temperamento fogoso ¿no equivalía a abandonar la partida? Y lo que estaba en juego ¿no era demasiado valioso como para no probar suerte?

Su primer encuentro amoroso tuvo lugar en el castillo de Écouen, con la complicidad del condestable Anne de Montmorency, amigo de ambos. Llenos de ansiedad y de gracia, de sensualidad y de pudor, los versos escritos por Diana en aquella ocasión nos transmiten, no obstante el convencionalismo del lenguaje y de las imágenes, la sorpresa de una mujer enamorada, arrastrada a pesar de sí misma por la pasión:

*Voici vraiment qu’Amour un beau matin
S’en vint m’offrir fleurette très gentille...
Car, voyez-vous, fleurette si gentille*

*Était garçon frais, dipos et jeunet.
 Ains, tremblottante et détournant les yeux,
 «Nenni» disais-je. «Ah! Ne soyez déçue!»
 Reprit l'Amour et soudain à ma vue
 Va présentant un laurier merveilleux.
 «Mieux vaut» lui dis-je «être sage que reine».
 Ains me sentis et frémir et trembler,
 Diane faillit et comprenez sans peine
 Duquel matin je prétends reparler...¹*

Verdadera o falsa, ésta es la imagen que Diana seguiría manteniendo viva en el corazón de su amante, volviendo a despertar día tras día la emoción de una conquista que había creído imposible. En los versos atribuidos a Enrique, el recuerdo de aquella memorable mañana aparece, por el contrario, como «una auténtica iniciación, un rito de paso de la condición de adolescente a la viril, y al mismo tiempo a modo de una investidura como caballero por la diosa Diana»:

*Hélas, mon Dieu, combien je regrette
 Le temps que j'ai perdu en ma jeunesse:
 Combien de fois je me suis souhaité
 Avoir Diane pour ma seule maîtresse,
 Mais je craignais qu'elle, qui est déesse,
 Ne se voulût abaisser jusque-là
 De faire cas de moi, qui, sans cela,
 N'avais plaisir, joie ne contentement
 Jusques à l'heure que se délibéra
 Que j'obéisse à son commandement ².*

Si Enrique juraba a Diana eterna obediencia, Diana, por su parte, entablaba una espectacular batalla contra el tiempo para mantener intacto su ascendiente. Baños helados, ejercicio físico al aire libre, dieta espartana y arrinconamiento de afeites y coloretes nocivos para la piel eran las estrategias de absoluta vanguardia a las que recurrió la gran senescala para conservar, aun con el paso de los años, su escultural belleza. Brantôme, que la conoció con casi setenta años, recordaba «su belleza, su gracia, su majestad» y, convencido de que iba a seguir así aunque tuviera cien años, lamentaba «que la tierra haya de tragarse tan bellos cuerpos». El atractivo no era, sin embargo, su única arma, ya que iba acompañado en ella de un exquisito arte de seducción y de un sabio erotismo. Lo sabía bien Catalina, que, como creía en la magia y quería descubrir de qué género de sortilegio se había servido para enredar a su marido, se las había arreglado para espiar, por una grieta de la pared, uno de sus encuentros galantes. Vio así, según cuenta Brantôme, «a una mujer bellísima, blanca, delicada y fresquísima, medio en camisa medio desnuda, que hacía a su amante mil caricias, melindres y cosillas gratas», y vio «del mismo modo a él devolverle las caricias y todo lo demás, de modo que bajaban los dos del lecho y se

tendían y se abrazaban sobre la blanda alfombra extendida a los pies de la cama». Ante una visión tan diferente de sus experiencias conyugales, Catalina estalló en sollozos y se resignó a la evidencia: el sortilegio del que había sido testigo no tenía remedio y el ascendiente de Diana tenía todos los visos de ser duradero.

La gran senescala tuvo buen cuidado de mantener envuelta en el misterio la naturaleza de sus relaciones con Enrique, confiriéndoles un carácter mitológico y sacro y transformando a la viuda ejemplar en diosa del Olimpo. Artistas y literatos la ensalzarían disfrazada de Diana cazadora y ella misma se haría retratar en Anet en su espléndida desnudez, tendida de costado y tiernamente abrazada a un majestuoso ciervo real. Fue un gesto de gran importancia que trascendía las estrategias personales de la amante del rey y que, inaugurando un nuevo género, estaba llamado a influir en las orientaciones de la cultura de la época. Nunca se había visto que un personaje histórico se apropiase de una deidad antigua hasta la completa metamorfosis: «La aventura de una favorita tenaz, ávida y ambiciosa tomó la forma de una fábula mitológica que permitió, por primera vez en Francia, el florecimiento de un arte alegórico». Enrique II, que subió al trono en 1547, oficializó el mito de Diana, entrelazando sus propias iniciales con las de la mujer amada en todos los blasones reales y encargando a escultores y pintores que la retratasen como la diosa cazadora, cuyo nombre llevaba.

Lo que impulsó a la gran senescala a identificarse con una divinidad pagana (cosa que, al igual que ella, hicieron muchas mujeres que tomaron parte en el ejercicio del poder) fueron tanto las exigencias de autolegitimación de las representantes del sexo débil como la progresiva afirmación de una cultura femenina que trataba de reivindicar una tradición de mujeres ejemplares inspirada en la mitología. Sin embargo, esta representación simbólica del poder femenino fue alentada antes que nada por los propios monarcas y entendida también como un correctivo a la ley sálica, que había limitado indiscutiblemente, con una serie de nuevos vínculos, su libertad de acción. En perenne conflicto con los representantes de la alta nobleza, los reyes franceses del Renacimiento preferirán delegar el poder, cuando sea necesario, no ya a sus suplentes legítimos, es decir, a los príncipes de la sangre y a los altos cargos del reino, sino a personas más de su confianza y más dependientes de ellos, como sus madres, sus esposas, sus hermanas, sus amantes... y se mostrarán por tanto propensos a potenciar su prestigio.

La autoridad de la que gozó la gran senescala tras la subida al trono de Enrique no era, sin embargo, el fruto de una investidura provisional, aunque permanente e ilimitada, ya que emanaba directamente del soberano y se manifestaba a través de un preciso sistema de signos centrado en los diversos valores simbólicos de la figura de Diana. «En la tradición mitográfica que se remite a la teoría neoplatónica de las emanaciones, la luminosidad de la luna simboliza el modo en que la luz divina se refleja en el mundo», y el soberano y su favorita la convirtieron en una de

las imágenes clave de su puesta en escena alegórica. Esta opción se integra de modo coherente en el proceso de divinización mitológica de la figura del rey iniciado con Francisco I: la esencia del poder no se podía ya aprehender de manera directa sino solamente a través de la luz reflejada por los signos y los códigos sustitutivos de los cuales se rodeaba. Así, al comparar a Diana de Poitiers con la luna que refleja y reverbera la luz del sol ausente, Ronsard indicaba claramente la esencial función de mediación e intercesión asumida por la amante real.

En el lenguaje más prosaico de la política, esto significaba que la gran senescala desempeñaba, de hecho, una función muy similar a la de un consejero del rey y un primer ministro. En 1547, un agente del duque de Ferrara refería a su príncipe que Enrique pasaba al menos la tercera parte de la jornada en compañía de su favorita, consultándole todas sus decisiones importantes. Envuelta en la leyenda que con tanta sabiduría había sabido construir, elevada al rango de duquesa de Valentinois – ¡el mismo título que Luis XII había concedido a César Borgia!– ejercía así un poder sin igual sobre el soberano, sobre la familia real, sobre la corte y sobre la política francesa. Durante largo tiempo ordenó a su amante que cumpliera con sus deberes conyugales, y cuando, después de nueve años de esterilidad, Catalina dio a luz diez hijos (de los cuales sólo sobrevivieron seis), se ocupó personalmente de su educación. Lucía las joyas de la corona, presidía todas las ceremonias oficiales, tenía voz y voto sobre todos los cargos; se hizo promotora de una política abiertamente filocatólica y hostil a los protestantes. Y la inagotable energía que reveló en el ejercicio del poder no le impidió acumular una inmensa fortuna personal y administrarla con maniática avaricia.

Hasta la muerte de Francisco I, durante al menos una década, la voluntad de dominio de Diana había chocado con otra no menos violenta, la de Ana de Heilly, señora de Pisseleu y duquesa de Étampes, última pasión del soberano y primera amante en funciones de un rey de Francia.

La espléndida corte de Valois era una creación reciente, que se había constituido a finales del siglo anterior como una escuela de cortesía y de civilización, bajo la égida de una gran soberana, Ana de Bretaña, que había reinado sin oposición. Ninguno de sus dos maridos, Carlos VIII y Luis XII, hubiera osado jamás hacer alarde de sus relaciones extraconyugales, pero Francisco I, que siempre había sido bastante respetuoso con su primera esposa, Claudia de Francia, no tenía los mismos miramientos con la segunda, la poco atractiva Leonor de Austria, inocente testigo de su humillante cautiverio español. Así, aprovechándose de su juventud, su belleza y la atracción sexual que ejercía sobre el soberano y empujada por una loca ambición, la duquesa de Étampes, contraviniendo todas las normas del respeto y de la moral, salió al descubierto y consiguió oficializar su papel como concubina: se

mostraba en todas partes al lado de su regio amante, exigía y distribuía favores, influía en las decisiones políticas.

Sin embargo, la irresistible Ana hubiera debido saber que tanta audacia no estaba exenta de riesgos y que su inmenso poder dependía exclusivamente de la benevolencia de su amante. Y, si bien estaba segura de haber subyugado para siempre los sentidos de Francisco, ¿cómo no preocuparse por lo que le podría suceder a la muerte del soberano? ¿Olvidaba que para otorgarle el título de duquesa –y de este modo elevarla al rango más alto después del de los príncipes de la sangre– el rey había tenido que darle un marido, que, por mucho que se le hubiera obligado a renunciar a los derechos conyugales, no dejaba de ser un marido? ¿Y acaso no recordaba lo que se susurraba que le había ocurrido a la que le había precedido, mucho más discreta y desinteresadamente en el corazón del soberano cuando, abandonada por su regio amante, se había encontrado de nuevo, en conformidad con la ley, a merced de su esposo? Tras reclamar a su esposa en Bretaña, de donde era gobernador, el conde de Châteaubriant había decidido vengar su honor conyugal encerrando a la adúltera en una estancia sin luz, tapizada de negro como un ataúd. Luego, tras meses y meses de esta tortura, había irrumpido en la prisión de la desdichada a la cabeza de un grupo de hombres armados que, en su presencia, le habían abierto las venas de brazos y piernas, haciéndola morir desangrada.

En comparación con el conde de Châteaubriant, el duque de Étampes dio prueba de magnanimidad: a la muerte de Francisco I se limitó a relegar por espacio de dieciocho años a su esposa al castillo familiar, sin desdeñar por lo demás hacer uso de las riquezas acumuladas por ella durante el tiempo de su favor.

Viuda y libre para disponer de sí misma, Diana no tenía estas preocupaciones; sin embargo, en defensa de su reputación, adoptó una estrategia contraria a la de la duquesa de Étampes y, desde el principio de su relación con Enrique, persiguió sus ambiciones al amparo del lenguaje de los símbolos. Gélida y casta a semejanza de la diosa cuya encarnación sostenía ser, la gran senescala logró conjugar la mitología antigua con la tradición cortés, presentándose como musa inspiradora, perfecta amiga y consejera espiritual del delfín, y no ya como una vulgar concubina.

La diferencia de carácter y la incomprensión que siempre habían caracterizado las relaciones entre Francisco I y su hijo contribuyeron a conferir un valor político al antagonismo de las dos amantes reales. En el centro de los dos grupos de poder rivales, apoyada cada una en su propia y extensa red clientelar, Ana y Diana se hacían la guerra por persona interpuesta, empujando al rey y al delfín a llevar adelante estrategias y alianzas distintas, en una Francia obligada a hacer frente tanto a las divisiones internas entre católicos y protestantes como a las amenazas de la política hegemónica española y de la de Enrique VIII de Inglaterra, no menos

agresiva. Aun siendo subterráneo, este conflicto era en extremo perjudicial para los intereses del país: si, por un lado, Francisco I podía contar con su indiscutible autoridad como soberano, Enrique, por otro, gozaba del apoyo de los numerosos descontentos, que no podían faltar, y de todos aquellos que se ponían de su parte para asegurarse su gratitud futura. No tendría que esperar mucho: el 31 de marzo de 1547 Francisco falleció, sin haber cumplido los cincuenta y tres años, en el castillo de Rambouillet. Según la tradición, tras reconciliarse con su hijo en su lecho de muerte, el gran rey expresó su pesar por haber amado excesivamente la guerra y haber hecho demasiado caso a su favorita, invitando a su hijo a que no siguiera su ejemplo.

Cortés e inescrutable, Catalina hizo su primer aprendizaje político observando con la máxima atención el choque entre las amantes de su suegro y su marido y tratando por todos los medios de permanecer al margen. Gozaba de la estima y el afecto de Francisco I, tenía el privilegio de formar parte de su entorno más cercano, mantenía relaciones cordiales con la duquesa de Étampes y no tenía ninguna intención de enajenarse la benevolencia del soberano, benevolencia más que nunca necesaria cuando, con el paso del tiempo, la falta de hijos la exponía a un peligro de repudio que era cada día mayor. Sin embargo, no siempre le fue posible mantenerse neutral. Para la delfina, antes que nada estaba su marido, al que amaba profundamente, y con tal de no perderlo estaba dispuesta a complacerlo en todo, empezando por someterse sin reservas a la gran senescala. La aquiescencia de Catalina a la voluntad de Diana era, en verdad, casi total; rebasaba los límites de la obediencia conyugal de una manera que sorprendió incluso a los contemporáneos. Ella misma daría, muchos años después, explicaciones de esto en una carta dirigida en 1584 al superintendente Pomponne de Billièvre, a quien se había encargado llamar al orden a su hija Margarita: «Yo ponía buena cara a Madame de Valentinois. Era la voluntad del rey, aunque no le ocultaba que consentía en ello mal de mi grado: porque nunca ninguna mujer que haya amado a su marido ha amado a su puta». Sin embargo, cuando la delfina se prestaba a hacer de espía y a referir a Diana las conversaciones que mantenían en el círculo real, o a mostrarse descortés con la duquesa de Étampes, no era sólo por estar obligada a la obediencia, sino porque, paradójicamente, sus intereses coincidían con los de la amante de su esposo. Catalina no ignoraba que Diana temía tanto como ella la eventualidad de un repudio y que haría cualquier cosa para que aquello no sucediese. Diana, en efecto, tenía miedo de que alguna joven y bella princesa capaz de tocar el corazón de Enrique no aguantara pacientemente su yugo, como aceptaba hacer la pequeña Cenicienta florentina. Así pues, el nacimiento del primer hijo de Catalina en 1544, tras casi diez años de matrimonio, representó también para la gran senescala el fin de una larga pesadilla.

Si Diana luchaba contra el tiempo, Catalina había hecho de él su mejor aliado. Diecinueve años más joven que la amante de su marido, la descendiente de los Médicis no era bella ni seductora, pero poseía una extraordinaria tenacidad y una aguda inteligencia, a lo cual unía un gran realismo y un consumado arte del disimulo; si el haber aprendido a no dejar traslucir sus terribles celos de su marido y a vivir a la sombra de la gran senescala en una situación de mortificante sujeción le había valido el reconocimiento de Enrique, las numerosas maternidades vinieron a mejorar su posición y, dado que no había sortilegio en el mundo que pudiera hacer inmortal a Diana, todo autorizaba a Catalina a esperar un futuro mejor.

El destino había decidido otra cosa. El 10 de julio de 1559, Enrique murió víctima de su pasión por los rituales caballerescos, ya pasados de moda. Había resuelto festejar con un torneo las bodas de su hija Isabel con Felipe II (matrimonio que había de sellar el nuevo tratado de paz francoespañol estipulado en Cateau-Cambrésis). Enrique era un valiente caballero y, después de haber descendido al campo varias veces, como siempre con los colores de Diana, insistió en batirse por última vez con el capitán de su guardia, el escocés Montgomery. Catalina, que había tenido un sueño premonitorio, le suplicó inútilmente que desistiera: siete años antes, el obispo y astrólogo italiano Luca Gaurico había aconsejado a Enrique que evitase en torno a la cuarentena todo tipo de combate singular, y en 1555 el célebre Nostradamus, profeta, astrólogo y consejero del rey, había publicado en Lyon las *Centurias*, obra en la que figuraba una cuarteta que podía referirse también al soberano:

*Le lyon jeune le vieux surmontera,
En champ bellique par singulier duelles
Dans caige d'or les yeux luy crevera:
Deux classes une, puis mourir, mort cruelle*³.

Aquel día, la profecía que durante años la había llenado de angustia se realizó: una esquila de la lanza de Montgomery fue a clavarse, a través de la «jaula de oro» de la armadura, en el ojo del «viejo león», que murió, al cabo de diez días y entre atroces sufrimientos, en los brazos de su esposa. A Diana no se le permitió volver a verlo.

Muerto Enrique, Catalina se limitó a pedir a su antigua rival la restitución de las joyas de la corona y a quitarle el castillo de Chenonceaux, el más bello de los regalos que había recibido del soberano, dándole no obstante a cambio el de Chaumont: la venganza representaba un inútil dispendio de energías para la descendiente de los Médicis, más aún dado que la duquesa de Valentinois tenía vínculos familiares y amistades demasiado importantes como para exponerse a grandes represalias. Por su parte, Diana no se dejó intimidar y declaró con su acostumbrada altivez que no temía a sus enemigos y que, «habiéndoles visto otras

veces temblar y humillarse ante ella, ahora no quería hacer lo mismo con ellos; antes bien les hacía frente con gran altanería y soberbia para que no osaran causarle daño». Una vez más, la estrategia de Diana resultó vencedora. Contrariamente a lo que se suele afirmar, la muerte de Enrique II no acarreó la desgracia de su favorita y su exilio en el castillo de Anet. Es cierto que la duquesa de Valentinois no volvió a poner los pies en la corte, pero sus libros de cuentas demuestran que siguió pasando temporadas en París con frecuencia y manteniendo estrechas relaciones con las principales familias del reino –los Borbones, los Montmorency, los Guisay recibiendo a sus miembros como invitados en sus tierras. Llegada a la cima de la nobleza francesa mucho antes de convertirse en la favorita del soberano, Diana conservaría hasta el final de su vida el puesto que le correspondía por derecho en la sociedad aristocrática, mientras que su leyenda le sobrevivió, inscribiéndose de forma permanente en la historia de Francia, sólo gracias al culto que le había dedicado Enrique.

Catalina de Médicis

Las razones de la política

Catalina no perdió mucho tiempo llorando a su marido ni respetó la tradición que imponía a las reinas francesas, en los cuarenta días siguientes a la muerte del rey, mantenerse encerradas en una estancia con colgaduras negras, en el mismo lugar del fallecimiento. Después de veintisiete años de obediente sumisión, comprendió que había llegado el momento de salir de la sombra y tomar rápidamente en su mano las riendas del poder.

En realidad, la confusión de las primeras horas estuvo a punto de resultar fatal: mientras en el palacio de Tournelles –que se hallaba cerca del lugar donde se había desarrollado el torneo– Catalina se abandonaba a la desesperación y el duque de Montmorency, gran condestable de Francia y amigo íntimo de Enrique, velaba el cuerpo del rey muerto, el duque de Guisa y su hermano el cardenal de Lorena acudían con el joven rey al Louvre y, en un auténtico golpe de Estado, asumían la dirección del gobierno.

A pesar de tener quince años –uno más de la edad mínima necesaria para que un rey ejerciera la soberanía–, Francisco II carecía absolutamente de preparación para la tarea que lo aguardaba. Por primera providencia, los Guisa, sin consultar a Catalina, depusieron de los puestos de mando a las personas de confianza del difunto monarca –empezando precisamente por Montmorency– y las sustituyeron por hombres suyos. «Los Guisa se comportan como reyes», observó en aquellos días el embajador francés. Francisco II era cera blanda en sus manos.

Con una salud delicada, una timidez patológica y una personalidad todavía insegura, el nuevo soberano parecía aterrorizado por la enorme responsabilidad que había caído de repente sobre sus hombros; estaba dividido entre el afecto reverencial por su madre y el amor apasionado por su bella y joven esposa, María Estuardo, con la que se había casado quince meses antes. Se trataba de ver cuál de las dos reinas saldría airoso en el juego de las influencias.

Hija del rey de Escocia Jacobo V y de María de Guisa, María Estuardo, que había crecido en la corte de Francia, estaba muy unida a la familia de su madre, a la cual otorgó su fe y su apoyo incondicional. La joven reina representaba, pues, un extraordinario as en la manga para las ambiciones de los Guisa, a los cuales permitía tener una relación privilegiada con el joven rey y gozar de su confianza, sustrayéndolo a la autoridad de la reina madre.

Catalina siempre había desconfiado de los Guisa y nunca había querido a su

nuera. En el plano político, los primeros le parecían demasiado poderosos para no constituir una amenaza para la corona de Francia y demasiado intolerantes para dar su aquiescencia a la política de reconciliación con los protestantes que ella auspiciaba. Rama segunda de la casa de Lorena, teniendo asegurado, al inicio del siglo, el favor del rey de Francia, emparentados con la familia real, propietarios de feudos inmensos y centro de una extensísima red de alianzas, los Guisa controlaban de hecho más de la mitad del territorio nacional y formaban una especie de Estado dentro del Estado. Eran, además, católicos intransigentes y tenían la mira puesta en una alianza con España, enemiga histórica del país, para erradicar la herejía protestante del suelo francés. En el plano personal, Catalina tenía un motivo más de resentimiento hacia ellos: los Guisa habían mantenido siempre estrechas relaciones con Diana de Poitiers y en 1547 la segundogénita de Diana se había casado con Francisco de Lorena, duque de Aumale; ahora, muerto Enrique II, ellos creían una vez más que podían prescindir de ella aprovechando el lazo de parentesco con la nueva reina para reforzar su posición.

En cuanto a su nuera, ¿cómo hubiera podido Catalina dejar de tener celos de ella? A diferencia de Catalina, María era de estirpe real y llevaba como dote la corona de Escocia; a diferencia de ella, era alta, esbelta y de una belleza luminosa, y su tez era de una blancura deslumbradora; a diferencia de ella, en la corte de Francia, a la cual había llegado de niña, había tenido la acogida que se reserva a una soberana. Por añadidura, era inteligente, vivaz, culta y extraordinariamente seductora. En el discurso a ella dedicado, Brantôme menciona la amplitud de su saber, su conocimiento de las lenguas antiguas y modernas y su gusto por la poesía y la describe, con apenas catorce años de edad, declamando en público «en la sala del Louvre, ante el rey Enrique, la reina y la corte toda, un discurso en latín compuesto por ella, sosteniendo y argumentando, contra la común opinión, que es muy adecuado para las mujeres cultivar las letras y las artes liberales». Ciertamente, Catalina reconocía que María había llevado un rayo de felicidad a la vida del desgraciado delfín, el cual, tal vez a causa de los mejunjes ingeridos por su madre para combatir la esterilidad o quizá por culpa de una tuberculosis hereditaria, era raquítico, respiraba con dificultad y tenía el cuerpo cubierto de llagas y abscesos; además, los continuos padecimientos físicos habían contribuido a volverlo esquivo e introvertido. Es comprensible, pues, que buscara apoyo y consuelo en su amor por su encantadora esposa, pero el que ella se aprovechara de su ascendiente para alejarlo de su madre era algo, a ojos de ésta, imperdonable. Para Catalina, sus hijos lo eran todo: los había deseado durante años y constituían su legitimación como esposa y como reina. No podía permitir que su nuera se interpusiera entre ella y su primogénito. El mariscal de Tavannes es muy explícito cuando habla de los sentimientos que, bajo la máscara de la cortesía más perfecta, albergaba la reina madre hacia su nuera: «Ella odiaba a la reina su hija, que le impedía participar en

los asuntos y orientaba la amistad del rey su hijo hacia los señores de Guisa, los cuales permitían a Catalina tomar parte en el gobierno sólo en los sectores en los que sabían que no podría perjudicarles». La reina madre era la única capaz de mediar con los protestantes, quienes, capitaneados por el almirante de Coligny, pedían clamorosamente la libertad de culto.

Pero el 5 de diciembre de 1560 la muerte de Francisco II puso fin bruscamente, tras sólo diecisiete meses de reinado, al exagerado poder de los Guisa. A mediados de noviembre, al regreso de una cacería, el joven rey fue aquejado de una fiebre violenta, su rostro se cubrió de manchas lívidas, su aliento se volvió más insoportable que de costumbre y un absceso que había aparecido detrás de la oreja derecha se extendió rápidamente a toda la cabeza.

Si queremos dar crédito a las voces de los contemporáneos –desde Simon Goulart hasta Étienne Pasquier– fue probablemente en aquella circunstancia cuando, con la ayuda de Nostradamus, Catalina consultó un espejo mágico: en su superficie se mostró la imagen de una gran sala, donde la reina vio aparecer una después de otra, primero imprecisas y luego claramente identificables, las figuras de sus hijos. Primero vino Francisco y dio una sola vuelta, luego Carlos y dio catorce; finalmente llegó Enrique, a quien tocó en suerte dar quince. Faltó a la convocatoria el duque de Alençon, el último de los hermanos, en cuyo lugar se dejó ver la imagen de Enrique de Navarra, que tuvo derecho a veintidós vueltas. Cada vuelta correspondía a un año de reinado. Aterrada por aquella profecía, que anunciaba el fin de la dinastía de los Valois, Catalina pidió informes acerca de su propia muerte, pero el espejo se tornó nuevamente opaco y el adivino se limitó a sugerirle que se mantuviese alejada de Saint-Germain.

La fe en la magia no constituía para la reina florentina una huida de la realidad, sino una ulterior razón para actuar y, una vez más, conocida la inminencia de la muerte de su hijo, Catalina no se permitió el lujo de ceder a las lágrimas. En cuanto el estado de Francisco evidenció ser desesperado, la reina madre dejó a su nuera la tarea de velar al enfermo y se dedicó en cuerpo y alma a preparar el futuro. La corona pasaría a la cabeza de su segundogénito Carlos, un niño de diez años, y en esta ocasión Catalina estaba resuelta a actuar adelantándose a todos. A diferencia de Francisco II, Carlos IX no tenía aún edad para reinar y, para poder hacerlo en su lugar y tutelar sus intereses, su madre tenía que obtener el título de regente, empresa que era cualquier cosa menos fácil y en la cual Catalina dio prontamente prueba de su inteligencia política.

Por paradójico que pueda resultar, la misma ley sálica que excluía a las mujeres de la sucesión hacía de ellas, en caso de ausencia o minoridad del soberano, las mejores garantes de la legitimidad dinástica: el hecho de que no pudieran subir al trono representaba, efectivamente, una seguridad adicional contra el peligro de una

usurpación. De este modo, si bien en los primeros tiempos de la dinastía de los Capeto la regencia era confiada a los hombres, en el siglo XV fueron las reinas las que gobernaron en nombre de sus hijos cuando éstos no habían alcanzado la mayoría de edad; la misma paradoja se repetiría un siglo después, en el nuevo marco institucional de una monarquía que ponía su empeño en reforzar la autoridad del soberano. De hecho, aunque la concentración del poder en la persona del rey alejaba a la reina del escenario político, la figura de ésta, al ser totalmente asimilada a la de su marido, acabó coincidiendo con la del rey y adquirió así una nueva legitimidad en el plano institucional. Sin embargo, no había a este respecto normas jurídicas bien definidas, y nada aseguraba a las esposas, las madres y las hermanas del soberano un poder que correspondía solamente al rey, de manera que, a falta de reglas, descendían a la palestra todos aquellos –parientes cercanos del monarca, grandes del reino– que pensaban tener derecho a aspirar a la regencia.

Dadas estas premisas, la situación de Catalina se revelaba especialmente difícil: los precedentes de reinas madres a las que se hubiera encomendado la regencia, que existían, se remontaban a mucho tiempo atrás, y las pretensiones de una italiana, perteneciente a una simple familia de banqueros, eran poca cosa en comparación con los derechos de los príncipes de sangre real, sobre todo en un momento en el que Francia, amenazada en el interior por una guerra civil entre católicos y protestantes y en el exterior por las miras expansionistas de las dos ramas de la casa de Habsburgo, necesitaba un guía seguro.

Adelantándose a sus adversarios y apoyándose en la urgencia de los asuntos de Estado, la viuda de Enrique se mostró imbatible en el arte de la negociación política. Se sirvió de la manera más desprejuiciada de todos los recursos posibles –persuaciones, promesas, trueques, amenazas, chantajes– y consiguió arrancar su beneplácito a los primos del pequeño rey, Antonio de Borbón, y su hermano, el príncipe de Condé, a cambio de la liberación de este último, sobre cuya cabeza pendía la amenaza de una condena a muerte, y se hizo reconocer como regente por ellos, por los príncipes de la sangre y por el Consejo privado de la corona. Temiendo incurrir en el veto de los Estados Generales (los únicos, en principio, que tenían autoridad para decidir sobre la legitimidad de la investidura), actuó con celeridad, dirigiéndose después a ellos para que ratificasen su golpe de mano. El hecho mismo de que los Estados Generales le concedieran el título no de regente del reino sino de simple gobernante de Francia es la prueba de hasta qué punto la posición de la reina madre era precaria y su autoridad discutida. Aunque estaba al mando del Estado, Catalina no tendría jamás la plenitud del poder real, fundada en el derecho dinástico y en la investidura sacerdotal, que hacía del soberano «el ungido del Señor».

Una regencia tenía siempre un límite de tiempo y se concluía con la mayoría de edad del soberano. A pesar de ello, todos sabían que a los catorce años el joven

monarca no sería capaz de reinar solo: era probable, por lo tanto, que solicitara oficialmente a su madre que siguiera prestándole su ayuda, lo cual confirmaría de hecho su investidura como regente y la reforzaría con una designación explícita. Así pues, en agosto de 1563, Catalina se apresuró a hacer declarar mayor de edad a Carlos IX, que contaba sólo trece años (edad que desde entonces sería canónica), restituyéndole ante el Parlamento de Rouen la autoridad sobre el reino; su hijo, a su vez, la hizo nombrar superintendente del Estado. Para él, además, el momento de reinar por su cuenta no habría de llegar nunca: cuando, a los veinticuatro años, la sífilis y la tuberculosis segaron su vida, víctima, como su hermano mayor, de las taras hereditarias de los Valois, fue de nuevo su madre la que tomó el timón del gobierno. Posteriormente reinó en simbiosis con Enrique III, que sólo en sus últimos años se sustraería a la influencia materna.

Es difícil decir si esta interminable tutela ha de ser atribuida al gusto por el poder o al amor posesivo de una madre totalmente identificada con sus hijos, o, por el contrario, se debió a la ineptitud y a la debilidad de su prole. Lo cierto es que, mientras que hasta entonces la historia privada de la familia real se diferenciaba de la política, a partir de la regencia de Catalina las dos historias se convertirán en una sola cosa, mezclando de manera inextricable los conflictos familiares con los políticos.

Los treinta años de reinado de Catalina coinciden con uno de los períodos más trágicos y sangrientos de la historia de Francia; durante mucho tiempo –piénsese en la célebre requisitoria de Michelet– se atribuyó la responsabilidad de ello a las decisiones políticas de la regente, haciendo de Catalina el emblema de las debilidades, de la doblez y de la perversidad intrínsecas a la naturaleza femenina, una naturaleza que en su caso hacían aún más peligrosas unas características típicamente italianas tales como la superstición, la fe en astrólogos y adivinos y el uso del puñal y el veneno con toda desenvoltura.

La historiografía moderna ha sido más benévola con la viuda de Enrique II, juzgando su proceder sobre la base de las posibilidades reales de elegir que tuvo en el contexto político en el que tuvo que actuar y demostrando que su margen de maniobra fue siempre limitado. En un país desgarrado por los conflictos religiosos y amenazado en su misma integridad territorial por la ambición de poder y por el empuje autonomista de los grandes feudatarios, Catalina perseguía en realidad un único objetivo: preservar la herencia de sus hijos y mantener intacta la autoridad real. Y como no tenía la fuerza suficiente para defender con las armas un patrimonio familiar inseparable del destino de la nación, quería a toda costa la paz, la paz civil y la paz con los países vecinos, y para ello estaba dispuesta a utilizar métodos tortuosos, a seguir caminos oblicuos, a cambiar continuamente de alianzas, a mentir, a traicionar y a matar.

Su política de paz era, por lo demás, perfectamente coherente con la filosofía neoplatónica, de la cual –como atestiguan asimismo los libros de su riquísima biblioteca– la reina madre era seguidora convencida. En la estela del humanismo florentino y de las enseñanzas de Marsilio Ficino, Catalina sostenía que la Tierra era el punto fijo alrededor del cual giraban, a diversas velocidades e impulsados por un *Primum Mobile* situado más allá de los cielos, ocho esferas regidas cada una de ellas por una inteligencia celeste diferente. Garante de este universo, Dios había dotado al hombre de una doble naturaleza, humana y angélica, y lo había colocado en el centro del cosmos para gobernar a todas las criaturas y las cosas terrestres en conformidad con las leyes inmutables de la naturaleza. En esta visión antropocéntrica del universo, el soberano es llamado a desempeñar una misión altísima: situado en el vértice de la sociedad, «ejerce en el Estado la misma función del alma en el cuerpo, de Dios en la creación. A él compete la tarea de mantener el orden, la armonía y la concordia entre sus súbditos» y de evitar a su pueblo guerras, carestías y sufrimientos que puedan poner en peligro el orden cósmico entero. Catalina, por lo tanto, educó a sus hijos para este elevado deber.

Nostradamus le había vaticinado que sus tres hijos varones ceñirían corona: dado que la de Francia había pasado ya de Francisco II a Carlos IX, Catalina, atenazada por el terror de que la muerte continuase hiriendo a su descendencia y que los hermanos se sucedieran uno a otro, consiguió para Enrique el trono de Polonia y propuso a la reina Isabel de Inglaterra que se casara con su hijo menor. Por tradición, la esposa del rey no debía ser francesa –esto habría creado desigualdades demasiado grandes dentro de la nobleza–; su elección obedeció a precisos criterios de oportunidad política y constituía un signo tangible del prestigio internacional del soberano. Y a la misma lógica obedecieron también los matrimonios de los demás miembros de la familia real. Una vez se hubo desembarazado de María Estuardo, que a la muerte de Francisco II había ido al encuentro de su trágico destino, al decidir marchar a Escocia y hacer valer sus derechos al trono, Catalina obtuvo para Carlos IX a Isabel de Austria, segunda hija del emperador. Y si Enrique y el duque de Alençon se sustrajeron a sus decisiones, con sus hijas Catalina supo mostrarse inflexible. Mensajeras de paz en tres países que constituían puntos neurálgicos para la política francesa, Isabel, Claudia y Margarita se casaron respectivamente con Felipe II de España, el duque Carlos III de Lorena y Enrique de Borbón, rey de Navarra.

Con todo, a pesar de las esperanzas de Catalina y de todos sus increíbles esfuerzos, su reino, lejos de traer a la tierra la armonía cósmica, estuvo marcado por el fanatismo, el odio y la sangre. Tampoco la gran constelación de los Valois, de la cual ella pretendía ser el centro, había de iluminar durante largo tiempo el firmamento europeo: uno detrás de otro, seis de sus astros se apagarían y el último –el de su hija Margarita– perdería su fulgor originario.

Hija de la cultura renacentista, Catalina era plenamente consciente de la importancia de los símbolos y antes que nada recurrió a ellos para ofrecer una imagen de sí misma coherente con el papel político que se había fijado. Nunca había sido hermosa y sin duda había sufrido no poco por ello, pero ahora que Enrique había muerto y los celos que la habían torturado tanto tiempo parecían un recuerdo lejano, esta desventaja inicial se transformó en un punto fuerte. Toda su autoridad tenía su origen en el hecho de ser viuda y madre, condiciones que para inspirar respeto exigía la renuncia a toda forma de vanidad femenina, la devoción al esposo desaparecido, austeridad, castidad y la total dedicación a la educación de los hijos y a los intereses del pequeño rey. De este modo quiso Catalina subrayar lo irreprochable de su conducta con una sabia puesta en escena. Diana de Poitiers se había servido de los atavíos de viuda para realzar su belleza inmarchitable; ella optó por vestirse de negro –prefiriéndolo al blanco, color de luto de las reinas– a fin de parecer mayor e imprimir a sus cuarenta años un aire de matrona, fuera del tiempo. Su severidad no tenía, sin embargo, nada de ceñudo: una incipiente gordura contribuía a darle un aspecto tranquilizador, bondadoso, que hacían aún más convincente una exquisita cortesía y un tono persuasivo. Todo en ella animaba a la confianza y a la confianza; su gran capacidad de persuasión, unida a una notable agudeza psicológica y a un consumado dominio del arte del disimulo, hacía de Catalina una extraordinaria mediadora y una habilísima diplomática, capaz de relanzar el diálogo incluso en las situaciones más extremas.

Un factor importante en la estrategia de la reina madre para crear un clima propicio a su política de pacificación y de reconciliación nacional fue el papel central que otorgó a la vida de la corte y a su ceremonial. Catalina había vivido catorce años en la corte de Francisco I y doce en la de Enrique II, y había aprendido cuánto beneficiaba al prestigio real una escenografía fastuosa y hasta qué punto el ejercicio de la autoridad debía conjugar la fuerza con la magnificencia. Siguiendo el ejemplo de su suegro y de su marido, se sirvió de las ceremonias regias para exaltar el poder trascendente de la corona. «El genio de Catalina fue el de inventar e imponer una imagen intangible de la majestad... Con un sentido innato de la teatralidad, ella aparecía siempre en el momento más solemne, luciendo sus vestiduras de viuda y sus velos negros, ennoblecidos sólo por un estrecho cuello blanco. Era distinta a todos y a todos superior...»

La reina madre quiso además continuarse al pie de la letra a la etiqueta cortesana, cuyas reglas había fijado Francisco I. Subdividida por rituales inmutables y públicos –el *lever*, el Consejo, la misa, el paseo, el almuerzo, la audiencia, el *cercle de la reine*, la cena, el baile, el *coucher*–, la jornada del rey se desarrollaba siempre igual en todas las residencias reales. La más importante era, naturalmente, el palacio del Louvre de París, pero no era la única. Hasta que Luis XIV se estableció definitivamente en Versalles, la corte francesa fue siempre itinerante,

acompañando al rey de castillo en castillo, de región en región, para que pudiera visitar el país y darse a conocer a sus súbditos. Imitando a su suegro, cuando Carlos IX alcanzó la mayoría de edad Catalina emprendió un viaje de dos años por Francia (enero de 1564-mayo de 1566) y después aumentó el número de las residencias reales con el añadido de Chenonceaux, la construcción de las Tullerías y la ampliación del Louvre, al tiempo que seguía embelleciendo las ya existentes; se distinguió por su gusto por los jardines, escogiendo de manera competente a artistas y arquitectos, siguiendo personalmente proyectos y trabajos y enriqueciendo cada vez con nuevas adquisiciones las colecciones reales. Era asimismo una infatigable creadora de espléndidas coreografías y sabía, dondequiera que se encontrase, distraer a la corte con una sucesión de fiestas, banquetes, bailes, mascaradas, conciertos, espectáculos, justas, torneos, carruseles, etc. No había derrota militar, matanza o carestía que pudiese interrumpir el fluir de los espectáculos y las diversiones; esto se ajustaba a un preciso diseño político: como ella misma explicaría en una célebre carta de consejos a Enrique III, se atenía también en ello al ejemplo de Francisco I, el cual opinaba que «para vivir en paz con los franceses y asegurarse su afecto hacían falta dos cosas: tenerlos alegres y ocupados en honestos ejercicios... porque, si no hacen la guerra, los franceses se buscan otras ocupaciones más peligrosas».

Catalina apostaba, pues, por la fuerza pacificadora del placer, animando a la alta nobleza a frecuentar la corte, haciendo participar a católicos y protestantes en las mismas diversiones, fomentando el encuentro entre las nuevas generaciones de grupos tradicionalmente enemigos. Y para mejor tentar a sus invitados no vacilaba en recurrir a la seducción femenina.

Francisco I había dicho que una corte sin mujeres era un jardín sin flores, pero nadie sabía mejor que la reina madre que a la evidente función ornamental de aquéllas se sumaba una menos visible, ya que ellas tenían un poder oculto, tanto más grande cuanto más impalpable, cuya eficacia eran los hombres los primeros en conocer y del cual se servían para reforzar el suyo propio. Las mujeres de la corte, al vivir todos los días en los mismos lugares, tomar parte en los mismos rituales y pasar juntas el tiempo entre una ceremonia y otra, se unían con lazos de amistad, de solidaridad, de simpatía y de cortesía, y formaban una red de contactos subterráneos paralela a la oficial, constituida por la etiqueta, las relaciones de fuerza y el código del honor. Era un sistema de comunicación fundado en la delicadeza y la reserva femenina que permitía a padres, maridos y hermanos obtener valiosas informaciones, transmitir mensajes de manera informal y sondear el terreno para sentar las bases de nuevas alianzas sin arriesgarse a incurrir en un rechazo, defender los intereses familiares, promover matrimonios ventajosos y, en caso necesario, atenuar la agresividad masculina y suavizar sus ofensas. El mismo sistema, sin

embargo, podía prestarse igualmente bien a tejer conspiraciones e intrigas, a fomentar las rivalidades y a cultivar el odio y el deseo de venganza.

Para sujetar los hilos de esta red oculta y servirse de ellos sin preocupaciones para sus propios fines, Catalina contaba en primer lugar con las canónicas bazas femeninas y se rodeó de un enjambre de damiselas de honor, jóvenes y bellas, que la seguían a todas partes y constituían su célebre «escuadrón volante». Su misión era la de atemperar la agresividad de una casta guerrera, alejándola lo más posible de los campos de batalla e invitándola a la diversión, al ocio, al amor y al juego refinado de los sentidos.

Para sus pretendientes, las muchachas del «escuadrón volante» –unas ochenta–, sonrientes, amables y espléndidamente vestidas, debían ser ante todo una escuela de buenos modales, de cortesía y de galantería. En la época, la expresión «hacer el amor» significaba solamente coquetear; el propio Brântome reconocía que la corte de Catalina era «el ornamento de Francia» y que todas aquellas exquisitas damiselas «conversaban con tanta sensatez y tanta modestia que cualquier caballero que se hubiese atrevido a otra cosa habría sido expulsado de la antecámara de la reina». Ésta, desde luego, no se oponía a que tales conversaciones se tornasen más íntimas cuando podían proporcionarle informaciones que las hacían útiles, pero no quería que sus damas causaran escándalo: todas tenían claro que la «hinchazón del vientre» suponía para ellas el alejamiento inmediato. Servir a la reina era un privilegio extraordinario y constituía para sus damiselas una ocasión excepcional para obtener favores y beneficiar los intereses de su familia, pero naturalmente exigía una obediencia y una discreción absolutas.

Con el paso de los años, sin embargo, la reina madre se haría menos intransigente en materia de moral sexual. Mientras sus hijos fueron jóvenes quiso tutelar su inocencia, pero una vez convertidos en adultos, aun manteniéndolos ligados a ella, se mostró dispuesta a secundar sus caprichos. Así, cuando en mayo de 1577, en Plessis-les-Tours, a orillas del Loira, Enrique III dio una fiesta en honor de su hermano menor, fiesta que se transformó luego en una orgía en la que los hombres iban vestidos de mujer y las mujeres de hombre y era obligatorio el verde –el color de la locura–, Catalina no pestañeó; lo que es más, tres semanas después ofreció a su hijo un banquete no menos fantasioso y escandaloso, durante el cual se vio a «las más alegres y exquisitas damas de la corte medio desnudas, con el cabello suelto y desgreñadas».

Como prueba de la eficacia de esta estrategia del placer basta pensar en la feroz y sistemática campaña de demonización de la corte orquestada por los hugonotes. Si los libelos de la época la pintaban como una sentina de todos los vicios; si la inflexible Juana de Albret, reina de Navarra y punto de referencia del movimiento protestante francés, temía tanto que su hijo Enrique quedase irremediabilmente contaminado por ella y su alma extraviada, ¿no demuestra que el poder de

atracción de la corte de los Valois era, a pesar de todo, extremadamente fuerte? Según parece, tras ocupar con firmeza el trono de Francia, aquel mismo Enrique había confiado al mariscal de Biron su propósito de hacer que su corte fuese suntuosa y «en todo semejante a la de Catalina», a lo que obtuvo la siguiente respuesta: «No está en vuestro poder ni en el de los reyes que vendrán después de vos el lograrlo, a menos que convencieseis a Dios para que hiciera resucitar a la reina madre». Por desgracia, sin embargo, ni siquiera la espléndida corte de Catalina tenía el poder de detener el tiempo y garantizar el triunfo definitivo de Venus, impidiendo que Marte volviera a tomar periódicamente las armas.

La política de pacificación auspiciada por Catalina presuponía la tolerancia religiosa y una forma de libertad de culto para los hugonotes. Desde el comienzo de la regencia, ella se apartó de la intransigencia que Enrique II había mostrado hacia los reformados, negándose a muchas de sus peticiones. En el plano religioso, Catalina estaba convencida de que todas las formas de fe llevaban en sí una chispa de verdad divina y que el monarca no debía intervenir en las opciones espirituales de sus súbditos. La esfera política le parecía, por lo tanto, diferente de la religiosa y, a su juicio, no había razón alguna para que un Estado no pudiera acoger en sí dos religiones distintas en virtud de las garantías otorgadas por una ley real. Demasiado por delante de su tiempo, la visión iluminada de la reina madre chocaba tanto con la intolerancia de los católicos como con la intransigencia agresiva de los protestantes y se veía debilitada por la impotencia de la corona para imponerse a ambos grupos. Y como una abierta toma de posición a favor de uno o de otro hubiera puesto en peligro definitivamente la unidad del reino, Catalina se veía obligada a contemporizar entre el partido católico, capitaneado por los Guisa, y el hugonote, cuyo propósito era apoyar, con la ayuda de Inglaterra, la revolución calvinista de los Países Bajos. Así, para evitar verse entregada, atada de pies y manos, a España o arrastrada por los protestantes, cosa que sería igualmente peligrosa, a una guerra contra España, Catalina se atrincheraba tras una política que consistía en obrar con destreza entre sus hijos, la Liga y la Reforma, fomentando el odio entre los dos partidos para que se neutralizaran recíprocamente. Consecuencia de tales oscilaciones de campo fueron las ocho guerras de religión que se sucedieron en un espacio de tiempo de poco más de veinte años, dramáticamente señalado por el asesinato de los dos duques de Guisa, del almirante de Coligny y, sobre todo, la matanza de los hugonotes en la Noche de San Bartolomé.

La combinación de circunstancias que provocaron el baño de sangre del 24 de agosto de 1572 es extremadamente representativo de las dificultades con que se encontraba Catalina. En su intento de emanciparse de la tutela materna, Carlos IX, a la sazón de veintidós años de edad, había escogido como consejero y confidente

al ilustre almirante de Coligny, jefe del partido hugonote, que lo empujaba a apoyar la independencia flamenca y a tomar las armas contra España. La mayoría de los historiadores se inclinan a pensar que fue precisamente para recuperar su influencia sobre su hijo y conjurar una guerra fatal para el país por lo que Catalina dio orden de asesinar a Coligny. El atentado fracasó y la reina, tanto para justificarse a los ojos de Carlos IX como para prevenir la reacción de los reformados, se vio forzada a apostar más fuerte. Así, convenció al rey de la existencia de una gran conspiración hugonota que proyectaba matar a toda la familia real aprovechando los festejos organizados en el Louvre para el matrimonio de su hermana Margarita con Enrique de Navarra. Había que adelantarse y golpear antes de ser golpeados.

A pesar de la falta de documentos que puedan corroborar esta hipótesis, los estudios más recientes, sin embargo, parecen coincidir en que la decisión de eliminar a un número limitado de jefes hugonotes considerados peligrosos, entre ellos Coligny, fue efectivamente tomada por Carlos IX y su Consejo. Lo que desconocemos es «si, como opina Denis Crouzet, la decisión del rey fue deliberada, voluntaria y alimentada por el temor a una sedición protestante que el fallido atentado [contra Coligny] había hecho más cierta, o si, como supone Jean-Louis Bourgeon, Carlos IX fue empujado a ello por el chantaje de la entrada en guerra de España, por la sublevación de la población parisiense instigada por los Guisa o por su misma incapacidad de hacerse obedecer». Lo más probable es que lo que había de ser una operación encaminada a la eliminación de los jefes protestantes que habían acudido a la capital para asistir a las bodas de su rey se les escapó de las manos a quienes la habían ideado y se convirtió en una carnicería que de París se extendió a toda Francia. Aunque es imposible hacer un balance exacto de las víctimas, se estima que la cifra total oscila entre veinte mil y treinta mil. La política de reconciliación cultivada con tanta paciencia y tenacidad por Catalina «se derrumbó como un castillo de naipes ensangrentados», y una nueva y terrible guerra fratricida sometió al país al hierro y al fuego.

El 26 de agosto, Carlos IX se dirigió al Parlamento y declaró que no había tenido más remedio que reaccionar a «una criminal y detestable conjura» que pretendía matarlo junto con todos los miembros de su familia, pero los hugonotes identificaron inmediatamente en la reina madre a la principal responsable de la matanza. Nadie ignoraba la influencia que ejercía sobre su hijo; misoginia y xenofobia concurrían para hacer de ella un perfecto chivo expiatorio: había sido aquella aventurera sin escrúpulos venida de Italia la que había arrastrado por el fango la monarquía francesa. Se daba por hecho que era solapada y astuta como todos los florentinos y se sospechaba que era discípula de Maquiavelo. Se decía incluso que había educado a su hijo con arreglo a las enseñanzas del *Príncipe* y se

vio la matanza como «la aplicación del precepto de Maquiavelo según el cual es preciso cometer todas las crueldades necesarias de una sola vez».

Lo cierto es que, a partir de la Noche de San Bartolomé, los prejuicios, los celos, la larga serie de lutos y dramas que habían acompañado al ascenso de la reina madre hasta la cima del Estado se transformaron en un veredicto de culpabilidad sin apelación, y que desde aquel momento ya no le sería posible a Catalina sustraerse a su leyenda negra. Un panfleto anónimo, aparecido en 1575 y traducido a varias lenguas, el *Discours merveilleux de la vie, actions et déportements de Catherine de Médicis, Royne-mère*, la difundió por toda Europa, contribuyendo a arraigar en el imaginario colectivo la convicción de que el poder de las mujeres es fuente de todo mal: «No esperemos, pues, de ella sino maldades y ruina... Está en su naturaleza no poder tener paz sin hacer el mal. Y diré más, que jamás mujer alguna gobernó nuestro reino que no atrajese a él la maldad».

La muerte, que cosechaba víctimas por toda Francia, no perdonó a la familia real. El 3 de octubre de 1568 desapareció Isabel de Valois, reina de España, seguida el 20 de febrero de 1575 por su hermana Claudia, duquesa de Lorena. Y el 30 de mayo de 1574 la tuberculosis acabó con la vida de Carlos IX a los veinticuatro años de edad, sin dejar herederos varones. Una vez más, Catalina no tuvo tiempo para llorar: era preciso hacer regresar de inmediato a su tercer hijo, que sólo un año antes había sido elegido rey de Polonia.

«Ruego a Dios que me envíe la muerte antes de asistir a otro espectáculo como éste», escribió a Enrique después de la muerte de Carlos. «Mi único consuelo es el pensamiento de veros pronto aquí, como exige el bien de vuestro reino, y en buena salud, porque, si debiera perderos, me haría enterrar viva con vos, ya que no tendría manera de soportar también este dolor [...] pienso que vuestro retorno me colmará de alegría y de contento y que no experimentaré más dolores ni disgustos.»

De los deseos expresados por Catalina, sólo habría de realizarse el de no sobrevivir a la muerte de su hijo: ella le precedería en siete meses; en cuanto a lo demás, en los quince años que aún le quedaban de vida sus esperanzas se revelarían tristemente infundadas.

La primera desilusión se la causó precisamente el nuevo soberano. Además de su hermana Margarita, Enrique era el único de los hijos de Catalina que gozaba de buena salud y que era inteligente, culto, valiente y apto para el mando. «Hubiera sido un príncipe excelente si le hubiese tocado en suerte vivir en el siglo justo», dijo de él Pierre de L'Estoile. Se dice también, sin embargo, que tenía una personalidad compleja, ambigua y atormentada que contribuyó a acentuar en él un elemento trágico.

Enrique III había sido siempre el hijo predilecto de Catalina y quiso tener junto a sí a su madre, invistiéndola de hecho de las funciones de primer ministro; con

todo, desde un principio se mostró bien resuelto a no permitirle entrometerse en su vida privada. Para empezar, escogió por sí solo a su esposa, una princesa de Lorena que llevó como dote únicamente su belleza, su gentileza y su abnegación total a su marido; además, se rodeó de un grupo de jóvenes favoritos –los célebres *mignons*– que se distinguían por su lujo, su arrogancia y su conducta escandalosa; finalmente, lo que es aún más grave, trasladó a su estilo de gobierno sus cambios de humor, las oscilaciones de una naturaleza contradictoria e inestable. Enrique alternaba el hedonismo más desenfrenado con la más austera penitencia, el culto a lo efímero con la fascinación de la muerte, la conciencia de sus prerrogativas reales con un visible desinterés por los asuntos de gobierno; aquella manera de comportarse chocaba no sólo con el pragmatismo de Catalina sino que debilitaba su autoridad de soberano, exponiéndolo al vituperio tanto de los católicos como de los protestantes. La tarea de la reina madre (vigilar las decisiones políticas de Enrique sin irritarlo) se hizo todavía más difícil por la necesidad de dirimir las disensiones surgidas en el seno de su propia familia. Con el apoyo de su hermana Margarita, el último hijo varón de Catalina, el duque de Alençon, perseguía descaradamente sus ambiciones de poder, suscitando la cólera de Enrique e hipotecando aún más la unidad, ya tan frágil, del territorio nacional. Nuevamente dio prueba la reina madre de sus extraordinarias capacidades de mediación y consiguió que sus hijos, al menos en apariencia, se reconciliaran. Fue luego la muerte del duque de Alençon la que puso fin definitivamente a la disputa en junio de 1584.

Con el joven duque desapareció el presunto heredero de la corona, y el problema de la sucesión de Enrique III centró la atención del país entero en toda su gravedad. Aunque casado desde hacía diez años, el rey no tenía hijos y, a pesar de oraciones y peregrinaciones, nada autorizaba a esperar que llegase a ser padre; era necesario, pues, aclarar a quién correspondía ocupar el puesto dejado libre por Alençon con arreglo al principio de la continuidad dinástica. Ateniéndose a la ley sálica, el primero en la línea de sucesión era Enrique de Borbón, rey de Navarra, primo en vigésimo grado del rey, ya que los Valois descendían del primogénito de Luis el Santo y los Borbones de su sexto hijo.

Aunque indiscutible en el plano formal, la candidatura de Enrique de Navarra era objeto de ásperas controversias: ¿cómo podía un hugonote, un hereje, subir al trono de Francia, ser consagrado rey y cumplir con las funciones sacerdotales a las que estaba llamado? Defensor convencido del legitimismo monárquico, Enrique III se declaró, por el contrario, a favor de su primo, pero puso como condición que abjurase del protestantismo. Pero Enrique de Navarra, aun cuando no se trataba de su primera conversión, no quería plegarse a un gesto evidentemente instrumental, que le hubiera enajenado la simpatía tanto de los hugonotes como de los católicos moderados, y aplazó la decisión. Entretanto, los católicos a ultranza, capitaneados por los Guisa, constituyeron un auténtico partido propio, la Liga, que aspiraba a la

completa erradicación de la herejía protestante y se oponía abiertamente a la autoridad del rey.

Consciente de su debilidad política y militar, humillado en su dignidad de soberano y habiendo constatado el fracaso de la política de conciliación de su madre, Enrique III decidió actuar solo. Mientras Catalina, anciana y enferma, seguía afrontando viajes agotadores para reactivar tentativas imposibles, su hijo meditaba sobre el modo de acabar de una vez por todas con la Liga y con los Guisa.

La oportunidad se le presentó en Blois, donde la corte se había reunido con ocasión de la convocatoria de los Estados Generales. En la sesión de apertura, el 16 de septiembre de 1588, Enrique rindió público homenaje a Catalina, que merecía no sólo el nombre de madre del rey sino el de madre del Estado y del reino. Acto seguido, sin embargo, se apresuró a declarar que él era el único legitimado para ejercer el mando, y que no estaba dispuesto ya a transigir en lo referente a la obediencia de sus súbditos. Los Guisa no ocultaron su sarcasmo ante lo que juzgaban simples delirios de un rey que sólo cuatro meses antes se había visto obligado incluso a huir de la capital, sublevada a favor de la Liga: se creían intocables, tanto que el 23 de diciembre, a pesar de las numerosas advertencias que le habían llegado, el duque de Guisa aceptó la invitación del rey a ir a conferenciar con él y, dejando a sus hombres en el patio del castillo, subió sin escolta a los apartamentos de Enrique. Pero apenas transpuso el umbral fue atacado por la guardia personal del rey y cosido a puñaladas. Aquel mismo día, otros ocho miembros de la familia fueron encarcelados y el hermano del duque, el cardenal de Guisa, asesinado en la prisión.

«No se atreverá», dijo Enrique de Guisa, según parece, cuando se dirigía a la cita. Si la frase fue efectivamente pronunciada, el célebre Balafre [«cara cortada»] (que debía su sobrenombre al corte que le desfiguraba el rostro) demostraba tener mala memoria: no era la primera vez que un rey Valois se cubría de ignominia incumpliendo la palabra dada, profanando el deber sagrado de la hospitalidad y transformando su palacio en un matadero; y, por lo menos en un caso, la Noche de San Bartolomé, los Guisa habían sido cómplices de la familia real.

Ignorante de todo, Catalina yacía en su lecho con una grave congestión pulmonar, en una estancia situada exactamente debajo de los apartamentos de su hijo. Un rumor siniestro de botas, espadas, golpes y gritos la sacó de su duermevela, haciéndole intuir lo sucedido. Inmediatamente después, Enrique bajó a su habitación y, tras anunciarle en pocas palabras la muerte del duque de Guisa, añadió: «A partir de este momento ya no soy un esclavo [...] de nuevo empiezo a ser rey y amo». La sensación de angustiosa impotencia que Catalina debió de experimentar ante el hecho consumado se trasluce en las palabras que le dirigió a un monje pocas horas después, el día de Navidad: «¡Ah, ese desventurado! ¿Qué es

lo que ha hecho? ¡Rezad por él, que lo necesita más que nunca, pues lo veo precipitarse a la ruina y temo que pierda el cuerpo, el alma y el reino!».

Catalina sólo sobrevivió diez días al fracaso de los objetivos a los cuales, durante treinta años, había dedicado todos sus esfuerzos, su inteligencia, sus energías, poniendo en peligro, honor, reputación, afectos, hasta la salvación de su alma. Murió desesperada, consciente de la inminencia de una nueva guerra civil y del fin de la dinastía de los Valois. En su lecho de muerte tuvo confirmación de la veracidad de las profecías formuladas por el espejo mágico del castillo de Chaumont. La última predicción de Nostradamus decía, en efecto, que «se guardase de Saint-Germain»; interpretando esto como una referencia a su parroquia, Saint-Germain l'Auxerrois, Catalina había terminado por renunciar a instalarse en las Tullerías y, si era necesario, haría construir un palacio cerca de la parroquia de San Eustaquio. Pero cuando supo que el nombre del sacerdote desconocido a quien se había llamado urgentemente a confesarla porque se encontraba mal era Julien de Saint-Germain, comprendió que su vida había llegado en verdad a su fin.

Siete meses después murió también Enrique III, a manos de un fanático. En el pasado, Catalina se había sentido horrorizada ante la posibilidad de que el rey de Navarra, designado por el monarca para sucederle, pudiese un día subir al trono de los Valois; sin embargo, sería precisamente el príncipe hugonote el que salvara la integridad del trono, impidiendo que los esfuerzos de la reina madre se echasen a perder. Tras haberse asegurado la corona con la fuerza de las armas, Enrique IV volvió, efectivamente, a la política de tolerancia y de reconciliación seguida por Catalina, rindiendo así homenaje al genio de la reina florentina, que había permitido a la monarquía francesa superar una de las pruebas más difíciles de su historia.

La reina Margot

La corona perdida

Si, como hemos visto, el arte de la seducción, no carente de una cierta dosis de desinhibición en el terreno sexual, era un requisito indispensable para las amantes reales, a las princesas y a las reinas se les exigía una virtud por encima de toda sospecha (virtud necesaria para garantizar la legitimidad de la descendencia). Y si las favoritas –como demuestran los casos de Gabrielle d’Estrées y de Henriette d’Entragues, que sin embargo habían obtenido de Enrique IV promesas de matrimonio escritas– no podían en modo alguno convertirse en reinas, las reinas sabían que debían vigilar su reputación si querían conservar la corona.

Precisamente por haber contravenido estas normas y haber llevado una vida llena de escándalos, Margarita de Valois, nieta, hija, hermana, cuñada y esposa de grandes soberanos, no pudo aprovechar la ocasión que le brindó inesperadamente el destino y convertirse en reina de Francia.

Nacida en 1553, séptima hija de Enrique II y de Catalina, celebrada por su belleza y su ingenio, sin ninguna de las taras físicas y psíquicas que afligían a sus hermanos y extremadamente seductora, Margarita tenía solamente seis años cuando murió su padre y había crecido a la sombra de su madre. Sus *Mémoires* dejan traslucir la intensidad y el carácter conflictivo de sus sentimientos filiales. Margarita experimentaba una admiración ilimitada por Catalina; la reina madre encarnaba a sus ojos la autoridad matriarcal y la real, poseía el sentido de la magnificencia y la ciencia arcana del gobierno, y era el ejemplo supremo de la agudeza psicológica, de la prudencia, de la clarividencia política y del arte de la diplomacia: «No sólo no me atrevía a hablar», escribirá Margarita en sus memorias, «sino que bastaba una mirada suya para hacerme temblar temiendo haber hecho algo que le desagradara», mientras que la menor señal de aprobación por parte de ella era suficiente para hacerla feliz. Este temor reverencial iba acompañado, sin embargo, de un resentimiento profundo, ya que Catalina no hacía ningún misterio de su preferencia por Enrique. Precisamente el sentirse excluida del afecto materno había empujado a Margarita a formar con el duque de Alençon, su hermano menor y el *enfant terrible* de la familia, una alianza que habría de acarrear muchas desventuras. Catalina estaba desde luego orgullosa del atractivo, la elegancia y la inteligencia de su última hija, pero para ella el deber de sus hijas era ante todo servir a los intereses de la casa de Valois en el tablero de ajedrez de la política internacional. Isabel había sido dada en matrimonio a Felipe II y Claudia al duque de Lorena y, en el

momento oportuno, a Margarita le aguardaba un destino análogo. En su caso, no obstante, había una diferencia sustancial. En lugar de marchar a otro país como mensajera de paz, como sus hermanas, sería utilizada como señuelo en una emboscada criminal. Después de la Noche de San Bartolomé, nunca perdonaría a su madre que la hubiera sacrificado en el altar de la razón de Estado.

A los dieciocho años, la princesa había sentido un amor correspondido por el joven Enrique de Guisa –el futuro «Balafre»–; el descubrimiento del idilio había desencadenado la cólera de Catalina. En la política de equilibrios cultivada por ella, el matrimonio de los dos jóvenes hubiera reforzado en exceso la casa de Lorena y al grupo católico. Así pues, la reina madre, convocando a su hija a presencia de Carlos IX, su hermano, la había llamado al orden, dándole con sus propias manos una lección memorable para que no olvidase que una «hija de Francia» no estaba autorizada a tomar iniciativas.

Al término de la tercera guerra de religión, Catalina consideró que, en su estrategia de reconciliación entre católicos y hugonotes, había llegado el momento de jugar la carta matrimonial y el 18 de agosto de 1572 dio como esposa a Margarita a su primo Enrique de Borbón, jefe del partido protestante y rey del minúsculo reino de Navarra, situado en una estratégica posición de frontera entre Francia y España. Cuando informó de su proyecto a su hija, ésta se limitó a contestarle que no tenía más voluntad que la suya, pero le suplicaba que no olvidase su adhesión a la fe católica. Esto equivalía a decir que, si bien su deber le imponía obediencia, el de su madre no podía consistir en condenarla a una unión que el Papa consideraba como «una ofensa a Dios». La preocupación de Margarita era sincera: católica ferviente, no tenía los sentimientos ecuménicos de Catalina y la herejía protestante la llenaba de horror. Tras agotadores intentos diplomáticos, el rito nupcial tuvo lugar en la plaza de la iglesia de Notre-Dame y, como Enrique se negó a entrar en la iglesia, sólo Margarita asistió a la misa.

La diferencia de religión no era el único impedimento para un matrimonio entre dos personas de cultura distinta, que no se amaban ni experimentaban la mínima atracción la una por la otra. En el joven esposo nada hacía presagiar al gran soberano que pacificaría Francia. Enrique era todo menos hermoso, procedía de un medio rústico y espartano, tenía un aspecto descuidado, por decirlo suavemente, y difícilmente podía agradar a una princesa que se había criado en el lujo y en el refinamiento. A su vez, sin embargo, los perfumes, los cosméticos, las depilaciones y los coloretes de Margarita disgustaban a Enrique: la que se entabló entre los esposos fue también una guerra de olores, que inhibiría a dos auténticos atletas del amor.

En realidad, para conocerse, agradarse y acostumbrarse el uno al otro en la intimidad del tálamo conyugal, Margarita y Enrique dispusieron de cuatro noches: desde el lunes 18 de agosto al jueves 22. El viernes por la mañana, un disparo de

arcabuz hirió al almirante Coligny cuando salía del Louvre y al alba del sábado – fiesta de San Bartolomé– la población parisiense fue despertada por las campanas que tocaban a muerte dando inicio a la matanza de los hugonotes. Un río de sangre separó a los dos jóvenes.

La reconstrucción de los acontecimientos que hace Margarita en sus memorias constituye una explícita acusación contra Catalina. Si la iniciativa del fallido atentado contra Coligny no se atribuía directamente a su madre, había sido ella, sin embargo, la que convenciera a Carlos IX de la necesidad de eliminar al almirante y a los jefes protestantes que habían acudido a París con el séquito del rey de Baviera. Pero dejemos la palabra a Margarita: «Yo era sospechosa para los hugonotes por ser católica y para los católicos por haberme casado con el rey de Navarra. Me mantuvieron ignorante de todo hasta que por la noche [del fallido atentado contra Coligny], hallándome en el *coucher* de la reina mi madre, y estando sentada en un arquibanco al lado de mi hermana la duquesa de Lorena, que parecía muy triste, la reina mi madre [...] me dijo que me fuese a dormir. Mientras yo le hacía la reverencia, mi hermana me retuvo agarrándome del brazo y, echándose a llorar, me dijo: “Por Dios, hermana mía, no os vayáis”. Aquello me llenó de espanto. La reina mi madre se dio cuenta, mandó a mi hermana que se acercara a ella, la reconvino ásperamente y le prohibió que hablase conmigo. Mi hermana le dijo que no había motivo para ponerme en peligro y que si se dieran cuenta de algo sin duda se vengarían en mí. La reina mi madre respondió que, si placía a Dios, no me sucedería nada malo pero que, pasara lo que pasara, era preciso que yo me retirase a mis apartamentos para no despertar sospechas que pudieran perjudicar el éxito de la empresa [...] Me ordenó de nuevo, con mucha brusquedad, que me fuera a dormir. Mi hermana, llorando, me dio las buenas noches sin osar decirme otra cosa, y yo me fui, llena de ansiedad y de espanto, sin lograr imaginar qué era lo que debía temer».

Al llegar a la cámara nupcial, la joven esposa halló a su marido en compañía de una cincuentena de hugonotes, discutiendo cómo vengar el atentado contra Coligny. No fue hasta el amanecer cuando Enrique se fue, decidido a pedir justicia al rey, y Margarita pudo por fin conciliar el sueño.

«Al cabo de una hora, cuando estaba profundamente dormida, un hombre golpeó la puerta con las manos y los pies, gritando: “¡Navarra! ¡Navarra!”. Mi nodriza, creyendo que era el rey mi esposo, corrió inmediatamente a abrir. Resultó ser un caballero [...] herido en el codo de un sablazo y en el brazo de un golpe de alabarda. Le seguían cuatro arqueros que entraron detrás de él en la estancia. Él, buscando protección, se arrojó sobre mi lecho. Yo, al notar que aquel hombre caía a mi lado, me escondí entre la cama y la pared, y él me siguió, sin dejar de agarrarse a mí. Gritábamos ambos, tan espantado el uno como el otro. Finalmente, por voluntad de Dios, llegó el capitán de la guardia, Monsieur de Nançay, quien, al

verme en aquella situación, a pesar de su compasión no pudo por menos de reírse. Se enojó mucho con los arqueros por su indiscreción, los echó de allí y me concedió la vida de aquel pobre hombre, que seguía aferrado a mí. Hice que lo acostaran y lo curaran en mi gabinete y lo retuve allí hasta que estuvo completamente repuesto. Mientras me cambiaba la camisa, que estaba manchada de sangre, Monsieur de Nançay me contó lo que estaba ocurriendo y me aseguró que mi marido se encontraba en la cámara del rey y que no se le había hecho ningún mal. Después me cubrió con un manto y me acompañó a la habitación de mi hermana, la duquesa de Lorena, adonde llegué más muerta que viva. Al entrar en la antecámara, que tenía las puertas abiertas de par en par, vi a un caballero llamado Bourse, perseguido por los arqueros, caer atravesado por una alabarda a tres pasos de mí. Me abandoné medio desmayada en los brazos de Monsieur de Nançay y pensé que el golpe nos había traspasado a los dos. Después de recuperarme un poco, entré en la pequeña habitación donde dormía mi hermana. Mientras estaba allí, Monsieur de Miossens, primer caballero del rey mi esposo, y Armagnac, primer paje de su cámara, vinieron a suplicarme que les salvase la vida. Fui a arrojarme a los pies del rey para pedir esta gracia, que al cabo me fue concedida.»

Aquí concluye el testimonio de Margarita –el único que tenemos de un miembro de la familia real– sobre la matanza de la Noche de San Bartolomé. No dice que su marido fue obligado a una fulminante conversión ni que, en comparación con las tres vidas que consiguió salvar, miles de hugonotes –hombres, mujeres, ancianos y niños– fueron asesinados en sus casas y por las calles de París, y sus cadáveres, horrendamente mutilados, acabaron en el Sena. Margarita sólo narra las pocas cosas de las que fue testigo directo, pero que fueron más que suficientes para hacer nacer en ella un rencor imborrable hacia su madre. Catalina no solamente la había entregado como esposa a un hugonote y la había encerrado en las contradicciones de una situación sin salida, sino que no había titubeado a la hora de poner en peligro su vida.

De este modo, la perla de la corte, la bella entre las bellas, el orgullo de los Valois, descubrió de repente que no tenía a nadie en quien depositar su confianza: ni a su madre; ni a su hermano, el «magnánimo» rey Carlos IX, al cual le unían lazos de afecto y respeto y que falleció a comienzos de 1574, dejando el trono a Enrique III; ni a su marido, que era poco más que un muchacho y estaba sometido a una estrecha vigilancia en el Louvre, lejos de su país y de los que quedaban de los suyos. Es probablemente en este momento cuando Margarita se sintió autorizada para decidir por sí sola acerca de su comportamiento, sus elecciones sobre el terreno en el que quería situarse, sus alianzas y sus amores. Decisión arriesgada la suya, puesto que si, por una parte, su condición de princesa de la sangre y reina de Navarra la colocaba por encima de las normas y le permitía un margen de libertad mucho mayor que el concedido a las demás mujeres, por otra, precisamente a causa

del puesto que ocupaba dentro de la familia real, ninguno de sus gestos podía pasar inadvertido y su conducta sería, llegado el caso, desmentida o censurada. Es posible conjeturar que, en su negativa a someterse a las reglas de obediencia y discreción puestas a las mujeres, Margarita tomara como modelo el ejemplo materno: aquel matriarcado que era la única forma de autoridad de la que ella había tenido experiencia desde su infancia. Tal vez, no obstante, como ha sostenido recientemente su biógrafa más autorizada, Éliane Viennot, basándose en un pormenorizado análisis de las *Mémoires*, fue la elevada idea que la princesa de Valois tenía de sí misma, idea que era incompatible con el estado de sujeción en el que se hallaba el sexo débil, lo que la indujo a actuar, a imitación de sus hermanos, ya no como una mujer sino como un príncipe. Es ella misma la que señala con precisión el momento en el que cobró conciencia de lo que quería ser. A punto de partir para Polonia, Enrique acudió a su hermana, con la que siempre había mantenido una estrecha relación y que le era afín por inteligencia, cultura, elegancia y belleza (verlos bailar juntos, dirá Brantôme, era un espectáculo inigualable) y le rogó que cuidara de sus intereses, que le informara de lo que sucedía en la corte y que conservara vivo su recuerdo en el corazón de la reina madre. La petición tuvo para la princesa, entonces de dieciséis años de edad, la solemnidad de una investidura. Margarita se sintió «transformada»; tuvo la sensación «de haberse convertido en algo más de lo que [había] sido hasta entonces» y, a través de la identificación con su hermano, se inició en la política, haciendo suya una concepción viril de la existencia. Cinco años después infringiría aquel pacto fraternal del que tan orgullosa estaba: apenas estuvo claro que los días de Carlos IX estaban contados, Margarita, ya reina de Navarra, apoyó la conspiración que se proponía sentar en el trono al más joven de sus hermanos, una decisión indudablemente dictada por el deseo de respaldar la política de mediación entre católicos y protestantes llevada a cabo por el duque de Alençon con el apoyo del rey de Navarra, pero que suponía asimismo un peligroso cambio de alianzas cuyas consecuencias ella sufriría durante mucho tiempo. Al morir Carlos IX, en efecto, no sería el duque de Alençon el que se convirtiera en rey sino Enrique, el cual abrigaría para siempre un tenaz rencor hacia la hermana que lo había traicionado.

La primera ocasión de oponerse a su madre se le brindó a Margarita unos días después de la tragedia de la Noche de San Bartolomé, cuando Catalina, queriendo desembarazarse de su yerno, le propuso que hiciese anular su matrimonio. «Después de hacerme jurar que diría la verdad, la reina mi madre me preguntó si el rey mi marido era hombre, pues en caso de que no lo fuera había manera de deshacer mi matrimonio. Le supliqué que creyera que no comprendía bien de qué estaba hablando. En realidad hubiera podido responderle como aquella romana que, reprochándole su esposo que no le hubiera dicho que tenía mal aliento, le

respondió que, no habiéndose acercado a ningún otro hombre, creía que todos los hombres lo tenían como él. Pero, fuera cual fuese la situación, desde el momento en que ella me había puesto allí, era mi intención quedarme como estaba, ya que no dudaba de que si se me quería separar de él era para jugarle una mala pasada.»

Teñido de la más completa hipocresía –sabemos que el matrimonio se había consumado y la joven esposa no podía ser tan ingenua como para ignorarlo– y sazonado por la maliciosa alusión al acre olor a ajo que exhalaba su marido, el diálogo transmitido por Margarita marcó el inicio de su rebelión. Su generosidad, su sentido del honor, la misma concepción aristocrática del matrimonio, que al entendimiento sentimental antepone la colaboración en el ámbito político y social, la empujaban a mostrarse leal a aquel joven esposo que había caído en una trampa por casarse con ella, a quien tenían prisionero en el Louvre y que se veía obligado a vivir codo con codo con los principales responsables de la matanza de los suyos y a disimular su resentimiento tras una máscara de docilidad y de ironía. Podemos preguntarnos si este resentimiento suyo no se extendería también a Margarita y hasta qué punto estaba dispuesto Enrique de Navarra a fiarse de su esposa. Es cierto que, a pesar de la indiferencia sentimental y la incompatibilidad sexual, entre los dos cónyuges se creó un vínculo de simpatía y solidaridad que habría de resistir, con sus altibajos, las pruebas más arduas. Pero, mientras que Enrique no perdió nunca de vista sus objetivos y trabajó con tenacidad para reconquistar su libertad, defender la autonomía de su reino, reorganizar las filas del movimiento hugonote y prepararlo para una nueva ofensiva, en Margarita la generosidad, el valor y el gusto del *beau geste* no estuvieron nunca al servicio de un proyecto coherente. Contribuyen a determinar su conducta y sus decisiones en cada ocasión las imperiosas y variables razones de su personalidad: el orgullo, la indignación, el rencor, el deseo de venganza, el deseo amoroso. Al permitirse el lujo de vivir en función del presente, Margarita no se daba cuenta de que estaba hipotecando gravemente su futuro, no fue nunca consciente de que eran siempre los demás –su madre, sus hermanos, su marido– los que seguían decidiendo sobre su vida.

Los que aguardaban a Margarita eran, según reconoció la propia Catalina de Médicis, tiempos «miserables». En una Francia ensangrentada por las guerras de religión, la reina de Navarra era utilizada como peón estratégico tanto por los católicos como por los protestantes. Según los casos instrumento de mediación, valioso rehén, prisionera peligrosa o incómodo estorbo del que era preciso deshacerse, Margarita, reina de fe católica en un país hugonote, sabía que tenía ante sí una gran misión de paz que realizar. No le faltarían cualidades para hacerlo, ya que estaba dotada de inteligencia, cultura y elocuencia y, como escribiría Étienne Pasquier, uno de los grandes espíritus de la época, «de todas las grandes damas [...] era ella la menos imperfecta». Pero la que había recaído sobre ella era,

objetivamente, una tarea imposible y, para mitigar la amargura de sus repetidas derrotas, la reina de Navarra se refugió en las dulzuras de la vida privada, cultivando el gusto por las cosas bellas, la curiosidad intelectual y el placer de los sentidos.

Margarita amaba al amor y no lo ocultaba. La libertad soberana con que disponía de sí misma se haría proverbial –*vivre à la franche Marguerite*– y el catálogo de sus aventuras sólo cedía al de su marido. ¿Hubo, como se ha afirmado, un acuerdo de libertad recíproca entre los dos cónyuges? La cosa es muy poco probable. La obligación de fidelidad conyugal, en aquella época, afectaba solamente a las mujeres. Desde el punto de vista legal, la acusación de adulterio, que, caso de probarse, preveía penas severísimas, podía ser promovida exclusivamente contra las esposas; los hombres no tenían necesidad de rebajarse a pactar para tomar amantes, y hasta al más tolerante de los maridos le hubiera molestado una conducta demasiado desenvuelta por parte de su consorte. Al principio, Enrique se limitó probablemente a soportar de buen grado una situación sobre la cual no tenía control. Confinado en el Louvre, sin ninguna autoridad sobre su mujer, que, hija y hermana de sus carceleros y como él dependiente de las decisiones de éstos, estaba más orgullosa de ser una princesa de Valois que la reina de Navarra, Enrique se cuidaba de sí mismo. En el transcurso de su largo encierro, que concluyó en febrero de 1576 con su fuga de la corte de Francia, las únicas evasiones que se le concedieron fueron las eróticas; el rey de Navarra fue el primero en hacer ostentación de su infidelidad, compartiendo con el hermano más joven de su esposa, el duque de Alençon, los favores de Charlotte de Sauves, una de las damas del séquito de Catalina. La rivalidad entre ambos cuñados hacía las delicias de la corte, la reina madre estaba encantada de poder controlar a su hijo y a su yerno valiéndose de una sola espía y Margarita no vio razón para no ceder a las inclinaciones de su propio corazón, ya que todo a su alrededor parecía invitarla a hacerlo.

Desde los tiempos de la civilización cortés, la galantería había sido un rasgo distintivo del estilo de vida nobiliario y la corte de los Valois había hecho de ella su emblema. En este gran juego de sociedad, que –como dos siglos después recordaría Montesquieu– no tenía por objeto el amor «sino la delicada, leve y perpetua mentira del amor», los criterios del juicio eran de naturaleza rigurosamente formal. Para ser admitida, la galantería debía obedecer a una retórica, a un lenguaje y a unos comportamientos altamente codificados. Esto permitía a muchas damas de la alta sociedad llevar una vida amorosa extremadamente libre, cuando no disoluta, siempre que se respetaran las apariencias, aun cuando el juego no estaba exento de peligros y, en ocasiones, bastaba un solo paso en falso para comprometer irreparablemente una reputación.

En materia sentimental, la discreción era, por tanto, obligada para las mujeres;

las mismas memorias de Margarita, en las cuales es imposible encontrar la mínima alusión a sus múltiples amores, son confirmación de ello. Sin embargo, la reina de Navarra no siempre había sido tan prudente. Aunque conocía perfectamente las normas del juego galante, el orgullo de su rango la llevó a creerse por encima de las leyes; aunque cultivaba una visión idealizada del amor, acorde tanto con la literatura caballeresca como con la filosofía neoplatónica, le aconteció prendarse de unos amantes con sólida fama de libertinos y poco inclinados a la reserva; aunque era una mujer, creyó poder comportarse con no menos libertad que los hombres de la familia. Desde luego, no estaba en su intención escandalizar, pero en el cerrado mundo de la corte tenía demasiados ojos fijos en ella como para que sus elecciones privadas no se hiciesen públicas.

Sus adoradores fueron por lo general atractivos, elegantes y jactanciosos, pero con tendencia a tener mal fin. Cuenta la tradición que el primero en obtener sus favores fue Joseph Boniface de La Mole. El conde, de quien se decía que era «mejor campeón de Venus que de Marte» y alternaba sus muchas empresas amorosas con un número igualmente elevado de misas expiatorias, unía a la fascinación del seductor impenitente la del conspirador. Favorito del duque de Alençon, La Mole había participado en la conjura que, previendo la muerte inminente de Carlos IX, aspiraba a desautorizar a la reina madre y a sentar en el trono al más joven de los Valois. El complot fracasó miserablemente, pero mientras que los dos príncipes de la sangre, de hecho intocables, sólo eran llamados a justificarse, y Enrique de Navarra se libraba brillantemente gracias a la defensa escrita para él por Margarita, La Mole y su compañero Annibal de Coconas fueron condenados a ser decapitados en la plaza pública.

La Mole, aunque atrozmente torturado, no reveló los nombres de sus cómplices ni mencionó jamás el de Margarita, si bien todos supieron que ella también había tomado parte en la conspiración. Lo único que el conde admitió fue que la figurilla de cera con el corazón atravesado por agujas encontrada en su casa representaba a una mujer cuyo amor quería conquistar. La estatuilla era obra de Cosma Ruggeri, el astrólogo de Catalina, que fue puesto en prisión pero, merced al terror que inspiraba por sus poderes ocultos, muy pronto obtuvo la liberación.

Aunque en sus *Mémoires* Margarita sólo hace una alusión de pasada a La Mole y a su trágico fin, la muerte del conde se convirtió prontamente en materia de novela. ¿Es fruto de una invención que, de camino al patíbulo, el condenado confió a la multitud que se agolpaba en el trayecto un último mensaje para la mujer amada? ¿Y es verdadero o falso que tanto la reina de Navarra como la duquesa de Nevers, amante de Coconas, se cosieron a la cintura, en señal de duelo, colgantes en forma de calavera? ¿Y qué podemos pensar de la leyenda según la cual las dos damas habían acudido durante la noche a pedir al verdugo las cabezas de los ejecutados para poder besar sus labios por última vez y darles honrosa sepultura? Lo único

seguro es que semejante riqueza de detalles atestigua la fortísima impresión que en la época produjo el episodio. Pero habrá que esperar aún dos siglos y medio para que, en las páginas finales de *Rojo y negro*, la imagen de la cabeza cortada de La Mole deje de ser patrimonio de la *petite histoire* para inscribirse de forma indeleble en nuestra memoria literaria.

Cuando en sus recuerdos llega el momento de hablar de Bussy d'Amboise, Margarita se apresura a desmentir los rumores que habían circulado en el pasado acerca de una relación amorosa entre los dos. Pero ni siquiera la necesidad de defender su reputación ante el tribunal de la Historia logró sofocar el entusiasmo que, tanto tiempo después, suscitaba todavía en ella el recuerdo del primer enamorado con el cual había transgredido las leyes establecidas por el código de origen platónico en vigor en la corte. Inspirada en las teorías filosóficas de Marsilio Ficino, Mario Equicola y León el Hebreo, la doctrina de un amor cultivado fuera del matrimonio como instrumento de elevación espiritual condenaba las relaciones carnales entre amantes e imponía «una rígida jerarquía del goce de los sentidos, con arreglo a la cual solamente la vista y el oído pueden participar del éxtasis». Pero ¿cómo hubiera podido Margarita poner un límite a los ardores del más valeroso, del más galante, del más admirado de los caballeros de su tiempo? A sus innumerables méritos, Bussy había añadido uno que a sus ojos tenía un valor enorme; por amor a ella, aunque gozaba del favor de Enrique III, había cambiado de bando y se había pasado al del hermano preferido de Margarita, el inquieto duque de Alençon, que se había convertido, tras la muerte de Carlos IX, en el primero en el orden de sucesión al trono, al menos hasta que Enrique III tuviera un heredero.

La reina de Navarra no era la única que encontraba irresistible a Bussy, el cual encarnaba el tipo del perfecto caballero a la moda: soldado intrépido, cultivaba las letras, se expresaba con elocuencia, versificaba con gracia, era elegante, refinado e ingenioso. Al elegido de Margarita le faltaban, sin embargo, dos virtudes en las cuales la propia reina de Navarra no destacaba al parecer: la discreción y la prudencia. Por otra parte, como observaba Brantôme, máximo experto en galantería, «¿de qué serviría a un bravo capitán realizado en la guerra alguna acción bella y valerosa si ello hubiera de permanecer después oculto y desconocido de todos?».

Si Bussy no perdía ocasión de dar a entender que era un amante satisfecho, Margarita no se preocupaba por desmentirlo. No se consideraba una mujer como las demás, y para ella amar no representaba ceder: era una gran princesa que había encontrado por fin un hombre digno de ella y afirmaba con orgullo su posesión, cubriéndolo de regalos –joyas, bandas, puños– que eran otros tantos signos del poder que ella ejercía sobre él, pruebas inconfundibles de su favor. En sus memorias hablará de una emboscada nocturna que se le había tendido a Bussy al

salir del Louvre, en la primavera de 1575. Para identificarlo en la oscuridad, los atacantes se fiaban de una de sus famosas bandas, pero lo habían confundido con un hombre de su séquito, que llevaba una del mismo color. En realidad –precisa maliciosamente Margarita– «era muy distinta de la de su amo, al no estar adornada», como la suya, de perlas y bordados.

Todavía más peligrosa que la indiscreción, la imprudencia de Bussy pronto se revelaría fatal para ambos amantes. Asaltos, peleas y duelos eran, junto con las aventuras galantes, el deporte favorito del elegido de Margarita. Formidable espadachín, capaz de hacer frente él solo a una muchedumbre de enemigos, temerario más allá de todo límite, gustaba de la provocación y no vacilaba en escoger como blanco a los célebres *mignons* del Enrique III y por lo tanto, indirectamente, en desafiar al soberano mismo. El rey, que desde su traición detestaba a Bussy, se vengaba en Margarita, censurando abiertamente su conducta escandalosa e incitando a su distraído marido a ponerle fin. Por su parte, la reina de Navarra, lejos de dejarse intimidar, no ocultaba que favorecía las ambiciones y las intrigas de su hermano menor, el duque de Alençon, en perjuicio de los intereses del soberano y también de su marido. Decidido por Enrique III, probablemente con la connivencia de Navarra, el fallido atentado del Louvre marcó un punto sin retorno. Ciertamente es que el día después de la emboscada Bussy se presentó nuevamente ante la reina «con aire alegre y jactancioso, como si saliese no de una emboscada sino de un torneo», pero el clima se había vuelto incandescente y la reina madre, preocupada por los propósitos de venganza del duque de Alençon y por la perspectiva de una nueva ocasión de conflicto entre los dos hermanos, exhortó a Bussy a que se alejara de la capital durante algún tiempo. Incluso Margarita, temiendo ahora por la vida de su amante, lo animó a partir. La relación entre ambos se prolongaría aún algunos años, entre fiestas, duelos, intrigas, fugas, separaciones y encuentros clandestinos, en un aura de escándalo agudizado por la sospecha del nacimiento de un hijo ilegítimo. Tampoco Bussy concluiría su existencia al servicio de la reina de Navarra, llevando una de sus bandas: la muerte lo alcanzó a traición, por la mano de un marido celoso que había obligado a su esposa a atraerlo a una trampa. Convocado por su amante del momento a una cita secreta, Bussy se encontró esperándolo a una quincena de hombres armados y, una vez más, no dejó de asombrar a sus contemporáneos: «Mientras le quedó en la mano un pedazo de espada, aunque no fuese más que la empuñadura, siguió combatiendo. Después echó mano de mesas, bancos, sillas y escabeles, con los cuales hirió y derribó a tres o cuatro de sus enemigos; al final, vencido por la superioridad numérica y ya sin ningún medio de defensa, fue abatido delante de una ventana desde donde tenía intención de arrojarse». Fiel sólo a sí mismo, Bussy salió de escena de la misma manera que había vivido, como el héroe de una novela de capa y espada.

Si bien la relación con Bussy mostró pronto ser incompatible con la espiritualidad neoplatónica, Margarita no abandonó sus aspiraciones a encontrar el alma gemela con la que pudiera compartir el ideal del amor perfecto. Su espera no se vio decepcionada. En 1580, a los veintisiete años, se enamoró perdidamente del bellissimo Jacques de Harlay, señor de Champvallon, también al servicio del duque de Alençon. Esta vez, sin embargo, fue ella la que dictó las normas de comportamiento a las cuales era preciso atenerse.

A diferencia de Bussy, Champvallon era delicado, discreto y dócil y estaba dispuesto a plegarse a la voluntad de su dama. Algunas cartas de Margarita que han llegado hasta nosotros nos permiten captar el eco de sus conversaciones y nos ofrecen un extraordinario prontuario de metafísica amorosa. «El amor no es otra cosa que el deseo de belleza», escribe la reina sobre la falsilla de *Sobre el Amor o el Banquete de Platón*, que Marsilio Ficino había dedicado a Cosme de Médicis y cuya traducción francesa había sido dedicada precisamente a Margarita, «y como el vuestro es absolutamente divino (habiendo tenido su origen en el cielo y en mi belleza) ha generado en mí un amor de igual naturaleza, el cual, manteniéndose inalterado, ha establecido su morada en mi alma, hallándola pronta y decidida a cumplir con su deber, que es el de mandar con su razón al cuerpo y ser obedecida por él». Con competencia y evidente deleite, Margarita inicia a su amado en las sutilezas de la filosofía neoplatónica, ilustrándole en la teoría de las dos almas, la que permanece unida al cuerpo y la que se aleja de él para acudir a reunirse con el alma de la persona amada: «Es tan cierto que el amante se transforma en el amado que ya no puede poseerme sino a través de vos. No vivo más que en vos, y sois vos solo quien gobierna mi alma». En esta visión metafísica, la castidad, lejos de ser una renuncia, es una condición esencial del eros, ya que los apetitos del cuerpo constituirían un obstáculo al goce del espíritu. Así, si ella pone besos en la boca de su amado, lo hace sólo «*en imagination*».

Es difícil creer que durante toda su relación con Champvallon la reina de Navarra se atuviera siempre al etéreo placer del «acuerdo de dos almas unidas por la misma voluntad». Como ya en la época de Bussy, el rumor de un embarazo circuló con insistencia en los ambientes cortesanos, hasta el punto de suscitar la ira de Enrique III. De este modo, al constatar el final de su simbiosis amorosa con su «bello corazón», ¿cómo no recordar sus propias palabras: «si queréis dejar de amar, poseed la cosa amada»?

El único que se obstinaba en permanecer indiferente, tanto en el alma como en el cuerpo, a la fascinación de la perla de los Valois, era su legítimo consorte. Huésped contra su voluntad de la corte de Francia, el joven rey de Navarra no parecía prestar atención a las aventuras galantes de su esposa, y si, al ver la propagación del escándalo de su relación con Bussy, se decidió a despedir a la dama de compañía

que era cómplice de aquélla, fue sólo porque Enrique III le forzó a hacerlo. Margarita manifestó su indignación negándose a comer durante días y expulsando de su lecho a su marido: los dos únicos modos que tenía de reivindicar el derecho a disponer por lo menos de su persona. La interrupción de las relaciones conyugales resultaría ser, sin embargo, un grave error estratégico: cuando, pocos meses después, en febrero de 1576, a los cuatro años de la matanza de la Noche de San Bartolomé, Enrique logró por fin eludir la estricta vigilancia a la cual estaba sometido y huir de París, lo hizo sin que su esposa tuviera noticia de ello, abandonándola como un estorbo inútil.

En los dos años siguientes, mantenida como rehén por sus familiares y utilizada como moneda de cambio en las negociaciones con su marido, ahora a la cabeza del partido protestante, Margarita se dio cuenta de que el único estatus que podía tutelarla y conferirle autoridad era el de reina de Navarra.

En agosto de 1578, después de prometer a Enrique III que continuaría sirviendo a los intereses de la corona francesa y que se valdría de todos los medios «para inducir al rey [su] esposo a obedecerles», Margarita recibió por fin la autorización para reunirse con el rey de Navarra en sus tierras. Sería la propia Catalina la que la enviase a su esposo. La carta de una dama del séquito de la reina madre, escrita durante el viaje, nos muestra a Margarita ocupada, tras dos años y medio de separación, en los preparativos para la reconquista de Enrique: «Desde hace tres días está encerrada en su estancia, sola con tres camareras, una armada de navaja de afeitar, otra de cremas y la tercera de fuego. Está siempre metida en agua, blanca como un lirio, toda perfumada; se estriega y se restriega, envuelta en una nube de incienso como una hechicera fascinadora en el humo de sus alambiques; y, si hacemos caso de lo que dice a sus íntimos, sostiene que hace todo esto solamente para complacerse a sí misma».

Por lo menos al principio, los esfuerzos de Margarita no fueron vanos: Enrique le reservó una acogida más que galante y desde la noche de su llegada compartió el lecho con ella. Las paces conyugales marcaron para la joven, según ella misma reconoció, el comienzo de la época más feliz de su vida. Después de su breve y desagradable estancia en Pau, en los Pirineos, donde la religión católica estaba rigurosamente prohibida, la pareja real se trasladó a la más tolerante Nérac; allí, Margarita, libre del yugo familiar y con el pleno consentimiento de su marido, pudo por fin llevar una existencia en sintonía con sus aspiraciones más profundas. Como se ha sabido por el estudio de sus cuentas, los cónyuges no repararon en gastos para modernizar y embellecer el viejo castillo de los duques de Albret, decorándolo con tapices, muebles, cuadros y objetos preciosos y transformando también de la misma manera el parque. En este escenario, dispuesto con extremada sabiduría, Margarita se lanzó a diseñar –objetivo tan buscado por Catalina– una realeza dedicada al fasto, a la elegancia y a la armonía. Y no fue en las salas del

Louvre sino en la remota Gascuña donde, durante unos años, la utopía se hizo realidad. «Nuestra corte», observará con satisfacción, «era tan bella y tan grata que no envidiábamos a la de Francia. [Además del rey] formábamos parte de ella su hermana, la princesa de Navarra [...] y yo misma con un buen número de damas y damiselas. El séquito del rey mi esposo estaba compuesto por una muchedumbre de señores y gentilhombres no menos galantes que los que he visto en la corte [francesa]. El único reproche que se les podía hacer es que eran hugonotes, pero de esta diferencia de religiones no se hacía mención. El rey mi marido y la princesa su hermana iban a la predicación mientras que yo y mi séquito íbamos a misa a una capilla que se elevaba en el parque; a la salida nos encontrábamos para pasear juntos o en un bellissimo jardín con largos senderos bordeados de laureles y cipreses, o en el parque de mi creación, por los caminos a orillas del río. El resto de la jornada se dedicaba a todo tipo de refinado placer y las primeras horas de la tarde y la velada se reservaban al baile». Siguiendo el modelo del mecenazgo de los Valois, gracias a su cultura y a su inteligencia, la reina de Navarra devolvió a su pequeña corte el prestigio que había conocido en tiempos de su gran abuela Margarita de Angulema, haciendo de ella un importante centro cultural y atrayendo a ella a eruditos, poetas, artistas y músicos. Para dar la medida de su capacidad de seducción intelectual bastaría la estima y la amistad que le demostró un ilustre vecino, Michel de Montaigne, que tras las conversaciones mantenidas con ella le dedicó la *Apologie de Raimond Sebond*. En este proyecto de una vida modelada con arreglo al arte, cuyo modelo perfecto lo proporcionó el *Cortesano* de Baldesar Castiglione, poco importaba si Enrique continuaba perdiendo la cabeza por tal o cual dama de honor o si Margarita no se decidía a poner fin a su relación con Bussy d'Amboise. Las incompatibilidades conyugales se diluían en el clima de refinado erotismo que constituía el rasgo distintivo de la corte de Nérac, el lugar donde el ideal neoplatónico de la reina de Navarra halló su mejor ejemplificación. Como en los tiempos de la civilización cortés, los austeros gentilhombres hugonotes celebraban el culto al amor, rivalizando en galantería y «sirviendo» devotamente a sus damas, cuyo mérito, por el contrario, radicaba totalmente en mantener vivo el deseo masculino aplazando indefinidamente el momento de la rendición. Podemos hacernos una idea del poder de atracción ejercida por la corte de Margarita leyendo la denigración rencorosa que hizo de ella un implacable enemigo suyo, el gran escritor hugonote Agrippa d'Aubigné: «Compuesta de nobles valerosos y excelentes damas, la corte de Navarra era tan floreciente que, en todos los géneros de ventajas naturales y adquiridas, no se consideraba en modo alguno inferior a otra. Pero el placer atrajo a ella los vicios como hace el calor con las serpientes. La reina de Navarra desató las fantasías y causó la ruina de las armas. Enseñó al rey su marido que, cuando no tiene amor, un caballero no tiene alma, y este amor lo cultivaba ella abiertamente, queriendo de este modo demostrar que la

admisión pública era señal de virtud y que el secreto era sinónimo de vicio. El príncipe, inclinado a la complacencia, aprendió a ser amable con los cortejos de su mujer, y ella a serlo con las amantes de su esposo».

El experimento de Margarita fue de breve duración, ya que el ruido de las armas volvió bien pronto a dejarse oír, pero el recuerdo de aquel momento mágico se resistió a morir. La utopía de una corte de amor bajo el signo de la belleza y de la armonía fascinó a sus contemporáneos y la fama de Nérac traspasó las fronteras. Sería un escritor del otro lado del Canal de La Mancha quien fijara para siempre su memoria. Una decena de años después, tomando la corte de Navarra como escenario de *Trabajos de amor perdidos*, Shakespeare permitió que el arte de lo efímero de Margarita se inscribiera en la larga duración de la literatura.

En 1582, cuando volvieron a estallar las hostilidades entre católicos y hugonotes, Enrique III y Catalina convencieron a Margarita para que regresara a París, con la esperanza de atraer también al rey de Navarra a la capital. Este segundo período de alejamiento de su marido marcó para la joven reina el inicio de una larga deriva. Pronto quedó claro que su influencia sobre él era casi inexistente y por tanto su presencia en la corte de Francia no sólo inútil sino también perniciosa, puesto que Margarita se empleó abiertamente en favor de las ambiciones del duque de Alençon y, no contenta con fomentar la discordia, constituía una continua fuente de escándalo. Enrique III, por lo tanto, utilizó como pretexto su relación con Champvallon y el supuesto nacimiento de un hijo ilegítimo para desembarazarse de ella expulsándola afrentosamente de la corte. Una vez más, el rey de Navarra dio prueba de una gran falta de prejuicios y de una rápida inteligencia política: después de agotadoras tentativas, encajó el insulto y readmitió a su esposa a cambio de la salida de las guarniciones francesas de tres bastiones hugonotes de señalada importancia. Pero en esta ocasión Nérac reservó a su reina una acogida gélida y el propio Enrique no sólo se negó a compartir el lecho con ella sino que persistió en ignorar su presencia, pasando la mayor parte del tiempo en compañía de su nueva amante, la bella, culta e imperiosa Diana de Andois, a la que llamaban Corisande. Era evidente que el rey de Navarra proyectaba separarse de su mujer y sólo estaba esperando el momento propicio para hacerlo. En esta humillante situación, la muerte del duque de Alençon, acaecida en 1584, privó a Margarita de su principal aliado y contribuyó a hacer su posición todavía más delicada, induciéndola a cometer el postrer y definitivo error político de su vida. En lugar de sustituir a su desaparecido hermano como punto de referencia del partido moderado, favorable a una política de reconciliación entre católicos y protestantes, y desarrollar así un papel de mediación en la nueva guerra de religión –la octava–, que presenciaba el enfrentamiento de Enrique de Navarra con Enrique III, Margarita se distanció de ambos y se alineó con los enemigos comunes de ambos, España y la Liga,

perjudicando gravemente su propio futuro. El 19 de marzo de 1575, en un gesto inaudito para su época, «abandonó» el techo conyugal y se refugió en Agen, la ciudad que le estaba asignada. Ya abiertamente reñida con su marido, su madre, su hermano, empezó a pasar de una ciudad a otra, de una aventura a otra, acompañada por un puñado de fieles cada vez más exiguo, dejando tras de sí los cadáveres de sus últimos amantes y una reputación hecha jirones. Su carrera llegó a término en octubre de 1586, cuando tuvo que rendirse a los soldados que Enrique III y Catalina habían mandado en su seguimiento y fue encerrada en el castillo de Usson.

En aquella tétrica fortaleza, a pico sobre el valle de Issoire, en Alvernia, Margarita pasaría los veinte años siguientes –los centrales de su vida–, primero como prisionera y luego como castellana, dando la verdadera medida de su extraordinario carácter. ¿Acaso la lectura de Plutarco no le había enseñado que las adversidades constituyen el banco de prueba de las almas fuertes?

Sola en su remoto castillo, mientras la dinastía de los Valois llegaba, con la matanza de los Guisa, la desaparición de Catalina y el asesinato de Enrique III, a su sangriento epílogo, la reina en el exilio demostró que sabía bastarse a sí misma, rezando, leyendo, escuchando música y confiando a la escritura la tarea de dar a su vida unidad y coherencia. En Usson, Margarita decidió redactar sus memorias, realizando así un gesto doblemente inaugural: fue la primera mujer que tuvo la audacia de relatar su vida y, al mismo tiempo, abrió el camino a la autobiografía moderna.

En los primeros meses de 1594, el *Discours sur la reine de France et de Navarre*, de Brantôme, la impulsó a tomar la pluma. El panegírico a ella dedicado por su viejo admirador, también él caído en desgracia y retirado a sus tierras, no lejos de Usson, la celebraba en los años gloriosos de su juventud, pero no estaba libre de errores y sobre todo no tenía en cuenta las razones profundas de sus decisiones ni la idea de sí misma a la que siempre había tratado de mantenerse fiel. Única depositaria de las verdades que la concernían, Margarita respondió al elogio que Brantôme le dirigía dedicándole, a su vez, su propia versión de los hechos, una versión que hacían aún más urgentes las acusaciones infamantes lanzadas contra ella por los libelistas de la época y la conciencia de que su matrimonio había llegado ya a su fin. Al reescribir su vida a la luz no de sus fracasos sino de los valores en los que siempre se había inspirado –el valor, la lealtad, la generosidad, el odio al disimulo, la fidelidad a la religión católica–, Margarita reivindicaba su vocación de princesa real y tomaba su desquite de la Historia. Pero para ella no había llegado aún el momento de salir de escena.

En 1593, en Chartres, Enrique de Navarra, tras abjurar del protestantismo, se hizo consagrar rey de Francia y acto seguido entabló negociaciones con su mujer para proceder a la anulación de su matrimonio. No es difícil imaginar la amargura

de Margarita al darse cuenta de que había perdido la gran ocasión de su vida y que había pagado un precio tan alto por su deseo de libertad. Aunque no era estéril, no había logrado cumplir con el primero de los deberes de una reina, el de asegurar un heredero al trono, y ya tenía demasiada edad para hacerlo. Además, su escandalosa reputación parecía incompatible con el aura sacra necesaria a la esposa de un rey de Francia. Y sin embargo, aunque era bien consciente de haber perdido la partida, la última de los Valois supo concluir el juego bellamente.

Gracias a su talento diplomático y a su tenacidad, Margarita no sólo obtuvo, a cambio de su consentimiento a la anulación, una pingüe asignación, la plena reintegración en sus posesiones, el reconocimiento de sus derechos hereditarios y la autorización para abandonar Usson conservando el título de reina, sino que se ganó también el reconocimiento y la amistad de Enrique. «Hermana mía», le escribía el rey, dándole la noticia de la anulación religiosa, «deseo que sepáis que no pretendo, después de todo lo que ha ocurrido, teneros en menos estimación ni amaros menos que antes; quiero, por el contrario, ocuparme más que nunca de cuanto os concierne y mostraros en todas las ocasiones que, de ahora en adelante, me propongo ser vuestro hermano no sólo de nombre sino también de hecho». Margarita, por su parte, le respondía: «Monseñor, Vuestra Majestad no se contenta, a imagen de los dioses, en colmar a sus criaturas de bienes y favores, sino que se digna también mirarlas y consolar sus aflicciones. Este honor, que atestigua su benevolencia, es tan grande que solamente puede ser igualado por mi infinito deseo de consagrarme a su servicio».

En el verano de 1605, después de más de veinte años de ausencia, Margarita regresó a París, donde fue recibida con todos los honores por Enrique IV, su nueva esposa, María de Médicis, y el pequeño delfín. Ya de más de cincuenta años de edad, con tendencia a la obesidad, con maquillaje, peluca y trajes pasados de moda, la última de los Valois se preparaba, con una extrema y extraordinaria metamorfosis, a dar a Francia una lección de comportamiento verdaderamente regia. Alojada en el magnífico *hôtel* de Sens, a la orilla del Sena, con la nueva denominación de Reina Margarita, acuñada para hacer frente a la situación, del todo inédita, de una reina repudiada que reside oficialmente en París, recuperó las tradiciones de su familia y, reuniendo a su alrededor, como ya había hecho en el pasado, poetas, escritores, eruditos, filósofos, teólogos, científicos y músicos, ofreció a la naciente civilización mundana un ejemplo de mecenazgo renacentista. «Como sus almuerzos y sus cenas estaban consagrados, antes que nada, al alimento del espíritu, como había hecho ya el padre de las letras, su abuelo Francisco I, su majestad tenía junto a sí a cuatro hombres a los cuales, al sentarse a la mesa, señalaba argumentos para que los desarrollasen [...] y cuando dichos hombres habían concluido de hablar, para no desmentir en nada su grandeza real, hacía venir una orquesta de violinistas, luego una bella música vocal, y por fin el laúd.»

Idealmente inspiradas en el *Banquete*, las discusiones filosóficas que acompañaban hasta las comidas de Margarita no tenían solamente una finalidad especulativa, sino que constituían una ocasión para ostentar el prestigio real, eran una especie de «teatro de corte» destinado en igual medida al público de los invitados, un ceremonial cuyo centro era la reina. Pero no fue sólo con estas conversaciones eruditas como ella contribuyó al debate cultural de su tiempo.

Al marcharse de Usson, proyectada nuevamente hacia el futuro, Margarita interrumpió la redacción de sus memorias, pero no por ello dejó la pluma. Su *Discours docte et subtil* de 1614, auténtico manifiesto feminista que teorizaba la superioridad de las mujeres sobre los hombres, muestra que Margarita se había reconciliado finalmente con su sexo, asumiendo con orgullo su identidad femenina. La pregunta que abre el *Discours* —«¿Por qué los hombres rinden tanto honor a la mujer?»— era asimismo una cuestión crucial, que estaba en el origen de uno de los rasgos distintivos de la moral nobiliaria. ¿Era en virtud de su fuerza o de su debilidad por lo que, desde los tiempos de la civilización cortés, las mujeres se habían convertido en objeto del homenaje masculino? La autora no tenía dudas y demostraba con claridad y elegancia que «la debilidad y la fragilidad no generan honor sino desprecio y piedad [...] y no es en consideración a su debilidad sino a su excelencia como el hombre rinde honor a la mujer». Por otra parte, la presencia al lado de Margarita, en funciones de bibliotecaria, de Mademoiselle de Gournay, que poco después relanzaría el debate feminista trasladando el acento a la desigualdad, no podría ser más emblemática del interés que en los últimos años de su vida albergaba la reína por aquella *querelle des femmes* que había atravesado todo el siglo.

Margarita realizaba así un proyecto encaminado no solamente a reforzar su singular posición de esposa repudiada, sino también a consolidar la del nuevo soberano. Ella se valió de todos los medios para reforzar la autoridad de Enrique IV, fue pródiga en consejos y ayudó a María de Médicis a restablecer la etiqueta de corte y a devolver al Louvre a su antiguos fastos. Sobre todo, ella, que no había conseguido dar un heredero al trono, llegó a experimentar un profundo sentimiento maternal por el pequeño delfín, quien, por su parte, le correspondía con un afecto sincero. Aun antes de conocerlo, Margarita había decidido nombrarlo su heredero universal, con un *beau geste* que favorecía a Enrique al subrayar la legitimidad de la transición dinástica entre los Valois y los Borbones.

Víctima ejemplar de la ley sálica, que la había excluido, última de su raza, de la sucesión, privada por lo tanto de una corona que le correspondía por derecho, Margarita se comportó en los últimos años de su vida con la sabiduría política, el sentido del Estado, la generosidad y la elegancia moral de una auténtica soberana, y fue esta victoria sobre un destino que durante tanto tiempo le había sido adverso lo que dulcificó los últimos años de su vida. Pero ella no podía imaginar que el

tiempo le tenía reservada otra corona. Desde la época romántica, después de dos siglos de ostracismo y de instrumentalización política, durante los cuales fue rebautizada con el sobrenombre de Margot –el único que la llamaba así, cuando era niña, había sido su hermano Carlos IX–, Margarita se convirtió en reina de un país sin fronteras y sin tiempo, situado al margen de la Historia, el reino de la novela y de la aventura, en el cual no le faltarían nunca súbditos fieles, prestos a rendirle un entusiasta homenaje de simpatía y admiración.

Gabrielle d'Estrées

A un paso del trono

La última condición sobre la cual, en el transcurso de las negociaciones para la anulación de su matrimonio, la reina de Navarra se mostró inamovible fue que su lugar había de ser ocupado por una princesa digna de ceñir la corona francesa y no, como decía en privado, una «meretriz». «Una mujer de baja extracción social», la definió el barón de Rosny, futuro duque de Sully, una mujer que, si hacemos caso a los rumores que circulaban, había «llevado una vida sobremanera sucia y fea».

Desde hacía nueve años, en efecto, Enrique IV estaba loco de amor por una joven que le había dado tres hijos y estaba pensando, una vez obtenida la anulación de su primer matrimonio, en casarse con ella, cosa que sería incompatible no sólo con el sentido de dignidad de Margarita sino con el honor de la corona francesa.

A decir verdad, Gabrielle d'Estrées –era éste el nombre de la «meretriz» en cuestión– no había elegido convertirse en la amante de Enrique, sino que se había resignado a ello, cediendo a las presiones de sus parientes. En su familia materna, los Babou de La Bourdaisière, las mujeres tenían desde hacía tiempo una pésima reputación. La abuela de Gabrielle podía jactarse de haber logrado, aunque fuera fugazmente, deslizarse tanto en el lecho del papa Clemente VII, que estaba en Marsella para asistir a la boda de su sobrina Catalina, como en el de Francisco I. Su hija Françoise, madre de Gabrielle –a ella y a sus seis hermanas se les aplicó el sobrenombre de «los siete Pecados Capitales»–, abandonó prole y marido para seguir a su último amante, darle una hija y morir con él de muerte violenta. Confiada a su padre, Antoine, que ejercía el cargo de gobernador de Picardía, Gabrielle creció, al lado de su hermana Diane, lejos de la corte, en el fastuoso castillo de Coeuvres, donde llevó una existencia tranquila hasta que, a los diecisiete años, descubrió el amor en los brazos de Roger de Saint-Lary, conde de Bellegarde, Gran Escudero de Francia. Antes de pasar a servicio del nuevo monarca, el bello Roger había sido uno de los *mignons* de Enrique III; tenía una cabellera llameante, «los hombros anchos, el tórax delgado y el vientre plano». En 1590, hallándose en Picardía cumpliendo una misión, se enamoró de Gabrielle a primera vista y decidió casarse con ella. Todo parecía indicar un destino feliz para la joven pareja, pero Bellegarde cometió un error fatal: se confió con el soberano jactándose de la belleza de su amada en unos términos que suscitaron la curiosidad de éste. Así, poco tiempo después, encontrándose en Compiègne, Enrique quiso cerciorarse personalmente de los atractivos de Mademoiselle d'Estrées.

Lo que es bella, lo era en verdad Gabrielle, como habría reconocido incluso una rival suya, Mademoiselle de Guisa, luego princesa de Conti, supuesta autora de los *Amours du Grand Alcandre*, nombre en clave de Enrique: era rubia, pero de un rubio pálido; «sus ojos eran de color de cielo y tan brillantes que era difícil saber si tomaban su viva claridad del sol o era el sol el que les era deudor de la suya. Tenía las cejas arqueadas y gratamente oscuras y la nariz un poco aguileña; su boca era de color de rubí; el seno, más blanco que el marfil más bello y pulido, y la carnación de las manos semejante a las rosas y a los lirios». Para el soberano, verla y desearla fue todo uno.

En efecto, con el paso de los años Enrique se preocupaba cada vez menos de dominar sus impulsos eróticos y el número de sus amantes crecía vertiginosamente. El furioso deseo de posesión que Gabrielle había despertado en él lo indujo a abusar sin pudor de su autoridad de soberano, mandando a Bellegarde que se quitase de en medio y le cediese su lugar en el corazón y en el lecho de su amada.

El Gran Escudero agachó la cabeza, pero Gabrielle se mostró menos dócil. La joven amaba a su bello Roger y experimentaba una auténtica repugnancia por aquel hombre pequeño, seco, de aspecto descuidado y mirada de sátiro, veinte años mayor que ella y al que las vicisitudes de la vida y las fatigas de la guerra hacían parecer aún más viejo. Enrique, entonces, acudió a su padre y a la tía materna de Gabrielle, Isabelle de Sourdis, haciendo entrever a todos ellos las ventajas de las que gozaría toda la familia si la bella se decidiera a mostrarse un poco más complaciente. En febrero de 1591, Gabrielle fue obligada a capitular.

La relación entre ambos tuvo un comienzo borrascoso: entregado a la reconquista del país, permanentemente en armas, Enrique llevaba una vida itinerante y hacía que Gabrielle se reuniera con él en tal o cual puesto militar avanzado, en cuanto las circunstancias lo hacían posible. Para permitir que su amante abandonase la casa paterna respetando las apariencias, en 1592 el rey le dio un marido de conveniencia, Nicolas d'Amerval de Liancourt, barón de Benais, un viudo entrado en años dispuesto a renunciar al ejercicio de sus derechos conyugales a cambio de un sustancioso provecho económico. Pero ni siquiera esto fue suficiente para proteger a Enrique de las asechanzas de los celos. Gabrielle no se esforzaba en fingir unos sentimientos que no experimentaba, ni en realidad había interrumpido nunca su relación con Bellegarde; en las apasionadas cartas que Enrique le dirige aquellos primeros años no es raro que las declaraciones de amor se entremezclen con las recriminaciones, los ruegos y las amenazas: «No hay nada que alimente más mis sospechas», le escribía el 14 de julio de 1593, «ni que las reavive más que vuestra conducta para conmigo [...]. Decidíos pues, señora mía, a tener un solo servidor. En vuestras manos está cambiarme; en vuestras manos está concederme vuestro favor; pero no me hagáis la injusticia de creer que otro en el

mundo pueda servirlos con un amor semejante al mío, así como ningún otro puede igualar mi fidelidad».

Esta carta fue escrita en Saint-Denis, en un momento en el cual las penas del corazón no constituían desde luego la única preocupación del soberano. Precisamente en aquellos días, como comunicó a Gabrielle en la misiva siguiente, estaba en plenas negociaciones con el clero católico y se preparaba para dar el «salto peligroso», es decir, a abjurar de la religión en la que había nacido. Pero con su conversión al catolicismo el rey de Navarra dejó de ser el pretendiente al trono de Francia y seis meses después, consagrado rey en Chartres, fue reconocido como soberano legítimo incluso por la mayor parte de las regiones y de las ciudades que habían permanecido hostiles a él. El 22 de marzo del año siguiente, Enrique hizo su entrada en París y tomó posesión del Louvre y de las demás residencias reales, y mientras el país enteró se inclinaba ante él, también Gabrielle empezó a mirar con nuevos ojos a su viejo y poco amado cortejo. Si hasta entonces su vida había consistido en una sucesión de coacciones y renunciaciones, ahora tenía un objetivo por el que luchar, una razón para corresponder a los sentimientos de Enrique y tenerlo firmemente ligado a ella: se proponía convertirse en su esposa y reinar a su lado.

Un éxito decisivo supuso para Gabrielle el dar a luz a un hijo, el 7 de junio de 1594. A los cuarenta años, Enrique se abandonó a las alegrías de la paternidad. «Mis bellos amores», escribía tres meses después a Gabrielle desde Fontainebleau, «dos horas luego de la llegada de este mensajero veréis a un caballero que os ama mucho, al que llaman rey de Francia y de Navarra, título ciertamente honorable, pero hartamente fatigoso de llevar. El de súbdito vuestro es mucho más grato. Los tres juntos son buenos, sea cual sea la salsa con la que se condimenten, y estoy decidido a no cederlos a nadie».

Para que Enrique pudiese reconocer a su hijo era preciso liberar a Gabrielle de su fingido esposo: tras un proceso farsa, en el curso del cual el pobre Liancourt fue obligado a declararse impotente, el tribunal de Niort restituyó a la joven a su anterior estado de *non nupta*. Y, si bien la anulación del matrimonio del soberano se preveía menos sencilla, Gabrielle podía de todos modos emprender la carrera de concubina oficial sin temer ya incurrir, por lo que a ella se refería, en la acusación – entonces extremadamente grave – de adulterio.

Había que remontarse a la época de Diana de Poitiers para tropezar con un ejemplo similar de favor real. Títulos, propiedades, beneficios, cargos, cantidades astronómicas, joyas y regalos testimoniaban casi cotidianamente la irresistible ascensión de la ex baronesa de Liancourt, convertida en marquesa de Montceaux y luego en duquesa de Beaufort. A diferencia de Diana, sin embargo, Gabrielle no tenía una rutilante reputación que usar como escudo, y la indignación suscitada por tan insultante despilfarro del dinero público, en un país castigado por las guerras y

las carestías y al borde de la bancarrota, se vio reavivada por el escandaloso acrecentamiento de los honores que se rendían a la favorita y a sus bastardos.

Ya en el momento de la conversión de Enrique en Saint-Denis fue necesario tomar precauciones para proteger de la hostilidad de la multitud a Gabrielle, que en los años siguientes, acusada desde el púlpito por predicadores parisienses de empujar al rey a la perdición, se convertiría de manera creciente en blanco del rencor popular. Entre los versos que circulaban sobre ella (y no los más feroces), podemos citar los transcritos por L'Estoile en su diario:

*Gabriel vint jadis à la Vierge annoncer
Que le Sauveur du monde auroit naissance en elle;
Mais le Roy aujourd'hui, par une Gabrielle,
À son propre salut a voulu renoncer⁴.*

Es profundamente significativo un episodio transmitido también por L'Estoile: «Un impresor de nombre Chupin, llegado hacía poco de Ginebra, me contó que, habiéndose dirigido al Louvre para sus asuntos, se había encontrado en la entrada con Madame de Liancourt magníficamente vestida y escoltada. No sabiendo de quién se trataba y viendo que todos le rendían pleitesía, se había detenido a preguntar quién fuese, y se había quedado sin habla cuando un arquero de la guardia del rey le respondió con presteza y en voz alta: “Amigo mío, es una que no vale nada; es la puta del rey”».

En enero de 1595, Enrique reconoció y legitimó con cartas patentes registradas por el Parlamento de París a César de Vendôme, el primer hijo habido de Gabrielle. El gesto, que no tenía precedentes, suscitó no poco escándalo, hasta el punto de que las malas lenguas atribuyeron la paternidad del niño a Bellegarde, insinuando que el soberano había renunciado a llamarlo Alexandre para evitar posibles juegos de palabras entre el apelativo de Grande y el cargo de Gran Escudero que ostentaba el amante de Gabrielle.

Al cabo de dos años, sin embargo, los signos de censura vinieron de la propia familia real. Cuando fue llamada a ser la madrina de Catherine-Henriette, el segundo vástago del soberano, Catalina de Borbón, hermana del soberano y primera dama del reino, se negó lo menos tres veces, ante los más altos representantes de la corte, a tomar a la recién nacida de la cuna y ponerla en las manos de príncipe de Conti, encargado de conducirla a la pila bautismal. El rey no insistió y, a pesar del incidente, la ceremonia se desarrolló con la solemnidad y el fasto debido a una princesa de la sangre.

Pero es con el nacimiento de su tercer hijo, al cual se impuso finalmente el nombre del gran capitán macedonio, cuando la ambición de Gabrielle y la aquiescencia de Enrique alcanzan su culminación. El 13 de diciembre de 1589 es bautizado en Saint-Germain Alexandre-Monsieur y al final de la ceremonia, como

era costumbre cuando se trataba de un «hijo de Francia», heraldos, trompeteros y tañedores de oboe le rindieron gozosamente homenaje. Como si esto no bastase, en la suntuosa cena que concluyó los festejos la duquesa de Beaufort no se sentó en la mesa al lado del soberano sino frente a él, es decir, ocupando el lugar reservado a la reina. Verdaderamente, aquello colmó la medida. El lealísimo ministro de Hacienda se negó a dar a los músicos la recompensa debida por un bautizo real y se vio obligado a recordar a Enrique el sentido de la realeza: «Para que vuestros hijos sean considerados hijos de Francia es necesario que haya habido con anterioridad un matrimonio». La indignación popular se expresó en términos igualmente explícitos, si bien menos elegantes:

Mariez-vous, de par Dieu, Sire!
Vostre lignage est bien certain:
Car peu de plomb et de cire
*Légitime un fils de putain*⁵.

Gabrielle no merecía tantos reproches y su comportamiento no era el de una vulgar cortesana. Desde luego, desconocemos cuáles eran sus verdaderos sentimientos, pero es probable que, con el paso de los años, su actitud hacia Enrique hubiese cambiado. La extraordinaria personalidad de su amante, su carisma, su valor, sus éxitos, el aura sagrada que lo envolvía ya no podían dejar de imponerse a su admiración, al igual que la tenacidad de la pasión del soberano por ella y el constante deseo de hacerla partícipe de sus triunfos habrían modificado sin duda profundamente la naturaleza de sus relaciones. La joven caprichosa e inestable, dispuesta a aprovechar cuantas oportunidades tuviera para tomar revancha de la violencia sufrida, había dejado paso a una compañera fiel y cómplice, atenta a responder a las exigencias afectivas del rey y orgullosa de la influencia que ejercía sobre él, una influencia cualquier cosa menos nefasta, puesto que Gabrielle era, junto con su familia, convencida partidaria de una política de tolerancia y contribuyó a empujar a Enrique tanto a la conversión al catolicismo como a la promulgación del edicto de Nantes. El nacimiento de tres hijos y la común preocupación por asegurarles el mejor porvenir posible habían coadyuvado más aún a consolidar la unión entre los dos amantes.

Si bien la ambición y el gusto por el poder no fueron desde luego ajenos a la metamorfosis de la joven, para ella, antes que constituir un fin en sí mismos, se imponían como un necesario instrumento de defensa. Por grande que fuese el ascendiente que Gabrielle hubiese adquirido sobre Enrique, su situación seguía siendo frágil y aleatoria, ya que dependía de la benevolencia del soberano, que, a su vez, no siempre era dueño de decidir según sus deseos. Ella sabía, por tanto, que el único estatus capaz de garantizar sus derechos era el de reina y, si bien semejante hipótesis parecía inconcebible, durante años Enrique autorizó a la mujer amada a

creerla realizable. Por esta razón, el caso de Gabrielle se aparta de los de todas las demás favoritas reales y es doblemente ejemplar. Por un lado muestra la fuerza, la audacia subversiva de la seducción femenina, por otro sus límites infranqueables.

Todo el mundo estaba de acuerdo en que, una vez en el trono, Enrique debía consolidar la paz y la estabilidad del país tomando esposa y trayendo al mundo herederos que asegurasen la continuidad dinástica, con objeto de evitar que se reavivasen los conflictos en el momento de su sucesión. Es cierto que el rey todavía estaba casado, pero Margarita, de la cual vivía separado desde hacía más de diez años, estaba dispuesta a firmar la demanda de anulación, naturalmente con la salvedad de una serie de condiciones, cuya lista, sin embargo, se iba haciendo más larga de negociación en negociación. Para tener en cuenta la opinión pública católica, Enrique se vio obligado después a apelar directamente a la autoridad del Papa, pero la dispensa pontificia requería paciencia. Recientemente convertido, el rey debía ser ante todo absuelto de la acusación de herejía; además, el Sumo Pontífice deseaba ser informado de la identidad de aquella a la que su dispensa habría de aprovechar.

Iniciadas en 1594, las diligencias relativas a la anulación se prolongaron durante casi seis años, los más intensos y serenos de la relación del rey con Gabrielle. Como atestiguan las extraordinarias cartas que Enrique escribió a su amante y que han llegado hasta nosotros, no se trataba solamente de la perduración de una violenta pasión física. En la atribulada y dramática existencia del soberano, la joven había llegado con el tiempo a constituir un refugio seguro, un oasis, de calma, de belleza, de armonía, de refinado hedonismo. Sully, que sin embargo no quería a Gabrielle, ha enumerado en sus memorias las cualidades que el soberano decía apreciar más en ella, cualidades entre las cuales figuraban la dulzura, la gracia y la amabilidad: era ella, en efecto, la persona a la que el rey «podía confiar sus secretos y sus preocupaciones y recibir un tierno y afectuoso consuelo». Y ahora que sus ministros le pedían que diese un heredero a la corona y, de acuerdo con la vieja lógica de las alianzas matrimoniales a la que debía su desastrosa unión con Margarita, estaban buscando afanosamente una princesa extranjera, ¿cómo podía Enrique ignorar el hecho de que Gabrielle ya le había dado tres hijos hermosísimos que lo llenaban de alegría y orgullo? ¿Acaso no tenía ya una familia que, por primera vez en su vida, le hacía enormemente feliz? Después de todo, ¿quién podía oponerse a sus deseos y qué le impedía casarse con Gabrielle?

Pero el rey sabía bien que no era más que un sueño, y que no era la aspiración a la felicidad la que guiaban las elecciones matrimoniales de un soberano. Una mujer que había sido públicamente su concubina jamás podría convertirse en reina; y aun cuando esto hubiera sido posible, dado que Margarita se negaba a declarar que su matrimonio no había sido consumado, no había anulación capaz de remediar el hecho de que los hijos tenidos por Gabrielle eran fruto del adulterio y por lo tanto

no estaban en ningún caso legitimados para sucederle. Además –como se apresuraba a recordarle Sully–, el más desfavorecido era precisamente el primogénito, César, ya que había nacido de la relación de unos progenitores que eran adúlteros los dos y Alexandre no había venido al mundo sino tras la anulación del matrimonio de su madre con Liancourt, lo cual complicaba aún más las cosas. Sólo los hijos que pudieran nacer después del matrimonio de Enrique con Gabrielle tendrían derecho a subir al trono, mas ¿a costa de qué terribles conflictos con sus hermanos mayores y con qué funestas consecuencias para todo el país? Pero, si las cosas estaban así, ¿por qué el rey había hecho creer a Gabrielle que el sueño podía hacerse realidad? ¿La había engañado deliberadamente, por debilidad, por egoísmo, para vivir tranquilo? ¿O se mecía él mismo en la ilusión de conservar intacto su paraíso privado y encontrar una solución en el último momento? En aquella larga y trágica travesía del desierto en la que había consistido su vida, siempre había sido su indomable individualismo el que prevaleciera sobre las circunstancias. Se había acostumbrado a ocultar cuidadosamente sus verdaderas intenciones, a celebrar al mismo tiempo negociaciones secretas de signo contrario y a mantenerse abiertas todas las posibilidades, para salir a la luz sólo en la recta final, confiando no poco en su instinto y en su buena suerte. Un juego de azar continuo que, tanto en la política como en la guerra, lo había visto siempre vencedor. El «rompecabezas» matrimonial con Gabrielle se anunciaba, sin embargo, particularmente complicado.

En primer lugar, se veía ya claro que ni el Papa ni Margarita darían su consentimiento a la anulación sin tener a cambio la absoluta garantía de que el rey no se iba a servir de ella para casarse con su amante. Era preciso, pues, iniciar negociaciones matrimoniales creíbles y conformes con el prestigio de la monarquía francesa, sin perjuicio de cambiar luego de idea en el último momento. A la sazón, no obstante, la lista de princesas europeas todavía libres y en edad de procrear era muy limitada, y tampoco el pasado hugonote de Enrique y su reciente conversión contribuían a facilitar la búsqueda.

De todas, la candidata que mejor respondía a los intereses de la corona era –¡como némesis para Enrique!– una princesa Médicis. En 1598, María tenía veinticinco años y una belleza de matrona; huérfana de padre y madre, era sobrina del gran duque Fernando y llevaba en dote la anulación de la inmensa deuda que Enrique había contraído con las bancas florentinas para financiar la reconquista de su reino. El proyecto, respaldado con fuerza por el fidelísimo ministro de Hacienda de Enrique, gozaba asimismo del apoyo incondicional del primo del gran duque, el papa Clemente VIII.

Las cartas del canónigo Bonciani, encargado por Fernando de dirigir las negociaciones matrimoniales de María, nos permiten seguir el descarado doble juego del rey de Francia. Desde hacía tiempo, Enrique había dado su consentimiento general al proyecto florentino, utilizando con todo una táctica de

aplazamientos para perder tiempo y diferir día tras día la difícil cuestión de qué solución dar a su vínculo con Gabrielle. «Sin la duquesa, el matrimonio de vuestra sobrina se acordaría en cuatro meses», escribía Bonciani al gran duque, y constataba desolado que el amor del rey por la dama en cuestión aumentaba cada día más, hasta tal punto que, en los primeros meses de 1599, el canónigo parece dar por perdida la partida: «El rey de Francia», dice en una misiva en clave conservada en los archivos mediceos, «finge querer desposar a María de Médicis para obtener la anulación de su matrimonio, y una vez obtenida se casará con Gabrielle».

Las relaciones de los embajadores italianos acreditados en la corte de Francia a sus respectivos gobiernos expresaban las mismas perplejidades y las mismas sospechas que el diplomático toscano; el soberano no parecía preocuparse de corregir sus impresiones. Enrique tenía siempre al lado a su amante, la acariciaba y besaba delante de todos, le reservaba un tratamiento regio, condescendía a todos sus deseos y no toleraba que sus consejeros lo llamasen a la razón.

A su vez, la favorita hacía alarde de su poder con insolencia, intervenía en los nombramientos, amenazaba a los ministros que le oponían resistencia y no ocultaba sus esperanzas de casarse con el rey. ¿Ahogaba en ella la ambición toda prudencia o era más bien un modo de habituar a la gente a la idea de un matrimonio que se juzgaba inconcebible?

La segunda hipótesis es con mucho la más probable. Aunque segura del amor de Enrique, Gabrielle no podía desconocer la reprobación que suscitaba por doquier la perspectiva de la unión de ambos, ni tenía certeza de que su amante pudiese resistir durante mucho tiempo el descontento del país entero. Aparte de los hugonotes, que temían, mucho más que una *mésalliance*, una unión que pudiera devolver al rey al seno de la Iglesia católica, en Francia todos le eran decididamente hostiles. Por otro lado, ¿quién podía garantizarle que Enrique iba a seguir amándola? Y entonces ¿qué sería de ella, de sus tres hijos y del cuarto que estaba en camino? Presa de la ansiedad, expuesta a todas las miradas, boicoteada por los ministros, convertida en blanco cotidiano de los insultos del pueblo, Gabrielle sintió que le faltaba el suelo bajo los pies y, apelando a la pasión del rey, decidió adelantarse a sus enemigos y, creando una situación irreversible, devenir reina de hecho en espera de serlo de derecho.

Si en diciembre de 1598 Enrique había escandalizado a la corte con el bautismo de su tercer hijo, el 23 de febrero de 1599, martes de Carnaval, la sumió en la consternación al quitarse del dedo el anillo bendecido que había recibido en Chartres el día de su consagración y ponerlo en el dedo de su favorita. El gesto sacrílego fue acompañado del compromiso formal del rey de casarse con la duquesa de Beaufort el primer domingo después de Pascua. Faltaba todavía, es cierto, la dispensa papal, pero a Enrique no parecía preocuparle. «Sólo Dios o la muerte del

rey pueden detener mi fortuna», se regocijaba Gabrielle, y en efecto su victoria parecía completa.

Todo estaba preparado para el gran acontecimiento, desde el vestido de novia, de terciopelo carmesí –el color reservado a las reinas hasta las colgaduras de seda del mismo color para su nuevo dormitorio en el Louvre; sin embargo, según pasaban los días la favorita empezó a dar señales de nerviosismo. ¿Había sabido quizá por sus espías que Enrique, reavivadas las negociaciones con el enviado florentino, se había puesto a discutir en detalle los artículos relativos a la dote de María? ¿Y que, como escribió Bonciani al gran duque, la revocación por parte de Margarita de sus últimos poderes para la anulación «no había desagradado al rey»? ¿Y que, por lo tanto, el rey le había «hecho promesas que en el último momento no pensaba mantener»? ¿O eran más bien las respuestas infaustas de los astrólogos y los adivinos italianos que consultaba obsesivamente lo que la alarmaba? ¿O, más simplemente, se trataba de la fatiga debida a su embarazo, unida a la tensión emocional al ver aproximarse una ceremonia por la cual había luchado tan apasionadamente y de la que dependían su futuro y el de sus hijos?

Es verdad que cuando, al llegar las festividades de la Pascua, el confesor sugirió al rey que guardase las apariencias y se separase por algunos días de su favorita, Gabrielle sufrió una terrible crisis de pánico y suplicó en vano a Enrique que le permitiera permanecer con él en Fontainebleau. El soberano la acompañó hasta Corbeil, desde donde una gran chalupa, remontando lentamente el Sena, la llevaría en el transcurso de pocas horas a París. Su despedida –contarían después Bassompierre y Fouquet La Varenne, encargados de escoltar a la favorita– fue dramática, «como si ambos supiesen que no volverían a verse jamás». Y fue así, en efecto, como sucedió, pues Gabrielle murió cuatro días después en París, presa de atroces sufrimientos, sola, abandonada de todos y después de invocar inútilmente en su socorro al hombre que tanto la amaba. Tenía apenas veintiséis años y ninguna otra favorita de un rey de Francia había estado tan cerca como ella de convertirse en reina de Francia.

Pero ¿qué ocurrió en realidad en aquellos cuatro fatídicos días? No faltan relatos detallados de las últimas horas de vida de Gabrielle, ya que el carácter inesperado y trágico de su muerte causó una enorme impresión a sus contemporáneos. No obstante, si bien todos coinciden en la dinámica de los acontecimientos, las explicaciones de las causas que los determinaron difieren notablemente. Unos, ateniéndose al dictamen médico, creyeron en la muerte natural motivada por una eclampsia de la gestación avanzada; otros vieron en la desaparición de la favorita la intervención de una potencia sobrenatural, divina o demoníaca; y otros, en fin, no dudaron de que la duquesa de Beaufort hubiese sido envenenada.

El martes 6 de abril, hacia las cuatro de la tarde, Gabrielle, ya en el noveno mes de su embarazo, desembarcó en el Arsenal, donde fue recibida por un grupo de

damas de alto rango que la acompañaron a casa de su hermana, la mariscal de Balagny. Desde allí se dirigió luego, en compañía de Fouquet La Varenne, a la espléndida residencia de Sébastien Zamet, un financiero de origen toscano íntimo amigo suyo y de Enrique IV, que había sido muchas veces anfitrión de los amantes. Le sirvieron una cena exquisita y que comió con apetito, pero al final tomó una cidra que le dejó en la boca un sabor amargo. Posteriormente muchos se declararían convencidos de que Zamet había dado a la favorita una cidra envenenada por orden del gran duque, Fernando, sobre quien pesaba ya la sospecha de haber eliminado con el mismo método a su hermano, el gran duque Francisco María, y a su joven esposa, Bianca Capello, y que por razones políticas y económicas tenía sus miras puestas en el matrimonio de su sobrina con el rey de Francia. Pero no hay que excluir tampoco una intervención de la «santa mano» del Papa, para el cual era de crucial importancia que Enrique IV desposara a una princesa católica capaz de hacerlo volver de manera estable a la órbita tradicional de la Iglesia romana.

A la mañana siguiente, Gabrielle fue a confesarse a la iglesia del Petit-Saint-Antoine y en las primeras horas de la tarde regresó a ella para asistir a la función vespertina, pero el calor y el aroma demasiado intenso del incienso le provocaron un fuerte dolor de cabeza. De regreso en el *hôtel* Zamet, se metió en la cama y, atacada de convulsiones, se desmayó. Al volver en sí, dijo a Fouquet La Varenne que no quería quedarse ni un momento más en casa de Zamet y le pidió que la llevara a casa de su tía, Madame de Sourdis. Ésta, que se hallaba en Blois, fue inmediatamente avisada.

El jueves por la mañana, aunque estaba muy débil, Gabrielle se levantó para ir a comulgar a Saint-Germain-l'Auxerrois, pero a la vuelta tuvo que volver a acostarse. Hacia las cuatro empezó a sufrir terribles convulsiones y los médicos decidieron provocar el parto. La comadrona estuvo torpe y el niño, ya muerto, le fue arrancado del vientre a pedazos. Unas horas después, otra crisis convulsiva, todavía más violenta que la anterior, contrajo los músculos de la enferma y deformó sus rasgos faciales. Gabrielle envió al rey un billete en el que le suplicaba que se reuniera con ella, pero ya su estado parecía desesperado. Mientras su cuerpo seguía siendo sacudido por las convulsiones, la joven perdió progresivamente el uso de la palabra, la vista y el oído y entró en una larga agonía que se prolongó durante todo el viernes y terminó a las cinco de la mañana del sábado santo.

Enrique, que al alba del viernes 9, tras recibir el billete, había montado a caballo y se había puesto en camino hacia París, no llegó a la cabecera de su lecho. Le alcanzó en la carretera un mensaje de Fouquet La Varenne que anunciaba la muerte de Gabrielle y los suyos lo convencieron de que no avanzara más. Ni siquiera Madame de Sourdis consiguió llegar a tiempo y al ver el rostro, espantosamente desfigurado, de la muerta, se sintió aquejada de un súbito malestar.

Así pues, el único que se ocupó de la enferma y tomó las decisiones concernientes a ella fue Fouquet La Varenne, el cual, como ha revelado Jacques Bolle, no estaba por encima de toda sospecha. ¿Cómo es posible que la comadrona, que había dado óptima prueba de su habilidad en los tres partos anteriores de Gabrielle, resultara ser incapaz de hacer frente a la situación? ¿Por qué Fouquet hizo saber a Enrique IV que Gabrielle había muerto al menos veinticuatro horas antes de su verdadero fallecimiento? Sobre todo, ¿por qué permitió que una enorme multitud de curiosos invadiera el palacete de Sourdis y asistiese a la terrible agonía de la pobrecilla? Por una atroz burla del destino, se hizo que Gabrielle muriera en público, como una reina. Y no ya, como será el caso de Ana de Austria, para señalarla como un modelo de resignación cristiana, sino para poder mostrar al mayor número posible de personas sus estigmas de endemoniada. ¿No corría acaso el rumor de que la joven se dedicaba a la brujería y que solamente la ayuda del Maligno le había permitido ofuscar durante tanto tiempo el corazón y el espíritu del rey? Por otra parte, admitiendo que hubiese sido Fouquet La Varenne el artífice de aquella muerte, ¿no había librado de aquel modo a Francia de la pesadilla de un matrimonio contrario a la moral, a la costumbre y a la ley y heraldo de infinitos desastres, y no era aquella decisión perfectamente coherente con las declaraciones ambiguas, las alusiones veladas, las apelaciones a la providencia que encontramos diseminadas tanto en las relaciones y en las cartas de los diplomáticos extranjeros como en las memorias de los contemporáneos? Y los temores que tanto habían turbado a Gabrielle en los postreros meses de su vida, ¿no eran debidos sobre todo a esa atmósfera cargada de recelos, de intrigas, de amenazas? Recordemos, a título de ejemplo, las sibilinas palabras utilizadas por Sully al anunciar la muerte de la duquesa de Beaufort a su joven esposa: «No iréis ni al *lever* ni al *coucher* de la duquesa, porque la cuerda se ha roto. Pero como en verdad ha muerto, Dios le conceda buena y larga vida. He aquí al rey liberado de las muchas preocupaciones que lo atribulaban y del estado de irresolución del cual era presa».

Aunque fue precisamente su «irresolución» la causa primera de la muerte de la mujer amada, el horrible fin de Gabrielle trastornó a Enrique. «Mi dolor no tiene igual, como tampoco lo tenía la persona que es causa de él; la aflicción y el pesar me acompañarán hasta la tumba», escribía a su lealísima hermana, Catalina de Borbón, en respuesta a su carta de condolencia, y concluía: «La raíz de mi amor ha muerto y no dará más brotes». No tenemos razón para dudar de su sinceridad; sin embargo, su dolor sería de corta duración.

Efectivamente, aunque Margarita se apresuró a dar su consentimiento a la anulación, el Papa a concederla y los ministros a cerrar los acuerdos matrimoniales con María de Médicis, Enrique les ganó a todos, suscitando de nuevo el desconcierto general: apenas dos meses después de la muerte de su «bello ángel», de «su corazón», de «su todo», perdió la cabeza por Henriette de Balzac

d'Entragues, una morena veinteañera totalmente carente de escrúpulos. Esta vez, a diferencia de lo que había sucedido con Gabrielle, fue la muchacha la que pactó, con la ayuda de su familia, las condiciones de la entrega. El 1 de octubre de 1599, Enrique firmó una promesa en la cual se comprometía a casarse con Mademoiselle d'Entragues «en el caso de que, en los seis meses próximos, a partir de la fecha de la presente, se quede encinta y dé a luz un varón». Era el comienzo de una nueva farsa, más grotesca y, por fortuna, menos trágica que la primera: en el juego del amor Enrique se había convertido ahora en un tramposo encallecido. Exactamente un año después, el 5 de octubre de 1600, habiendo dado a luz Henriette una niña prematura, nacida muerta, se casó por poderes con María de Médicis. El honor de representarlo fue conferido por él precisamente a aquel Roger de Bellegarde al cual, diez años antes, había obligado a renunciar a Gabrielle.

Una nueva reina florentina

La nueva esposa venida de Italia que Enrique IV llevó al altar en Lyon el 17 de diciembre de 1600 tenía veintisiete años: para los criterios de la época era, por tanto, una novia decididamente entrada en años. Cuando tenía trece, una monja visionaria le había anunciado que llegaría a ser reina de Francia y María había rechazado a todos sus numerosos pretendientes, aguardando algo que sólo parecía un sueño imposible. Pero resultó que, contradiciendo todas las expectativas, las exigencias dinásticas de la monarquía francesa y los intereses políticos del Gran Ducado de Toscana y de la Santa Sede hicieron que el sueño se convirtiese en realidad. Como antes su prima lejana Catalina, María había tenido una infancia solitaria y sin afectos. Huérfana de madre, llena de resentimiento hacia su joven madrastra Bianca Capello, que había acaparado el corazón de su padre induciéndolo a una vergonzosa *mésalliance*, pasó, después del trágico fin de ambos, a estar bajo la tutela de un tío poseído por el demonio del poder. Desde niña había hallado consuelo en la amistad de Eleonora, una muchacha de modesta extracción social y cinco años mayor que ella, tan fea como inteligente, que había conseguido hacerse indispensable. Una amistad que traería grandes desventuras y en la cual la disparidad de condición había generado una relación basada en el servilismo y en la adulación, que, a largo plazo, permitiría a la sirvienta dominar al ama, aprovechándose de su vanidad y de su egocentrismo.

La conciencia del inmenso honor que le había tocado en suerte estaba totalmente exenta, en María, del complejo de inferioridad que siempre había experimentado su antecesora Catalina hacia la raza real de los Valois. Y contribuía a infundirle atrevimiento no sólo la generosa dote con la que venía a saldar las deudas de un marido que, aunque ocupase el trono de la monarquía más antigua de Europa, descendía de una rama segundona y había tenido que conquistar el reino con la fuerza de las armas. La princesa florentina se sentía investida de una doble misión: hija de Juana de Austria, último vástago del emperador Fernando I, hermano de Carlos V, sentía auténtica veneración por la casa de Habsburgo y se proponía ingeniárselas para poner fin al conflicto secular abierto entre Francia y el imperio, dando de nuevo cohesión y unidad de intención a la Europa católica. El propio Clemente VIII, que tanto había contribuido al éxito de las negociaciones matrimoniales, le había encargado, precisamente con tal propósito, la triple tarea de empujar a la Iglesia galicana a adoptar la normativa del Concilio de Trento, apoyar el regreso de los jesuitas a Francia y erradicar la herejía protestante en el país.

Por otro lado, no menos orgullosa de su linaje paterno, María era bien

consciente del hecho de que gracias a ella se podría reanudar la fecunda relación que los Valois habían mantenido con la civilización artística que había prosperado en Florencia bajo el patrocinio mediceo, y, concluida la época tenebrosa de las guerras de religión, sería posible reintroducir en Francia el superior modo de vida del que la Italia del Renacimiento había sido el máximo ejemplo. Los extraordinarios tesoros –cuadros, telas, joyas, cristales, vajillas de oro y de plata y objetos preciosos– que María había traído consigo en sus innumerables baúles eran la demostración concreta de la excelencia artística de la mano de obra de su país natal y abrirían el camino a una nueva ola migratoria destinada a reforzar la presencia florentina en tierras francesas. El mismo ciclo de festejos organizado por el gran duque Fernando para celebrar el matrimonio de su sobrina, amén de marcar la más alta cima del arte de la fiesta barroca, representó una clara prefiguración de este ambicioso programa.

Por desgracia, los proyectos más exquisitamente políticos que la princesa florentina se proponía realizar estaban en los antípodas de las convicciones y de las intenciones de su marido. Enrique consideraba los intereses españoles inconciliables con los franceses y quería mantener la palabra dada a los hugonotes y defender la autonomía de la Iglesia galicana respecto de las injerencias del papado. Además, el nefasto recuerdo de Catalina contribuía a consolidar en él la desconfianza instintiva que, no de manera diferente de la inmensa mayoría de sus compatriotas, abrigaba hacia la «raza italiana» en general y hacia la familia Médicis en particular. En espera de un hijo, lo único que pedía a su esposa era que se adaptase cuanto antes a los usos franceses y que se mantuviese apartada de la política. Escarmentado por sus experiencias matrimoniales con Margarita, deseaba solamente «una esposa complaciente, de aspecto agradable y constitución tal que se pueda esperar un futuro prolífico». Por lo demás, era de dominio público que, en lo referente a las exigencias del corazón, el soberano había dispuesto ya de otro modo.

El primer encuentro entre los novios, al parecer, se ajustó perfectamente a las expectativas de Enrique. El rey de Francia se reunió con su desposada en Lyon y ella, apenas lo vio, se arrojó a su pies. Él la exhortó de inmediato a ponerse de pie, abrazándola afectuosamente y manifestando, después de los primeros cumplidos, que tenía intención de pasar la noche con ella, sin aguardar la bendición papal, fijada para el día siguiente. María obedeció, paralizada por el miedo y con el cuerpo convertido en un bloque de hielo. Después de tratar inútilmente de hacerla entrar en calor, las damas de compañía se retiraron, dejando la tarea al marido, que a decir del embajador florentino, «salió del paso egregiamente». Aquella mujer opulenta, de ojos oscuros, piel blanquísima y espesa cabellera dorada, «le iba de perlas» y ejercía sobre él una indudable atracción sexual. Y en materia de fertilidad no se podía esperar nada mejor, puesto que, sólo nueve meses y diez días después de la

noche de bodas, María dio a luz un hijo varón, el futuro Luis XIII. Hacía más de medio siglo que Francia no asistía al nacimiento de un delfín y la explosión de alegría que acogió su venida al mundo fue inmensa.

Si Enrique tenía todas las razones para sentirse satisfecho, no se podía decir lo mismo de su esposa. El choque con las costumbres de un país que estaba empezando a salir de décadas de guerras civiles y que dejaba ver aún las señales de una violencia endémica, el desorden y la rusticidad de una corte hacía poco reconstituida y el estado de abandono en el que se encontraba el Louvre debieron de desorientar a una princesa que había crecido en el refinamiento y en el lujo, pero la prueba más dura para María fue sin duda la que representó su marido. Una reina, desde luego, no podía abrigar expectativas sentimentales y el orgullo de ser la esposa del rey de Francia bastaba para superar muchas repugnancias. Sin embargo, aun siendo ambiciosa y poco proclive al sentimiento, María se sintió turbada al descubrir que aquel marido, ya no joven y desde luego no precisamente atractivo, que la había acogido con tanto entusiasmo y bondad, se comportaba como un sátrapa oriental. Es probable que ya la hubiesen puesto al corriente de sus faltas amorosas y de su pasión por Gabrielle d'Estrées, pero ¿sabía de su nueva relación con Henriette d'Entragues? El que Enrique le hubiese presentado personalmente a la joven como una antigua amante suya ¿no la autorizaba a pensar que se trataba de un asunto concluido? Por el contrario, no sólo Henriette era la concubina oficial de su marido y lo tenía bien sujeto sino que, como pronto tuvo ocasión de descubrir, sus maternidades irían en perfecta sincronía con las de María.

«No dudéis de mi amor, puesto que os atenéis a todos mis deseos; sólo así me gobernaréis, y yo quiero dejarme gobernar solamente por vos, a quien cubro de cien mil besos», escribía Enrique a María un mes después de sus bodas, y a su manera era sincero. Como era natural, seguiría cubriendo de «un millón de besos» la boca, las manos y el seno de su amante y jurándole «una fidelidad inviolable», pero era el primero en exigir que se rindiesen a su esposa todos los honores debidos y, como escribiría Sully, «jamás a una reina de Francia se le había dado con tanta liberalidad». De acuerdo con la mentalidad nobiliaria, sin embargo, Enrique consideraba que su relación con Henriette no tenía nada que ver con su matrimonio, y con su mujer se mostraba afectuoso, indulgente y comprensivo, esperando de ella un trato igual. Pero, desgraciadamente, indulgencia y comprensión no eran los puntos fuertes del carácter de María y la abierta actitud de desafío adoptada por la amante de su marido no la animaría desde luego a desarrollarlos.

Como hemos visto, Henriette d'Entragues había concedido sus favores a Enrique sólo a cambio de una promesa escrita de matrimonio y, si bien las bodas florentinas habían dejado obsoleta «la vergonzosa carta», aquella «maliciosa doncella» no había renunciado en modo alguno a convertirse en reina, sino que

continuaba tejiendo intrigas y se consideraba la verdadera esposa de Enrique, sosteniendo que los auténticos bastardos eran los hijos de la «gorda banquera» y que la corona correspondía por derecho a los suyos. Pero si las reivindicaciones de la favorita real resultaban desconcertantes, aún más desconcertante era la incapacidad del rey para hacerla callar. Ciertamente que no era fácil oponerse a ella: además de ser extremadamente atractiva, Henriette era alegre, brillante, ingeniosa y de una inteligencia diabólica; en las pocas cartas que han llegado hasta nosotros vemos con cuánta habilidad y con cuánta elocuencia se las arreglaba en las situaciones difíciles, conmoviendo, persuadiendo, suplicando, insinuando, amenazando, pidiendo perdón.

María no era, desde luego, la primera reina de Francia que tuvo que soportar la presencia de una concubina, pero no estaba en absoluto preparada para ello. El realismo y el buen sentido hubieran debido llevarla a tolerar lo que no estaba en su mano impedir y a establecer un entendimiento con Enrique, haciendo valer sus prerrogativas de esposa, de madre y de soberana. Pero, prisionera de su egocentrismo, María, al contrario que Catalina, no era capaz de pactar con la realidad. Tal vez Sully no se equivocaba cuando escribía que «creyendo seguir los impulsos de la razón, en realidad seguía los de la bilis». Aquel marido tan singular le era profundamente extraño y ella no se esforzó en modo alguno por comprenderlo: prefirió tomarse la «debilidad» de la que «era prisionero» como un insulto personal y, obnubilada por la indignación, reaccionó de la peor manera posible. Descendió de su pedestal de reina y, como si fuera una tendera florentina cualquiera, se puso a competir con Henriette, obligando a su marido a tomar una postura y transformando su vida conyugal en un infierno.

«La reina», contará Sully, a quien Enrique llamaba con frecuencia en su auxilio para tratar de dirimir sus litigios domésticos, «que por naturaleza era muy poco afectuosa y por sus orígenes violentamente inclinada a los celos, no pudiendo manifestar su odio a su rival, se enojaba con su esposo. El infeliz rey se hallaba así a merced de dos mujeres que no tenían nada en común sino el ingeniárselas, cada una por su lado, para privarlo de cualquier placer. Todos los intentos de reconciliarlos eran inútiles. Inmediatamente después la reina volvía a pedir a Enrique un sacrificio que él no podía concederle y, a pesar de toda la dulzura y las lisonjas en que era envuelta, su negativa la ofendía a tal extremo que, olvidada de todo, contribuía ella misma a alimentar la causa de sus disgustos, negando a su marido toda la ternura y la solicitud a que tenía derecho».

A decir verdad, hubiera habido un modo seguro de poner fin a esta molesta situación: hubiera bastado, como sugería Sully, con que el rey hiciera uso de su autoridad, pero Enrique confesó al fiel ministro que «le era imposible recurrir a la dureza con personas a las que había habituado a tratarlo con familiaridad, y sobre

todo con una mujer». En la vida privada como en la pública era Enrique un príncipe magnánimo.

María, por el contrario, no conocía la magnanimidad y estaba llena de rencor. Como sabía bien cómo herir a su marido, no ocultaba que aborrecía a los hijos que éste había tenido con Gabrielle y, con mayor razón, los que Henriette seguía trayendo al mundo. La escandalosa decisión del rey de reunir a su numerosa prole y hacer que creciera toda junta en el palacio de Saint-Germain había sido motivo de que, por una vez, la esposa legítima y la concubina formasen una coalición. Y si en este caso María, objetivamente, tenía derecho a rechazar, desdeñosa, aquel singular jardín de infancia, en ella la hostilidad hacia los bastardos de su esposo acabaría por condicionar la relación con sus propios hijos. Sea como fuere, Enrique tenía claro que, incluso cuando no existían motivos para escenas y recriminaciones, su esposa trataba de contrariarlo por todos los medios. Y, paradójicamente, los expedientes a los que recurría para intentar aplacarla –desde las frecuentes dádivas monetarias hasta los favores otorgados de mala gana a su séquito italiano– sólo conseguían exasperarla.

El progresivo deterioro de la relación con la favorita hizo todavía más evidente la irremediable incompatibilidad de los dos cónyuges, tanto más cuanto que la salida de escena de Henriette coincidió con un nuevo y más grave escándalo. Aunque contaba ya cincuenta y seis años, Enrique rebasó todos los límites del decoro abandonándose sin trabas a la pasión por una muchacha de sólo quince años. En enero de 1609, durante los ensayos de las *Nymphes de Diane*, un ballet organizado por la reina, el rey se tropezó, al pasar por una sala del Louvre, con un grupo de jovencitas que, al verlo, se dieron a la fuga. Una sola, «maravillosamente blanca y de una belleza milagrosa», se detuvo un instante a mirarlo, lanzándole la flecha de cartón dorado que llevaba en la mano. Fulminado por aquella visión, el soberano se desvaneció.

Para Enrique, el amor siempre había coincidido con un furioso deseo de posesión; más de una vez se había mostrado sordo a todo escrúpulo y dispuesto a servirse de cualquier medio con tal de lograr su objetivo. Pero en el caso de Charlotte de Montmorency no era posible pensar en valerse de la ambición de los familiares, del dinero ni de las promesas. La ninfa que había traspasado el corazón de Enrique pertenecía a uno de los linajes más ilustres y poderosos de Francia y había sido destinada al mariscal de Bassompierre. Para poder convertirse en su amante, la muchacha tenía que encontrar primero un marido de fachada: un rey «cristianísimo» no podía seducir impunemente a una virgen de elevado linaje ante los ojos de toda la corte. Además, tampoco la elección del cónyuge se anunciaba muy fácil, dado que el viejo sátiro enamorado estaba firmemente decidido a reservarse el *ius primae noctis*.

Antes que nada, Enrique pidió a Bassompierre, su viejo amigo, que renunciara a

Mademoiselle de Montmorency porque quería evitarle hacer el papel de cornudo; luego ideó una solución matrimonial sustitutoria que pudiera conciliar las exigencias heráldicas de la familia de la joven con sus propios impulsos eróticos. Su elección recayó sobre su sobrino Enrique de Borbón, príncipe de Condé, un muchacho de veintiún años y personalidad incierta, que mostraba escaso interés por las mujeres y cuyo futuro dependía en todo y por todo de la benevolencia del rey. «Su Majestad», comentó Henriette d'Entragues con su habitual sarcasmo, «ha querido este matrimonio para rebajar el corazón de este príncipe y levantarle la cabeza».

Las bodas se celebraron en efecto, pero las cosas no fueron como Enrique había previsto. Ante las pretensiones reales, Condé tuvo un acceso de orgullo y, al término de la ceremonia religiosa, huyó llevándose a su esposa. Loco de rabia y de dolor, el rey removió cielo y tierra para conseguir que la joven pareja regresara al Louvre, llegando incluso a solicitar la intervención de María de Médicis, la cual no perdió la ocasión de responderle «que había ya treinta alcahuetas metidas en el asunto y no tenía intención de ser la treinta y una».

En los meses siguientes, Francia asistió a una nueva e increíble farsa que de día en día, sin embargo, corría peligro de convertirse en tragedia. Parodiando a los h eros de las novelas caballerescas entonces en boga, el viejo rey mantenía con la joven Charlotte una correspondencia secreta en el estilo preciosista de la *Astr e* –la gran novela pastoral que Honoré d'Urf  acababa de empezar a publicar–, seguía a su amada en las diversas etapas de su fuga, disfrazado de campesino o de guardabosques, y se extasiaba al verla aparecer en camisón en la ventana, mientras el objeto de sus deseos exclamaba riendo: « Jes s, qué loco est !». Comprendiendo que el monarca no tenía intención alguna de desistir, Condé solicitó asilo al rey de España y se refugió en Bruselas, pero Enrique, aun a riesgo de desencadenar una crisis internacional, tras haber intentado raptar a Charlotte, amenazó con invadir los Países Bajos. Mientras tanto, entre un disparate y otro, el soberano no hall  cosa mejor que hacer que buscar consuelo en su amigo Bassompierre – el cual, al fin y al cabo, debía de saber bien lo que significaba haber perdido a Mademoiselle de Montmorency!–, hablándole «de su pasión y de lo infeliz que era su vida lejos de ella». Y el mariscal se vio forzado a convenir que el suyo era «en verdad un amor desatinado, imposible de contener en los límites de la decencia».

A pesar del comportamiento insensato de su marido, el año 1609 fue para María un año fausto, ya que Enrique le concedió lo que más deseaba en el mundo, es decir, ser consagrada reina de Francia.

Sólo después de la ceremonia del *sacre*, que se celebraba generalmente en Reims, era investido el rey de Francia de su carácter sacerdotal, se convertía en el «ungido del Señor» y entraba en el pleno ejercicio de sus funciones. Si estaba ya casado,

también la reina tomaba parte en la ceremonia y, aunque excluida del ejercicio del poder, adquiriría «una autoridad particular» que venía a «completar su integración en la continuidad dinástica».

Desde hacía tiempo, María solicitaba recibir esta investidura y no era sólo la ambición lo que la impulsaba a ello. Francia parecía estar al borde de una guerra con el emperador y quizá también con España; Enrique estaba envejeciendo y su físico mostraba las señales de los dramas, las luchas y los trabajos que habían marcado su vida; además, había habido, también en época reciente, algunos intentos de asesinarlo. Sobre la base de estas consideraciones, ¿no era oportuno reforzar la posición de la reina y conferirle la capacidad, en caso de que se presentase la necesidad, de asumir sin peligro de oposición la regencia y estar en condiciones de tutelar los intereses del delfín y de la corona? Enrique sabía que la petición era razonable, pero no le gustaba tener que pensar en lo que sucedería a su muerte; además, su esposa no le inspiraba ninguna confianza. La consideraba soberbia, testaruda, expuesta a la influencia de gente sin escrúpulos; hallaba sus convicciones religiosas y políticas peligrosas para Francia y, sobre todo, no la juzgaba una buena madre. María, no obstante, seguía insistiendo y Enrique, que tenía también que hacerse perdonar su pasión por Charlotte, acabó por dar su consentimiento.

El 13 de mayo de 1610, acompañada del delfín y de su segunda hija, Isabel, María hizo su entrada en la basílica de Saint-Denis, maravillosamente engalanada de fiesta y desbordante de gentío. Desde lo alto de una tribuna que dominaba el altar, el soberano admiraba el atavío de su mujer, su larguísima cola de terciopelo azul salpicado de flores de lis, su porte regio, la luminosidad de su tez. Por una vez María se mostraba radiante de felicidad: desde la época de su boda en Florencia, diez años antes, no veía un festejo tan espléndido. Recordando el acontecimiento, diría después con aire embelesado: «¿No es verdad que la ceremonia de mi consagración se asemejó por su belleza al orden sagrado del Paraíso?».

El día siguiente a la coronación debía dedicarse al descanso, pues al otro aguardaba a María un nuevo festejo grandioso, su entrada solemne en la capital. A pesar de ello, en las primeras horas de la tarde, el rey, presa de un sentimiento de inquietud desde que se había despertado, decidió ir a hacer una breve visita a Sully al Arsenal, mientras la reina permanecía en su cámara conversando con Madame de Montpensier. De repente, la soberana oyó una insólita agitación procedente de la estancia de su esposo, contigua a la suya; sorprendida, rogó a Madame de Montpensier que fuese a ver qué ocurría; cuando ésta volvió llorando, María se precipitó al apartamento vecino, donde, abriéndose paso a duras penas entre los guardias, que trataban de impedirselo, se halló de improviso ante el lecho en el que yacía el cuerpo sin vida de Enrique.

Media hora antes, mientras su carroza avanzaba lentamente y sin escolta por las

estrechas y atestadas calles de París, el soberano había sido atacado por un desconocido, un fanático católico llamado Ravaillac, que se había lanzado sobre él y le había asestado una puñalada en el corazón. Conducido a toda prisa al Louvre, Enrique había llegado cadáver.

Al ver los despojos ensangrentados de su marido, María se sintió desfallecer y fue sacada de allí en volandas por las damas de su séquito. Entretanto, todos los personajes más importantes de la corte que estaban en aquel momento en el Louvre acudieron a su cámara, arrojándose a sus pies, besándole las manos y prometiéndole fidelidad y apoyo.

Presa de una febril agitación, la reina pasaba de uno a otro pidiendo ayuda y consejo, aunque sin ser todavía capaz de prestar atención a lo que le decían. Y como no dejaba de repetir «ay de mí, el rey ha muerto», alguien tuvo que recordarle que «en Francia los reyes no mueren» y, señalando al delfín, que estaba silencioso y asustado junto a ella, añadió: «Señora, he aquí el rey vivo». Al morir su padre, Luis XIII tenía nueve años y pasarían otros siete antes de que su madre cayera en la cuenta de que efectivamente él era el rey.

María de Médicis

La pasión del poder

Las dos regencias que, en el plazo de una generación, se suceden en la primera mitad del siglo XVII, la de María de Médicis y la de su nuera Ana de Austria, representan dos maneras opuestas de entender la doble tarea de reinas y madres. El choque de las dos soberanas era inevitable por los lazos de parentesco que las unían y por sus condicionamientos recíprocos, amén de por los muchos años que pasaron la una junto a la otra.

María amaba más que nada el poder y quería conservarlo a toda costa y durante el mayor tiempo posible. Ana veneraba a su hijo y se las arregló con todas sus energías para transmitirle intacta la autoridad real. Y no hay que sorprenderse de que el comportamiento de las dos reinas marcara profundamente tanto el carácter de sus hijos como su estilo de gobierno.

«Señora, rogad a Dios que yo viva; porque si vengo a faltar [vuestro hijo] os maltratará», había dicho Enrique IV a su esposa, alarmado por los primeros y claros signos de incompatibilidad entre el carácter duro y autoritario de María y el orgulloso y testarudo del delfín. La profecía se revelaría exacta, pero la primera que no mostró consideración alguna por su hijo fue la reina madre.

María no tenía motivos para llorar a un marido al que no amaba y del cual había sufrido muchas humillaciones, y se dispuso con entusiasmo a afrontar las nuevas responsabilidades que la aguardaban. Aunque Enrique siempre la había mantenido alejada del poder, la reina tenía firmes convicciones religiosas y una lúcida visión política y se proponía aprovecharse plenamente de sus prerrogativas como regente para gobernar. Y así lo hizo, dando pruebas de unas indudables capacidades: obtuvo el aval de los Estados Generales y del Parlamento de París, se apoyó en las rivalidades de los príncipes de la sangre y de los grandes señores del reino, se sirvió de ministros competentes, dio nuevo prestigio y decoro a la corte francesa y reactivó el mecenazgo real. Sin embargo, al parecer olvidó que la tarea para la cual había sido investida era la de poner cuanto antes a su hijo en condiciones de reinar.

Si María era una madre con tendencia a prevaricar, Luis XIII era indudablemente un hijo difícil. El extraordinario *Journal* de Jean Héroard, el médico personal del delfín, que anotó día tras día, desde su nacimiento hasta que llegó a la edad adulta, el estado de salud, los cambios en el carácter, la psicología y las inclinaciones y las ocupaciones del heredero al trono, nos da la oportunidad de observar de cerca la

dolorosa transformación de un niño impulsivo, rebelde y lleno de vida en el hombre introvertido, receloso, melancólico e incapaz de indulgencia que fue Luis XIII.

La infancia de Luis había contado con el consuelo del luminoso afecto de un padre alegre, tierno y fuerte. Enrique quería a todos sus hijos, ya fuesen legítimos o ilegítimos, pero siempre había reservado al delfín un trato especial. Desde muy pequeño le había inculcado la conciencia del papel al que estaba destinado, de su preeminencia y del homenaje que se le debía, pero también se había esforzado por vencer sus miedos y por corregir sus defectos, castigándolo severamente por su testarudez, su indisciplina y su predisposición a la dureza. Había jugado, nadado y practicado la lucha con él y se había preocupado por iniciarlo lo antes posible en el oficio de príncipe, llevándolo consigo y manteniéndolo sujeto entre sus piernas durante las sesiones del Consejo.

El asesinato de su padre expulsó brutalmente a Luis de su paraíso infantil y marcó su entrada en el frío mundo materno, lleno de recelos y temores, un paso traumático que le dejaría huella para toda la vida. Luis tenía necesidad de que lo tranquilizaran, consolaran y amaran; María era formal y distante y estaba exclusivamente centrada en sí misma, y la escasa ternura maternal de la que era capaz fue toda ella a su segundo hijo, el extrovertido, brillante y expansivo Gastón. En semejante desierto afectivo, al pequeño rey le hubiera bastado quizá conservar el sentimiento de su propia dignidad, pero también esto le fue negado: su madre no mostraba ninguna consideración, ningún respeto por él y, lo que es peor, toda la corte parecía seguir su ejemplo.

Solo con su dolor y herido en su orgullo, Luis se atrincheró a su vez en una forma de resistencia pasiva, negándose a escuchar, a colaborar, a obedecer; en suma, haciéndose intratable. Los castigos con que su madre intentaba llamarlo al orden eran un ultraje para él; las escenas a las que lo sometía le aterrorizaban, pero, dado que se nutría cotidianamente de rencor y deseo de revancha, su terquedad prevalecía siempre. La fe en Dios, con la que trató de exorcizar la desaparición de su padre y el miedo a su madre, contribuyó a hacer incurable su divorcio del mundo. Dominada por el terror del pecado y de la sexualidad, su religiosidad le empujó a la soledad y al ascetismo y, en lugar de animarlo a la piedad y a la compasión, reforzó su intransigencia, haciéndolo implacable tanto con los demás como consigo mismo. Como escribió más tarde Madame de Motteville, «el rey no se amaba».

Desde la muerte de su padre, Luis XIII sufriría la presencia imperiosa de su madre, alternando conatos de rebelión con un doloroso estado de sometimiento psicológico, con consecuencias devastadoras para su equilibrio afectivo. En 1617, con sólo quince años y medio de edad, se sacudió con violencia el yugo materno, logrando liberarse de María, pero la experiencia resultó ser de breve duración.

Como antes Enrique IV, Luis detestaba a los consejeros de su madre: Eleonora Galigai, su compañera de juegos, que la había seguido a Francia, y su marido Concino Concini, un aventurero italiano que Eleonora había conocido en París. Sostenido por el favor de la reina y por las riquezas de su mujer, Concini se había convertido, en el plazo de poquísimos años, en marqués de Ancre, primer gentilhombre de la cámara del rey, gobernador de Amiens y mariscal de Francia, llegando a asumir de hecho las tareas de primer ministro. Su política brutal, la cual aspiraba a la restauración de la autoridad monárquica, que la regencia había hecho más frágil; su rapacidad, la ignorancia de las usanzas francesas y su increíble arrogancia no sólo hicieron aborrecible a Concini a los franceses, sino que también reavivaron la xenofobia de la que los italianos habían sido objeto en tiempos de Catalina. Demasiado seguro de sí mismo y del apoyo de la reina madre, el mariscal cometió la imprudencia de no mostrar ni siquiera la mínima consideración por el rey y tratarlo con una insultante desenvoltura. Después de incubar en secreto su rencor durante largo tiempo, Luis, a instigación de Luynes, su favorito, se resolvió a actuar. Solamente podía contar con el respaldo de un pequeño grupo de fieles, pero tenía de su lado la autoridad real y se sentía dispuesto a ejercerla. Presagiando este momento, Bellegarde había exhortado inútilmente a la reina madre a que vigilase a su hijo, porque –le recordaba–, en caso de que el rey invitase a los conjurados a dejar a su madre para pasar a su servicio, no podrían hacer otra cosa que obedecerle y ella se encontraría «con las manos vacías».

La mañana del 24 de abril de 1617, el capitán de la guardia del rey esperó a que el mariscal de Ancre entrara en el patio del Louvre para declararlo bajo arresto y, tomando como pretexto un gesto instintivo de resistencia, hizo que sus hombres acabaran con él acto seguido. En cuanto supo la noticia, Luis XIII se abandonó a una desatentada alegría y asomándose a una ventana, gritó a los guardias: «¡Gracias, gracias a todos vosotros! ¡Ahora soy rey!».

Hay que reconocer que no fue un comienzo glorioso para un soberano que aún no tenía dieciséis años y que había elegido para sí mismo el apelativo de «Justo». El cuerpo del mariscal de Ancre fue arrastrado por las calles de París, después emasculado, hecho pedazos y devorado por el pueblo en fiesta. No menos indigno, en el plano judicial, fue el trato reservado a la esposa de Concini. Acusada de brujería, Eleonora fue condenada a muerte tras un proceso farsa, a pesar de la total ausencia de pruebas de cargo. Y la inmensa fortuna que le fue confiscada, en lugar de ser utilizada para resarcir al erario de las sistemáticas malversaciones cometidas por ella y su marido a lo largo de los años, fue destinada por el soberano al futuro duque de Luynes en señal de gratitud.

Sin embargo, como ha observado acertadamente Simone Bertière, el asesinato del mariscal de Ancre fue, ante todo, «un matricidio por persona interpuesta» y el objetivo principal del rey siguió siendo el de desembarazarse de su madre. No

pudiendo eliminarla como había hecho con el matrimonio Concini y no soportando la idea de un choque directo, Luis, una vez más, combinó la cobardía con la dureza. Inmediatamente después de la muerte del mariscal, la reina se dio cuenta de que era prisionera en sus propias habitaciones; fue allí donde se le comunicó una orden de exilio. A pesar de sus súplicas, su hijo se negó a ir a verla y sólo accedió a ello en el momento de su marcha a Blois para una gélida y rapidísima despedida.

Si hemos de hacer caso a la tradición, en el transcurso del inicuo proceso del que fue víctima, al ser conminada a explicar en virtud de qué artificios había subyugado tan completamente a la reina, Eleonora Concini respondió que la suya era «la influencia que las almas fuertes ejercen naturalmente sobre los más débiles» y que María era «una necia». Pues bien, la determinación, la falta de prejuicios políticos y la carencia de escrúpulos de las cuales la reina daría prueba en las adversidades desmienten de manera palmaria este juicio.

En sus tres años de exilio, María logró erigirse como la víctima de una terrible injusticia, la entera responsabilidad de la cual achacaba al mal consejero de su hijo, el condestable de Luynes, y se granjeó la simpatía de las cortes europeas y de la opinión pública francesa. Después de huir de Blois haciéndose descolgar al foso del castillo por medio de sogas, armó un ejército y empezó a moverse libremente por el territorio francés, conspirando, regateando y recogiendo consensos. Sus tropas no podían, desde luego, sostener un enfrentamiento con las reales, pero esto no impedía que el inaudito conflicto entre madre e hijo amenazase con precipitar al país en una guerra civil.

La situación era demasiado arriesgada como para no tratar de ponerle remedio, pero si Luis XIII estaba dispuesto a hacer las paces con su madre sólo con la condición de no volver a estar sometido a ella, María sólo admitía regresar a la corte con la de recuperar el prestigio perdido. Las dos exigencias resultaban difícilmente conciliables y sólo tras una primera tentativa fracasada –el encuentro de Couzières del 5 de septiembre de 1619– se llegó a un acuerdo, el tratado de Angers, firmado el 10 de agosto de 1620, que devolvía a la reina madre sus prerrogativas.

Cuando se encontraron de nuevo uno frente a otro, en el momento de la reconciliación definitiva, los dos contendientes intercambiaron frases amables y al mismo tiempo llenas de segundas intenciones: «Ahora ya no os dejaré escapar», dijo el rey abrazando a su madre. «No tendréis dificultad, porque estoy segura de que por un hijo como vos seré tratada siempre como una madre», respondió María. La partida entre ellos aún no había concluido: faltaba sólo ver cuál de los dos obtenía la victoria. Y si durante diez años seguidos madre e hijo cohabitaron pacíficamente, ello se debió sobre todo al hecho de que cada uno de los dos estaba convencido de tener al otro en su poder.

El artífice de esta doble ilusión fue una criatura de María, Armand-Jean du Plessis de Richelieu, arzobispo de Luçon, ascendido al rango de cardenal en 1622. Fue ella la que sacó de la oscuridad de su diócesis provinciana a aquel joven prelado prometedor y ambicioso, la que lo tomó como secretario y la que lo puso al lado de Concini como ministro. Afectado por la desgracia de su protectora, Richelieu había participado en su exilio y había utilizado todos los medios para convencerla de que se reconciliara con su hijo. Conocía todas las debilidades de la naturaleza de María, su carácter impulsivo, su vanidad, su testarudez, y sabía cómo calmarla, tranquilizarla y hacerla razonar, induciéndola, cuando era necesario, a ceder con vistas a una revancha futura. Así, después del tratado de Angers, la persuadió para que mostrara la máxima docilidad, haciéndole al mismo tiempo algunas sugerencias políticas que hicieron mella en Luis y abrieron de nuevo para ella las puertas del gabinete del Consejo. Consciente de la importancia de tener a su lado a un hombre de la talla intelectual del cardenal, la reina madre consiguió por fin convencer al rey de que lo nombrara ministro. Era el año 1624 y el triunfo de María parecía completo: en poco tiempo había remontado la pendiente, reafirmado su autoridad y recuperado su influencia sobre su hijo. Le costaría cinco años comprender que el cardenal no trabajaba para ella sino para sí mismo, y que su objetivo no era ya el de servirla sino el de hacerse indispensable a Luis XIII.

A pesar de la obsequiosidad y la duplicidad de Richelieu, la reina madre no tardó en darse cuenta de que las decisiones de su protegido se iban alejando cada vez más del proyecto político que ella venía tratando de realizar desde la época de la regencia. Fiel a la Iglesia de Roma y a los principios de la Contrarreforma, unida por lazos de sangre a la casa de Habsburgo, María pensaba que solamente España y Austria eran capaces de defender la ortodoxia católica, y podía por lo tanto contar con el apoyo del poderoso «partido devoto» y de su carismático jefe, el cardenal de Bérulle, uno de los máximos representantes de la espiritualidad francesa de la primera mitad del siglo XVII. Bérulle había fundado la Congrégation de l'Oratoire con la intención de promover una renovación religiosa y sostenía la necesidad de una política de paz a escala europea que, superando los particularismos nacionales en nombre de los valores cristianos, diese precedencia a la evangelización del pueblo y a la lucha contra la pobreza, la ignorancia y las injusticias sociales. Richelieu, por el contrario, estaba convencido –y, lo que es peor, había convencido también al rey– de que la prioridad de la corona era, por una parte, reforzar la unidad nacional, haciendo volver a la obediencia a los hugonotes, y, por otra, oponerse con todos los medios posibles a la hegemonía de los Habsburgo, que en caso contrario reducirían a Francia a un simple satélite del imperio.

La diferencia de opiniones se puso de manifiesto de manera evidente en 1629, cuando Richelieu persuadió al rey para que interviniera en apoyo de los Gonzaga-Nevers y se opusiera a la partición entre los Habsburgo y los Saboya del ducado de

Mantua y del Monferrato. Ante la perspectiva de una nueva guerra con España, que se contraponía a los objetivos del partido devoto y sobre todo eludía el problema de los protestantes, Bérulle, con la ayuda del ministro Michel de Marillac, un católico ferviente que debía su fortuna política a la reina madre, abrieron definitivamente los ojos a María: Richelieu la traicionaba, al igual que traicionaba al partido devoto, y, acaparando la confianza del rey, lo empujaba a una guerra inútil y perniciosa.

El doble juego de Richelieu ponía en peligro lo que la reina tenía en mayor precio, su prestigio, su autoridad, su poder y, sobre todo, su influencia en su hijo. Y precisamente de su pasión por el poder se valieron Bérulle y los suyos, desencadenando un proceso que pronto revelaría ser fatal para todos ellos.

Poseída por el odio y el deseo de venganza, María pidió a Luis XIII la cabeza del cardenal, culpable, en el plano político, de haber tomado decisiones peligrosas y abocadas al fracaso y, en el plano moral, de ingratitude, de deslealtad y de usar unos procedimientos solapados con el fin de minar la unidad de la familia real. Su batalla se prolongó, con episodios alternados, durante un año. Luis XIII vacilaba en cuanto a la resolución que debía adoptar, debatiéndose entre el Estado y la Iglesia, entre la política exterior y los problemas internos del país, entre el rechazo de la prevaricación materna y la necesidad de tener a la reina a su lado en una situación familiar difícil. El 10 de noviembre de 1630, el conflicto entre la reina madre y Richelieu llegó a su epílogo. A la salida de la reunión del Consejo, que se había celebrado en el Luxemburgo, el palacio donde ella residía, la soberana llamó aparte al cardenal, le declaró que ya no podía confiar en él y lo despidió; después se reunió con su hijo y le pidió el cese del ministro. El rey se tomó su tiempo y aplazó la decisión para el día siguiente. Ese día Luis XIII mantuvo su promesa y se dirigió a ver a su madre al Luxemburgo, donde la encontró todavía arreglándose. Aún no habían empezado a hablar cuando se presentó Richelieu: informado del encuentro que había de decidir su destino, el cardenal había optado por jugarse el todo por el todo e ir a justificar personalmente su proceder. Como los criados le habían impedido el acceso a los apartamentos de la reina, se introdujo a hurtadillas, por una escalera secundaria, en la capilla privada de la soberana, y desde allí entró en su dormitorio.

Superada la sorpresa inicial, María perdió el dominio de sí misma y, en un *crescendo* de furor, acusó a Richelieu de todas las fechorías posibles, vertiendo sobre él una avalancha de insultos. A su hijo, que trataba de aplacarla, le conminó a que echara al cardenal: si no lo hacía, ella no volvería a tomar parte nunca más en el Consejo. Después de tratar inútilmente de justificarse, Richelieu, abrumado por tanta violencia, estalló en llanto, pidió perdón, se humilló, se postró a sus pies besándole el vestido y finalmente, a una señal del rey, se retiró. Renunciando a calmar a su madre, también Luis XIII abandonó el Luxemburgo, sin dignarse

dirigir una mirada al cardenal, que lo esperaba en el fondo de una escalera de palacio. La reina madre parecía haber ganado la partida y la noticia de la desgracia del ministro estaba ya en boca de todos, cuando un golpe teatral dio la vuelta a la situación.

En las primeras horas de la mañana del 12 de noviembre, María recibió la visita del superintendente de Hacienda, que anunció la decisión del rey de mantener a Richelieu en su puesto; poco después fue informada de que Michel de Marillac había sido cesado en su cargo y detenido. La reina comprendió entonces que la batalla estaba perdida y optó por echar la culpa a la casualidad: «Si no hubiese dejado un cerrojo abierto», afirmaría posteriormente, «el cardenal hubiera estado perdido». Por su parte, Luis XIII prefirió declarar que no podía privar al estado de un servidor insustituible. No es casual que aquel lunes 11 de noviembre haya pasado a la Historia como la «*Journée des Dupes*», el día de los engaños.

Al preferir al cardenal antes que a su madre, Luis XIII perpetraba, trece años después del asesinato de Concini, un segundo «matricidio político», un matricidio del cual se había considerado igualmente culpable Richelieu, quien debía a María todo lo que había llegado a ser. El recuerdo de la reina madre pesaría siempre en las relaciones entre el rey y el cardenal, impidiendo que entre ellos se instaurase una límpida amistad. Para llevar a cabo su designio político, Richelieu se había servido de María de Médicis para llegar al rey y luego la había sustituido en su función materna, mientras, paradójicamente, el rey asumía para con el cardenal un papel paterno; como le había ocurrido a Luis XIII, Richelieu había perdido a su padre cuando era niño. «No le quedaba, pues, más que anularse en la obediencia al rey, idea clave que le permitía superar las contradicciones insuperables y ponerse al servicio del Estado, una entidad superior que impondría obsesivamente a todos, incluido el rey mismo.»

Por motivos de oportunidad política no menos que por razones de moral, Luis XIII deseaba enmendar el desacuerdo con su madre, pero se encontró con un muro de rabia y de obstinación. María no sólo se negó a poner los pies en el Consejo y no desistió de su lucha contra Richelieu sino que, dando prueba de irresponsabilidad política, instigó a la revuelta a su segundo hijo, Gastón, el cual, a falta de un delfín, era siempre el heredero al trono. Una vez más, el desmesurado egocentrismo que le impedía ver más allá de sí misma había de volverse en su contra. En febrero de 1631, exactamente igual que diez años antes, la reina madre recibió una orden de exilio y se vio de nuevo presa en uno de los castillos reales. Exactamente como había sucedido diez años antes, decidió darse a la fuga, presentándose como una víctima ante las cortes europeas y aduciendo las mismas razones empleadas en la época de Lyones: su hijo la sacrificaba a la ambición de un consejero pernicioso, que no vacilaba en sembrar la discordia dentro de la familia

real para lograr sus propios fines. No obstante, las consecuencias de su gesto fueron bien distintas.

Privada de la guía de Richelieu, la reina madre tomó una serie de decisiones poco ponderadas, entrando en un camino sin retorno. Se refugió en el extranjero y pidió asilo a países reñidos con Francia, atrayendo sobre sí de este modo una acusación de traición que autorizaba a Luis XIII a proceder a la confiscación de sus bienes y a privarla así de todo medio autónomo de subsistencia. Sus intromisiones, su necesidad crónica de sostén económico y sus intrigas acabaron por convertirla en un huésped incómodo, lo cual hizo mella en el capital de simpatía con que pudiese contar. En los once años que le quedaban de vida, ella, que era esposa y madre de monarcas, además de suegra del rey de España, del de Inglaterra y del duque de Saboya, peregrinaría entre los Países Bajos españoles, Holanda e Inglaterra, para morir después en Colonia sola, abandonada y llena de deudas, tras haber asistido a distancia al fracaso de todas las conjuras contra Richelieu y al triunfo de la política del primer ministro. Nunca regresó viva a Francia y Luis XIII se mostró sordo a sus súplicas, negándose a volver a tener contacto con ella, y se limitó, tras su muerte, a hacer repatriar el cadáver para darle sepultura en Saint-Denis. Con todo, su recuerdo continuó atormentando a su hijo; cercano a su fin, Luis XIII declaró que su mayor remordimiento era haber «maltratado a su madre» de tal modo.

Después de la desaparición de la reina madre, la hagiografía real censuró su memoria; tampoco hoy le profesan excesiva simpatía historiadores y biógrafos. Por otro lado ¿cómo no reconocer que sus méritos como regente se vieron irremediablemente dañados por su negativa a pasar, llegado el momento, las riendas del gobierno a Luis XIII; que su egocentrismo, su feroz egoísmo la habían vuelto incapaz de querer el bien de su hijo, y que la incomprensión recíproca de ambos fue la fuente de una cadena de delitos, violencias y escándalos para todo el país?

Sin embargo, a pesar de todos sus errores, María de Médicis dejó tras de sí lo suficiente para rescatar su memoria y devolverle la imagen triunfal, a la que, más que a ninguna otra cosa, había aspirado: es la imagen inmortalizada por Rubens en los veinticuatro grandes lienzos a ella dedicados, que constituyen hoy una de las glorias del Louvre. Ninguna reina de Francia tuvo jamás un monumento tan bello, y el mérito tanto del proyecto como de la elección del pintor es enteramente suyo.

En 1622, tras la reconciliación con su hijo y la reanudación de los trabajos de decoración del espléndido palacio del Luxemburgo, construido en la Rive Gauche por el arquitecto flamenco Salomon de Brosse, María de Médicis encargó a otro artista flamenco, Peter Paul Rubens, un ciclo de pinturas destinadas a ornamentar una galería que todos los invitados de consideración debían recorrer para llegar a sus apartamentos y que había de ilustrar los episodios fundamentales de su vida conforme a la interpretación que ella misma pretendía darles.

Desde su llegada a Francia, María se había esforzado por crear una iconografía

que legitimase su papel sacro como reina y madre del delfín. Y no sorprende que esta exigencia de legitimación se hiciese más actual que nunca después de la primera ruptura con su hijo. El ciclo de lienzos, encargado a Rubens inmediatamente después de la readmisión de la reina en el Consejo, celebraba su reconciliación con Luis, que le permitía volver al centro del poder si bien reconociendo, al menos formalmente, la superior autoridad de su hijo.

La elección y la distribución de los temas fueron discutidas con varias personas del entorno de María, pero Rubens gozó de gran libertad en materia de composición y de lenguaje pictórico. Entrelazando historia, mitología antigua e iconografía cristiana, el pintor narraba la vida de María, desde su nacimiento hasta la reconciliación con Luis, sirviéndose de un exuberante bosque de símbolos para permitir diversos niveles de interpretación y comunicar mensajes distintos y a veces en contradicción entre sí. El propio Luis XIII no comprendería hasta qué punto la exaltación de su madre lo dejaba en sombra. En el momento de la inauguración de la «galería», el rey dio muestras de apreciar los cuadros y, para hacer que alguien se los explicase, se dirigió a uno de los consejeros del ciclo, el abad de SaintAmbroise, quien, según testimonio del mismo Rubens, «cambió y disimuló el verdadero sentido con mucha astucia».

Confundiendo en el genio de Rubens, la reina florentina tuvo éxito en el intento de reescribir su propia historia, justificar su proceder y celebrar en vida su apoteosis. Su opción, sin embargo, no fue sólo fruto de la ambición y de la necesidad política, sino el momento culminante de un mecenazgo artístico que, como escribió Marc Fumaroli, había «contribuido en buena medida a hacer entrar de nuevo a Francia – después de medio siglo de guerra civil y de iconoclastia protestante– en el concierto de las artes europeas, del cual Italia era el Parnaso».

Al menos en esto hay que reconocer su mérito. Como hizo también uno de sus protegidos más ilustres, Giovan Battista Marino, el cual, habiéndose refugiado al otro lado de los Alpes, el mismo año en que Rubens empezó su ciclo dio a la estampa, en París, el *Adonis* y lo dedicó «A la Majestad Cristianísima de María de Médicis, reina de Francia y de Navarra» con estos versos:

*Ya del Arno, ya del Sena honor,
María, más que ninguna invicta y generosa,
no ya mujer, sino nueva diosa de amor,
cuyo lirio ha vencido a su rosa
y del galo Marte el fiero corazón
domar supiste y de él triunfar esposa,
nacida allí en la castalia orilla
toma estas de honor nuevas frondas.*

Ana de Austria

«Una seducción infinita»

El 9 de noviembre de 1615, dos muchachas suntuosamente ataviadas se cruzaron en el puente de madera que se había construido para la ocasión entre las dos orillas del Bidasoa, el pequeño río que señalaba la frontera entre Francia y España. La más joven (tenía apenas trece años) era Isabel de Francia, segunda hija de Enrique IV y María de Médicis, que, casada por poderes en Burdeos con el príncipe de Asturias, el futuro Felipe IV, abandonaba para siempre su país natal para acudir a su destino español. La mayor (que tenía quince años e iba en dirección contraria) era Ana de Austria, hija de Felipe III de España y Margarita de Austria, casada por poderes en Madrid con Luis XIII, rey de Francia. Inmortalizada por Rubens en uno de los lienzos dedicados a la vida de María de Médicis, la escena de intercambio de las dos princesas representa el triunfo de la política filohabsburgo de la regente. En efecto, había sido ella la principal artífice de estos dos matrimonios, que tenían la finalidad de consolidar la paz entre las dos coronas y reforzar el entendimiento entre las potencias católicas; todo hacía suponer, por tanto, que acogería con los brazos abiertos a su joven nuera española. En realidad, María se valdría de todos los medios para convertir la unión que tanto había deseado en un auténtico desastre, anteponiendo una vez más su voluntad de dominio a la felicidad de su hijo.

Ansiosa de ver consumado el matrimonio, la reina prefirió ignorar el hecho de que Luis no parecía en modo alguno dispuesto a afrontar la prueba. A los quince años –la misma edad que su esposa el soberano era grácil, imberbe y tímido y no había traspasado aún el umbral de la pubertad. A pesar de su evidente pánico, la noche misma de los desposorios María lo condujo en procesión a la cámara de la novia, empujándolo al lecho conyugal. Luego, tras correr las cortinas del dosel, se retiró con todo el séquito.

Dos horas después, Luis volvió a su habitación y mostró a su médico personal su glándula enrojecida, declarando que «lo había hecho dos veces». Interrogado por Héroard acerca de las reacciones de la novia, se limitó a afirmar: «Le pregunté si quería y me contestó que sí». Es difícil decir si mentía conscientemente o si era la inexperiencia la que le impedía medir su fracaso. Lo cierto es que pasarían más de cuatro años antes de que se acostase de nuevo en el tálamo conyugal, convirtiendo por fin a Ana en su esposa a todos los efectos.

Para vencer la timidez de Luis, su miedo a las mujeres, su repulsión y sus tabúes sexuales hubiera sido necesario animarlo a tomar confianza con su joven esposa,

permitiéndole vivir en la mayor intimidad posible con ella y tenerla también a su lado en el cotidiano ejercicio de las tareas reales. Pero esto era exactamente lo que temía su madre. María no deseaba compartir con nadie la influencia que ejercía sobre su hijo, y por lo tanto no tenía la menor intención de ceder el paso a la nueva reina, que en el plano de la etiqueta tenía precedencia sobre ella, ni mucho menos quería que el matrimonio ayudara a Luis a asumir plenamente sus responsabilidades como soberano. Así pues, hizo de manera que los dos cónyuges viviesen lo más separados posible, tratándolos como si fuesen hermanos en vez de como marido y mujer y limitando sus encuentros a breves visitas protocolarias. Además, no perdió ocasión de dar a su hijo una mala imagen de su nuera. Un sabotaje que se haría sistemático al regreso de su exilio en Blois: «La reina madre», escribirá Madame de Motteville, dama de compañía de Ana de Austria, «estaba convencida de que, para tener un poder absoluto sobre el joven príncipe, era necesario que la princesa su esposa no estuviese de acuerdo con él, y se aplicó, pues, con tanto celo y éxito a mantener su recíproca incompreensión que la reina su nuera no gozaba ya de estima ni de dulzura alguna».

Lo que aconteció durante los tres años de la primera ruptura con su hijo confirmó a María en sus convicciones. En su ausencia, la pareja real había conocido su primer momento feliz. El 25 de enero de 1619, Luis, aunque arrastrado a la fuerza por el duque de Luynes al lecho de su mujer, se había comportado por fin como un marido; según el embajador veneciano, en aquella ocasión había dicho a Ana que «sería enteramente suyo, que no había tocado jamás a ninguna otra mujer y que quería hacerla tener hijos». Sea o no verdad, esta declaración es corroborada por el hecho de que la actitud del rey hacia su esposa cambió visiblemente. Seguía siendo desconfiado, misterioso e imprevisible, pero esto no le impedía mostrarse cortés, casi galante, con Ana ni participar de buen grado con ella en las diversiones de la corte. Pero este estado de gracia no había de durar mucho tiempo. Luis se sentía probablemente desilusionado al ver que no llegaba el deseado heredero, y los éxitos que su esposa cosechaba por doquier por su gentileza, su gracia y su afabilidad le hacían sin duda sentir lo lejos que estaba él de poseer esas cualidades. Pero lo que pondría la losa sobre su matrimonio sería su reconciliación con su madre.

De regreso en la corte, María de Médicis procedió a separar nuevamente a la pareja; después, en el momento del exilio definitivo, su subrepticia campaña denigratoria contra Ana sería continuada por Richelieu. Para ambos, conservar la confianza de Luis, vencer sus dudas, sus sospechas y las oscilaciones debidas a su carácter, era una empresa ya demasiado ardua como para permitir que una esposa viniese a complicar las cosas. Y el joven rey se plegó con tristeza a sus exigencias, sacrificando a Ana a la razón de Estado. A un cortesano le confió que encontraba bella a la reina, pero «no se atrevía a mostrarle su ternura por miedo a disgustar a la

reina su madre y al cardenal, cuyos consejos y servicios le eran más necesarios que el amor de su esposa». Pronto, sin embargo, esta ternura oculta desaparecería por completo, dejando paso a la acrimonia y al recelo. Como escribe Madame de Motteville, a la muerte de Richelieu la falta de afecto del rey por su mujer era total desde hacía tiempo: «El cardenal se las había ingeniado con tanto empeño en desacreditarla a sus ojos que él [...] no era ya capaz de ningún sentimiento de ternura por ella y no acostumbraba ya a tratarla bien». Pero la memorialista se abstiene de decir que a aumentar el distanciamiento de su esposa habría contribuido no poco la atracción del rey, cada vez más evidente, hacia los jóvenes efebos.

La hostilidad de María y Richelieu hacia Ana de Austria se debía asimismo al hecho de que eran pocos los que permanecían insensibles a la fascinación de la joven reina. Dice la leyenda que el propio cardenal ministro se contaba entre sus «galanes» rechazados y que ésta era la razón de que le guardase rencor.

Ana era hermosa y consciente de su elevada cuna; procedía de una familia muy unida y que la había rodeado de afecto. Su padre la amaba tiernamente y su madre, que había muerto en olor de santidad, «se había ocupado de su educación, inculcándole sentimientos conformes a los suyos; y esto había dado origen en ella a aquel gran amor por la virtud que le había atraído la gracia que Dios le había concedido de preferirlo a cualquier otra cosa».

Por si fuera poco, Ana estaba considerada como «una de las grandes bellezas del siglo». Veamos cómo la recuerda Madame de Motteville en el umbral de los treinta años, es decir, una edad que para las mujeres de la época rozaba peligrosamente con la madurez: «El cabello, que tenía muy espeso, se le había oscurecido un poco. No tenía una complexión delicada, tenía incluso el defecto de una nariz grande y se ponía, según la moda española, demasiado rojo en las mejillas, pero su piel era blanca y bella como jamás se ha visto otra. Sus ojos eran de una belleza perfecta: brillaban juntas en ellos dulzura y majestad; su color, estriado de verde, hacía su mirada más viva [...] Su boca era pequeña y roja, su sonrisa era maravillosa, y lo que sus labios habían tomado de la casa de Austria era sólo lo que hacía falta para hacerlos más bellos que muchos otros que se las daban de ser los más perfectos. El contorno del rostro era agraciado y la frente bien dibujada. Manos y brazos eran de una belleza asombrosa y toda Europa había oído cantar sus alabanzas: su blancura era, sin exageración ninguna, semejante a la de la nieve [...] Todo el que la viese era seducido por su gran fascinación y por su belleza, sin olvidar nunca, sin embargo, veneración y respeto».

Orgullo dinástico, fe, virtud y belleza iban acompañados en la joven reina de una gran alegría de vivir. Era alegre, ingeniosa y simpática; le gustaban la compañía, las «bellas conversaciones», las diversiones, la elegancia y el refinamiento, y se volvía

loca por el teatro. Durante todo su largo vía crucis conyugal, prisionera de una situación inesperadamente difícil, sin otro consuelo afectivo que las cartas de su padre y luego de su hermano y la compañía de las pocas criadas españolas que no habían sido enviadas de vuelta a Madrid, Ana no dejó nunca de estar alegre. En sus damas de compañía, jóvenes, bellas, alegres como ella, encontró amigas y cómplices. Aunque eran elegidas en su totalidad por la reina madre, por Luis XIII o por Richelieu, sin pedirle nunca su parecer, y se les encargaba espiarla y llamarla al orden, todas, más tarde o más temprano, se ponían de su parte y se hubieran dejado matar por ella. Se aliaban para combatir el aburrimiento de las largas horas de espera entre una ceremonia y otra, para evadirse con la imaginación de las salas oscuras y tétricas del Louvre, para reír, bromear y burlarse del rey y del cardenal y de sus estrategias maquiavélicas. No todas, sin embargo, estaban dotadas de prudencia, y Ana carecía de astucia.

En 1618 el rey asignó el cargo de superintendente de la casa de la reina a la esposa de su favorito, la bellísima duquesa de Luynes. Marie de Rohan-Monbazon tenía entonces dieciocho años –la misma edad que Ana– y era difícil sustraerse a su fascinación. La que habría de convertirse en la mayor aventurera del siglo no pensaba más que en divertirse; su coquetería, su inteligencia y su brío difundían en torno suyo la alegría: era precisamente lo que necesitaba la esposa de Luis XIII para aligerar la atmósfera plúmbea de su existencia.

Cuando, en el otoño de 1622, la reina se quedó por fin encinta, la noticia la llenó de felicidad a ella no menos que a su marido. Pero una tarde, al volver a sus apartamentos con la duquesa de Luynes y otra dama de honor, Ana se dejó arrastrar por la alegría de sus compañeras: las tres amigas se tomaron del brazo y cruzaron a la carrera la gran sala del trono, inmersa en la penumbra; la reina se cayó y perdió el niño. La reacción de Luis reveló de manera inequívoca su carácter despiadado: informado de lo que había sucedido, no sólo no mostró la mínima comprensión por el dolor de su esposa, sino que la castigó despidiendo a sus dos damas de compañía; desde entonces albergaría un rencor imborrable hacia ella.

En lugar de resignarse de una vez por todas a la más estricta obediencia, Ana perseveró en sus veleidades de evasión. Cinco años después, la llegada a París del duque de Buckingham la empujaría a cometer una serie de ligerezas todavía más graves. Y en esta ocasión la responsabilidad de su amiga del alma fue innegable. Tras haber sido alejada del Louvre, Marie de Rohan había vuelto a él con la cabeza bien alta y en una posición de fuerza, pues se había casado, al morir el condestable de Luynes, con Claude de Lorena, duque de Chevreuse, uno de los más grandes señores del reino.

Tratemos por un momento de olvidar la versión de esta célebre historia que dio Alejandro Dumas en los *Los tres mosqueteros* y atengámonos a los testimonios de los contemporáneos. Una vez más nos vemos obligados a constatar, a la luz de los

hechos, que la concepción femenina de la «honesta galantería» divergía notablemente de la masculina.

Llegado a París en mayo de 1625 con la misión de llevar a Inglaterra a Enriqueta María, última hija de Enrique IV y María de Médicis, cuyo matrimonio por poder con el príncipe de Gales –el futuro Carlos I– se acababa de celebrar, el duque de Buckingham había sido precedido de lejos por su fama. Con poco más de treinta años de edad, rasgos regulares, bellísimos ojos negros, una figura esbelta y hombros de atleta, el favorito de Jacobo I estaba entonces en la cima de su poder y de su gloria, y el ascendiente sexual que ejercía sobre su soberano no le impedía amar a las mujeres y pasar por un seductor irresistible.

«Estaba bien constituido y tenía un bello rostro; poseía un alma grande, era magnífico y liberal, y era el favorito de un gran rey. Para adornarse podía disponer de todos los tesoros y las joyas de la corona de Inglaterra. No es de sorprender que, con todas estas bellas cualidades, tuviese pensamientos atrevidos, deseos nobles pero peligrosos.» Así se referiría Madame de Motteville en sus memorias al episodio que corrió el riesgo de comprometer la límpida reputación de su reina: porque, era preciso reconocerlo, «el duque de Buckingham fue el único que tuvo la audacia de atacar su corazón».

El duque dispuso de poquísimos días para llevar a término la empresa e inducir a la reina a admitir «que si una *honnête femme* hubiera podido amar a alguien que no fuera su marido, él habría sido el único capaz de agradarle», pero Madame de Chevreuse se había valido de todos los medios para allanarle el terreno.

A los veinticinco años, la amiga de la reina no se conformaba ya con juegos inocentes ni se avergonzaba de engañar abiertamente a su marido. «Amaba sin escoger, simplemente porque necesitaba amar a alguien», escribiría refiriéndose a ella el cardenal de Retz, y «jamás una mujer mostró más desprecio por sus escrúpulos, reconociendo como su único deber el de hacerse grata a su amante». Y como se daba el caso de que el que ocupaba entonces tal cargo era lord Holland, embajador de Inglaterra, la duquesa concertó con él, «para honrar su pasión», fomentar «un lazo de interés y también de galantería entre la reina y el duque de Buckingham».

Cuando el enviado del rey de Inglaterra hizo su aparición en el Louvre en medio de los festejos nupciales, dejando tras de sí un río de diamantes que se iban desprendiendo poco a poco de su traje de ceremonia e iban a parar a las manos de las damas de la corte, Ana de Austria lo sabía ya todo sobre él y sobre el amor que sentía por ella desde que, estando de incógnito en París, la había admirado mientras se exhibía en un baile de la corte. Ignorante de la intriga que se tejía a sus espaldas, la reina acogió a Buckingham como el caballero ideal destinado a servirla: la reina, nos dice La Rochefoucauld, «le pareció todavía más amable de cuanto había podido imaginar, mientras que él le pareció a ella el hombre más digno de amarla.

Utilizaron su primera audiencia oficial para hablar de cuestiones que les afectaban más vivamente que los de las dos coronas, dejándose absorber enteramente por los intereses de su pasión». Durante nueve días, favorecidos por la ausencia de Luis XIII, confinado por una enfermedad en sus apartamentos, y por la complicidad de Madame de Chevreuse, Ana y Buckingham tuvieron ocasión de conversar ante los ojos curiosos de toda la corte, tras lo cual el duque partió para Londres con Enriqueta María. El ceremonial mandaba que su madre y su cuñada escoltasen a la joven novia hasta el navío que debía llevarla a Inglaterra; pero, probablemente informado del apremiante galanteo de Buckingham a su esposa, dispuso que los dos cortejos siguiesen itinerarios distintos y no se reuniesen hasta Amiens, última etapa del viaje por territorio francés, para pasar juntos nueve días allí. En la pequeña ciudad, adornada de fiesta, el duque, indiferente a la reputación de la mujer amada, se atrevió a lo impensable. La tarde del 15 de junio abordó a la reina, que paseaba en compañía de su séquito por el jardín de la casa donde estaba alojada, e intentó hacerla suya. Podemos elegir, tomando como base las memorias de la época, entre cinco versiones distintas de los hechos. Según Madame de Motteville, quiso el azar que Buckingham se hallase un momento a solas con la reina en un lugar de la avenida protegido por una empalizada. «Sorprendida de verse sola y evidentemente importunada por un exceso de pasión del duque», Ana «lanzó un grito y, llamando a su escudero, lo reprendió por haberse alejado». Por el contrario, según La Rochefoucauld, «la reina se encontraba sola en un pabellón, después del paseo vespertino, cuando se le acercó Buckingham, que «trató de aprovecharse de la ocasión favorable, dando muestra de tal falta de respeto que la reina se vio obligada a llamar en su socorro a sus damas, no logrando ocultar totalmente el estado de turbación y trastorno en que se hallaba». Para el fiel camarero La Porte, que sería castigado luego por Luis XIII por haber dejado sola a su ama, el duque había llevado su audacia hasta querer «acariciar» a la soberana, mientras que el irreverente Tallemant des Réaux sostiene que «el galán había arrojado al suelo a la reina y le había desollado los muslos con sus altas botas recamadas, pero en vano». Todos los testimonios coinciden, sin embargo, con Madame de Motteville en un punto esencial: pidiendo ayuda, la reina habría querido salvaguardar su inocencia, aun a costa de suscitar la censura de la gente y de incurrir en la reprobación del rey. Pero el episodio causó demasiado ruido para ser pasado por alto y, con el fin de evitar nuevos escándalos, la reina madre adelantó la partida de su hija para Inglaterra.

En el momento de separarse de Ana, Buckingham no logró contener las lágrimas y, al llegar a Montreuil-sur-Mer decidió regresar a Amiens para saludar por vez postrera a la reina. Sin tener para nada en cuenta los peligros a los que su comportamiento exponía a la soberana, Buckingham entró en su habitación y se dejó caer de rodillas a los pies de la cama en la que estaba acostada tras una sangría,

cubriendo de besos las sábanas, vertiendo ríos de lágrimas y delirando de amor. Ana se quedó muda de sorpresa y turbación, mientras su dama de compañía reprobaba severamente al duque, hasta que éste fue obligado a retirarse. Al día siguiente, después de un breve saludo protocolario, Buckingham marchó a Inglaterra. El duque no volvería a ver a Ana: sus múltiples intentos de volver a Francia se encontrarían con el veto absoluto de Luis XIII, pero esto no le impediría seguir comprometiéndola, haciendo ostentación de su pasión por ella y comportándose como un héroe de novela. Cuando, de regreso en Londres, se dio cuenta de que su antigua amante, lady Carlisle –la Milady de Dumas–, dedicada al igual que Madame de Chevreuse al espionaje internacional, le había robado, mientras bailaba con él, dos de los herretes de diamantes que había recibido como regalo de Ana de Austria –¡y que, a su vez, le habían sido regalados por su marido!– para mandarlos como prueba de la culpabilidad de la reina a Luis XIII y a Richelieu, Buckingham dio orden de cerrar durante dos días todos los puertos ingleses e hizo llegar a Ana una copia exacta, ejecutada en un tiempo récord por su joyero, de los broches robados. La Rochefoucauld es el único que hace alusión a esta aventura, pero pudo haber recibido la información de Madame de Chevreuse, con la cual entabló una relación. Es cierto que en el inventario de las joyas redactado a la muerte de Ana de Austria figuraban seis herretes de diamantes de un valor total de siete mil libras.

No satisfecho con tanto atolondramiento, Buckingham convenció a su gobierno de armar a una fracasada expedición contra Francia, mandando la flota inglesa en ayuda de los protestantes franceses rebeldes que sufrían asedio en La Rochelle. Y para que la verdadera razón que lo había impulsado a la empresa estuviese suficientemente clara, se apresuró a transformar el salón de la nave almirante en una especie de capilla votiva, colocando el retrato de Ana sobre un altar iluminado por gran número de velas. Naturalmente, el duque no ignoraba que su indiscreción podía tener consecuencias funestas para la mujer amada, pero en él la vanidad prevalecía sobre cualquier otro sentimiento. ¿Qué provecho tenía servir a la más admirable de las reinas si no podía jactarse de ello?

Aunque no era culpable –«al menos de cintura para abajo», como se susurraba en la corte–, Ana tenía sobre sus espaldas una serie de graves ligerezas, habiendo faltado a la discreción exigida a una reina de Francia. Y esto le haría perder definitivamente la estimación de un marido vengativo, acostumbrado a sacrificarlo todo a su dignidad de soberano y que «de un enamorado tenía solamente los celos».

Tratada con gélido distanciamiento por Luis XIII, privada de las personas que le eran devotas, vigilada como una espía, perseguida por Richelieu, amenazada con el repudio por no haber conseguido dar un heredero al rey, Ana de Austria continuó cometiendo imprudencia tras imprudencia, dejándose implicar más o menos

abiertamente en diversas tentativas de conspiración –todas irremediablemente abocadas al fracaso– contra el cardenal ministro. Pero la prueba con mucho más ardua que la reina debería afrontar llegó en 1637, y esta vez su culpabilidad era irrefutable.

El único consuelo que le quedaba a Ana eran las relaciones epistolares con su familia, que no se habían interrumpido ni siquiera cuando, en mayo de 1635, Francia y España habían entrado oficialmente en guerra. Dado que se trataba de una guerra querida por un ministro al que ella odiaba, y que dividía al mundo católico, la reina no titubeó en pasar a los españoles informaciones útiles. Sabiéndose observada, Ana escribía sus cartas a Val-de-Grâce, el convento que había fundado en 1621, donde acostumbraba a ir a rezar. La misivas pasaban después a manos del fiel La Porte, que las transcribía en clave con tinta invisible y las mandaba a su destino sirviéndose de cómplices seguros. A pesar de todas estas precauciones, los espías de Richelieu habían descubierto con prontitud la existencia de esta correspondencia e interceptado más de una carta, pero el cardenal no se decidió a hacer saltar la trampa hasta agosto de 1637. Cuando salía del Louvre con una carta para Madame de Chevreuse –en aquella época confinada a sus tierras por orden del rey–, La Porte fue detenido y llevado a la Bastilla, donde fue sometido a durísimos interrogatorios y amenazado con las más atroces torturas. En el registro de su apartamento sólo se encontraron algunas cartas de Madame de Chevreuse; los esbirros no habían encontrado ni la clave cifrada ni el sello de la reina, que estaban bien escondidos en una cavidad de la pared. También las inspecciones realizadas en Val-de-Grâce resultaron infructuosas, ya que se habían topado con la ley del silencio absoluto de las monjas. Pero todo esto no podía saberlo La Porte. Aunque armado de un valor verdaderamente extraordinario y decidido a resistir a cualquier intimidación, temía que su estrategia de negar a ultranza estuviese en contradicción con lo que pudiera confesar la propia reina. En efecto, también Ana de Austria fue acusada y se mostró muy segura de sí misma hasta que se enseñó la copia de una carta suya enviada a su tío, el Cardenal Infante; en aquel punto se vio obligada a admitir una serie de cosas. Pero ¿cómo informar a La Porte, aislado en una celda inaccesible, de lo que debía decir para no desmentir a su señora y causar su perdición definitiva? En socorro de los amigos de Ana de Austria acudió la fantasía, que transformó a la reina en una heroína de novela. Siguiendo las *Mémoires* de La Porte podemos reconstruir el desarrollo de aquella increíble aventura.

Disfrazada de camarera, la bella Marie d’Hautefort, que había preferido la amistad de la reina a la corte de Luis XIII, se presentó en la Bastilla y solicitó hablar con el comandante de Jars, que había dado con sus huesos en la cárcel por conspirar contra Richelieu. Enterado de la situación, el comandante se declaró dispuesto a morir por la reina y, practicando un agujero en el suelo, se puso en

contacto con el preso de la celda que estaba debajo de la suya y le deslizó una nota para que la hiciera llegar, utilizando el mismo sistema, a La Porte, encerrado en una celda en el piso inferior. Así, instruido acerca de todo lo que debía decir, el sirviente de Ana recitó perfectamente su papel y, tras tomarse un tiempo para no despertar sospechas, se limitó a confesar lo que sus inquiridores ya sabían.

A pesar de esta competición de valor y generosidad, Ana fue forzada a capitular de una manera cuando menos humillante. Fue interrogada como una criminal e inducida a jurar en falso; el canciller Séguier, afirma La Porte, tuvo incluso la osadía de ponerle las manos encima para ver si tenía documentos comprometedores escondidos en el corsé; su marido le exigió, a cambio del perdón, una confesión escrita que concluía con la promesa «de no volver a caer nunca en semejantes errores y vivir con el rey [...] como una mujer que no quiere tener otros intereses que los de su persona y los del Estado». Además, tenía que comprometerse a «observar religiosamente» las normas de comportamiento que Luis XIII le había fijado por escrito.

Pero si la reina, vencida, era prisionera de su marido, también Luis era prisionero de una situación sin salida. Objetivamente tenía más de un motivo para sentirse traicionado y ofendido por una esposa que le era hostil y que ni siquiera había logrado darle un heredero; nunca tanto como en el momento de descubrir su correspondencia secreta en perjuicio del Estado había considerado la posibilidad de repudiarla. Pero era demasiado religioso para optar por una solución que lo obligaría a transigir con su conciencia y se resignó a perseverar en su triste vida conyugal, haciendo no obstante de manera que su esposa ya no pudiese desobedecerle, conspirar ni causar daño. Por su parte, Ana se había creído perdida y aquella amarga reconciliación sobrepasaba sus más rosadas esperanzas. ¿Cómo podía imaginar que al cabo de pocos meses su vida cambiaría radicalmente? A comienzos de 1638, ya próxima a los cuarenta años, la reina se dio cuenta de que estaba encinta y el 5 de diciembre, tras un embarazo sin incidentes, dio a luz, en el castillo de Saint-Germain-enLaye, a un hijo varón al que le se impuso el nombre de Louis-Dieudonné.

Desde que abandonara España veintitrés años antes, Ana de Austria nunca había sido tan feliz. Aquel hijo inesperado no solamente constituía su rescate sino que, compensándola por todos sus sufrimientos, venía a colmar como por encanto su vacío afectivo. En una época en la cual el sentimiento maternal era todavía incierto y se confundía con los intereses del linaje, Ana descubrió la alegría de amar por encima de cualquier otra cosa a aquella criatura que, después de tantas oraciones, Dios le había concedido. El nacimiento de Felipe, duque de Anjou, dos años después, llevó al extremo su felicidad, pero el grandísimo afecto que profesaba a su segundo hijo nunca podría competir con la veneración que sentía por el delfín.

Si el nacimiento de sus hijos no había atenuado la desconfianza del rey hacia su esposa, el comportamiento de la reina, por el contrario, sí había cambiado profundamente. Como seguía siendo tratada con frialdad y recelo, se la mantenía al margen de los asuntos de Estado, no era consultada ni siquiera en relación con las decisiones que concernían a la educación de los principitos y vivía aterrorizada por la idea de que la pudieran separar de ellos, se había tornado dócil, prudente y circunspecta, y se mantuvo rigurosamente alejada de las nuevas conjuras que se urdieron contra Richelieu, haciendo gala de la máxima deferencia hacia el cardenal y llegando incluso a pedirle que intercediera en su favor ante su marido. De esta manera, sin embargo, Ana no se limitaba a un juego de defensa, sino que miraba también al futuro. Todo hacía suponer que ni Luis XIII ni Richelieu –ambos gravemente enfermos– vivirían mucho tiempo y una regencia parecía inevitable. Había que ver, con todo, cuál de los dos moría primero.

Fue Richelieu, en diciembre de 1642, después de haber ahogado en sangre la última conjura urdida contra él y castigado al rey, que la había alentado en secreto, obligándolo a enviar al patíbulo a su último favorito, *Monsieur le Grand*, el bellísimo marqués de Cinq-Mars. Al confesor que en el lecho de muerte lo exhortaba a perdonar a sus enemigos, Richelieu le contestó que sus únicos enemigos eran los enemigos del Estado. Murió odiado por todos, empezando por el rey al que durante tanto tiempo había servido, pero con el orgullo de haber mantenido el propósito formulado veinte años antes, al inicio de su ministerio: «Derrotar al partido hugonote, mortificar el orgullo de los grandes, obligar a todos los súbditos a obedecer a su deber e imponer el nombre del rey al respeto de las naciones extranjeras». A su debido tiempo, Ana se acordaría del programa de su peor enemigo y se valdría de todos los medios para seguirlo.

Luis XIII sólo tuvo seis meses para saborear el placer de reinar por sí solo, libre por fin de la tiranía de su ministro. En efecto, el 14 de mayo de 1643 le tocó el turno de salir de escena. Sostenido por una gran fe, el soberano parecía despedirse sin añoranzas de una vida atormentada y pobre en alegrías, pero estaba visiblemente angustiado por el problema de la sucesión. Considerando los precedentes de Catalina y María de Médicis, sabía que no podía impedir que fuera su esposa la que asumiera la regencia y temía que Ana, por la cual sentía el mayor desprecio, se aprovechara de ello para hacer la paz con España y hacer inútiles los éxitos de la política de Richelieu. Dispuso por tanto que la reina estuviese acompañada por el duque de Orléans y el príncipe de Condé y por cuatro ministros escogidos por él e inmovibles, lo cual equivalía a ponerla bajo tutela. Ana juró que se atendería a la voluntad de su esposo y le asistió con abnegación en su larga agonía, velando y rezando a su cabecera. Ella misma confiaría a Madame de Motteville que no se había imaginado que la muerte de su marido pudiera causarle un dolor tan profundo y que «cuando lo vio expirar, le pareció que se le desgarraba

el corazón». Al fin y al cabo, habían sido jóvenes y felices juntos, habían sido víctimas de los mismos tiranos, y no le había sido dado conocer otra vida que la que había pasado junto a él.

Apenas exhaló Luis el último aliento, con una reacción contraria a la que tuvo María de Médicis cuarenta y tres años antes, Ana «se dirigió al pequeño delfín, o mejor dicho al rey, y le saludó y abrazó con lágrimas en los ojos, como su rey y su hijo al mismo tiempo». Francia pasaba página y Ana de Austria cambiaba con ella.

Ninguna otra reina francesa, con excepción de María Antonieta, conocería una metamorfosis análoga a la de la viuda de Luis XIII. Pero, mientras que la desventurada princesa austríaca tomó conciencia de sus responsabilidades como reina en el momento en el que la corona le era arrebatada, la infanta española se hizo francesa para defender la de su hijo.

Fidelidad al país de origen, rencores, prejuicios, vínculos de amistad, deberes de gratitud, todo fue sacrificado a los intereses del trono del cual ella misma se había convertido en garante. Con una determinación y una inteligencia política insospechables, Ana se apresuró, de acuerdo con los príncipes de la sangre y el Parlamento, a anular el testamento de su marido y a despedir a todos los ministros salvo uno, un cardenal italiano que había entrado recientemente en el Consejo y a quien el propio Richelieu había señalado a Luis XIII como su sucesor.

La elección de Giulio Mazzarino fue una sorpresa para todos. Verosíblemente, Ana se fió de la clarividencia política y del conocimiento de los hombres de Richelieu. Además, en los últimos meses de vida de su esposo, la reina había podido apreciar el tacto y la diplomacia del nuevo ministro, al cual se había conferido el honor insigne de tener en la pila bautismal al delfín. Todo, además, hacía esperar que, privado de su anterior protector y llegado a Francia desde hacía demasiado poco tiempo para haberse creado lazos de interés, Mazzarino dependería totalmente de ella y le pertenecería por entero. Fue una elección sagaz a la que Ana se mantendría fiel en los años venideros.

La primera señal evidente de su metamorfosis la dio la reina evitando aprovechar la ocasión que le ofrecían las estrepitosas victorias logradas sobre las armadas españolas por el duque de Enghien –el futuro Gran Condé– para poner fin a la guerra con su país de origen. Aunque sólo deseaba la paz, no quería que se sentasen a la mesa de negociaciones si no era en una posición de neta ventaja para Francia. Estaban ya lejanos los tiempos en que Ana conspiraba a favor de España. Por lo demás, la política hacia la que la orientaba Mazzarino repetía punto por punto el programa de Richelieu. Y pronto se vio claramente que el nuevo ministro se proponía aislarla de todos y ejercer sobre ella una suave tiranía. Quienes la querían, le habían sido fieles en la adversidad y habían sufrido por ella la prisión o el exilio –desde Madame de Chevreuse hasta Madame de Hautefort, desde el duque

de Beaufort hasta La Rochefocauld, desde Madame de Motteville hasta La Porte—se sintieron traicionados. «Su voluntad», escribirá con amargura Madame de Motteville, «siempre ha estado sometida a la del ministro [...] Su sentido de la equidad y de la justicia perdía fuerza apenas hacía su aparición como juez la pasión o el interés del que la aconsejaba. Y, para nuestra desgracia, cuando comprendía que su opinión era contraria a la del ministro, su estima por él o la falta de confianza en sí misma la hacían desistir de sus propósitos y la inducían a la sumisión».

Aunque Mazzarino no era vengativo y para realizar sus designios no se servía del hacha del verdugo, sino más bien de su extraordinaria capacidad para la negociación, el disimulo y la corrupción, los príncipes de la sangre, los grandes, los altos funcionarios de la administración regia, el Parlamento y los representantes del pueblo tuvieron que rendirse ante la evidencia: a pesar de la debilidad que inevitablemente caracterizó al poder real durante la minoridad del soberano, a pesar de la necesidad crónica de dinero, y por lo tanto de nuevos impuestos, causada por la guerra, Mazzarino estaba resuelto a evitar que la «buena regencia» minara la autoridad del Estado y que los intereses particulares prevalecieran sobre los del país.

Los movimientos de la Fronda pondrían de manifiesto hasta qué punto Ana compartía las estrategias de su ministro. Durante cinco años desde 1648 hasta 1652, aunque no lo despidió ni traicionó a su política, la reina sufrió humillaciones, insultos, privaciones y peligros y peregrinó con sus hijos por una Francia en armas, revelando una resistencia, un valor y una capacidad de disimulo verdaderamente excepcionales. ¿Era la confianza que le inspiraba Mazzarino la que le dio tanta fuerza? En cierta medida, sí, pero no se trataba de una confianza ciega, como sostenía Madame de Motteville. Ana seguía ante todo el que le parecía el mejor camino para defender los intereses de su hijo, y para lograr ese objetivo estaba dispuesta a afrontar cualquier prueba. En enero de 1651, afectado por un decreto de destierro, el cardenal se refugió en Brühl, cerca de Colonia, donde permaneció casi dos años, la época más dramática de toda la Fronda, mientras la regente se quedaba sola para hacer frente a una situación caótica y en continuo cambio. La correspondencia cifrada entre ambos demuestra que Mazzarino la dirigía a distancia, pero también que el ministro temía verse abandonado a su destino. Pero Ana no cedió y el 3 de febrero de 1653, domada la Fronda, Mazzarino hace una entrada triunfal en París, es reintegrado por el rey a sus funciones y vuelve a hacerse cargo de la guía del Estado. En 1659, la paz de los Pirineos —fruto de su excepcional habilidad diplomática— puso fin, después de veintitrés años, a la guerra con España y convirtió a Francia en el fiel de la balanza de las grandes potencias. Y el odiado italiano, acusado de todas las infamias posibles y contra el cual se habían aliado las fuerzas del país entero, continuaría esforzándose hasta el final para que el

joven soberano reinase gloriosamente sobre la más espléndida monarquía de Europa.

«No hay nada más conmovedor que el modo en que me aseguráis vuestra amistad, y sin vuestras seguridades al respecto ya hace tiempo que hubiera desesperado de mi suerte», escribía Mazzarino, hacia el final de su exilio, a la reina. Pero ¿a qué género de amistad hacía alusión? ¿A un vínculo basado en la estima, en la admiración, en el respeto? ¿A una de aquellas *amitiés amoureuses* que precisamente en aquellos años las «preciosas» estaban poniendo de moda? ¿O a una auténtica relación amorosa que los había arrojado, aunque fuese por un breve instante, uno en brazos del otro? Los biógrafos de Ana de Austria expresan ideas muy diferentes sobre esta cuestión.

Al presentar a su protegido a Ana de Austria, ¿había tenido Richelieu la insolencia de decirle: «Señora, os agradará; se parece a Buckingham»? A la afirmación, de todos modos, no le faltaba fundamento. Diez meses más joven que la reina, Mazzarino era sin duda apuesto: como el duque, tenía un rostro afilado, enmarcado por una perilla y atravesado por un largo y fino bigote con las puntas rizadas, del mismo color castaño oscuro que el cabello; sus rasgos eran regulares y sus grandes ojos castaños no carecían de magnetismo. Pero las semejanzas acababan aquí. De origen modesto, Mazzarino era obsequioso, prudente y persuasivo; tenía gran capacidad para tranquilizar, para explicar todas las opciones posibles y para dar a Ana la sensación de que era ella la que decidía lo que en realidad él había decidido ya por ella. No se le conocían amores, y algunos indicios inducirían a creer que se inclinaba más bien al «vicio italiano». Era en todo y por todo el hombre de la reina; se le había hecho indispensable, tenía su total confianza y respondía sólo ante ella de su proceder.

La primera violenta campaña denigratoria contra Mazzarino se centró precisamente en la denuncia de una relación entre la regente y el ministro. La acusación era tan ultrajante que no podía dejar de hacer mella en Ana; La Porte, que detestaba a Mazzarino, llegó a dejar en el lecho de su señora una carta anónima con el catálogo de los rumores que circulaban sobre ella. Pero los enemigos del cardenal no habían contado con el orgullo de Ana ni con su gusto por los desafíos. La bajeza y lo infundado de las insinuaciones, en lugar de intimidarla, produjeron el resultado contrario de unirla todavía más al ministro y fortalecerla contra la avalancha de infamias de la que sería blanco durante la Fronda. Aun siendo todos hostiles a Mazzarino, ninguno de los memorialistas de la época, desde Retz y La Rochefoucault hasta Mademoiselle de Montpensier, desde Madame de Motteville a La Porte, se hacen eco de estos rumores.

Nada impediría creer, sin embargo, que, bajo la influencia de los acontecimientos, el lazo de aprecio entre la regente y el ministro se hubiese

transformado en una relación más íntima. Pero los defensores de la tesis de la amistad platónica avanzan razones que es difícil no tener en cuenta, empezando por la religiosidad puntillosa, respetuosa de las formas y caracterizada por el terror de la culpa que la reina debía a su educación española. ¿Cómo hubiera podido, durante años y años, confesarse, comulgar, frecuentar conventos y participar en un número interminable de ritos religiosos, de haber perseverado día tras día en un pecado tan grave? Se ha planteado asimismo la hipótesis de un matrimonio secreto: Mazzarino había hecho sólo los votos menores y le estaba permitido casarse; para hacerlo, no obstante, hubiera tenido que renunciar a la púrpura cardenalicia, cosa que no ocurrió. Encima, aun dejando de lado el orgullo dinástico de Ana y su orgullo de reina, difícilmente compatibles con el amor por un hombre de orígenes humildes como Mazzarino, es imposible no preguntarse si su idolatría por el delfín dejaba espacio a un sentimiento que hubiera corrido el peligro de suscitar los celos y la reprobación de su hijo.

Con todo, aparte de la correspondencia oficial entre Ana y su ministro existe otra, en clave, que se remonta a la época de su separación y en la cual habla inequívocamente el lenguaje de la pasión. Hay cartas de Mazzarino con frases como: «Pensad, os ruego, lo que sucederá cuando 26 [él] vea a 22 [ella]. No os diré más, ya que sabéis el resto a causa de § y de *, los cuales, a pesar de cuanto se ha hecho para separarlos, son grandes amigos». O: «Quisiera deciros mil cosas de los sentimientos del Mar [él] por 22 [ella]; pero considero más oportuno hacerlo de viva voz». Hay, sobre todo, «once valiosas cartas autógrafas de la reina cuya autenticidad no puede ser puesta en duda». Limitémonos a citar un pasaje de la escrita el 22 de enero de 1652, pocos días antes de la vuelta de Mazzarino: «Ya no sé cuánto tengo que esperar vuestro regreso, porque cada día surgen obstáculos que lo impiden. Todo cuando os puedo decir es que siento un profundo disgusto y soporto este aplazamiento con mucha impaciencia, y si 16 [Mazzarino] supiese cuánto sufre 15 [ella] por esto, estoy segura de que se sentiría conmovido. Yo lo estoy tanto en este momento que no tengo fuerzas para escribir más, ni sé demasiado bien lo que digo».

Aun juzgando estas palabras susceptibles de diversas interpretaciones, asevera Dulong, no se puede decir lo mismo del lenguaje de los símbolos. Examinando las cartas secretas de la regente a Mazzarino, la mencionada investigadora se ha dado cuenta de que el sello impreso en el lacre que cerraba el pliego es distinto del que la reina acostumbraba a usar, con las armas de Francia y España. Dicho sello representa una «clave enigmática» formado por nueve letras entrelazadas; dos aes, una ce, dos emes, dos es y una hache, que constituyen las iniciales de una enunciación que no necesita comentarios: Hoc Est Emblema (de) Ana de Austria (y) (de) Iulius Cardinale Mazzarino. Corroboran la declaración las dos emes una junto a otra, que en la emblemática de la época equivalen al mandato de amar. Y

esto no es todo. Alrededor de este entrelazamiento de letras hay cuatro eses barradas con un trazo oblicuo, un signo críptico, en boga en España, que aludía a los cuatro requisitos exigidos por el amor: «sabio, solo, solícito y secreto». Y con esta ese cerrada firmó Ana también dos de las cartas enviadas a su corresponsal.

Nunca sabremos si la soberana y su ministro compartieron también el lecho, pero su sello atestigua la solemnidad del empeño que los unió indisolublemente y la voluntad de preservar su secreto.

Al final de la Fronda, Ana de Austria tenía cincuenta y dos años y, superada la terrible prueba, decidió volver a sus viejas costumbres. Renovó sus apartamentos – a la muerte de Luis XIII, abandonando el Louvre, se había trasladado al Palais-Royal, la espléndida residencia que Richelieu había dejado en herencia a la corona–, volvió a tener su *cercle* y dio nueva vivacidad a la vida de corte organizando espectáculos, bailes y conciertos; por lo demás, pasaba el mayor tiempo posible con sus hijos. Su regencia concluyó oficialmente el 7 de septiembre de 1651, en plena guerra civil, cuando, a la edad de trece años, Luis XIV fue declarado mayor de edad. El joven soberano, que en junio de 1654 fue consagrado rey en Reims, seguía sin embargo mostrándose afectuoso con su madre y todavía sometido a ella. Y, no obstante, las preocupaciones y los sinsabores pronto harían irrupción en la vida de Ana de Austria, amargando sus últimos años.

Con el retorno de la paz, la reina dejó a Mazzarino la tarea de gobernar. Nunca le había gustado la política y tenía una confianza absoluta en el ministro. Con todo, el hecho de que el cardenal se convirtiera de manera cada vez más evidente en el ministro del joven rey no podía dejar de hierla. No se trataba, como en el caso de María de Médicis, de un problema de ambición y de poder, sino de disgusto al advertir que la simbiosis entre ella, Mazzarino y su hijo había llegado a su fin y que se iba estableciendo entre Luis XIV y el primer ministro una relación de complicidad de la cual ella estaba inevitablemente excluida. Por una parte, el cardenal se dedicaba a preparar a Luis para el oficio de rey; por otra, estaba abrumado por un trabajo inmenso –la tarea de devolver al país a la normalidad iba a la par de los problemas de la guerra aún en curso con España y con una salud que se hacía más precaria cada día– y para la reina tenía cada vez menos tiempo. Y el querer buscar consuelo en la religión resultó ser un arma de dos filos. Ana siempre había sido profundamente religiosa y, con el paso de los años, su devoción se había ido acentuando. Pero Mazzarino, que era hostil a cualquier interferencia de la Iglesia en el Estado, desaprobaba el apoyo que ella prestaba tanto al partido devoto como a una nueva organización, la Compañía del Santo Sacramento, que contaba con afiliados poderosos y se proponía llevar a cabo una campaña de moralización del país. Como si todo esto no bastase, el cardenal comunicó sus reservas a Luis.

A los dieciocho años, el más amado y más obediente de los hijos había empezado

a dar a la reina los primeros motivos de inquietud. El joven rey era reservado y tímido pero, a diferencia de su padre, experimentaba una fuerte atracción hacia las mujeres. Se juzgó oportuno satisfacer sus inclinaciones sexuales confiándolo a los cuidados de una camarera que gozaba de la confianza de la reina, y tampoco faltaban en la corte criadas discretas capaces de responder a sus avances. Sin embargo, cuando Luis se puso a cortejar, con intenciones visiblemente poco castas, a una damisela de honor, Mademoiselle La Motte d'Argencourt, su madre tuvo que llamarlo al orden con severidad. El culpable lloró y prometió no recaer en el error y la coqueta fue encerrada en un convento. En realidad ya era tiempo de dar una esposa al rey, pero, puesto que Ana de Austria no concebía que se casara sino con su sobrina, la infanta de España, y la paz entre ambos países aún no había sido acordada, era preciso tener paciencia. No podía imaginar que, en la espera, su hijo perdería la cabeza por una sobrina del cardenal.

María Mancini

La vida como una novela

Hacia mediados del siglo XVII llegó a la corte de Francia, en dos oleadas sucesivas, una nidada de niños italianos ignorantes de toda etiqueta, que fueron admitidos en la intimidad de la familia real. Los diez pequeños emigrantes –tres varones y siete niñas– eran sobrinos de Giulio Mazzarino y su llegada a París coronaba de manera emblemática la afirmación política del cardenal ministro.

En la sociedad del Antiguo Régimen, alcanzar el éxito podía ser fruto de una aventura solitaria, pero únicamente una tupida red de parentescos y de alianzas matrimoniales, únicamente la solidaridad de intereses de un clan podía hacerlo estable y duradero. Mazzarino era consciente de ello y, una vez conquistado el apoyo de Ana de Austria y convertido él en primer ministro, se apresuró a hacer venir a sus sobrinos a París para crearse una descendencia a la altura de sus ambiciones. A través de ellos, el oscuro intendente de la familia Colonna uniría su nombre a la alta nobleza francesa que durante años lo había hostigado cubriéndolo de desprecio.

De los sobrinos de Mazzarino, ocho –entre ellos los tres varones– eran hijos de su hermana Geronima Mancini; de ellos, dos murieron antes de llegar a la mayoría de edad y el tercero, Felipe, después duque de Nevers, no parecía destinado a hacer realidad las esperanzas de su tío. De las cinco muchachas, por el contrario, Laura Victoria se casó con Louis de Vendôme, descendiente de un hijo de Enrique IV y de Gabrielle d'Estrées; Olimpia se convirtió en condesa de Saboya Soissons y María en princesa Colonna, Hortensia se casó con el marqués de Meilleraye, que asumió el título de duque de Mazzarino, y le llevó en dote el palacio y las fabulosas colecciones del cardenal; Mariana fue prometida al duque de Bouillon. A excepción de la sabia y virtuosa Laura Victoria, las jóvenes Mancini no resultaron ser, sin embargo, muy inclinadas hacia el idilio doméstico: llevaban en la sangre el gusto por la aventura y la ligereza de quien se ha visto elevado a la cumbre de la escala social por pura casualidad. Para fortuna suya, el cardenal moriría antes de que tuviera comienzo la larga serie de escándalos que atraería sobre sus sobrinos las miradas de toda Europa. Por otra parte, las «mazzarinitas» no parecían experimentar afecto ni agradecimiento por su tío –«Gracias a Dios, ha reventado» fue su único lamento fúnebre– y la única lección que aprendieron de él fue la de una inmensa falta de prejuicios.

Con las dos hijas de su hermana Martinozzi, el cardenal obtuvo resultados más

alentadores: Laura se contentó con casarse con Alfonso IV de Este, duque de Módena, y Ana María pasó a ser la esposa de Louis-Armand de Conti, príncipe de la sangre y el ilustre derrotado de la Fronda, y convirtió a su libertino marido y se convirtió en una ferviente jansenista.

Entre todas las sobrinas del cardenal, la que se atrevió a apuntar más alto, tan alto que llegó a acariciar la ilusión de ser reina, fue, sin embargo, María Mancini. Su determinación no nacía tanto de la ambición y del cálculo como de su incapacidad para medir la distancia entre el deseo y la realidad, entre la vida y el sueño. Había leído demasiadas novelas –las tenía de todas las clases y en todos los idiomas– como para no estar convencida de que la existencia tenía que obedecer a leyes análogas a las de la imaginación.

María llegó a París en 1654, a los catorce años de edad, en compañía de su madre y de sus hermanas menores, Hortensia y Mariana, unos años después que sus hermanas mayores, Laura y Olimpia.

No era bella ni amada por sus padres, pero sí inteligente, ingeniosa, atrevida, y atrajo la atención de Luis XIV con una sincera manifestación de afecto. En el verano de 1658, una repentina enfermedad hizo temer por la vida del soberano, y en aquella ocasión la muchacha se abandonó a una auténtica desesperación.

El joven rey se sintió conmovido por ello y desde aquel momento, como escribiría Madame de La Fayette, «María manifestó a Luis tanta pasión e infringió hasta tal extremo las normas impuestas por la reina y por el cardenal que obligó al rey a amarla». Después de un cortejo hecho de «atenciones insólitas», de «regalos ricos y magníficos» y, sobre todo, de «palidez y suspiros», el rey acabó por declarársele.

María tenía diecinueve años, Luis veinte: ella era exaltada y casta, él tímido y sensual. Para ambos era su primera experiencia amorosa y Mademoiselle Mancini, que dirigía el juego, pidió ayuda a la literatura. Juntos, los dos enamorados leyeron la *Astrea*, la gran novela pastoral que celebraba el amor platónico y enseñaba la caballeridad y el respeto por el sexo débil; ambos tomaron como modelos a los héroes de las novelas de Mademoiselle Scudéry, adhiriéndose a la bella utopía de un mundo regido sólo por las leyes de la galantería. Así, durante seis meses, entre fiestas, bailes, paseos, conciertos, absortos en su juego amoroso, los dos jóvenes saborearon una felicidad perfecta ante los estupefactos ojos de toda la corte. Quizá la vida podía parecerse verdaderamente a una novela; Luis XIV mostró ser el primero en creerlo pidiendo a Mazzarino la mano de su sobrina. Y es posible, como insinúan los memorialistas contemporáneos, que el cardenal Mazzarino cediese por un momento a la tentación de secundar la pasión de Luis y sentar a su sobrina en el trono de Francia. Pero la indignación de la reina madre y el comportamiento de María le harían cambiar rápidamente de idea.

«No creo, señor cardenal», declaró Ana de Austria al ministro, «que el rey sea

capaz de una acción tan vil; pero en caso de que hubiese la posibilidad de que albergase semejante intención, os advierto que toda Francia se levantaría contra vos y contra él; y que yo misma me pondría a la cabeza de los insurrectos, arrastrando conmigo a mi hijo [su segundo hijo, Felipe]».

Testaruda, arrogante, segura de sí misma y del amor del rey, la sobrina del cardenal no mostraba ni respeto ni gratitud a su tío, y era ya demasiado tarde para llamarla a la obediencia. «Ella parecía tener sobre el rey el poder más absoluto que haya ejercido jamás una amada sobre el corazón de un amante», escribía Madame de La Fayette, y no es casual que el pensamiento de la memorialista volara a la empresa intentada un siglo antes por Gabrielle d'Estrées. Pero, a diferencia de la amante de Enrique IV, María era sentimental y casta, y lo bastante clarividente como para no quemarse el suelo bajo los pies acogiendo al rey en su lecho sin bendición nupcial.

Forzado a poner remedio a una situación cuyo control corría el riesgo de perder de un momento a otro, el cardenal se apresuró a armar contra el amor la razón de Estado, construyendo la obra maestra diplomática de su carrera. En un tiempo récord, Mazzarino consiguió, en efecto, firmar los preliminares del tratado de los Pirineos, que traía por fin la paz entre Francia y España y preveía, como cláusula irrenunciable de recíproca garantía, el matrimonio entre Luis XIV y la infanta María Teresa. Fue entonces, al parecer presa de la desesperación, cuando Luis se decidió a dar el gran paso, declarando al ministro que pretendía testimoniarle de manera inequívoca su gratitud casándose con su sobrina. Mazzarino, sin embargo, respondió al rey «que no podía permitirle hacer lo que deseaba impulsado por una pasión violenta de la cual pronto se arrepentiría». Le declaró, además, que «habiéndole servido hasta entonces con fidelidad incorruptible, se guardaba bien de abusar de la confesión que le hacía de su debilidad, y de la autoridad que le había conferido sobre sus Estados, para consentir que cometiera una acción tan contraria a su gloria. En cuanto a él, puesto que era dueño de decidir el destino de su sobrina, prefería apuñalarla antes que elevarla al precio de una traición tan grande».

Llamado con igual firmeza por la reina madre y por el cardenal a sus responsabilidades de soberano, el joven rey inclinó la cabeza, y el 22 de junio de 1659 María y sus hermanas más jóvenes salieron del Louvre para dirigirse a La Rochelle, cuyo gobernador era Mazzarino. Luis acompañó a su amada a la carroza, sin poder contener las lágrimas, y fue en aquella ocasión en la que María pronunció la célebre frase: «¡Ah, señor, vos sois rey y yo marchó!», que once años después (según la tradición) repetiría Racine en la despedida de Toto y Berenice: «*Vous êtes empereur, seigneur, et vous pleurez!*» y «*Vous m'aimez, vous me le soutenez; / Et cependant je pars, et vous me l'ordonnez!*»⁶..

Pero la novela de amor de Luis XIV y María Mancini estaba todavía lejos de su conclusión.

El rey arrancó a su madre la autorización para mantener contactos epistolares con la exiliada; en breve las misivas serían la tapadera de una apretada correspondencia clandestina facilitada por la complicidad del gobernador de Brouage, la fortaleza a la orilla del mar donde la astuta María había solicitado entre tanto ser trasladada. Pronto fue evidente que ninguno de los dos enamorados estaba dispuesto a renunciar al otro, y Luis empezó a dar señales de intolerancia hacia su madre. ¿Es cierto, como sostiene Madame de La Fayette, que, para incitarlo a la rebelión, María le puso al corriente de las historias que habían circulado en el pasado sobre los amores de la reina con el duque de Buckingham, o que incluso le abrió los ojos acerca de la naturaleza de su relación con Mazzarino? Sí es verdad que, a escondidas del cardenal, quien se había ido ya a discutir los últimos acuerdos antes de la firma del tratado de los Pirineos, la reina cedió a los ruegos de Luis, que le pedía su permiso para saludar por vez postrera a María. Los dos enamorados volvieron a verse el 13 y el 14 de agosto, el Saint-Jean-d'Angély, no lejos de Brouage, durante la parada en Burdeos del cortejo real en su viaje a la frontera española. Pero aquel encuentro, que debía ser una despedida, no hizo sino fortalecer en ellos la pasión. Mazzarino, por su lado, estaba resuelto a impedir aquel matrimonio y a evitar cabezonerías por parte del joven rey. «¿Cómo puedo dejar de deciros que seguís ofendiendo la virtud y el decoro?», escribía al soberano el 28 de agosto desde Saint-Jeande-Luz, donde estaba sacando adelante las negociaciones matrimoniales con el ministro español, don Luis de Haro. «¿Que, a pesar de la doblez que ostentáis actualmente, no hay nadie que no sepa que cultiváis un amor imposible y sólo experimentáis aversión por el matrimonio que se está preparando para vos? [...] ¿Cómo podéis esperar que me haga cómplice de este engaño? ¿Cómo queréis que siga mintiendo al primer ministro de España?». Y como Luis no se deja conmover y le declara secamente su contrariedad, Mazzarino vuelve a tomar la pluma y escribe su última carta, en la que presenta su dimisión. Esta vez la amenaza resultó eficaz; el 11 de septiembre el rey manifestó al cardenal que estaba «absolutamente resuelto» a ahogar su pasión. Y aunque siguió escribiéndose en secreto con la mujer amada y mandándole regalos, la fase más aguda de la «enfermedad» –como Mazzarino se empeñaba en definir el sentimiento que el rey experimentaba por su sobrina– estaba ya superada. Además, para favorecer la curación del soberano, el cardenal optó por dejar de lado los sermones morales y servirse de una hermana de María dos años mayor que ella, Olimpia, por la cual Luis había mostrado una poderosa inclinación en el pasado. Atractiva, desenvuelta, ingeniosa, Olimpia había sido la primera en llamar la atención de Luis, pero, decidida a salvaguardar su reputación con miras a un buen matrimonio, se había sustraído sabiamente a los avances del rey, entonces de dieciocho años de edad. Sin embargo, ahora que se había convertido en condesa de Soissons y podía contar con la complicidad de un marido desprejuiciado y ambicioso, Olimpia fue

menos intransigente y se mostró disponible para aliviar las penas de amor del soberano, tras lo cual escribió personalmente a su hermana para informarla de sus éxitos.

La ofensa era grande y, mucho más que los preparativos matrimoniales en curso, revelaba a María que los juramentos del rey de «fidelidad inviolable» se estaban debilitando y que «ya no experimentaba por ella la misma pasión». La novela tuvo, pues, un epílogo amargo: con Luis, efectivamente, perdió María «al más amable de los amantes y la más bella corona del universo». ¿Se consoló un tanto la joven cuando le refirieron que, pocos días después de su matrimonio, en el camino de vuelta, el rey había querido ir en peregrinación a Brouage a visitar la fortaleza que la había albergado durante su exilio y dormir en la que había sido su habitación? ¿Imaginó por un momento que su historia de amor pudiera tener continuación? La propia María, en sus memorias, nos da la medida de la desilusión que sufrió ante la acogida que le dispensó el soberano cuando, por orden del cardenal, se dirigió junto con sus hermanas menores a Fontainebleau para rendir homenaje a la nueva reina. «Había previsto desde un principio cuánto me costaría este honor; dejó entender con cuánto pesar me preparé a recibirlo. Estaba segura de que la presencia del rey reabría una herida que todavía no estaba bien cerrada, a la cual hubiera sido mejor sin duda aplicar el remedio de la lejanía. Sin embargo, nunca me hubiera imaginado que el rey me pudiera recibir con tanta indiferencia. Confieso que me sentí tan turbada que en vida he experimentado nada más cruel que el sufrimiento motivado por este cambio.» La partida estaba definitivamente cerrada y en un arranque de orgullo María se dobló a los deseos de Mazzarino y, en abril de 1661, venciendo la repugnancia que le causaba la idea de regresar a Italia, marchó a Roma para casarse con Lorenzo Onofrio Colonna, príncipe de Paliano y de Castiglione y gran condestable del reino de Nápoles.

Generalmente se ha pensado que la vida sentimental de María Mancini concluyó así, a los veinte años, bajo el signo del sacrificio y la renuncia. Por el contrario, los archivos de la casa Colonna revelan que, a pesar de su desilusión sentimental, a pesar de la soledad y la desorientación iniciales, a pesar de la agresión sexual de su marido, ansioso por verificar su virginidad, a pesar de la fiebre cerebral que la puso a las puertas de la muerte, María se enamoró prontamente de su príncipe italiano. El condestable era joven y vehemente, tenía prestancia y enseguida se mostró extremadamente galante con una esposa que, amén de aportar como dote un notable patrimonio, era seductora, culta y brillante. Así pues, durante seis años María fue nuevamente feliz en el espléndido palacio Colonna: hacía el amor con su marido tres veces al día, trajo al mundo tres hijos varones y gozó, en la Roma de los papas, de la libertad que sólo Francia concedía a las mujeres. Ante la censura general, la nueva princesa salía sola, recibía a quien le apetecía y tenía un salón. ¿Qué fue, entonces, lo que la indujo, después de pocos años de matrimonio, a

poner fin a la intimidad conyugal? La decisión ¿fue dictada por el miedo a nuevos embarazos, como ella misma declararía en sus memorias, tuvo más bien su origen en un despecho pasajero, dado que el condestable era un mujeriego impenitente?

Fue una de tantas decisiones impulsivas y aventuradas que María tomó a lo largo de su vida. El príncipe Colonna respetó la decisión de su esposa, pero, herido en su orgullo y distraído por otras aventuras, dejó de mostrarse caballeroso e indulgente con ella. A partir de aquel momento, María tuvo que obedecer a su marido y ceñirse a las costumbres de la alta sociedad romana, que le imponían estarse encerrada en casa y salir sólo para las ceremonias oficiales. El marido apasionado resultó ser un déspota y el aire se llenó de amenazas. ¿Fue la fantasía novelesca de María la que la hizo imaginar que estaba expuesta a terribles maquinaciones, o realmente corrió peligro de morir envenenada o de acabar recluida en cualquier remota posesión de los Colonna? Lo cierto es que, un buen día, María huyó de Roma en compañía de su hermana Hortensia, se embarcó en Civitavecchia en una nave fletada improvisadamente y buscó refugio en Francia, segura de poder contar con la protección de Luis XIV.

Probablemente no pensaba que estuviera llevando a cabo una acción irreparable. Ella sólo pretendía separarse de un esposo con el que ya no estaba de acuerdo y establecerse en la ciudad donde había crecido y donde vivían casi todos sus parientes. Pero en la Europa del siglo XVII la libertad no era cosa de mujeres; era, en el mejor de los casos, una concesión galante que los hombres de la alta nobleza francesa hacían a sus esposas en nombre del buen gusto y de la elegancia. Sin embargo, por desgracia, el condestable era italiano, temía el ridículo, la traición y el escándalo y exigió que, lo quisiera o no, su esposa regresara a Roma o se encerrara en un convento. La opinión pública podía censurar el comportamiento del príncipe de Colonna, pero el derecho estaba de su parte y para hacerlo respetar entraron en liza hasta el Papa y el rey de España.

Cuando huyó disfrazada, como una heroína de novela, María no había pensado desde luego que iba a convertirse en un huésped extremadamente incómodo para Francia y que el propio Luis XIV no iba a poder tomar partido por ella sin correr el riesgo de que se produjeran incidentes diplomáticos. Al no serle permitido establecerse en París, María abandonó Francia y luego el Piamonte y al final, cometiendo un error tras otro, se halló en el único país en que hubiera debido evitar poner los pies, en aquella España de la cual el condestable era súbdito y destacado representante en el reino de Nápoles. En Madrid, pues, la desordenada fuga de María hacia la libertad concluyó entre los muros de un convento.

En los años durante los cuales la princesa Colonna estuvo vagando por Europa, soberanos, papas, nuncios y embajadores fueron convocados a buscar una solución para un caso imposible de resolver. María no quería volver a vivir bajo el techo conyugal y su marido no le concedía otra alternativa que el convento. ¿Qué era lo

que había detrás de tanta determinación por parte de ambos cónyuges? Por supuesto, terquedad, rencor y deseo de revancha, pero también miedo. María tenía claro que se había convertido en un estorbo y temía por su propia integridad; el condestable quería tenerla bajo llave para poner fin a una conducta cuya ligereza lo ofendía en su honor y cubría de desdoro a la familia Colonna. No hace falta decir que también el brutal Lorenzo merecía cierta comprensión, ya que María, como escribió Madame de Villars, esposa del embajador francés en España, era «una original» cuyos extraordinarios «caprichos mentales» eran incomprensibles. La reclusión en el convento no le impidió, por lo demás, tener amantes y dar a la imprenta unas memorias «justificativas» que sumaron un escándalo a otro.

La muerte del condestable, acaecida en 1689, devolvió por fin la libertad a María, pero no la reconcilió con Roma, donde, sin embargo, sus hijos le dispensaron la acogida más afectuosa. Había llegado también para ella la «edad de la nostalgia» y ciertamente no existía ya un lugar en el que le agradase vivir. Así, durante otros veinticinco años María llevó una existencia errante, en busca de climas benignos, invernando en Barcelona, Provenza o Liguria, con pocos medios y un reducido séquito, dispuesta a renunciar a todo con tal de disponer enteramente de sí misma. En sus vagabundeos conservó siempre celosamente dos valiosos objetos: el collar de treinta y cinco perlas que había pertenecido a la reina de Inglaterra y que Luis XIV le había regalado en el momento de su separación y el magnífico diamante que el condestable le había puesto en el dedo el día de su boda. En el modesto inventario redactado en Pisa a su muerte, en 1715 –el mismo año de la desaparición del Rey Sol–, figuraban las dos espléndidas joyas para testimoniar la fidelidad de María al recuerdo de sus dos novelas de amor, interrumpidas demasiado pronto.

María Teresa de Austria

Una reina en la sombra

El 6 de junio de 1659, Luis XIV de Francia y Felipe IV de España, los dos soberanos más poderosos de Europa, se reunieron en el suntuoso pabellón dispuesto en la Isla de los Faisanes, en el río Bidasoa, para ratificar personalmente, después de una larga y terrible guerra, la paz entre sus dos países. Brillante resultado del arte diplomático de Mazzarino, el acuerdo sancionaba de hecho el fin de la hegemonía española y el comienzo de la francesa, pero atendía a hacer menos amarga la derrota del rey católico con un nuevo lazo dinástico, el matrimonio de su hija, la infanta, con el joven soberano francés. Por lo que a la manera de concebir la realeza se refería, había entre las dos monarquías una enorme distancia, que era bien visible en la diversidad de comportamiento y de estilo de las dos delegaciones. La parte española del pabellón, en honor de la tradición, había sido decorada con los tapices más antiguos de la corona, mientras que la francesa, abierta a la modernidad, lucía otros nuevos y flamantes confeccionados para la ocasión. Esplendoroso de juventud y hermosura, vestido con extremo rebuscamiento, Luis XIV iba acompañado de una corte joven y colorista, adornada con lazos y joyas y orgullosa de estar en la vanguardia de la elegancia y de la moda. En comparación con él, el viejo y melancólico monarca español, con su séquito de caballeros vestidos de negro, hieráticos e impasibles, parecía vivir en el pasado. Sin embargo, fueron ellos lo que prevalecieron sobre la arrogancia francesa, sometiendo notablemente a todos; se impuso el rigor sin concesiones de la etiqueta de la corte de Madrid, comparado con el cual el estilo de los reyes de Francia era de una cordialidad casi burguesa.

Desde este punto de vista, la extraordinaria escena del encuentro privado de las dos familias reales antes de la ceremonia oficial, escena cuya crónica nos ha transmitido Madame de Motteville, es altamente emblemática: «El 4 de junio, la reina fue, pues, a visitar por primera vez al rey su hermano y a la reina su sobrina; la acompañaron sólo las condesas de Flex y de Noailles⁷ y hasta esta última tuvo que hacer no pocos esfuerzos por ser admitida. Los dos reyes habían de verse solamente en el transcurso de la ceremonia oficial, es decir, el día en el que prestaran solemne juramento de paz: pero, como acabo de decir, este programa no se cumplió porque, como es comprensible, el rey quería ver de cerca a la infanta convertida en reina; y he aquí cómo sucedió.

»La reina llegó al encuentro antes que su hermano el rey de España [...] A la

llegada del rey se abrazaron; el rey su hermano con mayor contención, porque ella hizo ademán de besarlo, pero él apartó la cabeza de tal modo que ella no logró ni siquiera rozarlo. La reina su sobrina se arrojó de rodillas ante ella y porfió largo rato en tomar su mano y besarla; en lugar de tendérsela, la reina la abrazó afectuosamente [...]. Después, Monsieur⁸ se acercó al rey de España y le presentó sus respetos, y el rey manifestó su alegría por conocerlo; hubo también un intercambio de cumplidos entre Su Alteza y la joven reina...

»Don Luis [de Haro] trajo una silla al rey su señor; y al mismo tiempo la condesa de Flex, dama de honor de la reina, trajo otra para su señora. Entrambos se sentaron más o menos en la línea que, en la sala reservada para el encuentro, marcaba el confín entre los dos reinos. Del lado español la camarera mayor trajo un escabel a la joven reina su señora [...] que se sentó junto al rey su padre. Monsieur tomó asiento en un taburete plegable al lado de la reina su madre. Su conversación fue afectuosa y llena de solicitud por parte de la reina, pero demasiado grave por parte del rey su hermano...

»El cardenal Mazzarino, que se había entretenido hablando con don Luis, se acercó a Sus Majestades e, interrumpiendo la conversación, les dijo que había un desconocido en la puerta que pedía que se le abriera. La reina, con la aquiescencia del rey su hermano, ordenó que compareciera. Él y don Luis, dejando la puerta entreabierta, dieron ocasión al rey [de Francia] de ver a la infanta reina; pero como era preciso que ella también lo viera a él, tuvieron buen cuidado de no esconderlo. No les fue difícil hallar el modo de mostrárselo a ella, que lo miraba con extremo interés, porque [el rey] sacaba la cabeza a los dos ministros. La reina se sonrojó al ver aparecer a su hijo, y aún más se sonrojó la joven reina en tanto lo observaba atentamente. También el rey de España lo miró, y sonrió a la reina su hermana diciéndole que tenía un guapo yerno.

»La reina les dijo de improviso en español que deseaba preguntar a la infanta reina qué pensaba de aquel desconocido; a lo cual su hermano le respondió que no era tiempo de decirlo. “¿Y cuándo podrá decirlo?”, inquirió la reina en español. “Cuando haya traspasado la puerta”, fue la contestación del rey su hermano. Entonces Monsieur dijo en voz baja a la joven reina: “Majestad, ¿qué os parece aquella puerta?” y ella al punto le respondió, con aire sagaz y riendo: “La puerta me parece muy hermosa y muy buena”.»

La infanta traspasaría el umbral de aquella fatídica puerta el 7 de junio, el día siguiente a la firma de la paz, tras haberse arrodillado tres veces delante del rey, su padre, para recibir su bendición. El dolor de ambos era tan evidente que Ana de Austria y sus dos hijos, que habían acudido a recoger a la joven novia, se unieron a sus lágrimas. En el momento de separarse para siempre, abrumados por la

emoción, los reyes españoles y los franceses se abrazaron llorando y dejaron hablar a la voz de la sangre.

Luis y María Teresa eran primos hermanos, tanto por parte de padre como de madre, y el sentimiento de pertenecer a la misma familia había contado enormemente en su matrimonio. A diferencia de lo que le había sucedido cuarenta y cinco años antes a Ana de Austria, la infanta se encaminaba a su nueva vida sostenida por el cariño de una suegra que la había acogido como a una hija y por un amor sin límites hacia su esposo. Un amor al que se sabía destinada desde la infancia, el único a la altura de su nacimiento, el único concebible para ella. Por lo demás, María Teresa era totalmente inadecuada para las tareas que la aguardaban. Tímida en extremo, indolente, infantil a pesar de sus veintidós años –tenía la misma edad que su marido–, había crecido, huérfana de madre, en el aislamiento impuesto a las infantas por la inflexible etiqueta de la corte española, y su falta de cultura y de curiosidad intelectual, unida a una rígida educación religiosa de cuño contrarreformista, le impediría adaptarse a las costumbres de su nuevo país, cuya lengua no llegaría nunca a aprender correctamente. Aunque se procedió de inmediato a vestirla con arreglo a los dictámenes de la moda francesa, María Teresa siguió comportándose como si aún llevara el guardainfante, la inmensa basquiña con aros que mantenía a debida distancia a todo el que se le aproximaba. Hasta su aspecto físico era singular. Pequeña y regordeta, tenía los rasgos faciales típicos de los Habsburgo, la cara alargada, las mejillas pesadas y los labios rojos y carnosos, y sus bazas principales eran una piel blanquísima, unos ojos de un bello azul intenso y una cabellera rubia ceniza. Aun deseando alabar sus encantos, Madame de Motteville hubo de reconocer que no era lo suficientemente alta y que –cosa bastante común en la época– tenía los dientes picados; a su vez, Madame de La Fayette no le negaba cierta belleza, pero no la encontraba «agradable».

Probablemente, el hecho de que aquel pequeño ídolo pintado con colorete pareciese distinto de todas las demás mujeres no disgustó a Luis XIV, ya que era señal manifiesta de su pertenencia a la raza de los más grandes monarcas de Europa, del carácter único de su nacimiento y de los lazos de sangre que la unían a él. Desde luego, la incapacidad de María Teresa para seguir el ejemplo de su suegra y convertirse en el eje de la vida de la corte, dictando la ley en materia de elegancia y de estilo, sería para ella motivo de pesar, pero esto se vería ampliamente compensado por las ventajas de una esposa inaccesible, sumisa a la etiqueta, imbuida de la sacralidad de sus funciones de reina. Además, Luis fue extremadamente sensible al amor apasionado y a la completa docilidad que la infanta mostró desde el primer día.

Cuenta Madame de Motteville que cuando, la noche de bodas, el rey manifestó que se iba a dormir, «la reina dijo a la reina su tía, con lágrimas en los ojos: “Es muy temprano”. Y éste fue, desde que había llegado, el único momento en que

pareció contrariada, por causa de su pudor. En efecto, cuando le dijeron que el rey se había desvestido, se sentó en dos almohadones en la *ruelle* de su lecho para hacer otro tanto, sin demorarse en preparativos. Se desnudó sin hacer historias; y como le habían dicho que el rey la esperaba, pronunció estas palabras: “Presto, presto, que el rey me espera”».

Por primera vez, el rey pudo abandonarse libremente, sin riesgo de cometer pecado, con su legítima esposa, al placer de los sentidos que constituiría una exigencia irrenunciable de su vida futura. A la satisfacción de la posesión física de una joven total y definitivamente suya, a la cual estaba además unido por un estrecho parentesco, se añadía la satisfacción del dominio psicológico y moral que el soberano descubrió que tenía sobre su mujer. Cuando, nada más haberse casado, preguntó a la infanta si consentía en mandar de regreso a España a su dama de honor, porque no era costumbre en Francia que un cargo tan alto fuese ocupado por una extranjera, ella le respondió «que no tenía otra voluntad que la suya, y que había dejado al rey su padre, al que amaba tiernamente, su país y todo lo que le había sido dado, para ofrecerse enteramente a él, y que lo había hecho de buen grado. Pero que le suplicaba que le concediera, en señal de recompensa, la gracia de tenerla siempre a su lado y no pedirle jamás que lo abandonara, porque esto sería para ella el disgusto más grande que pudiese tocarle en suerte. El rey escuchó tan complacido la petición de la reina que ordenó de repente al Gran Mariscal, encargado de la superintendencia, que no los separase nunca, ni siquiera durante los viajes, aun a costa de ser alojados en una casa demasiado pequeña». Efectivamente, hasta la muerte de su esposa, Luis XIV se mantendría fiel a su promesa; siguió compartiendo el lecho con ella y haciendo uso de sus deberes conyugales, pero ello no le impediría humillarla públicamente y hacerla profundamente desdichada. Se había visto forzado a sacrificar a María Mancini a la razón de Estado, pero no tenía intención de renunciar a la búsqueda del placer. Y cuando, nueve meses después de su boda, al morir el cardenal Mazzarino tomó las riendas del gobierno, estaba decidido a no permitir ya a nadie, ni siquiera a su madre, interferir en su vida. El más adorado de los hijos se amaba en primer lugar a sí mismo, «anteponía a todo lo demás su voluntad» y se disponía a ser el más infiel de los maridos y el más presuntuoso de los amantes.

Louise de La Vallière

«Aquella pequeña violeta que se escondía entre la hierba»

Las tres regencias femeninas que se sucedieron en Francia en el espacio de menos de un siglo animaron a panegiristas y hombres de Iglesia a dar nuevo impulso a la moda de los catálogos de mujeres ilustres. Jesuitas como Hilarion de Coste, Pierre Le Moyne y Nicolas Caussin, franciscanos como Jacques du Bosc, o escritores laicos como Georges de Scudéry y François du Soucy de Gerzan dedicaron a las reinas unas «galerías de retratos» que, remontándose a la Biblia y a la mitología clásica, pasaban revista a las soberanas que se habían distinguido por su fe y sus virtudes morales o por su inteligencia política y su arte del buen gobierno. Pero desde el final de la Fronza las reinas salieron de escena y una violenta campaña satírica puso en la picota, bajo la ambigua etiqueta de «preciosas», a todas las mujeres que osaban amenazar la autoridad masculina en el terreno intelectual o en los juegos subterráneos de la política. A la muerte de Mazzarino, Luis XIV dio ejemplo, excluyendo a su madre del Consejo y limitando el poder del sexo débil al reino dorado de la galantería. «Van al ataque del corazón de un príncipe como de una fortaleza», escribirá Luis XIV en sus *Instrucciones* al delfín. «Aunque abandonemos nuestro corazón», añadía, «es preciso seguir siendo dueños absolutos de nuestra mente [...]. En cuanto dais a una mujer libertad para hablaros de cosas importantes, es imposible que no os haga caer en el error».

En el largo reinado del Rey Sol, pues, las únicas que atraerían la atención serían las amantes reales. Para cantar sus alabanzas, los poetas de corte, desde Bensérade hasta Molière y hasta el mismo La Fontaine, ocuparían el puesto que habían dejado vacío los panegiristas, mientras, desafiando los rigores de la ley, la prensa clandestina cultivadora de los escándalos haría las delicias de los lectores con la detallada narración de las conquistas sentimentales del infatigable soberano.

A pesar de la diversidad de sus personalidades y de sus historias, las favoritas reales dan la impresión de estar todas ellas impulsadas por las mismas pasiones y tener en común los mismos objetivos. Desde la duquesa d'Étampes, primera amante oficial de un rey de Francia, hasta la pobre condesa du Barry, que había de terminar su carrera en la guillotina, el amor por el soberano, cuando de amor se trata, no está nunca exento de segundas intenciones: la ambición, el orgullo, la codicia, el deseo de dominio que lo nutren son, por otro lado, armas indispensables para superar los obstáculos, las incertidumbres, las amarguras y las humillaciones

que salpican el camino de una favorita; sólo silenciando la piedad y la conciencia es posible defender las posiciones conquistadas.

Un sola figura femenina parece apartarse de este desfile de audaces, astutas y combativas reinas de corazones: Louise de La Vallière, la única favorita real que vivió el amor como una entrega total de sí misma y llevó a cabo una coherente búsqueda de lo absoluto. Mademoiselle de La Vallière –escribió Jean Cocteau– fue, «a fin de cuentas, una pobre víctima, metida en las venganzas, en los juegos de perspectiva, en los teatros de verdor y en las demás atroces crueldades del Versalles de Luis XIV [...]. Hace pensar en un faisán perseguido, que renquea o pierde sangre de un ala en medio del alegre alboroto de una cacería real».

El hecho de padecer una leve cojera no disminuía el atractivo de Louise de La Vallière ni le impedía bailar divinamente. «Ella no era», escribiría el abad de Choisy, «una de esas bellezas perfectas que a menudo suscitan un sentimiento de admiración más que de amor [...]. Tenía una bella tez, el cabello rubio, una sonrisa agradable, los ojos azules y una mirada tan tierna y al mismo tiempo tan modesta que conquistaba a la vez el corazón y la estima: no poseía una gran inteligencia pero la cultivaba cada día con asiduas lecturas».

Nacida en Tours en 1644, Françoise-Louise de La Baume Le Blanc de La Vallière pertenecía a una familia de la pequeña nobleza; tras la muerte de su padre había seguido al nuevo marido de su madre, el marqués de Saint-Rémy, al castillo de Blois, donde su padrastro ocupaba el cargo de mayordomo de Gastón de Orléans, el inquieto hermano de Luis XIII. Durante cinco años, de 1655 a 1661, Louise compartió con las tres hijas de las segundas nupcias del duque una vida despreocupada, en un ambiente culto y refinado, aprovechándose de las lecciones que se daba a las princesitas y aprendiendo a moverse con gracia, a hacer reverencias, a bailar, cantar, montar a caballo, escribir correctamente y expresarse con garbo y naturalidad.

Luego, a los diecisiete años, pobre, inocente, virtuosa y con la cabeza llena de sueños, había entrado en la corte como damisela de honor de Enriqueta de Inglaterra, que había contraído matrimonio con Felipe de Orléans, hermano de Luis XIV.

Celebrada el 31 de marzo de 1661, diez meses después de la de Luis XIV, la boda de su segundo hijo con la hermana del rey de Inglaterra coronaba las ambiciones dinásticas de la reina madre y probablemente la ayudó a hacer frente al dolor por la desaparición de Mazzarino, acontecida sólo veinte días antes de aquella boda, cuyas negociaciones había dirigido. Pero ¿podía verdaderamente Ana de Austria esperar que aquel hijo, al que a toda costa se había querido presentar como «afeminado» para evitar cualquier rivalidad con su hermano, hallase su felicidad en el matrimonio? Apartado de los campos de batalla, en los que hubieran podido distinguirse por su valor y su talento militar, Monsieur se había visto inducido a

cultivar ambiciones menos viriles y se limitaba a rivalizar en belleza y elegancia con el sexo débil. Embutido en un jubón bordado, maquillado, perfumado, enjoyado, el príncipe «no tenía inclinación hacia las mujeres», y hasta su irresistible esposa se dio cuenta bien pronto de que «ninguna mujer tenía la facultad de inflamar su corazón». Todo esto no impidió, sin embargo, que Monsieur cumpliera con sus deberes conyugales y se asegurara una descendencia. En el Antiguo Régimen, la homosexualidad era considerada un vicio muy grave y se castigaba en ciertos casos con penas severísimas, pero quienes la practicaban no se sentían, en el plano psicológico y social, «diferentes», sino sólo unos libertinos «pervertidos» y ambiguos, y Monsieur, a pesar de todos sus favoritos, lograría dejar encinta también a su segunda esposa, la Princesa Palatina, cuya fealdad hubiera podido desanimar al más fogoso de los maridos.

Nadie ignoraba, y Ana de Austria sin ir más lejos tenía dolorosa experiencia de ello, que los matrimonios principescos obedecían a reglas distintas de la inclinación y el sentimiento, y que los del rey y de Monsieur no eran una excepción. Pero las uniones que la reina madre había comprometido para sus hijos eran tan prestigiosas, la influencia que ejercía sobre ellos era tan fuerte y la familia real estaba tan unida que racionalmente se podía esperar que en ambas parejas prevaleciese el sentido de la responsabilidad y del deber.

No fue así y, apenas ultimado, el espléndido edificio matrimonial construido por Ana de Austria reveló su fragilidad y se resquebrajó por la base. La indiferencia de Monsieur por su esposa era en realidad menos alarmante que el interés que Luis XIV empezó de inmediato a manifestar por su cuñada. Aquella primita demasiado delgada, que junto con su madre había ido a refugiarse a la corte francesa mientras su padre, Carlos I de Inglaterra, subía al patíbulo, había experimentado una impresionante metamorfosis. La rueda de la fortuna había girado a su favor; su hermano, Carlos II, había recuperado el trono paterno y ella había regresado en triunfo a Francia, acogida por la admiración general. Aunque no era la suya una belleza sin tacha, Enriqueta «poseía en sumo grado el don de agradar». Y, como escribiría, con un toque de malignidad, Madame de Motteville, «para compensar este disgusto [no haber podido convertirse en reina], Madame quería reinar en los corazones de las *honnête gens* y conquistar la fama gracias a la fascinación de su inteligencia». Las cualidades que faltaban a María Teresa de Austria, por lo tanto, hacían de Enriqueta «el ornamento de la corte». De este modo, al cabo de un año de matrimonio, Luis XIV ni tenía escrúpulos de dejar a su esposa en compañía de sus perritos, sus enanos y sus camareras españolas para pasar la mayor parte del tiempo con su cuñada. «Y como los dos eran extremadamente amables, y los dos habían nacido con inclinación a la galantería, y se veían todos los días en medio de los placeres y las diversiones, todos vieron con claridad que sentían el uno por el otro esa atracción que preludia generalmente a las grandes pasiones.»

Ante los celos de María Teresa y la irritación de Monsieur, la reina madre se vio obligada a intervenir, pero sólo para constatar que no tenía ningún predicamento sobre su nuera inglesa y mucho menos sobre el rey.

Luis tenía veintidós años y Enriqueta dieciséis, y el deseo que tenían ambos de divertirse lo compartían todos los coetáneos suyos que formaban la «joven corte», en su impaciente espera de desembarazarse del yugo de la «vieja corte», presidida por la reina madre. A pesar de su despreocupación, no se dedicaban únicamente al placer, sino que se proponían asimismo la construcción de una nueva red de influencias, construcción que pasaba por la provisión de cargos cortesanos, y en primer lugar de los que llevaban a servir en las «casas» del rey, de la reina, de Monsieur y de Madame y, por lo tanto, a estar en estrecho contacto con la familia real. En una sociedad en la cual todo dependía de la benevolencia del rey y de quienes tenían la fortuna de serles gratos, la simpatía que Luis XIV mostraba por Enriqueta hacía de Madame un personaje extraordinariamente poderoso y transformaba su casa en un nido de intrigas.

Fue en este período de tensiones y oscuros manejos cuando Louise de La Vallière llegó al lado de Madame en calidad de damisela de honor, sin sospechar ni siquiera lejanamente que aquel mundo resplandeciente de belleza, de alegría, de elegancia y de juventud que se exhibía ante sus ojos ocultaba otro mundo cínico, despiadado y presto a devorarla. Pero ¿cómo hubiera podido la cándida, gentil e inexperta muchacha venida de provincias imaginar que aquella Madame, a la que todos «amaban porque no se podía ni pensar en hacer de otro modo», y aquel rey «amable, joven, elegante y magnífico» estaban tramando poner fin a las fastidiosas recriminaciones de sus familiares (Ana de Austria había pedido ayuda hasta a la madre de Enriqueta, la reina de Inglaterra), dejando creer que el soberano se interesaba por ella y utilizándola como pantalla? Es cierto que, desde la *Astrea* en adelante, en las novelas de amor los equívocos estaban a la orden del día, pero el hecho de que los dos modelos supremos de la *belle galanterie* no titubeasen en exponer al escándalo a una pobre muchacha sin otro capital que su reputación, jugando con sus sentimientos y engañándola deliberadamente, ¿no es prueba más bien de que el estilo de la «joven corte» se estaba deslizando rápidamente al libertinaje más desenfrenado?

En un primer momento, sin embargo, pareció triunfar la inocencia: si Mademoiselle de La Vallière no había tardado en enamorarse de su real cortejador, éste se vio preso en el lazo de su propio juego.

Desde que era el *Maître* y podía disponer de sí mismo y de sus súbditos con plena libertad, Luis XIV se mostraba cada vez más proclive a no privarse ni del placer de los sentidos ni de las emociones del corazón. Sus repetidas tentativas de incursiones nocturnas a los apartamentos de las damiselas de honor de su esposa sólo habían fracasado merced a la firmeza de la duquesa de Noailles, que poco

después pagaría con el exilio la audacia de haber cumplido con su deber de superintendente, obstaculizando con rejas y cerrojos las correrías amorosas del joven soberano. El poco común apetito sexual de éste no le impedía, por lo demás, ser tremendamente sentimental y echar de menos la exaltación, las palpitaciones, los suspiros, los impulsos y las alegrías delicadas del amor que había descubierto junto a María Mancini. Y he aquí que la casualidad le hacía encontrar entre las muchachas del séquito de Madame a la persona ideal con la que reanudar la aventura interrumpida. ¿Qué mejor compañera de viaje, en la exploración de la *Carte de Tendre*, que aquella tímida y encantadora virgen de diecisiete años, dispuesta a sacrificarlo todo por él sin pedirle nada a cambio?

Antes aún que al rey, Louise de La Vallière amaba el sentimiento que él había sabido inspirarle y al cual se había consagrado inmediatamente como a un sacerdocio. Pero como su exaltación no dejaba de ir aparejada a un profundo sentimiento de culpa por haberse entregado a un hombre casado y por el hecho de constituir una perenne ocasión de escándalo, aspiraba sólo a celebrar su culto en la sombra, contentándose con la atención que le demostraba su amante. Por desgracia, sin embargo, esto era lo único que el soberano no podía concederle; por otra parte, ¿cómo no comprender que el Sol era incompatible con la sombra? El rey de Francia vivía en público y sus amores no podían mantenerse mucho tiempo en secreto. La costumbre, instituida por Francisco I, de oficializar a las amantes reales y de otorgarles títulos altisonantes y cargos en la corte había surgido antes que nada del deseo de los soberanos de tenerlas cotidianamente a su lado sin contravenir las complejas reglas de la etiqueta. En los últimos cincuenta años, es cierto, la corte francesa había perdido el hábito de ofender públicamente la moral de esta manera; Luis XIV, por naturaleza tímido y reservado, no carecía de escrúpulos religiosos, pero a todo se impusieron la convicción de estar por encima de todas las normas y el gusto narcisista de una ostentación de sí mismo que rayaba en el exhibicionismo. Su relación con Mademoiselle de La Vallière le ofrecía comodidad para ir poniendo progresivamente en marcha las modalidades que después serían características de su estilo de sultán.

Bien a su pesar, pues, y sin estar en modo alguno preparada para lo que le esperaba, Louise fue catapultada al escenario de la corte, expuesta a todas las miradas, convertida en objeto tanto de admiración como de envidia y de rencor y víctima de continuas intrigas. La hostilidad que le mostraba ahora Madame, furiosa de verse relegada en el corazón de su cuñado, era poca cosa en comparación con el sentimiento de culpabilidad que experimentaba cuando debía aparecer ante la reina; y cuando descubrió que esperaba un niño la vergüenza fue más fuerte que la alegría. Las sucesivas maternidades no disminuirían su turbación; cuando, en el otoño de 1666, esperando su cuarto hijo, se vio acometida por los dolores mientras se hallaba en el castillo de Vincennes, donde su habitación servía de paso a los

apartamentos reales, Louise fingió tener un cólico intestinal. No sólo logró ocultar sus sufrimientos sino que, media hora después del parto, tras hacer desaparecer al niño, recibió a la multitud de cortesanos para la cena. En su primer embarazo fue menester que dejase el cargo de damisela de honor, que siempre confería, sin embargo, una apariencia de legitimidad a su presencia en la corte, y consintiese que el rey la trasladara a una casa cerca del Palais-Royal, como si fuera una vulgar mantenida.

Con todo, una vida tan contraria a su educación y a sus principios, tan diferente de la que había soñado en los dichosos años de la inocencia pasados en Blois, era redimida, purificada y sublimada por la pasión que Louise sentía por el rey y por el amor con que éste la correspondía. Sólo para él era bella, desenvuelta y elegante, y para él bailaba, recitaba y cantaba delante de toda la corte, lo seguía en sus cacerías, en sus traslados de una residencia a otra, en sus viajes, en sus expediciones militares, superando, con la sonrisa en los labios, incomodidades, apuros y humillaciones, porque esto era lo que él le pedía. Por su parte, a principios de mayo de 1664, Luis XIV convirtió a Louise en la secreta inspiradora de los «Plaisirs de l'Île Enchantée», la fiesta más memorable de su largo reinado. Durante siete días, los jardines de Versalles, recientemente inaugurados, fueron el marco de una serie de procesiones de máscaras, juegos, ballets, conciertos, espectáculos (entre ellos también la primera representación del *Tartufo* de Molière). El hilo conductor de la fiesta era el *Orlando furioso* de Ariosto, y la presencia en el desfile inaugural del hermano de Louise, Jean-François de La Vallière, junto a los más grandes señores del reino era ya un signo de atención hacia ella. Pero lo que hizo aún más evidente el homenaje a la favorita fue la ostentación del lema de su emblema, *Hoc juvat uri*, y de los versos de acompañamiento de éste, escritos por Bensérade:

*Quelques beaux sentiments que la gloire nous donne,
Quand on est amoureux au souverain degré,
Mourir entre les bras d'une belle personne
Est de toutes les morts la plus douce à mon gré*⁹.

En la misma época, también es posible ver la importancia que Louise llegó a tener en la vida de Luis XIV en el lenguaje, más prosaico, de la diplomacia: «Más que ninguna otra persona tiene lugar en su gracia Mademoiselle de La Vallière, de la cual ha gozado las primicias de la virginidad», escribió el legado vaticano; y añade que el rey la visita todos los días y que, sin embargo, «no se ensoberbece» de esas visitas; y concluye observando que la «amistad con la mencionada dama» no «parece haber cansado al soberano, «y hace ya tres años que dura».

Esta relación, que el rey no se molestaba en ocultar, hacía por el contrario desesperar a su esposa y afligía a su madre. Mientras fue posible, se había tratado

de mantener en la ignorancia a la joven reina, que en aquellos primeros años de matrimonio estaba siempre encinta y llevaba una vida retirada, pero la condesa de Soissons, alma negra de la «joven corte», se ocupó de hacer saber que la persona a la que debía dirigir sus celos no era ya Madame sino una de las damiselas de su cuñada.

Si bien era plenamente consciente de haber perdido toda autoridad sobre su hijo, Ana de Austria tomó la iniciativa de intentar una reconciliación, apelando una vez más a su conciencia de cristiano. «Le dijo», escribirá Madame de Motteville, a quien la reina hizo confidencias al respecto, «todo cuanto pudo para hacerlo volver en sí y para obligarlo por lo menos a desear que pudiera romper las cadenas que lo tenían atado al pecado».

Aunque con lágrimas en los ojos, Luis le respondió con una sinceridad que no le dejó ninguna esperanza: había «tratado de controlarse para no ofender a Dios y para no abandonarse a sus pasiones, pero se veía forzado a confesarle que éstas se habían tornado más fuertes que su razón y que ni siquiera sentía ya el deseo de hacerlo».

Un hijo libertino, otro pervertido, una nuera virtuosa pero estúpida, otra rebelde y alocada: ¿era éste el resultado de su abnegación de madre? La única ayuda que Ana de Austria podía esperar ante el naufragio de sus ambiciones demasiado humanas era la de la fe, y Dios vino en su socorro haciéndole saber que ya era hora de que se apartase de los afectos terrenos y se preocupara por la salvación de su alma.

Mientras los «Plaisirs de l'Île Enchantée» hechizaban a la corte y su narración impresa, adornada con los grabados de Silvestre, difundía en las cortes de Europa una imagen triunfal de la monarquía francesa, la reina madre advirtió los primeros síntomas del tumor en el pecho que la llevaría a la tumba. Cuando conoció el diagnóstico de los médicos, rogó a sus hijos que no se sintieran apesadumbrados, ya que «estaba contenta de morir [...] y se consideraba afortunada porque Dios quisiera de este modo hacerla hacer penitencia por sus pecados».

En el siglo XVII, la preocupación de morir cristianamente, teniendo tiempo para reparar las culpas cometidas, en la esperanza del perdón divino, era un sentimiento común a hombres y mujeres; la «buena muerte» se imponía a los creyentes como «el acontecimiento más importante de la vida». Ana de Austria no era menos profundamente devota que sus contemporáneos, pero la preparación para el gran paso se anunciaba para ella más difícil que para los comunes mortales: había reinado, y era verosímil que la necesidad política hubiese inducido más de una vez a su conciencia a transigir, lo cual requería un tipo especial de confesión. Además, su condición de reina le exigía morir en público, confiriéndole la responsabilidad

de una muerte ejemplar. La reina madre está dispuesta a afrontar la prueba, pero ésta resultaría ser terrible en todos los aspectos.

Ante todo, su enfermedad se prolongó más de un año en un crescendo de sufrimientos físicos y morales. La primera vez que Ana pareció estar a punto de morir, sus hijos y sus nueras se mostraron desesperados por perderla e inmensamente felices por su inesperada mejoría. Luego, una vez pasada la urgencia, todos se acostumbraron a su condición de enferma y las diversiones, las intrigas y los amores siguieron su curso. La reina se retiró entonces a su amado convento de Val-de-Grâce, donde deseaba morir en el recogimiento y en la oración. Sin embargo, como, contra todo pronóstico, continuaba viviendo, para ahorrar a la familia real la molestia de los viajes cotidianos para ir al verla, los médicos hicieron que fuese llevada de nuevo al Louvre. Ana había dicho que no deseaba curarse, pero en este punto se sometía a las decisiones de sus hijos, los cuales, a su vez, a falta de una verdadera terapia y no sabiendo qué hacer, dejaron el campo libre a cirujanos, curanderos y charlatanes que contribuyeron a aumentar los sufrimientos de la enferma. Las últimas semanas fueron especialmente atroces. Al sobrevenir la gangrena, los médicos empezaron a extirparle con un bisturí la carne del seno enfermo. La escena se repetía por la mañana y por la tarde, en presencia de toda la familia real, de los médicos y del personal agregado a su servicio; la reina lo soportaba todo «con una paciencia y una dulzura admirables; y decía a menudo que nunca hubiera creído que tuviera un destino tan diferente del de las demás criaturas: todos se pudrían después de muertos y ella estaba condenada por Dios a pudrirse viva». Sus damas de compañía trataban de combatir el espantoso hedor que emanaba de su llaga poniéndole en la almohada saquitos llenos de esencias; la reina, que siempre había amado la limpieza y la ropa blanca fina y perfumada, declaraba que aquél era el justo castigo por «su vanidad y por el amor excesivo que había albergado por su cuerpo».

En el transcurso de su largo vía crucis, Ana de Austria soportaría sus padecimientos con resignación verdaderamente cristiana. «“Madame de Motteville”», confió a su dama de compañía, «“sufro mucho. No hay un solo lugar en mi cuerpo en el que no sienta dolores terribles”. Luego, alzando los ojos al cielo, exclamó: “Dios lo quiere. Sí, Dios mío, lo queréis, y lo quiero también yo con todo el corazón; sí, Dios mío, con todo el corazón”». Hasta el final sabría conjugar una extrema humildad de penitente con la dignidad de reina, dando a quienes la asistían la sensación de que «la muerte en ella era hermosa y agradable». Aquejada de un síncope, dejó de existir hacia las cinco de la mañana del 20 de enero de 1666, y sus últimas palabras fueron para pedir el crucifijo.

Luis XIV era sin duda sincero cuando, refiriéndose a su madre recién desaparecida, declaró que no sólo había sido una gran reina, sino que merecía ser citada entre los grandes reyes. ¿Lo era también cuando afirmó que tenía el consuelo

de pensar que nunca la había desobedecido en nada importante? ¿O acaso el joven monarca consiguió obligar incluso a su memoria a ajustarse a sus deseos, borrando los recuerdos que podían resultarle molestos? Lo que sabemos con certeza es que, siete días después de la muerte de Ana de Austria, en la misa celebrada en su sufragio en Saint-Germain, Louise de La Vallière se hallaba en la tribuna de honor, a la derecha de la soberana. Desde los tiempos de la duquesa d'Étampes y de Diana de Poitiers no asistía París a semejante humillación de una reina, una humillación que, por lo demás, habría de aumentar con los años.

Sin tener ya el apoyo de su suegra, la esposa de Luis XIV dejaría bien patente toda su inadecuación y, en lugar de hacer frente con dignidad y buen sentido a las traiciones de su marido y seguir el ejemplo de las otras reinas que la habían precedido en el trono de Francia, prefirió mortificarse con celos y lamentos, eso sí, resignándose a una quejosa obediencia. Pero si María Teresa demostró carecer de los recursos necesarios para defender su prestigio de reina, Louise carecía de los indispensables para ocupar con firmeza la posición de favorita.

En el bello retrato que dedicó a Mademoiselle de La Vallière, pasados muchos años, un viejo amigo suyo de la infancia, el abad de Choisy, vemos condensadas en pocas líneas todas las contradicciones internas que poco después transformarían su arrebatada historia de amor en un auténtico calvario.

«No tenía ninguna ambición ni objetivo ninguno: su interés por la persona que amaba era más fuerte que el deseo de agradarle; totalmente absorta en sí misma y en su pasión, que fue la única de su vida, antepone el sentimiento del honor a todo lo demás, y más de una vez se puso en peligro de morir antes que dejar intuir su fragilidad...»

No podemos dudar de las palabras de Choisy, porque las de Madame de La Fayette –«sólo pensaba amar al rey y en ser amada por él»– y las de Madame de Caylus –«amaba al rey, no la realeza»–, además de las crónicas de escándalos de la época, confirman que, en su relación con Luis XIV, Mademoiselle de La Vallière solamente obedecía al llamamiento de una pasión desinteresada. Tal vez, sin embargo, esa pasión hizo posible que Louise perseverara tercamente en las fantasías de la adolescencia, que prefiriera a las dificultades y fealdades de la vida la huida al mundo tranquilizador de los sueños; convertir a un rey celoso de su poder cual ningún otro en un príncipe de novela le permitía seguir disociando la imagen fantástica de la persona amada de lo que ésta era en realidad y no asumir a fondo sus propias decisiones. Pero como, yendo en pos de su sueño, había llegado a ocupar una posición que no respondía a la lógica de la inocencia y que más bien exigía inteligencia, carencia de prejuicios y determinación, para defenderla le hubiera sido necesario, cuando menos, asegurarse una independencia económica, luchar para tener voz y voto en cuanto al porvenir de sus hijos, obtener y dispensar

favores, formando a su alrededor un círculo de influencias y amistades capaces de apoyarla en los momentos de dificultad. Por el contrario, sin cuidarse del futuro, Louise continuó viviendo al día, mostrándose incapaz de asumir la realidad.

Brutal y repentino, el despertar sorprendería a la favorita totalmente desprevenida. Después de cuatro años de perfecta simbiosis, Luis empezó a aburrirse de un amor siempre igual a sí mismo, cuya gama de emociones y placeres conocía ya por entero, y se embarcó en una aventura más conforme con sus nuevas exigencias como hombre y como soberano. La elección fue ya de por sí elocuente: ninguna mujer hubiera podido ser más diferente de Mademoiselle de La Vallière que la altiva, ambiciosa, inteligente, brillante, ingeniosa y cruel Françoise de Rochechouart, marquesa de Montespan.

Nada de extraño tiene, después de todo, que Luis XIV se revelase inconstante en sus deseos y quisiera cambiar de amante. Lo que resulta sorprendente es el modo en el que el rey decidió resolver el problema. En lugar de poner fin a su relación con Mademoiselle de La Vallière, acentuó su carácter oficial, elevando a Louise al rango de duquesa, en el mismo momento que otorgaba ostentosamente su favor a Madame de Montespan. Es evidente que no veía ninguna necesidad de revolucionar sus costumbres: ya cómodamente instalado en la bigamia, dio muestras, en efecto, de estar perfectamente a sus anchas en la trigamia, como por otro lado se podía deducir de los embarazos cruzados de la reina y las dos concubinas.

En realidad, el soberano tenía más de una razón para mantener en su puesto a Mademoiselle de La Vallière. Louise le pertenecía, le había dado hijos, era joven y bella pero sobre todo le era útil. Madame de Montespan no sólo estaba casada – cosa que hacía a Luis culpable de un doble adulterio, agravando su situación ante la Iglesia–, sino que además tenía un marido muy poco acomodaticio que, aferrándose a la autoridad que le confería la ley, la amenazaba con obligarla a abandonar la corte. Y dado que, incluso para el rey, era impensable pisotear el derecho de familia y arrancar por la violencia a Madame de Montespan a su consorte, en espera de una separación legal era preciso salvar las apariencias. Y la manera más sencilla de ver con toda libertad a la nueva amante respetando las formas era utilizar a la antigua como tapadera.

Por ironías del destino, ya una vez, en la época de la amistad del rey con Madame, Mademoiselle de La Vallière había sido llamada a asumir la misma función, pero las circunstancias eran muy distintas. Entonces la situación se volvió pronto a su favor y su vida se convirtió en una especie de fábula. Ahora, por el contrario, no veía ante sí más que dolor y humillación. A partir de aquel momento, efectivamente, la antigua y la nueva favorita estuvieron condenadas a vivir en apartamentos contiguos, a viajar juntas, a tomar parte en las mismas diversiones familiares, haciendo gala de amabilidad recíproca y detestándose cordialmente, en

una igualdad de condiciones que era sólo aparente. De hecho, si el rey acudía cotidianamente a las habitaciones de Louise, era sólo para pasar al poco rato, a cubierto de miradas indiscretas, al dormitorio de Madame de Montespan. Porque ahora era ella el único objeto de su pasión; era ella la que monopolizaba su interés, lo divertía y orientaba sus gustos, imponiendo sus caprichos, coleccionando favores y tratando a Louise como a una subordinada.

Pero si el rey tenía sus buenas razones para seguir manteniendo su relación con su antigua amante, ¿cuáles eran las que impulsaban a la pobrecilla a prestarse a un juego tan cruel?

Sus motivos, en un principio, fueron en lo esencial dos. En primer lugar, Louise no se resignaba a separarse del rey. Le era imposible concebir la vida sin él y, como él continuaba honrándola esporádicamente con sus atenciones, ella se conformaba con ese poco que se le concedía, agarrándose a la esperanza de que el fuego se reavivara. En segundo lugar, aun admitiendo que hubiera logrado reunir el valor para abandonar la corte, estaba sola, sin medios, y no hubiera sabido qué hacer. Fue precisamente cuando recibió del rey el título de duquesa cuando al parecer se dio plenamente cuenta de lo precario de su situación. Estaba encinta de cinco meses y Luis XIV pretendía deshacerse de ella, liquidándola por completo, con un fingido regalo.

«Las personas privadas tienen costumbre, cuando cambian de criados, de hacer preceder su despido del pago de sus salarios o del agradecimiento por sus servicios», escribe Louise a Madame de Montausier el 24 de mayo de 1666. «Tengo miedo de que me esté sucediendo lo mismo y de que con este honor tan grande el rey quiera jubilarme, esperando que toda la vanidad con que me ha obnubilado la mente permita a la ambición prevalecer sobre mi amor, y que soporte el desprecio con mayor moderación [...]. El rey se equivoca si piensa que la ambición pueda borrar mi amor [...]. Ahora soy duquesa de Vaujours. Gozo de todas las prerrogativas anexas al ducado. Tengo derecho a disponer de un escabel en presencia de la reina y a las prioridades que corresponden a las duquesas. He dejado de ser La Vallière, el rey ha reconocido a los frutos de nuestros abrazos; mi hija ha sido legitimada; no tengo más que escoger un marido para convertirlo en grande del reino. No, señora, estoy equivocada, no soy en modo alguno duquesa. El ducado es un don real hecho a una hija reconocida y legitimada por el rey su padre y sería desastroso que yo basara mis intereses en las rentas que lo acompañan, puesto que será preciso devolvérselo cuando tenga la edad, y yo seguiré siendo sólo La Vallière.»

Acosada por la angustia, la «tierna y virtuosa» La Vallière se reveló de repente capaz de amargura y sarcasmo y dispuesta a defenderse. En efecto, en el plano práctico el rey atendería sus peticiones, también el nuevo hijo sería reconocido y su situación económica sería mejorada. Pero lo que parecía cada día más irremediable

era la desafección del soberano, y a esto Louise no supo resignarse de ninguna manera.

La corte entera estaba pendiente de los indicios relativos al drama sentimental que se estaba desarrollando, con una curiosidad que nos da la medida de la continua mortificación a que sometía a Louise una vida expuesta a todas las miradas. Variaciones de peso o de humor, mayor o menor frescura de tez, atenciones del rey, frases que pasaban de boca en boca y sucesiones de estados de ánimo: nada era irrelevante cuando se trataba de entender a quién distinguía el favor de Luis XIV, y todo llevaba a la misma conclusión: Mademoiselle de La Vallière no cesaba de perder terreno mientras Madame de Montespan triunfaba.

Después, de improviso, hacia finales del mes de marzo de 1670, Louise, aquejada de grave enfermedad y sintiéndose próxima al fin, tomó conciencia de la gravedad de los pecados que la mancillaban e, invadida por el sentimiento de su culpabilidad y por el deseo de expiación, se abrió a la palabra de Dios. Su crisis religiosa ha sido relatada por ella misma en un documento extraordinario: una treintena de páginas escritas en tres días, en un estado de exaltación, siguiendo el modelo de la *Imitación de Cristo* y publicada por primera vez en 1680 con el título de *Prières et réflexions sur la Miséricorde de Dieu*.

Lo que impulsó a Louise a tomar la pluma fue la necesidad de plasmar el recuerdo de su experiencia mística, para que en su memoria permaneciese viva la resolución tomada bajo los efectos de aquella iluminación.

«¿Cómo os agradeceré, Dios mío, haberme devuelto la salud y la vida, haberme arrebatado a las puertas del infierno, haber conservado mi alma y, en fin, todas las gracias y misericordias que habéis concedido a vuestra pobre sierva?

»¿Es acaso demasiado, mi Señor, como signo de gratitud por tantos beneficios, es tal vez demasiado querer restituíroslos, es demasiado para reparar los escándalos de una vida en la cual no he hecho otra cosa que ofenderos, querer emplearla por entero en serviros y honraros, es demasiado para reparar la ofensa hecha a vuestra justicia y haceros olvidar tantos placeres profanos, es demasiado que me prive de ellos?»

Dios no sólo había tenido piedad de ella, había despertado su fe y la había «liberado de la esclavitud del pecado», sino que también le había indicado el camino a seguir para reparar sus errores: «Si para imponerme una penitencia que sea de algún modo proporcionada a mis ofensas queréis que, con el fin de cumplir con deberes indispensables, permanezca en el mundo para sufrir en el mismo patíbulo en el que tanto os he ofendido, si queréis obtener de mi mismo pecado mi castigo, eligiendo como verdugos de mi corazón precisamente a aquellos de los que he hecho mis ídolos, *paratum cor meum Deus, paratum cor meum*, con tal que me protegáis y las mortificaciones que cotidianamente experimento y sufro me preserven lo suficiente del contagio del aire emponzoñado que allí se respira de

continuo. Mi penitencia os será tanto más grata a vos cuanto a mí me resulte ingrata».

La idea de que la expiación debiera ser en primer lugar mortificación del yo era, efectivamente, connatural a la religiosidad seiscentista; sin embargo, la prueba a la que se sometía Mademoiselle de La Vallière era extremadamente ardua y no carecía de ambigüedad. Como Louise repetiría después a la Princesa Palatina en un lenguaje más sencillo que el figurado y áulico de las *Réflexions*, cuando Dios «le tocó el corazón», ella «pensó que [...] su penitencia debía consistir en lo que para ella había de más doloroso, esto es, repartir el corazón del rey y verse despreciada por él [...] y que, ya que sus pecados habían sido públicos, preciso era que la penitencia fuese asimismo pública». Pero si la penitente permanecía en el «mundo» era también porque no era todavía capaz de abandonarlo y porque seguía «amando más que a sí misma» a aquel «ídolo» que tanto la hacía sufrir.

Reanudada su vida en la corte, arrepentida pero no curada, Louise resistió durante un año los efectos de una cura homeopática a la que se había sometido: las dosis de veneno que tomaba diariamente eran excesivas para producir anticuerpos y los dolores que le provocaban se habían tornado insoportables. La enferma decidió entonces intentar otra terapia, y en las primeras horas de la mañana del 11 de febrero de 1671 –miércoles de ceniza– buscó refugio en el convento de las Damas de la Visitación de Chaillot, dejando al rey una carta en la que le comunicaba que no quería volver. La noticia se difundió con la rapidez del viento y Luis XIV trató de remediarlo enviando a la fugitiva, uno tras otro, tres emisarios para traerla de nuevo a la corte. El primero, el galante duque de Lauzun, recibió una clara negativa. El segundo, el mariscal de Bellefonds, un *honnête homme* conocido por su religiosidad, fue encargado de transmitir al rey que «después de haberle entregado su juventud, no le parecía excesivo dedicar el resto de su vida a la salvación de su alma». El tercero, Colbert, superintendente de Hacienda y esposo de la mujer que había tomado a su cuidado a los hijos de Louise desde su nacimiento, consiguió, por el contrario, convencer a la antigua favorita para que regresara a Versalles, diciéndole que el rey deseaba tener una explicación con ella, tras lo cual la dejaría libre de tomar la decisión que quisiera.

Aguijoneado en su narcisismo por el hecho de hallarse rivalizando con Dios, el Rey Sol reservó a su amada una magnífica acogida: habló con ella durante más de una hora, lloró de emoción y la persuadió a quedarse.

El intento de fuga de Louise, que duró solamente unas horas, dio lugar a comentarios sarcásticos: Madame de Sévigné, que había seguido con pasión de cronista todo el episodio, abrigaba serias dudas sobre la sinceridad de su gesto, mientras que hubo quienes pensaron, como la Grande Mademoiselle, la prima hermana del rey, que La Vallière no había sabido pactar su rendición con suficiente astucia.

La vida habitual reanudó su marcha con la acostumbrada carga de sufrimientos: Luis XIV no tenía ojos más que para Madame de Montespan, ésta no ponía límites a su arrogancia y La Vallière padecía en silencio. Sin embargo, después de su fracasado intento de huida, Louise había cambiado profundamente. Aunque había dado prueba una vez más de su aquiescencia, había tomado por fin su decisión. Sólo era cuestión de tiempo.

Durante tres años, Louise seguiría llevando las cadenas de su dolorosa «esclavitud», tratando de distraer los tormentos de los celos con el cilicio con puntas de hierro que ahora mortificaba sus carnes. La penitente no estaba ya sola, sino que estaba rodeada de una red de solidaridad y de oraciones, y sobre todo gozaba del consuelo espiritual de dos de las máximas autoridades religiosas de la época, el abad de Rancé y Bossuet, y podía contar con los consejos afectuosos y delicados del mariscal de Bellefonds.

El abad de Rancé era el más célebre de los conversos en un siglo rico en conversiones ejemplares; su experiencia se prestaba de manera excelente a inflamar el valor de Louise. Tras una juventud libertina, trastornado por la muerte de la mujer amada, Rancé había abandonado el «mundo», y, después de reformar la regla del monasterio del cual era abad «comendatario», había convertido la orden de la Trapa en el ejemplo supremo de una religiosidad basada en la expiación y en la renuncia. Bossuet, obispo de Meaux y jefe espiritual de la Iglesia galicana, llevaba a cabo, por el contrario, su magisterio en el «mundo» y sus funciones como preceptor del delfín le hacían frecuentar la corte y tener contacto con el rey a menudo. Sería él, al final, el que convenció a Luis XIV y a Madame de Montespan, aunque fuese *obtorto collo*, de conceder a Louise el permiso para retirarse definitivamente al convento y tomar el velo. Algunas de las razones que hasta entonces habían inducido al monarca a exigir la presencia de su antigua amante en la corte pertenecían ya al pasado, pero una opción religiosa extrema y, al mismo tiempo, un gesto tan conspicuo de contrición por unos pecados que él mismo y Madame de Montespan seguían cometiendo no podían sino ponerlo en una situación incómoda.

Quien veló por Louise en aquellos años y la ayudó, más que ninguna otra persona, a dar el gran paso fue el mariscal de Bellefonds, primer *maître d'hôtel* del rey, famoso por su profunda religiosidad y su manera franca de hablar y destacado representante del partido devoto. Fue él quien aconsejó a Louise que escogiera como confesor al padre César, un carmelita descalzo que se había ganado muy buena fama como director espiritual; fue él quien la puso en contacto con Bossuet; fue él, en fin, cuando La Vallière decidió abrazar la regla de santa Teresa y entrar en el Carmelo, quien sirvió de *trait d'union* con el convento de la rue Saint-Jacques. Gracias a una tía del mariscal que pertenecía a la orden y aceptó proponer su candidatura, la duquesa de La Vallière consiguió vencer el recelo de las demás

monjas. La comunidad, en efecto, gozaba fama de santidad y de rigor y acostumbraba a aceptar sólo a postulantas poseedoras de una reputación sin mancha; al final, sin embargo, se convenció de la sinceridad de la conversión de aquella célebre pecadora que tanto escándalo había causado. Y fue precisamente el mariscal el que comunicó la noticia a la interesada.

En la primera de las cuarenta y ocho cartas escritas por la duquesa de La Vallière al mariscal entre junio de 1673 y noviembre de 1693 podemos percibir una viva huella de la lucha interior que permitiría a la favorita del Rey Sol salir de la dimensión de la Historia para entrar en la dimensión intemporal de quien escucha la palabra de Dios. En ellas alternan momentos de euforia y de desaliento, pero el problema es siempre el mismo: Louise no consigue reunir la fuerza necesaria para hablar con Luis XIV. «Es preciso que me mortifique importunando a mi señor, y bien sabéis lo que esto significa para mí», escribe en enero de 1674; y un mes después: «Es necesario que hable con el rey, ése es todo mi pesar; rogad a Dios por mí para que me dé fuerza para hacerlo. Retirarme y hacerme monja no me cuesta nada, hablar me cuesta inmensamente». Por otro lado, aludiendo al rey y a su rival, ¿no había confiado Louise a la gobernanta de los bastardos de Madame de Montespan, la futura Madame de Maintenon: «Cuando esté en las Carmelitas y experimente sinsabores, me acordaré de lo que esas personas me han hecho sufrir»?

Finalmente, hacia mediados del mes de marzo, Louise se decidió a hablar con el rey, que dio su consentimiento. Bellefonds y Bossuet suspiraron aliviados porque, hasta el final, las vacilaciones de la penitente les habían tenido en vilo. Acerca del episodio en su totalidad la corte era ya tan escéptica que una eventual marcha atrás por parte de aquélla hubiera hecho precipitarse en el ridículo a la pobre Louise. Ambos estaban convencidos de la sinceridad de la vocación de la antigua favorita del rey y la animaban a realizarla con plena conciencia, pero su caso era demasiado edificante como para que no desearan también que pudiese servir de ejemplo. La determinación del rey de continuar en un concubinato escandaloso con Madame de Montespan y la deriva moral de la corte causaban honda turbación a los creyentes y alarmaban al partido devoto, que, aborrecido por Luis XIV y privado ahora de la protección de la reina madre, se veía en grandes dificultades. En este cuadro, la conversión de Louise sería de hecho –«yo hablo, ella actúa», se regocijaba Bossuet– la acusación más elocuente que se pudiese lanzar contra el comportamiento del soberano. Luis XIV era perfectamente consciente de ello y, para limitar la participación de la corte en la ceremonia en que Louise tomaría el velo, dispuso que la partida de su antigua amante para el convento tuviese lugar después de la suya con el ejército para la campaña militar del Franco Condado.

Las disposiciones del rey se cumplieron punto por punto. La salida del mundo de la ilustre conversa sería organizada con extrema sabiduría, en los mínimos detalles, como si fuera una grandiosa alegoría de las vanidades de las humanas

pompas y de la fuerza salvadora de la fe, como si fuese una larga y emocionante representación teatral capaz de tocar el corazón hasta de los más indiferentes. ¡Cuesta creer, como escribía a su hija Madame de Sévigné, que se prestara a semejante espectáculo precisamente «aquella pequeña violeta que se escondía entre la hierba y se avergonzaba de ser amante, madre, duquesa»! A pesar de ello, la pobrecilla había querido «apurar el cáliz hasta las heces, sin perderse un adiós ni una lágrima».

El 18 de abril Louise dio comienzo a sus visitas de despedida, empezando por el rey, el cual tuvo la delicadeza de verter alguna lágrima. Sabemos, sin embargo, que Luis XIV lloraba con facilidad. Después, la joven pasó a los apartamentos de la reina, y puesto que, como había dicho, también su penitencia debía ser pública, se arrojó a los pies de la soberana pidiéndole perdón. Conmovida, María Teresa la abrazó, diciéndole que la había perdonado hacía mucho tiempo. Finalmente, su jornada concluyó con una cena de despedida ofrecida por Madame de Montespan. Al día siguiente, Louise se dirigió a Versalles y, después de la misa, se despidió de la corte. Subió a la carroza con sus dos hijos y, acompañada de amigos y parientes, llegó a la entrada del Carmelo, en la rue Saint-Jacques, donde se había congregado una gran muchedumbre; tras un último saludo, traspuso el umbral del convento sin volver la cabeza, dejando que el portón se cerrase para siempre a sus espaldas. Por fin podía considerarse «en seguro», pero aún no se había liberado de su pesada carga. El 2 de junio, tercer domingo de Pentecostés, en el que se leía la parábola evangélica de la oveja perdida, la postulante fue acogida como novicia en la iglesia del convento, atestada de fieles. Sin embargo, nada pudo igualar la belleza y la emoción de la ceremonia pública de los votos definitivos.

En presencia de todos los representantes de la corte, con excepción del rey, Louise escuchó el sermón de Bossuet desde la tribuna de honor de la iglesia del convento, al lado de la reina; hay que preguntarse si su pensamiento voló al día en el que, con ocasión de los funerales de Ana de Austria, había tenido la audacia de tomar asiento al lado de la misma María Teresa como amante oficial de Luis XIV. Contrariando las expectativas, el ilustre orador no consideró necesario aludir al pasado mundano de la novicia y centró su discurso en el tema de la renovación. Ahora, el objetivo que se había propuesto junto con Bellefonds, Rancé y todo el partido devoto podía decirse logrado: la experiencia de Louise se había transformado en una historia ejemplar y la corte de Francia tenía su Magdalena como un espejo en el que mirarse.

En el eco solemne de las palabras de Bossuet, el gran drama barroco se preparaba para el epílogo: «Concluido el sermón, Louise subió al coro, donde se hallaban las religiosas en pie delante de sus asientos, con el velo bajado porque se había descorrido la cortina de la clausura; cantaban la antifona *Veni Sponsa Christi* y el Salmo XIX *Exaudiat te*. Monseñor Hatlay de Champvallon [el arzobispo de París]

bendijo el velo y lo puso en la cabeza de Luisa de la Misericordia». La nueva profesa no tenía aún treinta años y dedicaría los treinta y seis que le quedaban de vida a «morir por no morir» y a edificar al mundo con «uno de los más perfectos ejemplos de penitencia» que Dios haya querido mostrar a los hombres de su tiempo.



François Clouet, Catalina de Médicis, retrato de su larga viudez.



Francesco Salviati, Diana de Poitiers, Château d'Anet.



Escuela de Fontainebleau,
Gabrielle d'Estrées y Henriette d'Entragues,
1594, Louvre, Département des Peintures,
París. © Lessing/Contrasto.



François Clouet, Margarita de Valois.



Peter Paul Rubens, María de Médicis,
reina de Francia, esposa de Enrique IV, 1622,
Museo del Prado, Madrid. © Lessing/Contrasto.



Peter Paul Rubens, Ana de Austria, Louvre,
Département des Peintures, Paris. © Lessing/Contrasto.



Pierre Mignard, María Mancini,
Archiv für Kunst und Geschichte, Berlín.



Pierre Mignard, María Teresa y el delfín,

Museo del Prado, Madrid.



Jean Nocret, Louise de La Vallière en traje de cazadora,



Pierre Mignard, Retrato de Madame de Montespan,
ca. 1678, Musée Municipal, Bourges.



Pierre Mignard, Madame de Maintenon,
Musée de Versailles.



Jean-Marc Nattier, María Leszczyńska,
colección particular.



Jean-Marc Nattier, Retrato de la duquesa
de Châteauroux como Aurora, Musée National
des Châteaux de Versailles et de Trianon.



François Boucher, Retrato de la marquesa de Pompadour,

1756, Alte Pinakothek, Múnich.



Élisabeth Vigée Le Brun, Madame du Barry,

ca. 1781, colección particular.



Élisabeth Vigée Le Brun, María Antonieta
con una rosa, 1783, Musée National du Château,

Versailles. © Lessing/Contrasto.

Athénaïs de Montespan

Una belleza triunfante

Bussy-Rabutin cuenta en sus *Mémoires* que, invitado a leer sus *Maximes d'amour* delante de Monsieur, hermano del rey, le sorprendió la presteza de ingenio de Françoise de Rochechouart-Mortemart. Corría el año 1660 y en los salones parisienses hacía furor el juego de sociedad introducido por Mademoiselle de Scudéry en su novela *Clelia*, juego que consistía en responder a preguntas sobre el amor y ofrecía a los participantes la ocasión de dar prueba de los requisitos mundanos más exigidos: la finura psicológica, la rapidez de reflejos y la agudeza, requisitos todos ellos que Françoise, a pesar de su juventud (cumplía entonces veinte años) llevaba en la sangre. Además de jactarse de poseer títulos nobiliarios que se remontaban al siglo XII –el lema de los Rochechouart era *ante mare undae*¹⁰–, su familia se distinguía, efectivamente, por su cultura, por su apertura intelectual y por ese *esprit Mortemart* que habría de hacerse legendario.

Primer gentilhomme de cámara de Luis XIII, ya su padre era considerado como un hombre irresistible; su madre, dama de honor de Ana de Austria, causaba admiración por su virtud. Nombrado a los ocho años *enfant d'honneur* del pequeño Luis XIV, el primogénito, el conde de Vivonne, era alegre, brillante y cáustico y coleccionaría honores y éxitos en el campo de batalla. En cuanto a sus hermanas, la mayor, Madame de Thianges, quien no ocultaba que se tenía por «una esencia superior», «una obra maestra de la naturaleza», se dedicaba a la vida mundana, mientras que la menor, Marie-Madeleine, había sido destinada por la familia a ocupar un lugar destacado en la religiosa. Tras convertirse, jovencísima, en abadesa del importante convento de Fontevrault, la última de los Mortemart, aun sin tener vocación, cumpliría de manera irreprochable con su deber, ganándose el aprecio unánime. Bellísima, virtuosa, excepcionalmente culta, docta en teología, con un óptimo dominio del griego, el latín y el hebreo, Madame de Fontevrault brillaba igualmente por su gracia mundana y no hacía jamás ostentación de su cultura.

Como había podido constatar también Bussy-Rabutin, Françoise –que había adoptado, en consonancia con el gusto «precioso», el sobrenombre de Athénaïs– no era inferior a sus familiares; precisamente sus notabilísimas dotes indujeron a Louis-Henry de Pardaillan de Gondrin, marqués de Montespan, a pedir su mano a pesar de la modestia de su dote. Fue lo que en la época se denomina un «matrimonio de inclinación», la excepción a la regla que representaba el sueño de

todas las muchachas, pero que no necesariamente ofrecía mayores garantías de éxito que un matrimonio arreglado. A pesar de su respetable árbol genealógico, el marqués resultó ser un hombre celoso, violento, manirroto, en perpetua búsqueda de inverosímiles ocasiones en las que hacer valer sus aptitudes militares. El nacimiento de dos hijos no hizo sino empeorar la situación económica de la joven pareja. Por suerte para ellos, en 1660, dos años antes de su boda, gracias al afecto que Ana de Austria tenía a su madre, Athénaïs había sido nombrada damisela de honor de la nueva reina y a continuación, por recomendación de Monsieur, entró a formar parte del grupo de las seis damas de compañía de María Teresa¹¹. Sus cometidos, por tanto, la llevaron a pasar buena parte del tiempo en la corte, y la joven marquesa de Montespan poseía todos los requisitos para imponerse.

El juicio de sus contemporáneos coincide en reconocerle una belleza excepcional, que respondía perfectamente a los cánones estéticos de la época. «Era rubia», escribe Primi Visconti, «tenía los ojos azules, la nariz aguileña pero bien modelada, la boca pequeña y bermeja y dientes bellísimos; en pocas palabras, un rostro perfecto. La figura, de estatura media, era armoniosa y con tendencia a la gordura». Athénaïs, sin embargo, no parecía prisionera de su belleza. Eran más bien su brío irresistible y su energía contagiosa los que seducían a hombres y mujeres. Como la mayoría de las personas ingeniosas, la marquesa podía ser cruel, pero su maldad duraba generalmente el tiempo de un carcajada, si bien sus mordacidades dejaban más de un herido en el campo. «Uno no pasaba impunemente ante los ojos de Madame de Montespan», dirá de ella Madame de Caylus.

Desde las primeras décadas del siglo, en la estela de la nueva civilización mundana surgida en casa de Madame de Rambouillet, la capacidad de dar ligereza a la vida, filtrando fealdades y tristezas a través del tamiz de la broma y la ironía, había pasado a constituir uno de los rasgos distintivos del comportamiento aristocrático. Se trataba, en primer lugar, de un arte de la palabra en el cual destacaban todos los Mortemart, con Athénaïs a la cabeza, y que llevaba el sello de un inconfundible estilo propio: un estilo cuyo secreto poseían únicamente ellos y que desaparecería con ellos, pero que dejaría huella en la memoria de las generaciones posteriores. «No había nadie que mostrase una inteligencia más brillante, una cortesía más exquisita, un modo de expresarse más original», escribiría Saint-Simon; «poseía una elocuencia y una oportunidad de lenguaje que le prestaban un estilo del todo peculiar pero absolutamente encantador». Con Athénaïs, la cultura mundana hizo su entrada triunfal en los apartamentos reales. Nadie como la marquesa sabía engañar el ocio y la monotonía de la vida de corte transformándola, como hacía con todo los demás, en ocasión para el juego; nadie sabía como ella, sin sombra de afectación, «hacer gratos los argumentos más serios y embellecer los más corrientes». Tenía la misma capacidad para ser el centro de la atención cuando se exhibía, bella entre las bellas, en las complicadas figuras de los

ballets de corte y cuando se esforzaba por mantener viva la conversación en los apartamentos de la reina, consiguiendo hacer reír con sus relatos hasta a la soberana. Y lo que era evidente a todos no podía escapar mucho tiempo a la mirada del rey.

Por lo demás, Louise de La Vallière, ingenua e incapaz de pensar mal, pero también de juzgar a las personas, fue la primera en buscar la compañía de la marquesa para que la ayudara a divertir al rey. «Si hubiera sido prudente», comentaba Mademoiselle de Montpensier, «se habría guardado bien de acudir a una mujer cuya belleza y cuya fascinación eran iguales a su inteligencia». Pronto, sin embargo, las intenciones del soberano fueron tan visibles que la inmediata interesada tuvo que interrogarse acerca de la estrategia que debía adoptar al respecto. Por su naturaleza, nos dice Madame de Caylus, Madame de Montespan «no se inclinaba en absoluto a la galantería y tendía a la virtud»; «había sido educada con la máxima solicitud por una madre profundamente religiosa que había sembrado en su corazón, desde la más tierna infancia, unas semillas de religiosidad de las cuales no se deshizo nunca». Y el propio Saint-Simon nos confirma que Athénaïs era una católica ferviente, respetuosa de ayunos y cuaresmas y dedicada a la oración y a las limosnas. Por otro lado, su matrimonio revelaba ser cada vez más desastroso y su posición en la corte será el único elemento sólido de su vida. La benevolencia del rey le era por tanto indispensable, y la idea de ejercer un poder sobre él la halagaba. A diferencia de lo que le había sucedido a Mademoiselle de La Vallière, no sería el amor lo que indujera al pecado a Athénaïs, sino la ambición.

El proyecto de la marquesa, nos dice Madame de Caylus –que no sólo llegó a tiempo de conocerla, sino que además tenía en su tía Madame de Maintenon una fuente directa de información– «era gobernar al rey con el ascendiente de su personalidad, haciéndose de este modo la ilusión de ser dueña de su propia inclinación no menos que de la pasión del rey. Ella creía que le haría desear siempre lo que había decidido no concederle». Su comportamiento, que hoy le valdría la etiqueta peyorativa de *allumense*, era perfectamente coherente con su educación y con la ideología «preciosa» que todavía impregnaba la mundanidad parisiense; pero Athénaïs no tuvo lo suficientemente en cuenta el carácter impetuoso de los deseos de rey.

El «resultado natural» de la historia se vio favorecido por el inicio de un nuevo conflicto con España, la denominada guerra de Devolución, con la cual Luis XIV pretendía apoderarse del Flandes español a título de compensación por no haber entregado la dote de la infanta. En junio de 1667, el soberano partió al frente de su ejército y pidió a su esposa que se reuniera con él, con toda la pompa, en el teatro de operaciones. En calidad de dama de compañía, Madame de Montespan formó parte, naturalmente, del séquito de la reina, mientras que Mademoiselle de La Vallière, que formalmente continuaba estando al servicio de Enriqueta de

Inglaterra, fue dejada en París. Desesperada por la perspectiva de una larga separación y fuera de sí a causa de los celos, la tímida Louise se aventuró a marchar ella también y se unió al cortejo de la reina, sin ninguna autorización, en La Fère. Su inesperada aparición indignó a María Teresa, que se negó a dirigirle la palabra y prosiguió el viaje entre lágrimas. En solidaridad con la soberana, las damas del séquito, capitaneadas por Athénaïs, no ahorraron las críticas al comportamiento de la favorita. «No se hablaba más que de ella en la carroza», recordará Mademoiselle de Montpensier, que viajaba con ellas. «Madame de Montespan decía: “Me ha dejado estupefacta la osadía con que se atreve a presentarse delante de la reina, uniéndose a su séquito sin su aprobación; desde luego, no ha sido el rey quien le ha dicho que venga [...] ¡Dios me libre de ser la amante del rey! Pero si lo fuese, me daría mucha vergüenza aparecer delante de la reina”.» Mademoiselle de La Vallière humillaría a María Teresa con una afrenta aún más grave. En las proximidades de Avesnes, a la vista del ejército, la carroza de Louise se separó del cortejo y, habiéndola adelantado la de la soberana, se lanzó a una loca carrera a campo traviesa, llegando la primera al lugar donde se encontraba el rey. El glacial recibimiento que le dispensó su amante —«¿Cómo, señora? ¿Antes que la reina?»— no dejó, sin embargo, ninguna duda en cuanto a lo inadmisible de su gesto. Para Luis XIV, hasta la moral podía ser objeto de discusión, pero no la etiqueta.

Dadas estas premisas, la presencia de la pobre Louise no constituyó desde luego un obstáculo para sus designios acerca de Madame de Montespan. Fue precisamente durante la etapa de Avesnes cuando Luis XIV venció la resistencia de Athénaïs. Se le había asignado una habitación en un edificio que comunicaba con el que albergaba a los soberanos. Según el mariscal de Villeroi, el rey «la pilló por sorpresa, cuando no se lo esperaba. Con ella dormía siempre Madame d’Heudicourt, la cual, debidamente instruida, una noche que Athénaïs se había ido a dormir la primera salió de la cámara mientras entraba en ella el rey disfrazado de guardia».

¿Hemos de creer que, al darse cuenta de que ya no sería capaz de resistir durante mucho tiempo las presiones del soberano, Madame de Montespan se confiara a su marido, pidiéndole que la sacase de la corte y se la llevase consigo al campo? ¿Y es cierto que el marqués, acostumbrado a no tener para nada en cuenta las peticiones de su esposa, no le hizo ningún caso? La hipótesis es verosímil, no sólo porque es Saint-Simon quien la plantea, sino también porque, unos diez años después, Madame de La Fayette, que conocía bien a Madame de Montespan, pondrá en boca de la heroína de su célebre novela *La princesa de Clèves* una confesión en todo análoga.

Es cierto que, desde la noche de Avesnes, las preocupaciones de Athénaïs cambiaron de signo: ya que el rey la había empujado a pecar, estaba firmemente decidida a mantener el mayor tiempo posible la posición que había alcanzado.

En los brazos del rey, la joven inició el descubrimiento de un mundo que obedecía exclusivamente a las leyes del deseo y del placer y cuya llamada había ignorado hasta entonces. Aun conociendo los riesgos que ello entrañaba, estaba resuelta a compartir con su amante la plena responsabilidad de la exploración de ese «mar peligroso» que la *Carte de Tendre* indicaba más allá de sus confines. A su vez, Luis no se limitaba a experimentar por Athénaïs una atracción erótica y una complicidad amorosa totalmente nuevas para él; por primera vez se hallaba ante una mujer capaz de hacerle frente y con la que situarse en un pie de igualdad. A diferencia de Louise, Madame de Montespan no lo necesitaba para saber quién era y lo que valía. En ella, el orgullo de pertenecer a una familia ilustre y la certeza de poseer una fascinación por encima de lo común iban de la mano de una inteligencia brillante, una notable independencia de juicio, un gusto seguro y un perfecto dominio de los usos mundanos. Daría plena demostración de ello afrontando con jactancia la difícil prueba que la aguardaba. Fuera cuales fuesen sus escrúpulos de conciencia, se había convertido en la amante del rey, estaba orgullosa de ello y se mostraba dispuesta a interpretar su papel con todo el orgullo y la elegancia de una verdadera Mortemart.

La influencia que Madame de Montespan ejercía sobre el soberano se hizo evidente en el transcurso de la larga serie de fiestas y diversiones que coronaron el éxito de la expedición militar a Flandes. Hasta entonces, a pesar del completo dominio de los medios de expresión de los que hacía alarde en la cotidiana puesta en escena de sí mismo, tanto en las ceremonias oficiales como en la equitación y la danza, en las ocasiones mundanas Luis se mostraba tímido, reservado, de pocas palabras. Y su incomodidad se hacía palmaria sobre todo con las mujeres, con las cuales no conseguía enlazar dos frases sin sonrojarse. «Pero ya no es así», revelaba, al regresar el monarca de la guerra, Madame de Longueville, autoridad indiscutible en materia de ingenio y de buenas maneras; «ahora el rey inicia y mantiene la conversación como si fuese otro hombre».

Gracias a Athénaïs –arrastrado por el placer de hablar con ella y de medirse con ella, animado por su aprobación, contagiado por su energía y su humorismo–, Luis XIV conquistó una seguridad hasta el momento desconocida, imprimiendo a la extremada cortesía formal que le había inculcado su madre el sello supremo de lo *naturel*. Hasta el duque de Saint-Simon, que sin embargo lo aborrecía, se vio forzado a rendir homenaje a la perfección de sus modales: «Jamás hubo un hombre tan naturalmente cortés, y de una cortesía tan bien medida y graduada, ni más capaz de distinguir la edad, el mérito, el rango [...]. Pero sobre todo con las damas no hubo jamás nadie que se le pudiese comparar: no pasó nunca delante de la mínima toca sin quitarse el sombrero, y me refiero a las camareras, que él sabía que lo eran». Madame de Caylus comparará su modo de expresarse con el de Madame de Montespan: «Quizá el rey no tenía un arte de discurrir igual al suyo, aunque

hablaba a la perfección. Pensaba de manera apropiada y se expresaba con nobleza: y hasta sus respuestas más improvisadas contenían en pocas palabras todo lo que mejor convenía al momento, a las circunstancias y a las personas. Poseía, mucho más que su amante, la inteligencia que permite tener ventaja sobre los demás. No tenía nunca prisa para hablar, examinaba y penetraba el carácter y los pensamientos de la gente; pero como era sabio, y sabía hasta qué punto se sopesan las palabras del rey, se guardaba para sí lo que su agudeza le había llevado a discernir. Si precisaba hablar de cosas importantes, sorprendía con sus conocimientos a las personas más doctas y más ilustradas, persuadiéndolas de que sabía más que ellas y fascinándolas con su modo de expresarse. Si se trataba de bromear, de dar prueba de ingenio, si se dignaba contar una historia, lo hacía con una gracia infinita, con un estilo noble y refinado que solamente he visto en él».

En el larguísimo reinado de Luis XIV, los doce años de su relación con Madame de Montespan fueron también los de sus mayores triunfos como soberano: los años de las victorias militares y de los éxitos diplomáticos que le valieron el apelativo de «Grande»; los años del reforzamiento de la autoridad monárquica, del desarrollo económico promovido por Colbert, del mecenazgo real, de la edificación de Versalles. Y si, celoso de su poder, Luis XIV gobernaba solo y no permitía a nadie, y menos que a nadie a sus amantes, interferir en sus decisiones políticas, era a Athénaïs a quien pedía ayuda para crear un estilo a la altura de sus ambiciones.

No era solamente el amor lo que le inducía a exhibir a Madame de Montespan, sino la necesidad de una personalidad femenina destacada, capaz de dar lustre a la vida de la corte. Al no tener una esposa capaz de satisfacer estas exigencias, Luis XIV empujaba a su amante a las candilejas, adjudicándole en la práctica un papel de representación que hubiera debido corresponder a la reina. Naturalmente, el rey estaba orgulloso de tener a su lado «una belleza triunfante que pudiera hacer admirar a todos los embajadores», hasta el extremo de que, en el transcurso de una riña, Athénaïs lo acusó abiertamente de tenerla consigo sólo por vanidad, porque quería «ser amado públicamente por la mujer más hermosa de su reino». Pero desde luego su función no era sólo decorativa. Si se puede hablar de una «era Montespan» es porque la marquesa contribuyó de manera relevante a orientar las preferencias estéticas de Luis XIV y a concebir el palacio y los jardines de Versalles. En el papel de mecenas de las letras y las artes otorgado por su amante, ella trató de «contrapesar el utilitarismo de Colbert, que concedía pensiones a las plumas serviles. Alentaba a los mejores, aunque pensaran de un modo poco ortodoxo». Fue ella la que encargó a Molière *Los amantes magníficos*; fue ella la que hizo nombrar a Racine y a Boileau historiógrafos reales, la que protegió a Lully y a Quinault y la que se interesó por La Fontaine, el cual le dedicó la segunda recopilación de sus *Fábulas*.

La primera preocupación artística de Athénaïs, sin embargo, era la referente a la

puesta en escena de sus apariciones públicas. Los vestidos suntuosos, las telas preciosas, los bordados en oro, los encajes delicados y las joyas extraordinarias tenían como objetivo proclamar su posición como favorita real y realzar su belleza sensual, recordando a todos el poder de la seducción que ejercía sobre el soberano. Sólo Diana de Poitiers había llegado tan lejos, teniendo, con todo, buen cuidado de disimular su ascendiente sexual tras la máscara del amor cortés, mientras que Athénaïs ostentaba los modos y el estilo de una auténtica «sultana». Nada más elocuente en este sentido que la atmósfera de intenso erotismo que impregna su célebre retrato, obra de un pintor que ha quedado en el anonimato, conservado en la Galleria Palatina de Florencia. Representa a la marquesa como una Venus barroca, tendida de costado, con el busto sostenido por un montón de blandos cojines. El brazo derecho se apoya en el codo y el antebrazo dibuja una curva graciosa que lleva la mano a rozar la catarata de rizos cobrizos que hace las veces de corona a la cabeza, ligeramente inclinada, de la joven. El *deshabillé* de seda, más que esconder su desnudez, sirve para ponerla de manifiesto. El seno asoma en medio del vertiginoso escote y la pierna izquierda, envuelto sólo en un velo que modela perfectamente su forma, sale provocativamente del triclinio para posar un pequeño pie desnudo en otro montón de cojines que yace a los pies del lecho. Las diversas tonalidades de rojo y de marrón de los tejidos bordados en oro, que la envuelven como un valioso cofre, contribuyen a realzar la luminosidad dorada de la piel. La mirada de la marquesa no se cruza con la nuestra, sino que mira con intensidad algo o a alguien que está fuera del cuadro. Probablemente está aguardando al rey. Detrás de ella, unos angelotes alados levantan los dos extremos de una inmensa cortina que encuadra la perspectiva de la famosa galería de su castillo de Clagny, similar en todos sus aspectos al «palacio de Armida», como observó Madame de Sévigné.

Al comparar la nueva residencia de Madame de Montespan con aquella en la cual la maga de la *Jerusalén libertada* había logrado tener prisionero durante tanto tiempo a Reinaldo, la gran epistológrafa captaba plenamente la naturaleza del encanto del que la marquesa se servía para tener a su amante ligado a ella de modo duradero. Para mantener vivo el interés del rey, para seguir sorprendiéndolo y divirtiéndolo, Athénaïs supo crear un universo privado, paralelo al oficial, que respondiera a sus deseos y sirviera de reflejo a sus fantasías, y del cual sólo ella poseía la llave.

Obra de Jules Hardouin-Mansart, el palacio que la favorita se hizo construir en los márgenes del parque de Versalles y que costó al tesoro real la inmensa suma de tres millones de libras representaba precisamente un mundo encantado, dedicado al lujo y a la voluptuosidad, donde la arquitectura, el mobiliario y las obras de arte competían con la opulencia de la naturaleza. La vista más extraordinaria del jardín proyectado por Le Nôtre era una larga avenida de naranjos enterrados en grandes

contenedores de madera, cuyos lados estaban ocultos por pérgolas revestidas de una catarata de nardos, rosas, jazmines y claveles perfumados. Pero en la propiedad de Clagny también los animales se habían comprado a peso de oro e imponían el uso del superlativo. Un siglo antes de la *bergerie* de María Antonieta en el Petit-Trianon, «las tórtolas más apasionadas, las cerdas más gordas, las vacas más carnosas, las ovejas más rizosas y los gansos más gansos» hacían su alegre entrada en el *décor* de los parques reales.

En el palacio de Versalles, en continua expansión y ahora preparado para convertirse en la residencia definitiva del soberano, Madame de Montespan se reservó también dos lugares diferentes de todos los demás, donde celebrarse a sí misma y oficiar sus ritos amorosos.

El primero, llamado el «Trianón de porcelana», fue construido en un tiempo récord en el parque del palacio y estaba concebido para permitir al rey y a la favorita hacer un alto durante sus paseos. Proyectado por Le Vau siguiendo el modelo del Palacio Imperial de Nankín, estaba formado por cuatro pabellones revestidos de mayólica blanca y azul de estilo holandés. También en el interior paredes y muebles estaban lacados de blanco y azul y creaban un efecto de sorpresa, dando al visitante la impresión de entrar en una *féerie* exótica. Para alejar cualquier duda acerca de la principal razón de ser de este grandioso «capricho» bastaba el increíble lecho decorado con oro, plata y espejos que dominaba el centro de la *Chambre des Amours*. Un *Cabinet des parfums*, extraordinario concentrado de todas las esencias, reproducía en el interior del edificio la danza de aromas del jardín. Los dos millones de macetas de flores cultivadas en los invernaderos del palacio daban a los jardineros ocasión de desafiar a las leyes de la naturaleza y garantizar a los dos insaciables amantes una eterna primavera.

El segundo lugar, ideado por Athénaïs y destinado a hacer las veces de verdadero «Templo de Venus» era el «Apartamento de los baños», situado en la planta baja del palacio, debajo de las habitaciones del rey. Se accedía a él a través de una «fuga de aposentos» —una antecámara y una serie de salas de diversas dimensiones— ricamente ornamentadas con pinturas y columnatas que conducían a los lugares reservados a la intimidad. Se entraba en una cámara adornada con un inmenso espejo y donde se alzaba un gran lecho cubierto de brocado con figuras pastoriles; desde allí se llegaba al corazón secreto del conjunto, la suntuosa sala de baños, con su amplia piscina octogonal —tres metros de diámetro y uno de profundidad— excavada en un solo bloque de mármol, rodeada de escalones y asientos, alimentada mediante un ingenioso sistema de cañerías que llevaba agua caliente y perfumada con hierbas olorosas, y donde la desnudez natural de los cuerpos recuperaba las alegrías primitivas que habían precedido a la caída y al pecado».

Una actividad erótica tan infatigable no podía por menos que dar lugar a las consecuencias que están en el orden de la naturaleza, más teniendo en cuenta que,

como puso de manifiesto con una cruda metáfora militar el embajador del duque de Saboya, «la pólvora de la marquesa arde con facilidad». Entre 1669 y 1674, Madame de Montespan dio a luz cuatro hijos. Cuenta Madame de Caylus que la primera vez que descubrió que estaba encinta, Athénaïs experimentó tal pesadumbre que «hasta su belleza se resintió de ello», pero luego se resignó rápidamente y acogió los sucesivos embarazos como una baza más con la que mantener sujeto a su regio amante. El hecho de que Luis hubiese reconocido a los dos vástagos habidos de Mademoiselle de La Vallière constituía un precedente favorable para los de la marquesa. A diferencia de Louise, sin embargo, Athénaïs estaba casada y, en tanto no se produjera una separación legal, el marqués de Montespan seguía siendo a todos los efectos el padre de los hijos de su esposa, lo cual complicaba no poco una situación ya de por sí embrollada. Así pues, sus primeros embarazos se mantuvieron en riguroso secreto, aun cuando la vestimenta adaptada por ella en estas ocasiones –un ancho vestido sin cinturón maliciosamente apodado *L’Innocente*– no dejaba ningún margen de duda. Nada más nacer, además, los niños le eran arrebatados de inmediato, y Luis XIV pudo legitimarlos a condición de declarar exclusivamente su paternidad, callando el nombre de la madre. No debió de ser esto poca mortificación para la orgullosa marquesa, más aún porque justo en el momento en que el rey reconocía a su primera hija, Mademoiselle de Blois, concedió a Mademoiselle de La Vallière el título de duquesa. Era evidente, por otro lado, que Athénaïs no podía aspirar a este honor, puesto que Monsieur de Montespan había declarado que no quería «la corona ducal por los servicios prestados por su mujer».

El año 1674 trajo la solución a más de un problema y resultó ser un año especialmente fausto para Athénaïs. A finales de abril, Louise abandonó definitivamente la corte para ingresar en el Carmelo, poniendo fin a una cohabitación en extremo desagradable. Libre de su antigua rival, la marquesa estaba decidida a limitar para el futuro el riesgo de nuevas competidoras e hizo disolver el grupo de damiselas de honor de la reina, del cual ella había formado parte en tiempos y que representaba para el rey un cómodo coto de caza. En cuanto a las mujeres casadas que fuesen peligrosamente bellas y ambiciosas, Athénaïs sabía cómo mantenerlas a distancia con su mortífero sarcasmo y un nutrido arsenal de calumnias.

En el mes de julio de ese mismo año, aunque la guerra con Holanda se hizo más encarnizada y toda Europa se estaba coligando contra él, Luis XIV presidió en Versalles un nuevo y extraordinario ciclo de fiestas. Y en la representación de las *Fêtes de l’Amour et de Bacchus* de Lully resultó evidente que, esta vez, la dama a la cual el rey pretendía rendir homenaje era Athénaïs. Además, durante el verano, el marqués de Montespan se resignó a una «separación legal» consensuada. Y para terminar, el año concluyó triunfalmente gracias a un pensamiento delicado de su

hermana. Madame de Thianges ideó como regalo para el hijo primogénito de la marquesa y el rey, el duque del Maine, la famosa Estancia de lo Sublime: la reproducción en miniatura de una habitación, totalmente amueblada, en la que se colocaron figuritas de cera que representaban al pequeño duque rodeado de los ingenios más sublimes de la época: Racine, Boileau, Bossuet, La Fontaine. Pero el homenaje rendido al genio de éstos ¿no constituía asimismo la prueba palmaria de la infalibilidad del gusto Mortemart y de la clarividencia artística de Athénaïs?

Madame de Montespan reinaba, pues, sin oposición y, como observaría con severidad Saint-Simon, su apartamento se había convertido en «el centro de la corte, de los placeres, de la fortuna, de la esperanza y del terror de los ministros y los generales, y era la humillación de toda Francia». Sin embargo, en el transcurso de aquel feliz año 1674, el cielo se fue encapotando poco a poco y las nubes no cesaron de acumularse durante todo el siguiente. La tempestad estalló en 1676.

Aferrándose a la profunda impresión suscitada por la conversión de Louise de La Vallière, el partido devoto había levantado la cabeza y dado inicio a una auténtica ofensiva para poner fin a la creciente inmoralidad de la corte francesa. Que ésta pareciese a muchos un lugar de vicio y perdición no era ciertamente una novedad; la misma Madame de Motteville, que residió en ella veinticinco años, la describe en sus memorias como una gran alegoría barroca de la vanidad y de la muerte, como «una región barrida por los vientos, tenebrosa y azotada por continuas tempestades. Los hombres tienen una vida corta, y en el espacio de tiempo que la fortuna les concede se ven constantemente afligidos por esa enfermedad contagiosa que es la ambición, la cual les quita todo reposo, corroe su corazón, oscurece su mente y con frecuencia los priva del uso de la razón. Este mal también suscita en ellos un disgusto crónico de las cosas mejores. Desconocen el valor de la equidad, de la justicia y de la bondad».

Pero lo que preocupaba a los devotos no era tanto esta corrupción atemporal, característica de todas las cortes, cuanto el peligro de que el ejemplo del rey hiciese inútiles sesenta años de esfuerzos por parte de la Iglesia y del Estado francés en defensa de la concepción católica de la institución matrimonial y de la familia. El Concilio de Trento había condenado severamente el adulterio, tanto masculino como femenino; a partir de 1600, un edicto privó a los hijos ilegítimos de sus títulos y de su calidad de caballeros, «a menos que obtuviesen cartas de nobleza basadas en el reconocimiento de los méritos o de los de sus padres». Y, en efecto, a juzgar por los registros parroquiales, en el transcurso del siglo el número de bastardos nacidos de padres aristócratas se redujo notablemente.

Ajeno a las preocupaciones de naturaleza religiosa y moral que, prescindiendo de los sentimientos que les inspiraban sus respectivos cónyuges, habían guiado tanto la conducta de María de Médicis como la de Luis XIII y Ana de Austria, Luis XIV seguía el ejemplo de Enrique IV y no tenía escrúpulos en exhibir, como él, una

apretada fila de favoritas y bastardos. Pero las costumbres del Gran Enrique iban todavía acordes con las de la antigua nobleza feudal, mientras que en la época del Rey Sol la presencia de hijos ilegítimos dentro de la familia estaba pasando a ser un fenómeno obsoleto. Y lo cierto era que no sólo Luis XIV volvía públicamente a practicarlas, haciendo ostentación de sus hábitos de sultán y su serrallo de concubinas, sino que además agravaba el escándalo recurriendo sistemáticamente al procedimiento de la legitimación.

El primer objetivo del partido devoto era el de desembarazarse de Madame de Montespan: la pasión que el rey sentía por ella, la personalidad de la favorita, su ambición, su gusto por el desafío no permitían acomodarse. Dado que en modo alguno se podía esperar que la marquesa siguiese a Mademoiselle de La Vallière por el camino del arrepentimiento, para librarse de ella era necesario apelar directamente a la conciencia del soberano. Y el único legitimado para hacerlo era su confesor. Por desgracia, sin embargo, el padre Jean Ferrier, el jesuita¹² que desde 1670 tenía a su cargo el alma del monarca y que más de una vez se había atrevido a negarle el permiso para recibir la comunión a causa de su condición de adúltero, murió en el otoño de 1674, dejando el puesto al padre La Chaize. Y si bien, como reconoció el propio Saint-Simon, que no obstante detestaba a la Compañía de Jesús, el nuevo confesor poseía muchas buenas cualidades, carecía por completo de firmeza.

Desde la época de Richelieu, la influencia de los confesores reales estaba drásticamente limitada a la esfera privada. El último que había tratado de encaminar las opciones políticas del soberano había sido el confesor de Luis XIII, el célebre padre Caussin, que había pagado con el ostracismo del cardenal Richelieu sus tentativas de convencer al rey para que pusiera fin al exilio de María de Médicis y se reconciliara con su esposa. En el caso de la familia real, en efecto, era difícil establecer una clara línea de separación entre la esfera estrictamente privada y la política. Ni siquiera los más beatos ahorraban sus críticas, por ejemplo, al confesor de María Teresa, el cual, sin tener en cuenta el temperamento de su marido, la instruía acerca de sus deberes conyugales con una intransigencia más adecuada a una monja de clausura que a una reina. «Recuerdo haber oído decir a las damas», escribía Primi Visconti, «que todas las veces que la reina tenía relaciones con el rey, lo que sucedía por lo general dos veces al mes, al día siguiente iba a comulgar para dar las gracias a Dios y rogarle que le diera hijos». Por otro lado, en los años de su vejez Luis XIV daría muestras de ser plenamente consciente de lo importante que era la influencia de los directores espirituales, escogiendo personalmente a los confesores de todos los miembros de su familia.

No era, de todos modos, una empresa fácil la que reclamaba al padre La Chaize. En 1675, el rey tenía treinta y seis años de edad y estaba «en la cima de la gloria, del esplendor y de los placeres. Señor absoluto por derecho divino, era temido por

todos e imponía su voluntad en todos los terrenos. Dirigir la conciencia de un monarca semejante parecía una tarea peligrosa, llena de emboscadas; dicho con brevedad, imposible. El rey decidía por su cuenta: todos le debían sumisión, comprendidos el Papa y el clero. ¿Qué confesor podía arriesgarse a recordarle sus deberes?»

Pero el padre La Chaize no se sustraería a su tarea, ganándose la confianza de Luis XIV y logrando influir en él de forma duradera tanto en su dificultoso regreso al camino recto como en su política religiosa. Estaba armado de indulgencia y de diplomacia, y la oposición frontal no iba con su carácter ni con la estrategia que se proponía llevar a cabo.

Lo primero que se esperaba del padre La Chaize era que, siguiendo el ejemplo de su predecesor, aprovecharse las festividades de la Semana Santa y pusiera al rey frente a sus responsabilidades como adúltero, negándole la absolución. La opinión popular estaba dispuesta a perdonar muchas cosas al soberano y por lo general se mostraba harto indulgente con sus amoríos; pero que el rey cristianísimo, el «ungido del Señor» Luis Deodato, se abstuviese en la Pascua del sacramento de la comunión era un hecho extremadamente grave. Significaba que el monarca se hallaba en pecado mortal, que no podía ejercer sus facultades taumatúrgicas y tocar a los escrofulosos, y que se exponía a sí mismo y al país entero a la cólera divina.

Grande fue por tanto la desilusión de los conservadores cuando, ya cercana la Pascua, decidido a no entrar en un conflicto inmediato con el real penitente, el nuevo confesor tomó como pretexto su salud y desapareció durante varias semanas, mereciendo de la desdeñosa Athénaïs el apodo de «*La Chaize de commodité*»¹³. Pero el partido devoto no estaba dispuesto a ceder. Mientras desde lo alto del púlpito el padre Bourdaloue tronaba contra el adulterio y llegaba a aplicar al soberano, en su misma presencia, la parábola narrada por el profeta Natán al rey David, Bossuet se valía de sus funciones como preceptor del delfín para exhortar a Luis XIV a renunciar a sus amores culpables. Entretanto, la Providencia se servía de un modesto vicario de la parroquia de Versalles para hacer oír su voz. El 10 de abril, atraída por su fama de indulgente, la favorita fue a confesarse con el abad Lécuyer, contando con obtener fácilmente la absolución, pero oyó que éste le decía: «¿Sois vos esa Madame de Montespan que está escandalizando a toda Francia? Idos, señora; poned fin a vuestra conducta escandalosa y volved después a postraros a los pies de los ministros de Jesucristo».

Indignada por la afrenta sufrida, la marquesa corrió a pedir la intervención del soberano, que esta vez, sin embargo, declaró que nada podía hacer. Interrogado por el rey, el párroco de Versalles se mostró de acuerdo con el vicario, y Bossuet, consultado sobre lo sucedido, defendió con firmeza el proceder de los dos sacerdotes, insistiendo en la necesidad de que Luis pusiera fin a su relación con Madame de Montespan.

En vísperas de partir nuevamente para la guerra en Flandes y deseoso de ponerse en paz con su conciencia, Luis XIV capituló, dejando a Bossuet la tarea de comunicar a la favorita la necesidad de alejarse de la corte y retirarse a Clagny. «Mis palabras», le transmitió después el ilustre prelado, «han hecho verter a Madame de Montespan muchas lágrimas, y ciertamente, Sire, no hay razón para llorar más justa que el sentir que se ha confiado a una criatura un corazón que Dios quiere tener para sí. ¡Cuán difícil es sustraerse a un empeño triste y funesto! Sin embargo, Sire, es preciso hacerlo; de lo contrario no hay esperanza de salvación». Lo cierto es que el día de Pascua el rey comulgó en Versalles y el 10 de mayo partió para ir a reunirse con el ejército.

La separación de los dos amantes se prolongó por espacio de dieciséis meses. Adoctrinado por Bossuet, ocupado en el campo de batalla, Luis XIV se mantuvo fiel a la decisión tomada, mientras Madame de Montespan continuaba ostentando la misma serenidad y decorando a expensas de la casa real su residencia de Clagny, aceptando de buen grado hasta las entusiastas exhortaciones de María Teresa a perseverar en el camino de la virtud. La reina había llevado su celo hasta el extremo de llevar a Athénaïs a visitar a Mademoiselle de La Vallière. La prohibición de entrar en los lugares de clausura no se aplicaba, en efecto, a la reina ni a sus acompañantes. Las «tres reinas», a las que durante la guerra de Devolución, en medio de la confusión general, Luis XIV había llevado en su séquito en la misma carroza, se reencontraron de este modo, nueve años después, en el locutorio de un convento. Y por vez primera no prevaleció el «*esprit Mortemart*». Madame de Montespan, escribe Madame de Sévigné, «conversó largo rato con sor Luisa de la Misericordia y le preguntó si era en verdad tan feliz como se decía. “No”, respondió ella, “no soy feliz, pero estoy sosegada”».

Ahora la relación con el rey era un capítulo cerrado, el problema que se planteaba era si Madame de Montespan podía regresar a la corte. «“¿Por qué no?”, decían sus parientes y sus amigos, hasta los más virtuosos. “Por su nacimiento y por su cargo, Madame de Montespan tiene aquí su puesto; y aquí puede vivir cristianamente como en cualquier otra parte”. El obispo de Meaux [Bossuet] dio su consentimiento. Quedaba una dificultad. “Madame de Montespan, se nos preguntaba, ¿se mostrará ante el rey sin que él haya sido preparado? Para evitar los inconvenientes de la sorpresa, sería oportuno que se vieran antes de encontrarse en público”. Se decidió así que el rey visitara a Madame de Montespan; pero, para no dar pábulo a la mínima maledicencia, se estableció que estuviesen presentes en dicho encuentro las damas más respetables y más dignas de la corte, que el rey vería a Madame de Montespan solamente en su compañía. El rey se dirigió, pues, a casa de Madame de Montespan como se había convenido, pero poco a poco la condujo al hueco de una ventana; se hablaron largamente en voz baja, lloraron y se dijeron lo que se suele decir en estos casos; hicieron después una profunda

reverencia a aquellas venerables matronas y pasaron a otra estancia: consecuencia de lo cual fueron primero la duquesa de Orléans y luego el conde de Toulouse»¹⁴.

Era el mes de julio de 1676 y, tras meses y meses de humillaciones, mientras el partido devoto asistía espantado al naufragio de todas sus esperanzas, Athénaïs se tomaba el desquite, volviendo a ser el centro de todas las diversiones, a dictar leyes sobre la moda, a gastar cantidades de vértigo en la mesa de juego y, sobre todo, a ser la amante oficial del rey. «No podéis imaginar la alegría que ello comunica a todos y cómo embellece la corte», escribía el 29 de julio Madame de Sévigné, que en todas sus cartas confirmaba el triunfo de la favorita: «Su belleza es infinita, su elegancia es como su belleza y su alegría como su elegancia».

Sin embargo, la de Madame de Montespan fue una victoria pírrica, preludio de una desgracia definitiva. Pronto los directores espirituales recuperarían el terreno perdido, volviendo en masa a los apartamentos reales cada vez que aparecía una nueva favorita, mientras la edad de Eros se veía obligada a ceder el paso a la edad de la Virtud.

La intensidad de la pasión que experimentaba por Athénaïs nunca había impedido a Luis XIV satisfacer su pantagruélico apetito sexual con un gran número de amantes ocasionales que generalmente no dejaban huella: «Le valían todas [...] con tal que fuesen mujeres: campesinas, hijas de jardineros, camareras, damas de rango, y con tal que fingiesen estar enamoradas de él». Athénaïs estaba al corriente de los hábitos de su amante y nunca se había opuesto a ellos, sabiendo que no podían hacerle sombra; no obstante, nada más reanudar su relación hubo de constatar que el soberano estaba buscando nuevas y más peligrosas distracciones. La marquesa tenía ya treinta y seis años; los numerosos embarazos la habían hecho engordar y había tomado aspecto de matrona, pero la cuestión esencial era otra: «El rey estaba cansado de Madame de Montespan», escribe Primi Visconti. «Ella había adquirido sobre él un ascendiente que se había convertido en una especie de dominio.»

En los cuatro años siguientes Athénaïs no tuvo, pues, otro remedio que sostener una agotadora guerra defensiva. Por suerte para ella, si bien «todas las mujeres nacían con la ambición de llegar a ser favoritas del rey», eran bien pocas las que eran capaces de tener éxito en tal empresa.

La primera amenaza verdadera la constituyó Isabelle de Ludres, una encantadora joven de veintiocho años que procedía de la antigua nobleza lorenese; había llegado a la corte de Francia en calidad de damisela de honor de Enriqueta de Inglaterra y luego había pasado al servicio de la Princesa Palatina, segunda esposa de Monsieur. De una belleza exquisita, núbil, virtuosa, poseedora de unos modales perfectos, Isabelle –a la que, como canonesa laica de la abadía de Poussay, se daba el tratamiento de Madame– era asimismo extremadamente ambiciosa y en el otoño de 1676, tras una breve resistencia, se entregó a Luis XIV. Barómetro infalible de los

humores del soberano, la corte se prosternaba ante el astro naciente: «Por el solo hecho de ser amada por el rey, todas las princesas y todas las duquesas se ponían en pie cuando entraba Madame de Ludres, incluso en presencia de la reina, y se sentaban sólo a una señal suya, exactamente como sucedía con Madame de Montespan». En aquella ocasión, María Teresa dio prueba de un insospechado sentido del humor, declarando que «el problema concernía a Madame de Montespan».

El problema hubiera sido verdaderamente espinoso de no ser porque, al cabo de pocos meses, Madame de Ludres se puso fuera de juego ella sola al dar por sentado un favor que Luis XIV aún no le había otorgado. El rey, que aborrecía verse forzado a hacer algo, montó en cólera y la despidió definitivamente. Una vez más, Madame de Montespan, que acababa de dar a luz a Mademoiselle de Blois, pareció recuperar plenamente el control de la situación. Madame de Sévigné no ahorra signos de admiración para describir a su hija la nueva victoria de Athénaïs: «¡Ah, hija mía, qué triunfo en Versailles! ¡Qué rápido desquite! ¡Qué consolidación del poder!».

Con todo, los tiempos se estaban volviendo cada vez más difíciles para la favorita. El nacimiento de otro hijo –el séptimo– en junio de 1678 no cambió la situación. Como ya había ocurrido con Louise de La Vallière, su estatus de amante oficial había quedado reducido a simple apariencia, y en esta ocasión la amenaza procedía de dos frentes distintos.

Por lo que respecta a la confianza, a la estima, a las confidencias, Luis prefería ahora, antes que a Athénaïs, a Madame de Maintenon, la gobernanta que cuidaba de sus hijos. Y darse cuenta de «que no era para conversar con ella sino con una dama de compañía, por no decir una criada, para lo que el rey iba a verla [...] sin lograr disimular su decepción cuando no la encontraba allí», era ya de por sí una afrenta difícil de soportar. Pero, por lo menos, la intrigante era cinco años mayor que ella y tenía fama de gazmoña. Aún más mortificantes, y por desgracia irreparables, eran el ocaso de su belleza y la decadencia de su ascendiente sexual sobre el soberano.

En el otoño de 1678, Luis XIV, que acababa de cumplir cuarenta años, perdió literalmente la cabeza por Mademoiselle de Fontanges, una espléndida muchacha de dieciocho años llegada de la provincia para entrar al servicio de Madame como damisela de honor. Desde que la hizo suya, reuniéndose con ella a escondidas, en plena noche, en el Palais-Royal, donde se alojaba, el soberano ya no pudo prescindir de ella y, habiéndola llamado a la corte tras unos meses de encuentros clandestinos, le reservó un trato de favorita. El 1 de enero de 1680, Mademoiselle de Fontanges apareció en Versailles «semejante a una divinidad, luciendo una extraordinaria cantidad de piedras preciosas y un traje con cintas azules hecho de la misma tela que el de Su Majestad». Efectivamente, con toda celeridad había

acumulado signos de distinción nunca vistos con anterioridad y, naturalmente, una enorme cantidad de dinero, de joyas y de beneficios, incluido, en abril de ese mismo año el título de duquesa. Como en la época de Mademoiselle de La Vallière, Luis XIV se dedicó a la trigamia: es evidente que la fórmula no le desagradaba. Pero esta vez le tocó a Athénaïs interpretar el papel que en su momento le había correspondido a Louise: inclinarse a los deseos reales, acoger amablemente a la recién llegada, prodigarse en consejos sobre su *toilette* y ayudarla a dar los últimos toques a su peinado.

Primi Visconti, que consideraba la corte como «la más bella comedia del mundo», nos lo cuenta así: «El rey vive con sus favoritas, con cada una separadamente, como en una familia legítima. La reina recibe sus visitas y las de sus hijos naturales como si se tratase de un deber, porque es necesario que todo se haga en conformidad con el rango de cada una y de acuerdo con la voluntad del rey. Cuando asiste a misa en Saint-Germain, se colocan a la vista del rey Madame de Montespan y sus hijos en la tribuna de la izquierda, delante de todos, y la otra a la derecha, mientras que en Versalles Madame de Montespan está del lado del Evangelio y Mademoiselle de Fontanges del lado de la Epístola, en unos escalones elevados. Ellas rezan, rosario o misal en la mano, con expresión extática, como santas».

Bien pronto, sin embargo, para Mademoiselle de Fontanges la comedia se transformó en tragedia. Con sólo veinte años de edad, el 18 de junio de 1680, «mártir de los placeres del rey», como destaca Primi Visconti, la «bella belleza» murió de parto. Luis XIV había dejado ya, desde hacía varios meses, de interesarse por ella, y sólo la estupidez había impedido a la pobrecilla darse cuenta de ello. Su recuerdo quedaría en el nombre de un peinado llamado «à la Fontanges»: un día, mientras galopaba por el bosque de Fontainebleau, se le soltó el pelo al rozar las ramas de los árboles y, sin que ella se diera cuenta, la cinta que llevaba entre los cabellos resbaló hacia delante, quedándose en lo alto de la frente; el rey encontró la cosa encantadora y el capricho de la casualidad se convirtió en una moda.

Pero ahora Athénaïs no podía hacerse ilusiones sobre el futuro. Sabía que su relación con el hombre del que había tenido siete hijos había concluido de forma irremediable. El Rey Sol se aprestaba, además, a una nueva metamorfosis, la última de su vida, ya no bajo el efecto del «*esprit Mortemart*» sino guiado por la mano de Madame de Maintenon. Y a convencer al Rey Sol de la necesidad de pasar página definitivamente contribuyó no poco el denominado «asunto de los venenos».

El asunto de los venenos

En los años que siguieron a 1680, después de veinte años de reinado, Luis XIV podía considerarse con legítimo orgullo el monarca más poderoso de Europa. La supremacía política, militar, artística y lingüística de Francia era ahora un hecho incontrovertible; el nuevo palacio de Versalles difundía una imagen de la realeza que no tenía rival. No obstante, llegado al ápice de la gloria, el Rey Sol se vio obligado a constatar que Francia corría el peligro de lograr otra primacía, ésta mucho menos envidiable, la del sacrilegio, la superstición y el crimen.

El que pasaría a la historia como el «asunto de los venenos» se descubrió por casualidad, en el transcurso de una indagación que, partiendo de algún personaje marginal del mundo de lo ilícito, se había ido extendiendo progresivamente a todos los estratos de la sociedad. La voluntad de Luis XIV de sacar a la luz el episodio en su totalidad, la creación de un tribunal especial, el gran número de arrestos, el alto rango de muchas de las personas implicadas, la duración del proceso y, no en último lugar, la brusca interrupción de éste contribuirían a alimentar el escándalo tanto en Francia como en el extranjero. Las revelaciones producidas por la investigación –se lamentaba Madame de Sévigné– horrorizaron a Europa; «francés» devino sinónimo de envenenador.

A decir verdad, ya los hechos que habían aflorado en 1676, en el proceso de la Brinvilliers, hubieran debido suponer un toque de atención para los responsables de proteger el orden, pero los crímenes en cuestión eran tan abominables que parecieron estar al margen de cualquier contexto. Hija de un alto magistrado, esposa de un oficial del rey, la marquesa de Brinvilliers –una frágil y garbosísima dama de cuarenta y seis años de edad– había sido condenada por el Parlamento, es decir el Tribunal de Justicia, de París a la pena capital –tortura, decapitación, hoguera– por haber envenenado, movida por sórdidas razones de interés, a su padre y a sus dos hermanos, proyectando hacer otro tanto con su hermana y su cuñada. Además de los delitos, la acusada había confesado sus excesos sexuales, entre los cuales figuraba incluso el incesto. El espantoso episodio suscitó gran escándalo y a la ejecución de la envenenadora asistió una enorme muchedumbre. «Se acabó; la Brinvilliers está en el aire que respiramos», comentaba Madame de Sévigné con el humor negro en el que era maestra y, junto con ella, toda Francia exhaló un suspiro de alivio por haberse librado de semejante monstruo. Nadie podía imaginar que aquel monstruo tenía detrás un mundo donde el uso del veneno era una práctica difundida. Sin embargo, esto fue lo que se reveló, sólo un año

después, con el inicio de una nueva investigación judicial que habría de arrojar una sombra siniestra sobre la espléndida corte del Rey Sol.

Todo empezó en febrero de 1677 con la detención de Magdeleine La Grange, una adivina acusada de haber organizado, con la ayuda de un sacerdote, un matrimonio fingido con un viejo abogado con el cual se había ido a vivir, y de haberlo envenenado después para heredar sus bienes. Se trataba de un banal caso de crónica negra que no hubiera despertado especial atención si la imputada no hubiese solicitado una entrevista con el ministro de la Guerra, el poderosísimo marqués de Louvois, sosteniendo estar en conocimiento de una conspiración cuyo objetivo era matar al rey y al delfín. Informado del asunto, Luis XIV ordenó trasladar a Madame La Grange de la cárcel de Vincennes a la Bastilla, generalmente reservada a los presos de Estado, confiando la investigación a un hombre de confianza de Louvois, Nicolas Gabriel de La Reynie, desde hacía diez años jefe de la policía de París y responsable de la seguridad de la capital. A pesar de lo vago de las revelaciones de la presa, que más bien harían pensar en un recurso para ganar tiempo, La Reynie se convenció de la existencia de una extensa red criminal que amenazaba la estabilidad del Estado y quiso proseguir con las indagaciones, sin descuidar el menor indicio. Entre los primeros detenidos figuró el caballero de Vanens que, aunque se jactaba de poseer el secreto para fabricar oro, no desdeñaba ganarse la vida envenenando gente por encargo. Siguió después una redada de adivinas, videntes y expertas en asuntos amorosos que hasta entonces no habían tenido problemas con la policía, pero que resultaron dedicarse a las actividades más sospechosas, como vender a sus clientas afrodisíacos, maleficios y filtros de amor y ayudarlas, en caso necesario, a librarse de embarazos inoportunos. En las situaciones que requerían soluciones más drásticas –maridos demasiado brutales, amantes traicioneros, rivales afortunadas–, las adivinas más emprendedoras llegaban incluso a sugerir el recurso al veneno.

Con el progresivo aumento del número de personas detenidas, Luis XIV decidió, por consejo de Louvois, instituir una comisión, compuesta por catorce jueces escogidos en lo más alto de la magistratura, cuya tarea era la de instruir los diversos procesos en paralelo y celebrarlos en la más absoluta reserva; efectivamente, todos los casos en examen tenían que ver, de una u otra manera, con el uso de venenos, y el monarca no quería que el público fuese informado de ello. La comisión, en la cual La Reynie desarrollaba las funciones de juez, ministerio público y coordinador de las indagaciones, asumiría el nombre de «Cámara Ardiente» por el lugar en el que se reunía: una sala del Arsenal enteramente tapizada de negro y e iluminada sólo por la luz de las antorchas.

Si bien, a pesar del empeño con que perseveraba en sus indagaciones y de los métodos tendenciosos con que llevaba a cabo los interrogatorios, el jefe de la policía no logró reunir las pruebas necesarias para avalar su teoría de una

conspiración encaminada a golpear al soberano, no por ello las informaciones que se iban acumulando eran menos aterradoras. De detención en detención, de interrogatorio en interrogatorio, de confesión en confesión, se añadían constantemente nombres nuevos a la lista de los procesados y, lo que es peor, a la vez que el rango de las personas implicadas se hacía cada vez más elevado, los crímenes denunciados se tornaban más espeluznantes.

En 1679, con el encarcelamiento de Marie Bosse, Catherine Monvoisin, llamada la Voisin, y Adam Coeuret, a quien apodaban Lesage (el sabio), la pesquisa dio un giro. Los recién llegados, dos adivinas y un mago que habían trabajado juntos y que ahora se acusaban despiadadamente unos a otros, confesaron haber hecho abortar a un número elevadísimo de mujeres, haber envenenado por encargo a diversas personas, haber practicado la magia negra y haber organizado ritos satánicos y misas sacrílegas en el curso de las cuales se sacrificaba a recién nacidos. Lesage enganchaba a su clientela afirmando estar en contacto con los espíritus y lo probaba mediante un truco de gran eficacia. Hacía que los clientes le entregaran una hoja de papel sellada que contenía la lista de sus deseos y, en su presencia, la guardaba en una caja de cera que arrojaba al fuego, donde estallaba. En realidad sustituía la verdadera caja por otra llena de salitre, y al día siguiente podía devolver al atónito cliente la hoja incólume, no sin antes haber visto lo que estaba escrito en ella. Lesage no sólo se ganaba de este modo la total confianza de quienes le consultaban sino que además, habiendo llegado a conocer hasta sus más secretas aspiraciones, podía tenerlos bajo constante amenaza de extorsión. Muchos de los deseos enumerados en aquellas hojas eran, en efecto, cualquier cosa menos inocentes, y Lesage, la Bosse y sus numerosos cómplices estaban dispuestos a emplearse a fondo para que pudieran realizarse. Pero las revelaciones con mucho más inquietantes de la investigación concernían a la identidad de los clientes.

Desde la época de Catalina de Médicis, el miedo al veneno, con frecuencia incrementado por la escasez de médicos, nunca había cesado de turbar la imaginación colectiva; en el propio entorno real, la repentina muerte de Gabrielle d'Estrées en 1599 y, en tiempos mucho más recientes, la de Enriqueta de Inglaterra, igualmente súbita, en 1670 habían dado origen a más de una sospecha. A pesar de ello, todo inducía a suponer que, en la Francia racionalista y cartesiana de la cima del clasicismo, la superstición, las creencias mágicas y los ritos satánicos sobrevivían solamente en las provincias más remotas y eran fruto de la ignorancia popular. Resultó, empero, que eran acusadas por los procesados algunas de las personas más conspicuas de la corte. Uno de los primeros en ir a dar, y por muchos meses, a la Bastilla fue el mariscal de Luxemburgo, muy apreciado por Luis XIV por sus capacidades militares, quien había pedido a Lesage que lo pusiera en contacto con el diablo para adjudicarse la gloria en los campos de batalla y para desembarazarse de su esposa. Venía luego la condesa de Soissons, sobrina de

Mazzarino, hermana mayor de María Mancini, amor de juventud del rey y superintendente de la casa de la reina, la cual había expresado a la Voisin la intención de envenenar a la duquesa de La Vallière, que la había suplantado en el corazón del rey. Las pruebas contra ella eran sin duda aplastantes y el rey le dio a elegir entre «ir al día siguiente a la Bastilla y someterse a los rigores de la prisión y del proceso o abandonar Francia de inmediato». Tras celebrar consejo de familia, la condesa optó por la segunda posibilidad y huyó escondida en una carroza con las insignias reales «para que el pueblo no la viese partir y tuviese que quejarse porque no se hacía justicia». Más segura de sí misma, su hermana, la duquesa de Bouillon, asimismo próxima al soberano, salió bien librada y de forma brillante. Acusada de querer quitarse de en medio a su marido para casarse con su joven amante, el duque de Vendôme, la duquesa se presentó en el Arsenal del brazo de su marido y de su amante y, escoltada por un grupo de amigos, respondió a los jueces en tono descarado, declarando que había consultado dos veces a la adivina por pura diversión y se marchó diciendo que no comprendía cómo unos hombres tan inteligentes podían hacer preguntas tan estúpidas.

Indignado ante la idea de que estos y otros íntimos de su círculo pudieran ser objeto de semejantes acusaciones, Luis dio orden a La Reynie de proceder en la encuesta sin tener consideraciones por nadie. Había lo suficiente para hacer temblar el mundo de los privilegiados, sin embargo, sería precisamente el celo infatigable con que el jefe de la policía llevaba a cabo las indagaciones lo que determinó que éstas quedaran encalladas.

En febrero de 1680, la muerte de la Voisin en la pira soltó de repente la lengua a los demás detenidos en espera de juicio, todos los cuales inculparon a Madame de Montespan, a la cual ya Lesage había hecho alusión varias veces. La que inició la ofensiva fue MarieMarguerite Monvoisin, la hija de la Voisin, la cual acusó a la marquesa de haberse dirigido a su madre en tres ocasiones distintas: le había encargado filtros de amor para mantener ligado a ella al rey, le había comprado veneno en polvo para asesinar a Mademoiselle de Fontanges y al propio soberano y había participado en misas negras. Sus declaraciones, aparentemente indignas de crédito, fueron confirmadas punto por punto por la Filastre, otra adivina experta en magia negra que había caído en la red de La Reynie. Según lo manifestado por la Filastre, la marquesa había recurrido con frecuencia a sus artes para hacerse confeccionar filtros y pociones mágicas que debían conservar el amor del soberano. Obsesionada por el miedo a ser desbancada por una rival, Madame de Montespan habría participado asimismo en misas negras, oficiadas sobre su vientre desnudo por un siniestro prior llamado Guibourg y acompañadas del sacrificio de un niño recién nacido.

Puesto al corriente de estas horripilantes acusaciones y dividido entre el deseo de descubrir la verdad y el temor a comprometer a Athénaïs, el rey mandó continuar

los interrogatorios, pero el 14 de mayo pidió que se sustrajese de los autos procesales las diligencias relativas a Madame de Montespan, lo cual impedía de hecho a los jueces continuar con su trabajo. En 1709, a la muerte de La Reynie, Luis XIV hizo que le entregaran los documentos referentes a la marquesa y los arrojó personalmente al fuego, sin saber que el jefe de la policía había conservado los resúmenes de los interrogatorios que incriminaban a la favorita.

Así, en 1682 la «Cámara Ardiente» fue disuelta por voluntad del rey. Culpables o inocentes, todos aquellos cuyo nombre se había mencionado en relación con una posible participación de Madame de Montespan en el «asunto de los venenos» fueron condenados sin proceso a prisión perpetua y encerrados, en condiciones de total aislamiento, en las prisiones más inaccesibles del reino. La Comisión se había reunido doscientas diez veces y había ordenado trescientas diecinueve detenciones; una veintena de personas habían logrado fugarse y ciento noventa y cuatro habían sido encarceladas; de éstas, treinta y cuatro habían sido ejecutadas y dos habían muerto bajo la tortura. Pero ¿se podía afirmar realmente que aquella terrible incursión a los bajos fondos del crimen hubiese llevado al descubrimiento de la verdad? ¿En qué medida había que hacer caso de confesiones de delincuentes sin escrúpulos que se valían de todos los medios para prolongar un proceso cuyo final comportaba para ellos una muerte atroz? Y la misma fundación de la «Cámara Ardiente» ¿no había contribuido a deformar la verdad, como sostuvo Colbert cuando Luis XIV le consultó, en el momento en que Madame de Montespan fue implicada en la investigación? Por lo demás, el hecho de que entrara en liza el célebre superintendente, enemigo jurado de Louvois, es buena demostración de que el de los venenos era también un «asunto» político, un escándalo utilizado por el ministro de la Guerra y por su hombre de confianza, La Reynie, para debilitar los grupos de poder hostiles a él, comprendido el de Madame de Montespan, pariente y amiga de Colbert.

No sabemos a qué conclusiones llegó Luis XIV. ¿Pidió explicaciones a Madame de Montespan? ¿Fue informada ésta del peligro que había corrido? Las acusaciones formuladas contra ella eran, en su mayor parte, inverosímiles, pero ¿podía el rey excluir que la favorita, para mantenerlo ligado a ella, le hubiese hecho ingerir ocultamente sustancias repugnantes y nocivas para su salud? Fueran las que fuesen sus íntimas convicciones, el rey no tenía otra elección que proteger la reputación de la madre de sus hijos y protegerse él mismo y a la corte de un escándalo de proporciones inauditas.

Si es cierto que el «asunto de los venenos» continúa fascinando a historiadores, biógrafos y novelistas, las conclusiones a las que han llegado los estudiosos siguen estando en notable desacuerdo. Por cuanto atañe al papel desempeñado por Madame de Montespan en el episodio, una vez pasada, con el siglo XIX, la época de los «culpabilistas», fueron los «inocentistas» los que principalmente hicieron oír

su voz. En su opinión, el proceso siguió la dinámica típica de los de brujería: los encausados eran inducidos a confesar bajo tortura lo que los jueces querían que les dijeran; por otra parte, era del mayor interés de los imputados el inculpar a personajes importantes para beneficiarse de la confusión y prolongar los tiempos de la investigación. Además, las acusaciones que afectan a Madame de Montespan estaban llenas de incoherencias, las referencias cronológicas estaban a menudo equivocadas y, sobre todo, los hechos a ella atribuidos eran sustancialmente absurdos. ¿Cómo se puede creer que una persona orgullosa, inteligente, culta, con firmes convicciones religiosas y segura de sí misma como la favorita concibiese unos propósitos tan disparatados y feroces? Y, de haber sido así, ¿cómo hubiera podido, dada su posición, cultivar relaciones tan comprometedoras sin delatarse?

Y, con todo, no se puede ignorar que Madame de Montespan, por encima de todo, tenía que conservar su influencia sobre el rey, que las prácticas mágicas no eran en su época necesariamente incompatibles con la fe religiosa y que no le hubiera resultado en modo alguno imposible mantener contactos secretos con la Voisin y sus cómplices (como habían hecho sus parientes y amigos), ya que ella gozaba de una indiscutible libertad de movimientos y, llegado el caso, podía perfectamente servirse de intermediarios. Lo que es más, si bien muchos de los testimonios contra Athénaïs no parecen plausibles, muchos otros son corroborados por los hechos. Desde luego, la marquesa nunca pensó envenenar al rey ni a Mademoiselle de Fontanges, pero esto no quiere decir que fuera totalmente inocente. «No hay duda», escribe Jean-Christian Petitfils tirando de los hilos de su indagación, «de que Madame de Montespan estuvo en relación con la Voisin, Lesage, Mariette y sus cómplices, y ello a partir de finales de 1667 o principios de 1668. Para obtener el favor del rey y el exilio (o quizá la muerte) de su rival, practicó sortilegios y parodias religiosas y participó en bautizos simbólicos de palomas. Posteriormente, para conservar el amor del rey, recurrió a magos, charlatanes, astrólogos y otros impostores. Les compró polvos afrodisíacos, les pidió “encantamientos”, tal vez para alejar a rivales pasajeras [...]. Quedan las misas negras [...]. Estos delitos monstruosos no son inverosímiles. El prior, la Filastre, la Monvoisin hija hicieron al respecto declaraciones en toda regla. Pero, ante semejantes horrores, nos sentimos vacilantes».

Aun queriendo aceptar como verdad que Madame de Montespan fuera del todo ajena al episodio en su totalidad, el rey no podía pasar por alto que el «asunto de los venenos» no hubiera podido tener lugar sin la complicidad de una sociedad profundamente amoral, a la que él mismo, al menos por lo que a la despreocupación sexual se refiere, había dado ejemplo. Era preciso tratar de poner remedio lo antes posible.

A los cuarenta años, Luis XIV cambió de vida y encontró en Madame de Maintenon una amante virtuosa capaz de reconciliarlo con Dios. Y mientras la

revocación del edicto de Nantes y la reanudación de las persecuciones contra los hugonotes mostraban la intransigencia del rey cristianísimo en materia de ortodoxia religiosa, Versailles se envolvía en un manto negro y, sumiso a los deseos de su soberano, adoptaba una apariencia de virtud y de devoción. Hubo que esperar aún treinta y cinco años y la regencia del duque de Orléans, un libertino apasionado por la alquimia, para que magos, adivinos, quiromantes y rufianes ofrecieran de nuevo en Francia sus servicios a una sociedad que volvía a vivir atolondradamente a la luz de un nuevo Sol.

Madame de Maintenon

La institutriz de Francia

Cuando en 1697, diez años después de su *Siècle de Louis XIV*, Charles Perrault publicó *La Cenicienta*, muchos franceses debieron de pensar que el cuento llegaba con un poco de retraso con respecto a la realidad. ¿Podía haber algo más extraordinario que la peripecia de Françoise d'Aubigné, que, nacida en la cárcel, crecida en la pobreza, viuda de un escritor paralítico, fue acogida con los brazos abiertos por el gran mundo parisiense y luego, tras haber asumido el título de marquesa de Maintenon, había logrado también conquistar el corazón del rey, convirtiéndose finalmente en su esposa secreta?

En 1697, a decir verdad, no se podía creer que los dos amantes reales siguieran, como en los cuentos, siendo felices y comiendo perdices. Desde hacía doce años, con la revocación del edicto de Nantes, se había reemprendido la persecución de los hugonotes, Francia estaba en guerra con casi toda Europa y la fortuna empezaba a volver la espalda al Rey Sol. Derrotas militares, calamidades naturales, carestías y lutos familiares acompañarían los últimos diecisiete años del reinado; el cuento de la Cenicienta dejaría paso a la leyenda negra de una terrible Madre Abadesa. Juzgada falsa, hipócrita, fanática, la esposa morganática de Luis XIV sería considerada como la instigadora secreta de la política de intolerancia religiosa y del sombrío conformismo que oprimía al país. Y, en sintonía con Saint-Simon, jansenistas, protestantes, libertinos y *philosophes* jurarían un odio implacable a su memoria, creando un estereotipo que se resistiría a morir.

Sólo en estas últimas décadas ha surgido un nuevo interés por Madame de Maintenon, despejando el terreno de los numerosos prejuicios que durante tanto tiempo se entretejieron con su leyenda. La mejor manera de hacerle justicia sería devolverle plenamente la palabra con una nueva edición crítica de sus cartas. Madame de Maintenon es, efectivamente, una epistológrafa excepcional; lo que queda de su correspondencia –las cartas e instrucciones dirigidas a las profesoras de Saint-Cyr, las cartas a su hermano D'Aubigné y las dirigidas al abad Gobelin, a Madame de Caylus, a Madame de Dangeau, a la princesa de los Ursinos, al duque y al cardenal de Noailles– constituye «uno de los monumentos históricos más importantes del siglo XVII».

Sin embargo, a pesar de su extensión, el epistolario de Madame de Maintenon no nos da noticia de muchas de las cosas que querríamos saber de ella: por qué el estilo de la marquesa es generalmente discreto y reservado y por qué ella misma se

ocupó de quemar las cartas recibidas de Luis XIV y las concernientes a su vida privada: quería ser «un enigma para la posteridad» y en buena medida lo consiguió.

Françoise d'Aubigné nació el 24 de noviembre de 1635 en la cárcel de Niort, donde su padre, hijo degenerado del gran escritor hugonote Agrippa d'Aubigné y que ya con anterioridad había tropezado con los rigores de la ley por asesino, falsario y deudor insolvente, se hallaba cumpliendo condena por haber conspirado contra el cardenal Richelieu; su esposa había solicitado compartir su encarcelamiento. A los tres años, la niña fue confiada a su tía paterna, LouiseArthémise d'Aubigné, que vivía con su marido, Benjamin de Villette, lugarteniente del rey en el Poitou, y sus cuatro hijos en el antiguo castillo familiar de Mursay, cerca de Niort. A pesar de las estrecheces económicas, los Villette acogieron a su sobrina con los brazos abiertos; en esta familia austera y afectuosa, profundamente imbuida de la fe protestante pero exenta de fanatismos, Françoise pasó una infancia feliz.

Por desgracia, cuando tenía ocho años sus padres la reclamaron para arrastrarla, junto con sus otros dos hijos, a una insensata expedición a las Antillas, donde D'Aubigné, después de salir de la prisión, había decidido hacer fortuna, y donde acabaría abandonando a su familia. Cuando, en diciembre de 1645, tras grandes dificultades y penurias, Madame d'Aubigné consiguió regresar a Francia con sus hijos, descubrió que, entretanto, su marido había muerto dejándola en la más completa indigencia.

Después de otro año en Mursay, Françoise fue de nuevo arrebatada al afecto de sus tíos para pasar a estar bajo la tutela de LouiseFrançoise Tiraqueau, condesa de Neuillan, esposa del gobernador de Niort, cuya hija era la madrina de Françoise. Avara, santurrona y sin corazón, la baronesa había solicitado que le confiasen a la pequeña sólo para impedir que, bajo la influencia de los Villette, Françoise se reconvirtiera al protestantismo.

Tras haber experimentado la miseria y la mendicidad, la joven D'Aubigné conoció en casa de los Neuillan todas las humillaciones que se reservan a una pariente pobre: trato despectivo, ropa de desecho y trabajos serviles, amén del constante recordatorio del deber de estar agradecida. «En casa llevaba solamente los zuecos», contará ella misma», «y me daban los zapatos sólo cuando venía alguien. Recuerdo que mi prima y yo, que teníamos más o menos la misma edad, pasábamos parte del día cuidando de los pavos de la tía». Françoise, sin embargo, hacía ya tiempo que había dejado de confiar en los demás; era pobre y estaba sola, pero también estaba dotada de un marcado sentido de la realidad. De nada sirve indignarse y recriminar; es mejor aprender a disimular los propios estados de ánimo de uno, acumular todas las experiencias y estar preparados para aprovechar las ocasiones. La inhóspita casa de los Neuillan constituiría para ella un primer y

útil observatorio sobre los usos y costumbres de la alta sociedad, y fue en seguimiento de su áspera protectora como pudo llegar a París.

En el clima efervescente de los salones de la capital a finales de la época de la Fronda, la joven provinciana adquirió la plena conciencia de su propia vocación mundana y, al mismo tiempo, se vio obligada a constatar que, privada como estaba de dote, no tenía otra posibilidad de liberarse de los Neuillan que entrar en un convento. Pero Françoise no tenía intención de pasar de una esclavitud a otra; quería ser dueña de su propia vida, costara lo que costara. De este modo, con sólo dieciséis años, atrapó al vuelo la única ocasión de fuga que el destino le ofrecía y aceptó la propuesta de matrimonio de Paul Scarron, un escritor veinticinco años mayor que ella, lleno de deudas, declaradamente libertino y paralizado por una artritis deformante. La descripción que el propio escritor hacía de sí mismo no permite hacerse ilusiones acerca de su aspecto: «Piernas y muslos forman [...] un ángulo agudo, muslos y busto hacen otro tanto, y mi cabeza está doblada sobre el estómago, de manera que en conjunto me parezco a una zeta. Tengo los brazos, las piernas y las manos tullidos y soy un epítome de la miseria humana».

Además de ser físicamente repugnante, Scarron era irascible, gustaba de la provocación verbal y, tanto en la vida como en la escritura, recurría de buen grado a un lenguaje chocarrero y a una profusión de imágenes obscenas. En compensación, era brillante, culto y divertido y todo París se daba cita en el «*hôtel de l'Impécuniosité*» [mansión de la falta de dinero], como él denominaba su casa, para admirar al *roi du burlesque* en acción.

Si para Françoise el matrimonio con Scarron representaba un azar, también el escritor corría sus riesgos. Aquella gentil muchacha, que cuando se inclinó por primera vez sobre su silla de paralítico no pudo contener las lágrimas de piedad, ¿sería realmente capaz de traerle un poco de consuelo, o aumentaría sus penas traicionándolo y cubriéndolo de ridículo? Era evidente para todos que el escritor no sería capaz de consumar el matrimonio y cuando, en la boda, el sacerdote planteó el problema, él suscitó la hilaridad de los presentes declarando que «la cosa les concernía exclusivamente a él y a la señora».

Françoise afrontó su nueva existencia con tranquila determinación. No sabemos si las condiciones físicas de su marido la eximían realmente de toda forma de intimidad conyugal o si, como se ha sugerido, su matrimonio blanco tendió más bien al gris sucio. Lo que es seguro es que cuidaba de él sin mostrar el mínimo desagrado, no hacía caso de sus acritudes ni de sus intemperancias y vigilaba a los invitados demasiado emprendedores atrincherándose detrás de una reserva cortés. Sería ella misma la que revelara, en los años de su vejez, la imperiosa motivación que la había impulsado a un comportamiento tan virtuoso: para quien, como ella, había padecido desde la más tierna infancia toda suerte de humillaciones, no había

nada más importante que ganarse la estimación de la gente, la «buena reputación», y no había sacrificio del que no se sintiese capaz con tal de lograrla.

«No daba ninguna importancia a las riquezas...», escribirá Françoise ya anciana, «pero deseaba el honor». Y para llevar a cabo su búsqueda, ningún lugar mejor que el «*hôtel de l'Impécuniosité*»: «La casa de Scarron», escribe Segrais, «era el punto de encuentro de cuanto había de más cumplido en la corte y de todos los ingenios más brillantes de París»: en la rue Neuve Saint-Louis, en el Marais, la *bohème* literaria se reunía con los escritores consagrados, los antiguos frondistas con los leales servidores de la corona, las altas finanzas con la nobleza de la toga y de la espada; la presencia de Françoise junto al paralítico, centro de todas las miradas, no podía pasar inadvertida. «Además de ser muy hermosa y de una belleza que no cansa», escribe el caballero de Méré, *arbiter elegantiarum* del gran mundo parisiense, a la duquesa de Lesdiguières, otra autoridad indiscutida en materia de buenos modales, «es dulce, agradecida, discreta, fiel, modesta e inteligente y se sirve de su ingenio solamente para divertir o para hacerse amar. Y lo que aprecio en una persona tan joven es que todos los galanes son bien aceptados con la condición de que se trate de personas de calidad. Y, siguiendo esta regla, no me parece que ella corra graves peligros, aunque la asedian los hombres más apuestos y más poderosos de la corte y de las finanzas. Pero por lo que la conozco serán innumerables los asaltos que resistirá antes de rendirse. Y el hecho de que se muestre tan libre y que atraiga a tantos cortejadores no debe hacer esperar que se pueda llevar a cabo; es sólo un signo de su seguridad y del hecho de que sabe perfectamente cómo comportarse. Lo que me incomoda en ella, no os lo oculto, es que se muestra demasiado apegada a su deber».

El rigor moral de la joven Madame Scarron no se basaba en modo alguno, por tanto, en el rechazo y se revestía de todas las gracias de la cultura «preciosa» entonces de moda. En la década que siguió a la Fronda (1652-1662) –los años del matrimonio de Françoise con Scarron–, París vivió, en efecto, una de sus temporadas mundanas más intensas dedicadas a la galantería. El antiguo código aristocrático del amor cortés sufrió una postrera metamorfosis y cedió el paso a un deseo generalizado de placer. Los hombres, no menos que las mujeres, fueron llamados a contribuir en igual medida a hacer de la ficción amorosa un juego colectivo que había de generar armonía y reforzar la cohesión social de una sociedad en transformación. Cautivar, hacerse grato, presentarse como intérprete de los deseos de otro eran imperativos comunes a todos aquellos que se reconocían en la nueva moral mundana de la *bonnêteté*.

En Madame Scarron, la perfecta adhesión al modelo galante no obedecía únicamente a un deseo de reconocimiento social, sino que correspondía también a sus convicciones de «preciosa»: por primera vez en la civilización occidental, un grupo de mujeres reflexionaba de manera sistemática acerca del carácter específico

de la condición femenina y, consciente de su propio «precio», es decir, de su valor específico, reivindicaba el derecho a decidir sobre su propia vida. A los matrimonios impuestos, a las maternidades no deseadas y a una educación llena de carencias contraponían las alegrías castas pero no por ello menos intensas de la *amitié amoureuse* y los placeres de la reflexión intelectual, invitando a los hombres a seguirlos en su ascesis. Se trataba, naturalmente, de aspiraciones incompatibles con el orden patriarcal y en consecuencia, por lo general, imposibles de realizar dentro de la familia, y era de este modo en la esfera mundana donde las preciosas, aferrándose a la posición de privilegio que les reconocía la moral aristocrática, podían olvidar su situación de inferioridad jurídica, aspirar al respeto que se les debía, corregir las trivialidades de la vida cotidiana con un lenguaje depurado y extremadamente metafórico y dictar las leyes en materia de gusto y buenas maneras. La regencia de Ana de Austria y la influencia ejercida entonces por un cierto número de grandes damas en las altas esferas del poder, así como el peso que estaban adquiriendo las mujeres en el mundo de las letras, acabaron por despertar la irritación y la hostilidad hacia las «preciosas», las cuales fueron objeto de una virulenta campaña satírica, empezando por la genial burla de las *Précieuses ridicules* [*Las preciosas ridículas*] de Molière. Después, en los comienzos del reinado personal de Luis XIV, la corte volvió definitivamente la espalda a la «secta», que se refugió en una prudente clandestinidad.

Françoise, que se asomó al escenario mundano en el momento en el que la ideología de las «preciosas», gracias sobre todo a la mediación de una escritora de excepción como Mademoiselle de Scudéry, parecía poder coexistir en armonía con la estética galante e incluso identificarse con ella, se reconocería fatalmente en el programa de la «secta». Pero ser firme dueña de sí, no ceder al impulso de los sentidos, leer, cultivarse, gozar de las puras alegrías de la vida intelectual, granjearse la admiración por lo que valía, era para Madame Scarron una idea de sabiduría que, más allá de la cultura preciosa, tenía sus raíces en el estoicismo heroico exaltado por el teatro de Corneille y en la tradición epicúrea cara al pensamiento libertino. Y era asimismo una disciplina capaz de asegurarle la única forma de autonomía a la cual podía aspirar realmente.

La verdadera libertad llegó para Françoise en octubre de 1660 con la muerte de su marido. Fiel a sí mismo hasta el final, a pesar de los terribles dolores que lo atormentaban, Scarron no había dejado nunca de reír y se despidió de la vida con un epitafio lleno de gracia:

*Passant, ne fais icy de bruit:
Garde bien que tu ne l'esveille,
Car voicy la première nuit
Que le pauvre Scaron sommeille* ¹⁵.

El viejo libertino dejaba tras de sí, entre sus numerosos escritos, una obra maestra indiscutible, *Le Roman comique*, y una avalancha de deudas. Inmediatamente después de su muerte, su esposa dejó el «*hôtel de l'Impécuniosité*» en manos de los acreedores, llevándose solamente algunos efectos personales. A los veinticinco años, después de pasar ocho asistiendo a un marido inválido, Françoise se hallaba en la misma situación de indigencia que antes de su matrimonio, pero esta vez sabía bastarse a sí misma y su estatus de viuda la liberaba de todo vínculo de dependencia. Además, ahora conocía el mundo y era muy bella. A este respecto los testimonios son coincidentes: «Tenía una figura encantadora; era de estatura superior a la media y bien proporcionada; tenía un bello óvalo, hermosa tez aunque un poco oscura pero de un color muy fino, grandes ojos negros, bellísimos, cabellos también de un negro ala de cuervo, la boca más bien grande, bermeja y bien provista de dientes, la nariz bien modelada, bello seno, bellos brazos y bellas manos [...]. En suma, una devota en extremo apetitosa».

La «devoción» de Françoise era ante todo una opción estratégica. La viuda de Scarron decidió ponerse bajo la protección del partido devoto, obtuvo de Ana de Austria una pensión, se dedicó a las obras de caridad y, valiéndose del capital de conocidos que había logrado en el «*hôtel de l'Impécuniosité*», inició su escalada mundana en la alta sociedad parisiense. Gentil, disponible, ingeniosa, Françoise atraía a los hombres con su belleza y tranquilizaba a las mujeres con su virtud. Poseía en grado sumo el arte de agradar sin comprometerse, de ser extremadamente sociable sin dejar de ser impenetrable. Todos sabían que no había sido insensible al asiduo cortejo del apuesto marqués de Villarceaux, pero nadie hubiera podido afirmar cuál de los dos, la preciosa o el libertino, había dicho la última palabra; lo único seguro es que Françoise había sabido ganarse la simpatía de la marquesa de Villarceaux. Y ni siquiera su amistad con Ninon de Lenclos, la célebre cortesana que tanto escandalizaba al partido devoto, aun dando crédito a alguna interrogante sobre la naturaleza de sus relaciones, había empañado su reputación. A edad avanzada declarararía Ninon a Saint-Évremond: «Scarron era amigo mío; su mujer me procuró mil placeres con su conversación y, con el paso del tiempo, la encontré demasiado torpe para el amor».

Una vez conquistada la benevolencia de los duques de Richelieu y de Albret y de sus respectivas esposas, y convertida en íntima de la marquesa de Montchevreuil, Françoise vio abrirse todas las puertas del gran mundo parisiense. Posteriormente recordará aquella época, en la cual no deseaba otra cosa que «ser un gran personaje y tener la aprobación de las *honnêtes gens*», como la mejor de su vida. Todas las noches, en efecto, cenaba en casa de la marquesa de Sévigné o de Madame de Coulanges; en tales ocasiones conversaba con Madame de La Fayette y con La Rochefoucauld, con Guilleragues y con el abad Têtu, y era admirada por su «espíritu amable y maravillosamente recto», por su habilidad para narrar y por el

inmenso tacto con que «sabía adular». Y fueron precisamente estas cualidades las que le valieron a Madame Scarron la amistad de Madame de Montespan aun antes de que la marquesa se convirtiera en la amante del rey.

Françoise y Athénaïs se conocieron en la mansión de Albret y habían entablado una amistad en precario equilibrio entre la admiración y la rivalidad. Lo que las unía, por encima de la diferencia de condición, era su común pasión por una esgrima verbal practicada con las armas de la inteligencia, la argucia, la ironía y la elegancia: en la viuda de Scarron, la imbatible Mortemart descubrió una antagonista digna de ella. El deseo de brillar de Françoise no sería sin duda menor que el de Athénaïs cuando su confesor la amonestaba: «Estáis endemoniada por vuestra inteligencia. Si yo no tuviese piedad de vuestra debilidad, debería ordenaros que mañana, en casa de Richelieu, permitieseis que Madame de Montespan brillara sola sin mediros con ella». Pero ninguna de las dos damas podía entonces imaginar que al cabo de unos años su rivalidad se transformaría en un odio implacable.

En 1668, para dotar de mayor solidez a su sabiduría mundana y protegerse de las tentaciones, Françoise se había confiado a la guía de un director espiritual; su elección había recaído en el austero abad Gobelin. Sinceramente creyente, sumisa a los mandamientos de la Iglesia, no conseguía hacer de la fe el eje de su vida y, más que amar a Dios, le temía.

Con la autorización de Gobelin, Françoise inició un nuevo capítulo de su vida aceptando, a comienzos de 1670, ocuparse de los hijos del rey y Madame de Montespan. El primero, que había nacido en la primavera de 1669 y moriría con sólo tres años, había sido ya encomendado a una nodriza, pero al segundo, el duque del Maine, se lo pusieron en los brazos nada más nacer y lo mismo sucedió, a un ritmo casi anual, con el conde de Vexin, Mademoiselle de Nantes y Mademoiselle de Tours. Como ya hemos dicho, por temor a represalias por parte del marqués de Montespan, la existencia de los bastardos había de mantenerse en secreto, de modo que entre 1670 y 1674 Françoise se vio forzada a llevar una doble vida; seguía frecuentando los salones de la capital, eludiendo las preguntas embarazosas y haciéndose sangrar para no sonrojarse, pero reservando lo mejor de sus energías para organizar la vida de sus pequeños protegidos, afligidos, entre otras cosas, por diversos problemas de salud. Luis XIV, que se preocupaba por sus hijos mucho más que Athénaïs, acostumbraba hacer incursiones de incógnito a la gran casa apartada, en la periferia de París, donde se había instalado la *nursery* y acabó por interesarse también por la niñera.

«Al principio, el rey se sintió más repelido que atraído por Madame de Maintenon», precisará Madame de Caylus en sus memorias, «pero esta antipatía era debida a una especie de miedo a su talento y al hecho de que sospechara que estaba impregnada del espíritu precioso de la mansión de Rambouillet, de la cual las mansiones de Albret y Richelieu, en las cuales había brillado, constituían una

imitación y una continuación [...]. La corte se burlaba de aquella sociedad de ociosos ocupados únicamente en analizar un sentimiento o en juzgar una obra literaria. También Madame de Montespan, a pesar del placer que en el pasado le habían proporcionado aquellas conversaciones para divertir al rey, lo ponía en ridículo.»

Lo que le hizo cambiar de idea fue, ante todo, la dedicación con que Madame Scarron se cuidaba de sus hijos. A Françoise siempre le habían gustado los niños y había cuidado ya de los de la marquesa de Heudicourt, una de las damas de honor de María Teresa, que, basándose precisamente en su experiencia personal, se la había aconsejado a Athénaïs. Pero la ternura maternal que mostraba por las criaturas de las cuales se le había confiado la plena responsabilidad representaba, en la época, un sentimiento poco extendido en el mundo aristocrático y aún menos en las familias reales. Y el soberano, que por el contrario, había experimentado todas sus dulzuras y que había correspondido a Ana de Austria «con un afecto mucho más grande que el que los vástagos de su rango suelen albergar por su madre», se sintió impresionado: «Sabe amar bien; se debe de experimentar placer siendo amado por ella», observó.

Le impresionó también la dignidad y la tranquila seguridad con que la gobernanta recibía sus visitas. Madame Scarron no hacía nada para exhibirse: lo que le importaba era el bienestar de los niños. A pesar de su fama de «preciosa», en las conversaciones que mantenía con él no trataba de ser ingeniosa, divertida, brillante y rebuscada, como Athénaïs; en ella, el arte de la palabra estaba al servicio del sentido común y de lo razonable, e iba acompañado de una extremada discreción. Madame Scarron, por lo tanto, le pareció sin duda al monarca sorprendentemente distinta de las mujeres con las que estaba acostumbrado a vivir. No era impulsiva ni variable como Madame de Montespan, ni dócil como Mademoiselle de La Vallière, ni ambiciosa y dispuesta a ofrecerse a él como las numerosísimas damas de la corte que competían por atraer su atención. Y él sentía curiosidad por aquella mujer singular, descendiente de un compañero de batallas de su gran antepasado Enrique IV, había sido esposa de un escritor libertino y, después de haber cosechado éxitos en el gran mundo, se dedicaba a sus hijos como a un sacerdocio. Y la sensación de dulzura y calma que irradiaba de su persona ¿no ocultaba una fuerza de voluntad y un orgullo fuera de lo común?

Sin embargo, como no entraba en los hábitos del soberano experimentar interés por una mujer sin querer, aunque fuese fugazmente, poseerla, y seguramente la belleza morena de la viuda de treinta y cuatro años contribuía no poco a aumentar su atractivo, Luis no ocultó en absoluto sus deseos.

Era difícil resistirse a la fascinación del Rey Sol y sabemos con certeza que Madame Scarron era sensible a su prestancia física. Françoise se había sentido deslumbrada por Luis XIV cuando, diez años antes, desde una ventana de la rue

Saint-Antoine, en compañía de la pobre María Mancini, lo había visto entrar en París con su esposa. «No creo que se pueda ver a nadie más hermoso», había escrito a la marquesa de Villarceaux; «ayer por la noche la reina se debió de ir al lecho muy contenta con el marido que le han elegido».

Pero «ir al lecho» era precisamente el único aspecto del amor que una verdadera «preciosa» no pretendía tomar en consideración y Madame Scarron, que era maestra en el arte de sustraerse sin herir la vanidad de sus pretendientes, se lanzó a la difícil empresa de convencer a Luis de que se conformase con los placeres de la conversación. Esta vez, no obstante, se vio obligada a echar cuentas con su propia debilidad y, a fin de encontrar la fuerza necesaria para resistir, aplicó «los dos principios cuya eficacia ya había comprobado: aspirar más allá del placer inmediato y valorar si lo que ella podía conceder se ajustaba a sus proyectos para el futuro». La correspondencia con el abad Gobelin revela, sin embargo, la creciente turbación de Françoise, el miedo de ser arrastrada por los acontecimientos y la conciencia de la precariedad de su situación. Y cuando, en diciembre de 1673, Luis XIV reconoció a los hijos habidos de Madame de Montespan y los llamó a vivir en la corte, ella dejó que fuese su confesor quien estableciera si debía continuar en su cargo.

Era el año 1674, durante el cual Mademoiselle de La Vallière se retiró al Carmelo y el partido devoto dio comienzo a su batalla para devolver a Luis XIV al camino recto: el abad Gobelin consideró oportuno, por lo tanto, que una persona de confianza como Madame Scarron supervisara la educación religiosa de los principitos legitimados y de este modo decidió someter a su penitente a una prueba que se anunciaba llena de insidias para ella.

En la corte, Françoise tuvo antes que nada que cruzar las armas con Madame de Montespan. Desde que el reconocimiento de sus hijos había consolidado su favor, Athénaïs les prestaba mayor atención, lo cual la llevó rápidamente a entrar en conflicto con la gobernanta. Los choques más violentos tenían que ver con la salud de los niños y sobre todo con las dificultades motoras del duque del Maine, aquejado de una grave deformación de la cadera. Madame de Montespan, que no soportaba las imperfecciones físicas, continuaba sometiéndolo a las inútiles torturas de los charlatanes, pero al final Françoise se salió con la suya y en octubre de 1675, después de muchos meses de cura en un balneario de los Pirineos, hizo su entrada triunfal en la cámara del rey en Saint-Germain-en-Laye llevando de la mano a su «Mignon», que por fin era capaz de andar solo. Pero el éxito del viaje no disminuyó la tensión entre la amante oficial y la gobernanta, ni logró «cambiar los corazones», porque el verdadero problema era ahora la amistad que el rey dispensaba a la niñera. No sólo proveía a su independencia económica con una serie de importantes regalos, sino que la elevó al rango de marquesa de Maintenon, del nombre de las tierras donde se elevaba el castillo que ella había comprado en las

proximidades de París. Pero ¿realmente se había entregado Françoise al rey (como sostienen algunos biógrafos), aunque fuese fugazmente, en el verano de 1674? Es cierto que Athénaïs había cometido la ingenuidad de fiarse demasiado de la virtud de su amiga, pero ésta, por su parte, era más que consciente de los riesgos a los que una eventual entrega la expondría: capitular significaba bajar del pedestal, colocarse en una posición de debilidad con respecto a su rival y, con toda probabilidad, perder la estimación del rey. Madame de Maintenon no ignoraba en absoluto que la relación de Luis con Athénaïs había entrado en una fase de cansancio, pero el rey era hombre de costumbres y la marquesa, además de ser la madre de sus hijos, constituía uno de los ejes en torno a los cuales giraba el complejo engranaje de la vida de corte. No obstante, cuando, en el otoño de 1678, las dos antiguas amigas tuvieron que hacer un frente común contra Mademoiselle de Fontanges, la diferencia de sus reacciones fue muy ilustrativa. Ante el fulgurante ascenso de la recién llegada, Athénaïs perdió la cabeza, mientras que Françoise hizo gala de una calma olímpica. En abril de 1680, cuando el rey decidió conferir a Mademoiselle de Fontanges el título de duquesa, Madame de Sévigné, que siempre tomaba el pulso a la situación, contó a su lejana hija que la Montespan «no hace más que llorar», ultrajada, sí, por el favor concedido a la rubia muchacha, pero mucho más por la amistad profunda que el rey demuestra a Madame de Maintenon, con la cual pasa tardes enteras. Y es más que probable, por otro lado, que el verano anterior, tras ocho años de luchas y de incertidumbres, la «preciosa» de cuarenta y cuatro años se hubiese decidido a dar el gran paso, abandonándose al placer de amar.

Al entregarse a Luis XIV, Madame de Maintenon era bien consciente de que estaba cometiendo un pecado; sin embargo, no quería renunciar a ser feliz con el único hombre capaz de conciliar su *quête* del honor con el ideal del amor sublime. Así pues, su comedimiento en cuanto a hacer ostentación del favor real, sus prácticas devotas y sus obras de caridad tenían como objetivo mitigar un escándalo cuya gravedad era la primera en advertir. El hecho de que se hiciese promotora de un nuevo acercamiento entre Luis XIV y María Teresa es una prueba de su deseo de limitar en lo posible los efectos de una culpa a la cual, por lo demás, no tenía intención alguna de poner fin. En consecuencia, se impuso como norma «atenerse a una conducta contraria a la que había visto seguir a Madame de Montespan». Por su parte, el rey contaba con el apoyo psicológico y moral de Françoise para superar el horror del «asunto de los venenos» y poner orden nuevamente en su vida; gracias a ella podía por fin conciliar sus deseos con su conciencia.

Era, pues, un amor «profano», surgido entre dos personas maduras y conocedoras de la vida que habían descubierto su afinidad y podían hacerse mutuamente felices, el que se disponían a vivir Madame de Maintenon y el Rey Sol, resucitando la fórmula clásica de la *amitié amoureuse* para justificarse ante el mundo. Pero, tras la inesperada muerte de María Teresa, el 30 de julio de 1683, confesores y

directores espirituales decidirían otra cosa y sus relaciones cambiarían profundamente.

Después de tres años de estabilidad, la situación de Françoise se había tornado de golpe terriblemente aleatoria: con la desaparición de la reina se desvanecía la pantalla que había permitido a Madame de Maintenon ocultar la relación justo lo necesario para salvar las apariencias. Pero Luis XIV era demasiado joven para renunciar a tener una mujer a su lado y Françoise demasiado creyente para desempeñar en público el papel de la concubina. «Durante el viaje a Fontainebleau, inmediatamente después de morir la reina», recordará Madame de Caylus, que tenía entonces diez años, «vi a Madame de Maintenon en tal estado de inquietud que posteriormente, pensando en ello de nuevo, comprendí que era causado por una honda incertidumbre en su situación, en sus pensamientos, en sus temores, en sus esperanzas [...]. Por fin, al concluir la estancia allí, a la agitación sucedió la calma».

Fue precisamente en el transcurso de ese mes de agosto cuando Luis XIV decidió casarse con la marquesa, consultando con este objeto a sus ministros y a las máximas autoridades religiosas. «¡Ah! ¡Sire [...] el más grande y glorioso rey del mundo, casándose con la viuda Scarron! ¿Queréis deshonoraros?», exclamó al parecer Louvois arrojándose a sus pies; también el prudentísimo padre La Chaize se declaró contrario a una resolución que dañaba el prestigio de la monarquía francesa. La solución propuesta por Bossuet, por el arzobispo de París y al final por el propio padre La Chaize era la de un «matrimonio de conciencia», sin consecuencias civiles, que habría de permanecer en secreto, y fue la opción que finalmente prevaleció. Basándose en numerosos indicios, los historiadores mantienen que la ceremonia tuvo lugar en Versalles entre octubre y noviembre de aquel mismo año, en presencia del arzobispo de París, del padre La Chaize y de Bontemps, primer camarero del rey.

El último y glorioso capítulo de la vida de Françoise d'Aubigné, iniciado de aquella inesperada manera en el umbral de sus cuarenta y ocho años, no anunciaba, sin embargo, la felicidad que ella legítimamente podía esperar. Su nueva condición privaba a la marquesa de la libertad que toda su vida había luchado por conseguir; la aprisionaba en una posición falsa, poniéndola a merced del ilimitado egoísmo del hombre que amaba, y sobre todo la obligaba a una metamorfosis que traicionaba el ideal de *honnêteté* que había regido su juventud y al cual debía su afirmación.

Madame de Maintenon se halló, pues, metida en una lógica perversa: el matrimonio de conciencia, entendido por las autoridades religiosas como un gesto de reparación de un pecado cometido con anterioridad, estaba en clara contradicción con sus expectativas sentimentales; al mismo tiempo, su carácter secreto continuaba haciendo de ella un objeto de escándalo. Ni esposa ni amante declarada, la marquesa de Maintenon aparecía a los ojos de la corte y del país

entero como una peligrosa intrigante que escondía su relación culpable tras la fachada de la gazmoñería. La que había sabido ganarse el aprecio general se convertía así en el símbolo de la hipocresía y era atacada como falsa *prude*, falsa devota, falsa *honnête femme*.

¿Cómo resistir entonces la tentación de prestar oído a los confesores, que le repetían que debía considerarse como el humilde instrumento del cual la Providencia había elegido servirse para obtener la salvación espiritual del rey? ¿No sería el único modo de soportar sus desilusiones, de volver a dar coherencia a su vida, de salvar su orgullo, de proponerse un objetivo digno de la más elevada ambición? Françoise logró así convencerse retrospectivamente de que «había llegado a ser la amante del rey para salvarlo de las demás mujeres y salvar su alma». Y se convenció igualmente de que se había casado con él para «servir a su salvación, teniendo por seguro que era con este fin como Dios había llevado las cosas hasta el punto en el que estaban». La marquesa confiaría después a las damas del Instituto Real de Saint-Cyr, fundado por ella, la tarea de actuar como diligentes promotoras de esta leyenda, que incluso Racine contribuyó a crear. Aceptando la invitación de Madame de Maintenon a componer para las alumnas del colegio una tragedia centrada en la figura de Esther, el escritor interpelaba a la heroína bíblica con versos en los cuales era fácil distinguir una alusión a la marquesa:

*Que dis-je? Votre vie, Esther, est-elle à vous?
N'est-elle pas à Dieu, dont vous l'avez reçue?
Et qui sait, lorsqu'au trône il conduisit vos pas,
Si pour sauver son peuple il ne vous gardait pas?* ¹⁶

Para estar a la altura de esta misión salvadora, sin embargo, le era preciso lograr, costara lo que costara, una religiosidad ferviente y sin concesiones. «No soy devota», escribía a su hermano en julio de 1684, «pero quiero serlo y estoy persuadida de que en ello está la fuente de todo bien para el presente y para el futuro». En 1689, Françoise reemplazó al abad Gobelin, ya muy anciano, por el abad Godet des Marais, un director espiritual todavía más intransigente y, en su inquieta búsqueda de una plenitud espiritual, a comienzos de los años noventa, bajo la influencia de Fénelon y de Madame Guyon, se dejó tentar por la aventura mística del quietismo, corriendo el riesgo de verse implicada.

Aunque sincero, el empeño religioso de Madame de Maintenon se prestaba a muchos malentendidos, sobre todo porque en materia de moral la marquesa era en ocasiones dura y autoritaria y su intransigencia causó más de una víctima. Desde luego, no merecía la acusación más grave, que habría de pesar de forma duradera en su memoria: la de haber inducido al rey a revocar el edicto de Nantes. Efectivamente, en el plano político, por mucho que Françoise fuese obediente a la autoridad regia, su pragmatismo no concordaba con la intolerancia, y en el plano

teológico seguía creyendo, como le había enseñado Madame de Villette cuando era pequeña, que la salvación era cuestión de fe y no de doctrina.

A diferencia de muchos ilustres contemporáneos –desde hombres de Iglesia como Bossuet y Rancé hasta grandes escritores como Racine y La Bruyère–, Françoise no aplaudió la decisión tomada por Luis XIV de desarraigar por la violencia la herejía protestante. En vano buscaríamos en su correspondencia una frase como la que Madame de Sévigné escribió a su primo Bussy-Rabutin en el otoño de 1685: «Habréis visto sin duda el edicto con el que revoca el de Nantes [...] jamás un soberano ha hecho ni hará algo tan memorable». Años antes, a su hermano Charles d'Aubigné, nombrado gracias a ella gobernador de Amsfort, Françoise le escribía palabras que no dejan lugar a dudas sobre sus convicciones en materia de tolerancia religiosa: «Os recomiendo a los católicos, y os ruego que no seáis inhumano con los hugonotes: es preciso atraer a la gente con dulzura, el mismo Jesús nos ha dado el ejemplo». Sin embargo, no fue con la dulzura sino con el engaño como, en diciembre de 1680, al no haber logrado inducir a Monsieur de Villette, hugonote convencido, a cambiar de religión, la marquesa se apoderó de dos de sus hijos para convertirlos al catolicismo y velar sobre su educación. Como ella misma explicaba a su primo, no había sido únicamente una razón religiosa la que la había impulsado a actuar («A los ojos de Dios», le dice, «las almas de vuestros hijos no son más preciosas que otras que hubiera podido convertir más fácilmente»), sino la amistad que siempre le había profesado.

La iniciativa de la marquesa, como ella misma estaba dispuesta a reconocer, no obedecía tanto a una preocupación religiosa como a la lógica exquisitamente profana de los intereses familiares.

Poder contar con una red de parientes y amigos en posiciones de prestigio en la corte, en la administración y en el ejército era una exigencia común a todas las favoritas, pero en el caso de Madame de Maintenon se ajustaba perfectamente con su inclinación natural a ayudar, educar y dirigir a la gente. Lo primero que había que hacer era devolver la dignidad y el decoro al nombre de los D'Aubigné, que su padre había arrastrado por el fango; en cuanto fue capaz de hacerlo, la marquesa concentró sus esfuerzos en el hermano que le quedaba. Por desgracia, sin embargo, Charles d'Aubigné era la persona menos adecuada para dar nuevo lustre al blasón familiar. Jactancioso, aprovechado, jugador, manirroto, constituía para su hermana, que estaba muy unida a él, una continua fuente de preocupaciones y compromisos. Pero por lo menos era católico y la marquesa había conseguido darle carrera en el ejército y procurarle, después del de Amsfort, el cargo de gobernador de Coignac.

Con sus queridísimos primos Villette las cosas no fueron así. Inteligente, valeroso, *honnête homme*, con un hijo primogénito que, con sólo doce años de edad, se había cubierto de gloria combatiendo a su lado, Philippe tenía todas las cualidades necesarias para afirmarse, pero era hugonote y, si bien su esposa era

católica, no tenía ninguna intención de convertirse; ni las familias en las cuales habían entrado por matrimonio sus hermanas Anne y Marie, los Saint-Hermine y los Caumont d'Adde, se mostraban más razonables. Como sabía que a ningún protestante se le permitiría jamás hacer carrera, frustrada en su ardiente deseo de verlo «avanzar» en la Marina, donde Philippe prestaba servicio, Madame de Maintenon decidió asegurar al menos el porvenir de sus hijos, sustrayéndolos a la tutela paterna. El varón, Philippe de Valois-Villette, conde de Mursay, haría una brillante carrera militar y moriría en 1706 prisionero de guerra en el asedio de Turín. La niña –la futura Madame de Caylus–, que sólo tenía siete años en el momento de su llegada a la corte, crecería, por el contrario, bajo la mirada vigilante de su tía. La marquesa no «descuidaría nada de lo que podía formar su razón y cultivar su espíritu», haciendo de ella su obra maestra pedagógica. En sus memorias, Madame de Caylus evocaría con leve ironía, pero sin rencor aparente, la violencia sufrida. Es verdad que, en el momento de ser entregada a Madame de Maintenon, lloró desesperadamente. «Pero al día siguiente», contará, «encontré tan bella la misa del rey que consentí en hacerme católica a condición de asistir a ella todos los días y de no ser castigada nunca con la fusta». También su padre, después de una crisis espiritual, se convertiría posteriormente, pero su conducta seguiría decepcionando las esperanzas de su prima. Llegado a la corte –recuerda ferozmente Madame de Caylus–, «y habiéndole el rey hecho el honor, con su acostumbrada bondad, de hablarle de su conversión», el marqués le respondió secamente «que se trataba de la única ocasión en su vida en la cual no había tenido como objetivo el de complacer a Su Majestad».

La prepotencia con que Madame de Maintenon se arrogó el derecho de tutelar el porvenir de sus familiares iba pareja a su aquiescencia a las persecuciones contra los hugonotes. A pesar de la piedad que le inspiraban, no hubiera dicho jamás una palabra en favor suyo: sabía que su destino estaba sellado y que su propio pasado era demasiado embarazoso para permitirle exponerse a la acusación de no haber renegado de sus orígenes protestantes. Por lo demás, la moral de la *honnêteté* ¿no consistía precisamente en conformarse, al menos en los comportamientos exteriores, con las usanzas, con la religión y con el sistema de gobierno del país en el que vivía? Desde luego, la situación de Madame de Maintenon había cambiado radicalmente, pero ¿suponía esto forzosamente que fuese capaz de influir en las decisiones de su marido? Sus detractores, empezando por el implacable Saint-Simon, no albergan dudas al respecto. En la viuda Scarron, todo, incluyendo la devoción, estaba al servicio de una ilimitada ambición de gobernar: «Ésta fue su razón de ser; todo lo demás fue sacrificado a ella sin reservas».

En realidad, Luis XIV era demasiado celoso de su autoridad para compartirla con otra persona y mucho menos con una representante del sexo débil. Nunca, en todo su largo reinado, revocaría las dos disposiciones con que, a la muerte de

Mazzarino, había acompañado su subida al poder: la eliminación del primer ministro y la exclusión de la reina madre del Consejo. El puesto que las mujeres ocuparon siempre en su vida privada no rebasó jamás los confines de la esfera afectiva, sentimental y erótica, y en cada ocasión fue él quien decidió los márgenes de libertad de los que ellas podían disponer. Las cosas no fueron de otro modo con Madame de Maintenon. El arreglo que él había dado a las relaciones de ambos estaba perfectamente en función de sus exigencias, no de las de ella: el matrimonio secreto lo exoneraba de todo gesto de reconocimiento formal, privaba a su esposa de toda garantía y la hacía depender exclusivamente de su benevolencia, como una amante más. En cualquier momento que le hubiera apetecido no habría tenido ningún problema para librarse de ella. En semejante estado de sometimiento y de perenne incertidumbre, la única ambición que se había concedido a Françoise era la de vivir a la sombra de su marido, tratando de mantener vivo en su corazón aquel afecto y aquella estimación de los que había nacido su amistad. Durante treinta y cinco años Luis XIV recibiría a sus ministros en la cámara de Madame de Maintenon, decidiendo la suerte del reino delante de una mesa, a un lado de la chimenea, mientras ella estaba sentada frente a él, al otro lado, leyendo, escribiendo o bordando, y absteniéndose rigurosamente de intervenir. Françoise, que con todo odiaba la violencia y la guerra y padecía por los sufrimientos que ésta infligía a la pobre gente, no tenía más remedio que callar.

Hasta la ardiente devoción que sentía por la familia real era para ella fuente de continuos disgustos: Luis XIV le había confiado la tarea de supervisar su vasta tribu de descendientes legítimos e ilegítimos, pero éstos resultaron a menudo ser insubordinados o, aún peor, inadecuados para los deberes que les aguardaban. Pero la prueba más dura sería la larga serie de lutos que afligirían a la familia real: en el espacio de dos años (1711-1712), en efecto, desaparecieron casi todos los descendientes legítimos del Rey Sol. En 1715 sólo quedaría para sucederle un biznieto de apenas cinco años.

Indudablemente, es difícil imaginar que durante toda esta larga simbiosis fuese de manera exclusiva Luis XIV el que condicionara el comportamiento de su esposa. En el último período del reinado (los años terribles de la desastrosa guerra de sucesión española), ésta fue consultada sobre las decisiones políticas y asociada al poder, como muestra su correspondencia diplomática con la princesa de los Ursinos, eminencia gris del rey de España Felipe V. En la medida en la que le era necesaria y servía a sus intereses, Françoise no podía dejar de influir psicológica y moralmente a su regio consorte, pero en esta alquimia conyugal era él, en definitiva, quien operaba la transformación, porque sólo él decidía y mandaba.

El único lugar en el que Madame de Maintenon gozaba de una posición absolutamente legítima era el Instituto Real de Saint-Cyr. Inaugurado en 1686, el colegio que le debía su existencia y su realización, efectuada en un plazo brevísimo

y con gran dispendio de medios, constituía el único homenaje oficial que le había hecho Luis XIV, «el único signo visible de aquel recíproco compromiso contraído en secreto». La idea de proveer a la educación y la dote de doscientas cincuenta muchachas procedentes de familias de la nobleza pobre debió de madurar en ella a partir de su propia experiencia: también ella pertenecía a una familia de la aristocracia en decadencia y se había dado cuenta de la importancia que la educación y el conocimiento del mundo podían tener en la vida de una muchacha sin medios. Además, en los años en los que había sido gobernanta de los bastardos reales había descubierto en sí misma una auténtica vocación pedagógica.

Saint-Cyr fue la primera institución estatal destinada a ocuparse de manera sistemática de la educación de las jóvenes de buena familia desde la infancia hasta la edad adulta. Con una intuición genial, inspirándose en ideas análogas a las que Fénélon expondría poco después en el tratado *De l'éducation des filles* (1687), Madame de Maintenon fijó, hasta los mínimos detalles, un modelo pedagógico de vanguardia que habría de hacer fortuna durante largo tiempo. Eligió personalmente a las profesoras –treinta y seis damas laicas, asistidas por veinticuatro ayudantes; subdividió a las alumnas, por grupos de edades, en cuatro clases distinguidas por otros tantos colores –rojo, verde, amarillo y azul–; decidió la organización del tiempo, las asignaturas preferentes, las lecturas, las distracciones. Ella redactaba personalmente para maestras y escolares cartas, diálogos, preceptos con los que ilustraba sus ideas sobre la religión, la moral, la familia, el matrimonio y el papel de la mujer en la vida social. Si el aprendizaje de las buenas maneras, la gracia, la elegancia del porte y la perfección en el hablar eran requisitos irrenunciables de su condición social, lo que de verdad contaba era adquirir la fuerza, la fe y la caridad necesarias para afrontar con estoicismo cristiano y con perfecta alegría un futuro de obediencia y sacrificio.

Con dulzura, con una evidente participación afectiva y con implacable firmeza, Madame de Maintenon preparaba a las alumnas para la dura tarea que las aguardaba fuera de las verjas del colegio.

Utopía de una vida perfecta con la cual combatir la corrupción del mundo, Saint-Cyr era también para la reina secreta un antídoto a los venenos de la vida de corte, ya que, como ella misma constató, «cuando se goza del favor real ya no se tienen amigos: el puesto que se ocupa se convierte en objeto de envidia y todos quieren aprovecharse de él; ya no hay ni sombra de sociabilidad, de libertad, de sencillez; todo se torna astucia, cálculo, forzada complacencia, adulación desmedida y aspereza de fondo».

Fue precisamente en Saint-Cyr donde Madame de Maintenon acabó sus días después de la desaparición de Luis XIV. La tarde del 30 de agosto de 1715 Françoise abandonó Versalles aun antes de que el soberano exhalase su último suspiro. Dado que su matrimonio no había sido declarado, nada justificaría su

presencia en la corte después de la muerte del rey y ella, sabiendo bien que el regente designado, Felipe de Orléans, la detestaba, no quiso correr el riesgo de recibir el trato humillante reservado a las favoritas en situaciones análogas.

El Rey Sol se había despedido de la vida con una muerte ejemplar, que había inspirado admiración hasta a sus peores enemigos. Pero Versalles había asistido a un espectáculo edificante: mientras la gangrena le devoraba las piernas, el viejo déspota daba disposiciones detalladas para sus funerales y decía adiós al pequeño biznieto que habría de sucederle, a los príncipes legitimados y a toda la corte, dirigiendo a cada uno frases nobles y solemnes en las que la dignidad y el valor del monarca se unían a la fe sincera del cristiano.

A Madame de Maintenon le pidió perdón, llorando, como relató ella misma, «por no haber vivido lo bastante en armonía» con ella. ¿Pensaba quizá «en la situación falsa, intolerable en la que la había apresado» casándose con ella sin reconocerla y obligándola a desempeñar ante la corte un papel incómodo y ambiguo? Lo cierto es que Françoise había resistido a su lado más que las otras mujeres a las que había amado y es la única a la que sintió que tenía el deber de pedir perdón.

Madame de Maintenon pasaría en Saint-Cyr los tres años y medio que aún le quedaban de vida. La atmósfera del colegio era muy distinta de la de los primeros años, cuando la flor y nata de la corte venía a admirar a las alumnas que, dirigidas por Racine, interpretaban *Esther* o *Athalie*, escritas expresamente para ellas, con la sensibilidad y la gracia de las mejores actrices. En auge en las escuelas de jesuitas, el uso pedagógico del teatro era un método ampliamente experimentado, pero el éxito de los espectáculos y el soplo de modernidad que les siguió generaron violentas disputas entre las profesoras, alentó la vanidad y la insubordinación entre las educandas, desencadenó la reprobación de los hombres de Iglesia y las críticas del partido devoto. Bajo la férula de su nuevo confesor, Godet des Marais, Madame de Maintenon trató de remediar las cosas y, en 1692, procedió a la reforma del colegio. A pesar de las resistencias de Luis XIV, las profesoras laicas fueron sustituidas por religiosas, la disciplina se tornó más rígida y la enseñanza se centró en la religión, la moral y la economía doméstica. La vida del colegio –clausura, silencio, horarios, alimentación y vestimenta espartanas– no difería ya de la de los conventos más austeros. El sentimiento trágico de la existencia que dominaba ahora a Madame de Maintenon se reflejaba en el trato reservado a las alumnas de Saint-Cyr: exhortaba a las profesoras a educarlas con dureza, en la convicción de que ello contribuiría a su felicidad. Aquellas niñas y aquellas adolescentes en las que volvía a verse a sí misma, y a las que había querido arrebatarse a un destino de miseria y mortificación, se convertían en el chivo expiatorio que había que sacrificar para hacerse perdonar los pecados de vanidad, orgullo y ambición que la habían llevado tan alto y de los cuales pronto tendría que responder ante Dios.

Sin embargo, aunque despojado de las gracias mundanas e impregnado de austeridad y modestia, el colegio de Saint-Cyr trazó el camino que llevó, en el transcurso de los dos siglos siguientes, a la emancipación femenina. Como temía su ilustre antepasado Agrippa d'Aubigné, una mujer instruida no podía, con el tiempo, dejar de rebelarse contra la subordinación conyugal.

El cuento de la guardadora de pavos que se convierte en reina ¿no pudo quizá realizarse sólo porque, con la guía de la experiencia, la heroína de la historia entró en posesión de un saber mundano que le permitió afrontar victoriosamente los azares de la vida? Al fundar Saint-Cyr, Madame de Maintenon realizó un gesto inaugural, ya que sentó las bases de la instrucción femenina moderna y, a pesar de todos sus escrúpulos, transmitió a las generaciones futuras una promesa de libertad.

María Leszczyńska

La reina polaca

«El domingo 27 de mayo, después del almuerzo, el rey ha anunciado su matrimonio con la princesa real de Polonia, María Leszczynska, hija del rey Estanislao. Este matrimonio ha sorprendido a todos, porque en realidad no es en modo alguno apropiado para el rey de Francia», anotaba en su diario el abogado parisiense Edmond-Jean-François Barbier, haciéndose eco del descontento del país. Probablemente el futuro marido mismo albergaba esta convicción, pero, demasiado joven para hacer valer su voluntad, había aprendido desde su más tierna infancia a no dejar traslucir sus pensamientos. Ya antes de la desaparición del Rey Sol, y con el fin de prepararlo para su futuro oficio de soberano, ¿acaso Madame de Maintenon no había pedido a su gobernanta que lo «habituase poco a poco a la discreción»? En mayo de 1725 Luis tenía solamente quince años y el que decidía por él era su primo, el duque de Borbón, que nunca había llevado el título de príncipe de Condé, que al morir Felipe de Orléans había tomado en sus manos las riendas del gobierno. La iniciativa, sin embargo, dictada por la preocupación de poner a Luis XV en condiciones de tener herederos lo antes posible, estaba más que justificada, ya que la sucesión de lutos había hecho del biznieto de Luis XIV el único descendiente legítimo de la familia real francesa todavía vivo. Y el pensamiento de que en caso de desaparecer el joven rey la corona pasaría a los Orléans, rivales de los Condé, no debió de ser ajeno al celo de Monsieur le Duc, el cual, tras haber hecho fracasar el proyecto de matrimonio con una infanta española, una niña de siete años, aún lejos de poder ser madre, había pasado revista a las princesas europeas capaces de ocupar su lugar. Y como los motivos de edad, de confesión religiosa y de oportunidad política impedían considerar los partidos más prestigiosos, la elección recayó en María Leszczynska. Los Leszczynski no pertenecían ni siquiera a la gran aristocracia, no tenían un céntimo y su único activo era un capital de desdichas afrontado con dignidad y valor: el padre de María, Estanislao I, elegido rey por la Dieta en 1705, había reinado sobre Polonia sólo durante cuatro años; destronado en 1709 por Augusto II, elector de Sajonia, vivía ya desde hacía dieciséis años en el exilio, en Wissembourg, a pocos kilómetros de Estrasburgo.

El primero en quedarse atónito ante la propuesta francesa fue el propio Estanislao, que, nada más recibir la noticia, había irrumpido en la habitación donde su mujer y su hija bordaban, gritando: «¡Hija mía, pongámonos de rodillas y

demos gracias a Dios!». «¿Qué sucede padre mío? ¿Os llaman quizá de nuevo a ocupar el trono?» «El cielo nos concede mucho más: ¡sois reina de Francia!»

María tenía seis años y medio más que Luis y, aunque no se la pudiese llamar bella, tenía un aspecto agradable. Su figura era graciosa; su rostro, de rasgos marcados, poseía la luminosidad de las razas eslavas, y todo en ella revelaba una naturaleza afable y gentil. Estaba en efecto dotada de una gran bondad y de una religiosidad profunda, que le habían permitido afrontar con serena resignación las desventuras que se habían abatido sobre su familia. Inteligente y sensible, María hablaba varias lenguas, cultivaba la música y la lectura y había recibido de su padre, que la amaba tiernamente, una discreta educación.

El entusiasmo con que María acogió la extraordinaria petición matrimonial estuvo dictado ante todo por el júbilo de poder consolar a sus padres por la pérdida de la corona. Carente de ambición, se había abandonado con total alegría a los designios de la Providencia, llena ya de agradecimiento y de amor al joven rey que le había hecho el inmenso honor de solicitar su mano. Por supuesto, no ignoraba las dificultades que la esperaban y había sido informada del carácter cerrado y sombrío de Luis; sin embargo, partió de Estrasburgo, donde se celebró el matrimonio por poderes, animada por un gran optimismo y por su confianza en las instrucciones paternas.

Aquel entusiasmo no pareció hallar correspondencia en el país del cual se había convertido en reina. «Este matrimonio», insiste Barbier, «no agrada a nadie. Todo el mundo tiene curiosidad por ver qué acogida le dispensará el rey, que es frío, y todavía un niño, y no da muestras de ningún interés por las mujeres, además de que ella no es hermosa, ni siquiera bonita, y es tímida. Hay que preguntarse si el matrimonio se consumará o no». El primer encuentro entre los dos esposos tuvo lugar el 4 de septiembre, no lejos de Fontainebleau, y, a despecho de las predicciones, se desarrolló del mejor de los modos. «Habiendo bajado de la carroza, la reina trató de arrodillarse, pero el rey, que se había apeado ya, no dejó tiempo, la hizo levantar y la besó en ambas mejillas con una vivacidad que no se había visto nunca»; luego, subiendo a la carroza de María, estuvo conversando afablemente con ella. Al día siguiente, después de la cena que siguió a la boda, «el esposo aguardó con impaciencia a que la reina se acostase y, tras desnudarse, se reunió con ella en el lecho con un ardor extraordinario. Permanecieron en él desde las once de la noche del miércoles hasta las diez de la mañana del día siguiente». La naturaleza había seguido felizmente su curso, y el tímido adolescente que lo ignoraba todo acerca de las mujeres había dado a su esposa en aquella noche de bodas, como el duque de Borbón se apresuró a hacer saber a Estanislao, «siete pruebas de [su] ternura». No le quedaba a Barbier más que reflexionar «sobre la desmesurada fortuna de esta princesa, que en el plazo de seis meses pasa de la situación más triste y más desventurada a la más espléndida. Contra toda

probabilidad, sube al primer trono del mundo, se le da como marido el príncipe más hermoso y atlético de la corte y tiene la fortuna de agradarle».

Desde hacía cuarenta y dos años estaba Versalles esperando una nueva reina y María, aun animada del mayor celo y dotada de una gran dignidad natural y de un instintivo sentido de la representación, se medía con la difícil tarea que la aguardaba sin tener la más pálida idea de la infinita gama de matices de los cuales estaba entretejida la vida de la corte, ni de los conflictos ocultos que se agitaban bajo su elegante superficie. Hubiera necesitado que alguien le diese consejos, pero su marido era aún demasiado joven e inexperto y no había una reina madre ni un representante autorizado de la familia real capaz de guiar sus primeros pasos. En cambio, la reina encontró todas las características negativas de una suegra reunidas en el cardenal Fleury, el anciano preceptor de su marido, el cual, autoritario, ambicioso, intransigente en materia de moral y de religión y dotado de una notable inteligencia política, era extremadamente celoso de la influencia que ejercía sobre el rey y no tenía propósito de repartirla con nadie.

La única posibilidad que María habría tenido de congraciarse con él hubiera sido obedecerle ciegamente, pero la joven era, a su vez, celosa de su intimidad conyugal y dejó ver que no le agradaban las intromisiones del cardenal en este terreno. Lo que es aún más grave, la reina no ocultaba el agradecimiento que profesaba a los peores enemigos de Fleury, el duque de Borbón y su amante, la bella e intrigante Madame de Prie, a los cuales debía aquel prestigioso connubio. Y sería precisamente su deber de gratitud para con ellos lo que la indujo a dar, tras cuatro meses de matrimonio, su primer paso en falso. En un intento de librarse de la embarazosa presencia de Fleury, que seguía como una sombra a su regio pupilo hasta en las reuniones del Consejo, Monsieur le Duc rogó a María que le organizara un encuentro privado con el rey, y ella, a pesar de la recomendación que le había hecho Estanislao de que se abstuviera rigurosamente de toda intromisión política, no osó negarle su ayuda.

Así pues, Luis XV, invitado por su esposa a reunirse con ella en sus apartamentos, se encontró con que estaba allí el primer ministro, quien dio lectura a un auténtico *J'accuse* contra el cardenal. El rey permaneció impasible y no pronunció una palabra; luego, cuando su primo le preguntó cuál era su juicio al respecto, no quiso contestar. Entonces, no sabiendo qué decir, el duque inquirió si había tenido la desgracia de disgustarle, a lo cual recibió como respuesta un seco «sí», tras lo cual, sin añadir más, el soberano se marchó sin dignarse mirar siquiera a su esposa. El episodio, fatal para Monsieur le Duc —que poco después se vio sorprendido por una orden de exilio y fue sustituido por Fleury en sus funciones de primer ministro—, tendría también consecuencias desastrosas para la reina. Tímido e inseguro, el joven rey detestaba los conflictos y las discusiones que requerían por su parte una toma de posición inmediata, y tuvo que constatar que

hasta su esposa había abusado de su confianza atrayéndolo a una trampa; durante mucho tiempo le guardaría rencor y nunca se abandonaría ya a una relación de confianza con ella. Además, enviándole una nota humillante, del todo al estilo Luis XIII, le conminó a que se atuviera estrictamente a las órdenes de su preceptor: «Os ruego, señora, y si es necesario os lo ordeno, que hagáis todo lo que el cardenal os diga de mi parte como si lo hubiese ordenado yo mismo. Luis». A su vez, Fleury no perdonó a María que hubiese hecho caso a las peticiones de su rival y no mostró ninguna indulgencia hacia ella, interponiéndose sistemáticamente entre ella y el rey.

En los años que siguieron, la reina descubrió que aquel apuestísimo marido adolescente, por el cual había experimentado por su propio impulso una auténtica pasión, no sólo era tímido y reservado sino también despegado, incomprensible y, en caso necesario, despiadado. Desde aquel momento sus relaciones con él se verían oscurecidas por el temor invencible que su marido le infundía y que ahogaba hasta sus mayores atractivos, la espontaneidad y la naturalidad. Su derrota fue, por desgracia, definitiva: dispuso de unos meses para encontrar el camino por el que llegar al corazón de su marido y fracasó en la prueba.

No era desde luego fácil salvar el muro de impenetrabilidad tras el cual Luis XV había aprendido a ocultar su soledad afectiva. La muerte había creado muy pronto un vacío a su alrededor. Había nacido el 15 de febrero de 1710 y sus padres, el duque de Borgoña y María Adelaïda de Saboya, habían desaparecido junto con sus otros dos hijos, arrebatados por una forma virulenta de sarampión, cuando Luis tenía apenas dos años, dejándolo solo y sin recuerdos. «He tenido la desgracia de no saber qué significa perder a una madre», escribiría mucho tiempo después, revelando cuán incurable era su herida. A los cinco años tuvo la dolorosa experiencia de separarse de su bisabuelo. El Rey Sol amaba tiernamente a su biznieto, que encarnaba la última esperanza de su dinastía; para el niño, el trauma de la desaparición del patriarca, que para él representaba a toda su familia, fue agravado por el hecho de tener que sucederle como soberano. «*Mon mignon*», habían sido las últimas palabras que recordaba de su bisabuelo, «serás el rey más grande del mundo...». Para colmo, Luis tuvo que abandonar los brazos de su gobernanta, Madame de Ventadour, que había hecho para él las veces de madre, para entrar en un mundo exclusivamente masculino. Y hay que preguntarse si, «sabiendo que debía la corona solamente a una imprevisible sucesión de hechos luctuosos, Luis XV no se vio tal vez inducido, inconscientemente, a percibir su realeza como una desventura personal». Quizá, como ha escrito Roberto Calasso, «era como si su existencia hubiese sucedido ya antes de que él la viviera».

Rey a los cinco años, pues, el huérfano solitario se había hallado irremediabilmente atrapado en un laberinto de contradicciones. Por un lado se le adulaba, se cultivaba en él la conciencia de su superioridad, se le obsequiaba, se le

habituaba a presidir las ceremonias públicas y a vivir como si se encontrase siempre en un escenario. Por otro lado, era tratado con extrema severidad, las decisiones a él concernientes respondían con frecuencia, incluso antes que a su interés, a la lógica de las ambiciones de otros, y él se veía forzado a una obediencia intolerable para su orgullo. Sumiso al deber, el pequeño rey trataba de animarse, pero cuando el peso de la realidad se hacía insoportable se encerraba en un obstinado mutismo y se hundía en la melancolía, sembrando el pánico a su alrededor. Las cosas cambiaron cuando, en el umbral de la adolescencia, el regente dio comienzo a su educación política, mostrándole una gran consideración y preparándolo con tacto y paciencia para sus futuras tareas de gobierno. Por lo demás, Felipe de Orléans no ocultaba su preferencia por su sobrino sobre su propio hijo. Pero, una vez más la muerte se encarnizó con Luis, privándolo de un tío al que profesaba estima y afecto, «y en el cual reconoció al guía que le ayudaría a nacer definitivamente a sí mismo». Le quedaba su antiguo preceptor, el cardenal Fleury, del cual no podía prescindir. A diferencia de Felipe de Orléans, sin embargo, el cardenal no escatimaba medios para que su discípulo no aprendiese a volar con sus alas. Sólo tras su muerte se decidiría Luis XV a tomar el poder en sus manos, renunciando a servirse de un primer ministro, pero percibiendo siempre sus responsabilidades como una carga: en efecto, Luis XV no identificaba, como había sucedido con el Rey Sol, su condición de hombre con la de soberano y desde niño, como observaba Madame de Ventadour, «se sentía aliviado cuando no hacía de rey».

Esto no quita que Luis XV estuviese dotado de una inteligencia fuera de lo común –«el más inteligente de los Borbones junto con Enrique IV»– y de una memoria portentosa. Un intenso programa de estudios le había proporcionado además una cultura excepcional para un soberano. Las preferencias de Luis se centraban en la geografía, las ciencias y la medicina, cuyos progresos seguía con pasión. Pero su capacidad de análisis y sus múltiples conocimientos contribuían a acentuar la escisión que caracterizaba todo su modo de ser. Su lucidez, que lo llevaba a considerar, antes aún que las ventajas, los riesgos y las incógnitas intrínsecas a toda acción política se sumaba a una inseguridad congénita de efectos paralizantes; al mismo tiempo, su fidelidad al absolutismo monárquico y su voluntad de atenerse a las enseñanzas de Luis XIV, al que rendía un auténtico culto, estaba en total oposición a su cultura y a su entendimiento del mundo moderno. Más que un estímulo a vivir en sintonía con su época, sus intereses intelectuales constituían para él una evasión de su oficio de soberano. Pero la evasión por excelencia, la única pasión irrenunciable que el soberano había manifestado desde muy joven, era la caza. Conocía todos los secretos del arte venatorio y, dos o tres veces por semana, libre por fin para desahogar su exuberancia física, reventaba a hombres, caballos y perros persiguiendo al jabalí por las espesuras de los bosques reales.

Al huir de sí mismo, Luis huía también de su prójimo. Fuera de las ceremonias oficiales, donde, protegido por la etiqueta, cumplía de forma escrupulosa y competente con todas sus obligaciones, el monarca evitaba en la medida de lo posible exponerse ante el público, verse frente a personas desconocidas y tener que responder a súplicas y peticiones. Prefería trabajar en la soledad de su despacho, formular sus instrucciones por escrito y dejar hablar a sus ministros.

La misma timidez que marcaba el comportamiento de Luis XV en todas las ocasiones de la vida pública caracterizaba sus relaciones con el sexo débil. También en este terreno el joven rey se debatía en una maraña de contradicciones. En su infancia, aparte de la niñera, no había habido presencias femeninas. Las mujeres constituían para él un mundo desconocido del que lo había expulsado la muerte de su madre y al que no volvería hasta la edad adulta, ya no bajo el signo del amor filial sino del erotismo. Todo concurría, sin embargo, a hacer esta exploración difícil, peligrosa y culpable. Nadie le había dado jamás el mínimo rudimento de la vida sexual. A los once años, en el momento de la pubertad, Luis se creyó «enfermo» y confió su preocupación a uno de los criados, que le tranquilizó asegurándole que «aquella enfermedad era señal de buena salud». Sus fantasías en torno a las mujeres nacían de las prohibiciones religiosas, del miedo, fortísimo en él, al pecado y del despertar de una exigencia fisiológica que en los hombres de su raza tendía a los excesos. La única precaución que tomó el cardenal para evitar que Luis, mientras llegaba la hora de casarse, se orientase hacia sus pajes fue mandar colgar en la pared de un corredor por el que el rey pasaba con frecuencia una serie de dibujos eróticos que no dejaban lugar a la confusión de los sexos.

En cuanto al amor que cantaban poetas y novelistas y que era el tema de las exquisitas ilustraciones de los techos, los tapices, los cuadros y los muebles de sus espléndidos palacios, Luis sabía desde luego que constituía una de las grandes delicias de la vida y que estaba en el centro de las preocupaciones de tantas damas jóvenes, bellas y elegantes que civilizaban su corte, y tal vez sospechaba también que las más avisgadas y emprendedoras estarían encantadas de darle participación en el juego, pero la sola idea de hablar con ellas le producía pánico. Y además, ¿de qué hubiera servido saber más en materia de sentimiento si, siendo el amo de los demás, no lo era de su propia vida y no habría de ser él quien decidiera con quién se iba a casar?

Con María Leszczynska, Luis había comenzado su viaje a la isla de Citerea sin tener que tomar la mínima iniciativa, siguiendo la ruta trazada a lo largo de los siglos para los esposos reales. Su iniciación sexual tuvo lugar con la bendición de la Iglesia; el placer que obtenía coincidía con la exigencia de procrear lo antes posible. Sintiendo por fin adulto, se hizo cortar el pelo y empezó a usar peluca, y la rutina conyugal pasó a ser parte de su vida, una parte no irrelevante, a juzgar por

los nacimientos de hijos: entre agosto de 1727 y julio de 1737, María trajo al mundo ocho niñas y dos varones. A los veinte años, Luis era padre de cinco hijos y a los treinta y uno era abuelo. El huérfano se transformó rápidamente en un patriarca moderno, afectuoso y tolerante, pero a pesar de ello el matrimonio no consiguió en modo alguno colmar ni su soledad afectiva ni sus exigencias eróticas. Religiosa y púdica, María se prestaba a sus deberes de esposa, pero prefería seguir las instrucciones de su confesor a secundar los deseos del joven marido. Por otro lado, exigencias sexuales aparte, Luis pronto desarrolló un profundo desinterés por su prolífica esposa polaca, en parte porque la pobre María representaba para su orgullo una herida abierta.

Luis no tardó en comprender algo que estaba claro para todos, esto es, que en el plano dinástico la elección de María significaba para él una mortificante *mésalliance*. Además, a despecho de sus innegables virtudes, su esposa no le era de ninguna ayuda. Demasiado buena, demasiado tímida, demasiado influenciable, demasiado devota, carecía de una personalidad lo suficientemente fuerte para imponerse a una corte sofisticada y difícil como la de Versalles. «La reina», escribía el marqués de Argenson, «no conoce el arte de ligar a sí misma a las personas de su corte; no es odiada y amada; atrae con alguna atención, rechaza haciendo su amistad demasiado banal. No añade la agudeza al corazón». Por esas mismas razones, María aburría también a su marido, y su propia fertilidad contribuía, paradójicamente, a alejarla de él. Aunque reforzaban su posición como reina, la maternidades tan seguidas iban borrando todo rastro de su frescura juvenil, transformándola precozmente en una matrona y haciendo cada vez más visible su diferencia de edad con su marido. La mayor parte del tiempo, al estar encinta, María no podía seguir a Luis en las cacerías, en los bailes ni en los continuos traslados de una residencia a otra; hasta el tálamo nupcial, que seguía siendo su principal lugar de encuentro, se hacía a menudo inaccesible para el soberano: en efecto, con arreglo a los dictámenes médicos de la época cada embarazo comportaba para los cónyuges una abstinencia forzosa de seis meses (tres antes y tres después del parto). Si hemos de dar crédito a su célebre lamento –«¡Siempre en la cama, siempre encinta, siempre pariendo!»–, para la reina esto constituía probablemente un alivio, pero la privaba de la única razón que el rey tenía para interesarse por ella.

A pesar de esto, Luis se mantuvo fiel a su esposa durante siete largos años: el temor de incurrir en la censura del cardenal Fleury, el miedo al pecado, la fuerza de la costumbre y su cortedad con las mujeres prevalecieron sobre su necesidad de evasión. Luego, en 1733, la inquietud, la sensación de estar desperdiciando los años de su juventud ignorando todas las emociones de ésta, la llamada del placer y, sobre todo, la determinación de Madame de Mailly lo indujeron al atrevimiento. No obstante sus vacilaciones, remordimientos y penitencias, ya no le sería posible

volverse atrás. En la esperanza de tener otro hijo varón que viniese a añadirse al delfín –su segundogénito había muerto con sólo tres años de edad– Luis continuaría visitando el lecho conyugal, pero la llegada de otras tres niñas acabó con su sentido del deber. Cuando, el 15 de julio de 1737, le dijeron que había tenido otra hija y le preguntaron qué nombre quería darle, el rey respondió: «*Madame dernière*» [Señora Última]. Una salida ingeniosa que no hacía presagiar nada bueno para la reina.

Informada de las traiciones de su cónyuge, María luchó, lloró, rezó y al final se resignó. No le fue fácil, porque había cometido el error de amar con locura a su esposo y la ingenuidad de creerse correspondida. Más perspicaces que ella, las reinas que la habían precedido en el trono de Francia le indicaban el comportamiento a seguir; sin embargo, aquel marido egoísta e indiferente le reservó un trato mejor que el que les había tocado en suerte a las soberanas del pasado. A diferencia de su bisabuelo, Luis XV no era un tirano: aunque obligara desvergonzadamente a María a aceptar a sus favoritas, no había repetido el escándalo de los bastardos; aunque viviera una existencia paralela de la cual su esposa estaba excluida, a cambio le había dejado una libertad sin precedentes para una reina de Francia. María, a la que, como le ocurría a él, no le gustaba la vida de corte, pudo formarse un círculo de amigos fieles, elegidos libremente en función de las afinidades y las simpatías, y olvidar con ellos las limitaciones de la etiqueta. El diario del duque de Luynes, marido de la dama de compañía y amiga íntima de la reina, nos describe las costumbres casi burguesas de la esposa de Luis XV: «Por la mañana pasa en su habitación al menos dos horas, y tres o cuatro después de comer, los días que no va a la iglesia después del almuerzo: y en estas horas que tiene a su disposición ve a quien quiere...». Si pensamos en el apremio de los empeños que en esos mismos años consumían las fuerzas de la amante oficial de su esposo, Madame de Pompadour, no podemos por menos de pensar que, al fin y al cabo, no hay que compadecer tanto a María. Amén de los placeres de la amistad, la reina podía cultivar los goces de la familia. A diferencia de las soberanas antecesoras suyas, las cuales habían sido obligadas a cortar todo vínculo con su pasado, María tenía el consuelo de mantener relaciones estrechísimas con sus padres; en 1765 pudo ir a visitar a su padre a Lunéville y ver el país sobre el cual él reinaba ahora. Porque, llamado al trono de Polonia, Estanislao condescendió a la petición de su yerno de intercambiar su reino con el ducado de Lorena, permitiendo asimismo dejarlo en herencia a la corona francesa.

En definitiva, gracias al matrimonio con la pobre princesa polaca que había legado sin dote, sin joyas, sin séquito, Luis XV logró ampliar pacíficamente los confines del territorio nacional, anexionando una región de gran importancia estratégica. Desde los tiempos de Ana de Bretaña no había habido una reina que aportase a Francia una dote tan hermosa.

Las hermanas Mailly-Nesle

Amores en familia

Louise-Julie

Hicieron falta los esfuerzos de cinco hermanas, sostenidas por una extensa red de intrigas, para poner a Luis XV en situación de superar la barrera de timidez que lo separaba del sexo débil, traicionar a una esposa a la que estaba ligado por la fuerza de la costumbre y emanciparse de la tutela de un viejo preceptor tiránico, poco propenso a renunciar a la influencia que ejercía sobre él.

Descendientes de una familia de grande y antigua nobleza militar originaria de la Picardía, con un patrimonio arruinado y unos padres de una moral sobremanera elástica, Louise-Julie, condesa de Mailly; Pauline-Félicité, marquesa de Vintimille; Diane-Adélaïde, duquesa de Lauraguais; Hortense-Félicité, marquesa de Flavacourt, y MarieAnne, marquesa de La Tournelle, contribuyeron todas ellas, de manera más o menos directa, a iniciar al joven rey en el erotismo, en el amor y en la política, pero también a crear el clima de escándalo que le enajenaría el respeto de sus súbditos. Con su comportamiento más que galante, su madre, descendiente de una de las «mazzarinas» –Ortensia Mancini–, había trazado ya el camino.

Tras siete años de matrimonio, cansado de las veladas pasadas al lado de su esposa, Luis empezó a frecuentar el círculo que se reunía en el apartamento del amable y refinado conde de Toulouse, último hijo de Luis XIV y Madame de Montespan. Por primera vez, en la compañía de algunos de los más grandes señores de su corte, el rey se sintió por fin a sus anchas y aprendió a reír y a bromear. En el seno de esta sociabilidad aristocrática, amistosa y cómplice, su necesidad de una mujer a la que amar pareció tan evidente a todos que Mademoiselle de Charolais, la bella, libre y despreocupada hermana del duque de Borbón, que formaba parte del pequeño clan, decidió acudir en su ayuda. Como le llevaba demasiados años a Luis para proponerse a sí misma, se puso a buscar, con la colaboración de su antiguo amante, el duque de Richelieu, una candidata que no fuese intrigante ni ambiciosa y no acabase acaparando en exclusiva la amistad del soberano; la elección recayó en la hija mayor del marqués de Nesle, la condesa Louise-Julie de Mailly.

En 1733, Madame de Mailly tenía veintitrés años, la misma edad que el rey. Casada muy joven con un primo libertino y sin un céntimo del que vivía separada, la joven condesa había sucedido a su suegra en el cargo de dama de palacio de la reina y tenía el don de hacerse querer. «Está bien constituida y es joven, pero no

bella, con una gran boca bien provista de dientes, y por lo demás es divertida. No es inteligente y carece de ambiciones», observa el marqués de Argenson en su diario. Y si precisamente la falta de ambición y el ser ajena a las luchas de poder le valieron la simpatía de la corte y la neutralidad del cardenal Fleury, su adhesión a la sensibilidad y al gusto de los nuevos tiempos la hicieron seductora. «Todo en su aspecto, en el delgado óvalo de su rostro moreno, poseía esa fascinación picante y sensual que atrae a los jóvenes», escribían un siglo después los Goncourt, maestros en el arte de la evocación histórica basada en la erudición y en la empatía. «Era una de esas bellezas provocativas, de mejillas con colorete y cejas marcadas: su esplendor semeja un rayo de luz en el ocaso. Es una de esas típicas mujeres que aparecen en todos los retratos de la regencia, con el amplio cuello de organza y la estrella en la frente, las cuales, con las mejillas arreboladas, la sangre ardiente, los ojos brillantes y grandes como los ojos de Juno, el porte audaz, la vestimenta descocada, vienen a nosotros desde el pasado con sus gracias descaradas y soberbias, como las deidades de una bacanal [...]. El rostro de Madame de Mailly expresaba totalmente su índole. Ardiente, apasionada, orgullosa y feliz [...] ante la conquista de un rey de Francia “bello como el amor” se mostró, desde luego, dispuesta y decidida a cualquier avance, a cualquier concesión.»

Instruida a conciencia por Bachelier, el criado personal del soberano, sobre la conducta a seguir, Madame de Mailly fue introducida en un entresuelo debajo de los apartamentos reales, en el cual se reunió con ella Luis XV. Siguió una escena penosa para el amor propio del uno no menos que del otro. En una época en la que, a imitación del gran mundo, tanto los libertinos de Crébillon hijo como los enamorados de Marivaux rivalizaban, en las novelas y en el teatro, en el arte de la palabra, Luis y Louise, prisioneros de su propia sensación de incomodidad, renunciaron a toda apariencia de *badinage* [gracejo] galante para dejar hablar a los hechos. «El rey estaba muy apurado», cuenta D'Argenson, «y le tiró del vestido; ella dijo que tenía mucho frío en los pies y se sentó cerca del fuego. El rey le cogió la pierna y el pie, que eran muy bellos, y de allí subió a la liga; ella, como había recibido instrucciones de no oponer resistencia a un hombre tan tímido, dijo: “¡Oh, Dios mío! No sabía que Vuestra Majestad me había hecho venir para esto; de lo contrario no hubiera venido”. En ese punto, el rey saltó sobre ella...».

A pesar de unos comienzos tan poco gloriosos, de una reputación ya comprometida y de una desesperada necesidad de dinero, Louise era orgullosa, desinteresada y sentimental. Durante nueve años amaría al rey sin reservas, preocupada sólo por interpretar sus deseos y por mantener vivo el interés que él experimentaba por ella. Su relación se mantuvo en secreto durante largo tiempo y Madame de Mailly sufrió la humillación de una larga serie de citas clandestinas en el guardarropa del rey. Después, Luis desertó definitivamente del lecho conyugal y, a partir de la Pascua de 1738, no se acercó a los sacramentos, renunciando a tocar a

los escrofulosos. Al ser sus creencias religiosas demasiado profundas para que adoptase, a ejemplo de sus predecesores, la solución de compromiso de una serie de arrepentimientos de algunas semanas, encaminados a salvar las apariencias con ocasión de las grandes fiestas religiosas, Luis prefería reconocer públicamente su condición de adúltero.

Lo que le inducía a asumir de este modo su culpabilidad no era tanto su pasión por Madame de Mailly como el hecho de que el placer ocupase ahora en su vida un lugar irrenunciable. En la amante que le habían arrojado a los brazos había encontrado una mujer libre y apasionada, que no practicaba el sexo entre escrúpulos y oraciones y que le permitía reanudar en su edad adulta aquel viaje a Citerea que había iniciado en el momento de su matrimonio, un viaje que abandonaba la ruta de la intimidad conyugal y adoptaba como guía el imperativo del *amour goût* [«amor gusto»], lema de toda su generación.

Punto de partida de lo que sería una infatigable exploración de las regiones de Eros y a pesar de no agotar la curiosidad de Luis, Madame de Mailly se convirtió en el eje sobre el que giraba toda la nueva existencia de éste. Alegre, divertida y complaciente, Louise tenía, en efecto, el arte de hacer agradable la vida. Poseía un perfecto dominio de las costumbres mundanas y sabía, con tacto y paciencia, distraer a su amante, hacerlo salir de su mutismo y suavizar las asperezas de su carácter. Tímida, prudente y aterrorizada por la idea de perder el favor regio, la condesa tenía buen cuidado de atraerse las simpatías del entorno del monarca, prodigando favores y amabilidades, y evitaba incurrir en el ostracismo del cardenal de Fleury manteniéndose alejada de la política. Aunque su situación continuase siendo precaria y Luis XV, decidido a limitar el escándalo, se negase a reconocerla oficialmente como favorita, la condesa presidía el número cada vez mayor de horas que el rey robaba al ritual cortesano. Incluso introdujo el hábito de que las partidas de caza se concluyesen con cenas ofrecidas a unos cuantos íntimos en los *petits appartements* que él había mandado preparar en Versalles; el soberano adquirió asimismo la costumbre de pasar uno o más días a la semana en las residencias reales de los alrededores de París en compañía de un restringido círculo de amigos.

Comenzó así una vida paralela a la oficial, una vida que permitía al rey sustraerse a la mirada de los cortesanos y vivir como un simple particular en su propio palacio. Era una decisión arriesgada y en palmaria contradicción con la tradición monárquica francesa. Desde los tiempos de Francisco I de Valois, la etiqueta real no se limitaba a realzar la grandeza del soberano, sino que asignaba a cada súbdito un papel preciso. El espectáculo de la realeza requería tanto actores como espectadores y se basaba en un acuerdo tácito entre el monarca y los cortesanos: éstos sacrificaban su libertad para rendir homenaje al soberano y el soberano renunciaba a la suya para vivir en medio de ellos. A diferencia de los monarcas españoles o de los emperadores austríacos, que llevaban una existencia

extremadamente retirada, los franceses pasaban toda su jornada en público, conversaban familiarmente con los grandes del reino y hasta el más humilde de los cortesanos tenía la posibilidad de acercarse a ellos. Inescrutable y al margen de toda censura en sus decisiones políticas, en todos los demás aspectos de la vida el rey de Francia no tenía secretos para sus súbditos y no había gesto que pudiese escapar a su control. Así pues, más allá de la curiosidad y del *voyeurismo* de los cuales era objeto, esta perenne existencia en público, en la que hasta las funciones fisiológicas formaban parte del espectáculo, era ante todo una garantía de transparencia y conllevaba una mutua ventaja: si el soberano supervisaba a los cortesanos, éstos, a su vez, podían verificar su conducta, gozaban de su proximidad y podían aspirar a que les prestase atención.

Pero Luis XV daba claras muestras de no querer respetar las reglas del juego: abandonaba a menudo las recepciones previstas por el calendario semanal de Versalles, raras veces comía en público y prefería desaparecer entre bastidores, ausentándose de los aposentos de ceremonia. Y por si esto no fuese ya de por sí bastante ofensivo, el rey se llevaba consigo también a algún privilegiado elegido conforme al procedimiento, por decirlo con suavidad insultante, del *débotté* [descalzado]: al regreso de la cacería, mientras le quitaban las botas, el rey detallaba la lista de las personas a las quería invitar a cenar y sus nombres eran después leídos en voz alta en la antecámara donde los cortesanos aguardaban para conocer su suerte. Y pocos eran los afortunados a quienes se llamaba a seguirlo en sus diversos traslados fuera de Versalles. El descontento que suscitaba la arbitrariedad de una distinción que no tenía en cuenta ni el rango ni la etiqueta y la mortificación que sufrían los excluidos eran, sin embargo, menos graves que las deducciones que se hacían acerca de lo que sucedía tras la puerta cerrada de los *petits appartements*. Por otra parte, como revelará diez años después el duque de Croÿ, los mismos privilegiados que eran admitidos sabían que «el verdadero privilegio lo representaba el acceso a los otros *petits cabinets*, donde podían entrar poquísimos de los más antiguos e íntimos cortesanos». Si el rey desatendía sus deberes y se escondía, ello significaba que su infracción del protocolo estaba dictada por la necesidad de ocultar infracciones aún más graves. Y sobre la naturaleza de estas últimas la fantasía se disparaba.

Las primeras y más graves sospechas atañían a la conducta moral del «ungido del Señor». El rey se sustraía al control de sus cortesanos para abandonarse a todo género de excesos, empezando, por supuesto, por los sexuales. Nada más formuladas, tales suposiciones se difundieron de boca en boca, de Versalles a París y hasta las más remotas provincias, descendiendo todos los escalones de la sociedad hasta el «buen pueblo francés», agigantándose y deformándose a medida que se alejaba de la corte, donde habían surgido, y arraigándose como certezas absolutas en la opinión de las gentes. La gravedad de las acusaciones podía variar, pero el

juicio era unánime: la que inducía al soberano a la tentación y a apartarse de sus deberes era siempre una mujer.

Y cuando, en el transcurso de la primera aventura extraconyugal de Luis XV, se descubrió que las mujeres eran más de una, hubo un escándalo sin precedentes.

Pauline-Félicité

En 1738, cuando su relación con el rey era ya del dominio público, Madame de Mailly cometió la fatal imprudencia de acoger en Versalles a su hermana menor, Pauline-Félicité, una muchacha de dieciséis años recién salida del convento. Louise siempre había tenido debilidad por ella y, como su madre había muerto, se dejó conmovir por sus súplicas y la trajo a su lado, esperando encontrarle marido. ¿Cómo hubiera podido imaginar, por lo demás, que ya desde hacía tiempo, en el aislamiento del monasterio donde se había educado, Pauline proyectaba su ruina? «Iré a la corte, con mi hermana», había confiado a una compañera; «el rey me verá y se enamorará de mí, y yo gobernaré a mi hermana, al rey, Francia y Europa».

Convertirse en amante del rey era un sueño común a muchas jóvenes; la juventud y apostura de Luis XV contribuían a desatar la fantasía, pero el de la joven Mailly-Nesle era un propósito perseguido con lúcida determinación.

Feísima, «con tipo de granadero y cuello de grulla, y oliendo a mono», Pauline no se hacía ilusiones sobre su aspecto, pero no se preocupaba por ello: era la mente de Luis, no sus sentidos, lo que ella pretendía dominar. Y como estaba segura de su superioridad intelectual, adoptó como única estrategia la de ser hasta el fondo ella misma.

Extravagante, ingeniosa e irreverente, la pequeña Nesle no se dejaría atemorizar por Luis XV, sino que le divertiría con su impertinencia de *enfant terrible* y le sorprendería con la agudeza y la originalidad de sus observaciones, ayudándole a superar su timidez e induciéndole a establecer con ella una complicidad burlona. Muy pronto el soberano no podría prescindir de ella: su vitalidad ejercía un efecto tonificante sobre él y su libertad de juicio le empujaba a expresar sus opiniones. Por otro lado, la gran amistad que Pauline-Félicité estaba estrechando por aquellos mismos años con la marquesa du Deffand, considerada con justicia como una de las mujeres más inteligentes de París, demostraba que el rey no era el único que apreciaba sus cualidades intelectuales.

Al año de llegar a Versalles, Pauline era invitada fija en las cenas de los *petits appartements* y tomaba parte en todos los viajes de placer del soberano. En un primer momento, Madame de Mailly se había convencido de que las atenciones del rey hacia su hermana estaban dictadas por el deseo de serle grato a ella. Pero cuando se dio cuenta de que, para salir de Versalles, Luis XV elegía precisamente

los días en los que ella tenía que cumplir con sus funciones de dama de compañía de la reina, Louise no tuvo más remedio que abrir los ojos: el rey se había encaprichado de Pauline y su presencia se había convertido en un estorbo.

La realidad era mucho peor de lo que la condesa se podía imaginar. Por primera vez, Luis XV se había enamorado de veras y, cuando ella lo puso entre la espada y la pared, no vaciló en declararle que amaba a su hermana no menos que a ella.

Ya Luis XIV había ofrecido a sus súbditos el espectáculo de dos favoritas, pero hasta entonces ningún rey de Francia se había exhibido en un *ménage a trois* con dos hermanas. Y el hecho de que éstas pareciesen estar en perfecto acuerdo, y encima viviesen en la más perfecta intimidad, no hacía sino contribuir a agravar el escándalo y a conferirle un inquietante regusto de incesto.

En efecto, los tres componentes del trío habían optado por la simbiosis, aunque fuese por razones distintas. El rey era hombre de costumbres, no le gustaban las soluciones radicales y esperaba que su antigua asociación con Madame de Mailly sirviese de pantalla a una relación que presentaba la agravante de implicar a una muchacha núbil. En cuanto a Louise, al verse ante la evidencia de que su amante había dejado de tener interés por ella, no tuvo el valor de salir de escena y se resignó a una cohabitación humillante, en la improbable esperanza de un reavivamiento de la pasión de Luis. En una lógica rigurosa, la única que hubiera debido desear cambiar las cosas era Pauline. Aferrándose al ascendiente que había adquirido sobre el soberano, podía ambicionar desembarazarse de su hermana y asegurarse el puesto de amante oficial, pero no eran éstos sus objetivos. Sólo la pasión por la política era capaz en realidad de hacer vibrar hasta su última fibra su cuerpo grandón y sin gracia, y sus proyectos no eran de naturaleza sentimental. Quería infundir en Luis XV la pasión de mandar, emanciparlo de la tutela del cardenal Fleury, iniciarlo en las responsabilidades de gobierno, ayudarle, en fin, a convertirse en un gran monarca. Debidamente instruida por ella, su hermana podía sin duda secundarla en la empresa, y poco le importaba que el rey destinara todavía a Louise algunas atenciones esporádicas. Por su parte, Luis comprendió que la joven creía en él y en su grandeza como soberano y precisamente por ello la correspondía con un amor apasionado.

Los sueños de gloria de Pauline eran también los de los jóvenes representantes de la nobleza de corte, ansiosos de hacer oír su voz tras el largo silencio impuesto por el Rey Sol. Cansados de la política prudente y pacifista del anciano primer ministro, deseaban destacar en el oficio de las armas y recuperar en los campos de batalla el tiempo perdido. La ocasión propicia para reafirmar el prestigio francés en Europa llegó en octubre de 1740, a la muerte del emperador Carlos VI. La desaparición del último de los Habsburgo abría una doble sucesión: la de los reinos hereditarios de su dinastía –Bohemia, Hungría y las posesiones austríacas–, que, con arreglo a la Pragmática Sanción, irían a su hija primogénita, María Teresa, y la

de la corona imperial, una sucesión electiva. Sólo tres años antes, en el momento del intercambio de Lorena por Polonia, Francia se había comprometido a respetar la Pragmática Sanción, y la política de conciliación cultivada por Fleury hacia la casa de Austria hacía suponer que Francia apoyaría la candidatura a emperador del marido de María Teresa, Francisco de Lorena, convertido en gran duque de Toscana. El cardenal sabía que los Habsburgo no representaban ya una amenaza para Francia y que en el plano internacional el desafío era contra Inglaterra por el control de las colonias de ultramar. Pero los conflictos pluriseculares con la casa de Austria habían dejado una profunda huella en la opinión pública francesa; la desaparición de Carlos VI y las disputas desencadenadas en torno a la sucesión ofrecían al partido beligerante apoyado por Pauline una espléndida oportunidad de revancha.

Cuando, en línea con la política del cardenal, Luis XV comentó la muerte del emperador manifestando que quería «quedarse en el monte Pagnote» (una manera de decir «quedarse mirando»), uno de los presentes dejó escapar un dicho ingenioso sintomático de las expectativas guerreras de muchos cortesanos: «Vuestra Majestad tendrá frío, porque sus antepasados no edificaron allí». Las presiones combinadas de Pauline, de Louise y de todo su entorno acabaron por inducir al soberano a abandonar su sabia actitud de espera y optar por una solución de compromiso: Francia consentía a María Teresa entrar en posesión de su herencia, pero apoyaba la candidatura a emperador de Carlos Alberto de Baviera. Era un paso en falso que la elección del conde de Belle-Isle como embajador francés en la Dieta para la elección imperial hacía irreparable. Nieto del célebre superintendente Foucquet, sobre el cual se había abatido la ira del Rey Sol, brillante, intrigante y extraordinariamente ambicioso, el conde, que podía confiar en el apoyo de Pauline, había asumido la guía del partido antiaustríaco. Una vez en Alemania, dejaría de lado las instrucciones de prudencia recibidas del rey y del cardenal y arrastraría a Francia a una guerra de resultados desastrosos. La joven, sin embargo, no tendría tiempo de ver las consecuencias de la política que tan apasionadamente había impulsado.

Los amores de Luis XV y Pauline tuvieron como escenario la morada encantada de Choisy. En 1739, el rey había comprado para su amante el pequeño castillo, construido en la época de Luis XIV y célebre por su maravilloso jardín diseñado por Le Nôtre, que bajaba, en una serie de terrazas en disminución, hasta el Sena. Al igual que La Muette, un pabellón de caza en el Bosque de Bolonia adquirido por el rey dos años antes, Choisy era una sencilla *maison de plaisance* que, a diferencia de las grandes residencias regias de Marly, Compiègne o Fontainebleau, podía acoger a un número limitado de personas. Luis había confiado su modernización al arquitecto Gabriel, supervisando personalmente, con gusto

exquisito, su decoración; en él se refugiaba frecuentemente con Pauline, Louise y unos pocos íntimos, para disfrutar de los placeres de la vida privada. Él sería el primero que encargó uno de los ingenios que representan el colmo del refinamiento alcanzado por el arte de vivir dieciochesco: una mesa de comedor que subía, totalmente puesta, desde el piso de abajo, haciendo innecesaria la presencia de criados.

Como castellana de Choisy, Pauline supo aprovechar esta idílica *retraite* para dedicarse, lejos del control de Fleury, a la educación política del soberano, empezando por «enseñarle a desear». Entretanto, para salvar las apariencias y justificar su presencia en la corte, Luis le había proporcionado un marido complaciente. La cuantía de la dote y la garantía del favor real parecieron efectivamente al marqués de Vintimille –el cual, aunque sobrino del arzobispo de París, no brillaba por su virtud– razones más que suficientes para llevar a Pauline al altar.

Celebrada en el arzobispado de París el 4 de septiembre de 1739, la boda concluyó con una suntuosa cena ofrecida por Mademoiselle de Charolais en Madrid, la bella residencia que la princesa poseía en el Bosque de Bolonia y en la que el rey hacía alto a menudo durante sus cacerías. Y el soberano, que había ido expresamente desde La Muette para la ceremonia del *coucher*, hizo al novio el insigne honor de ponerle la camisa en el momento de ir al lecho. No faltaron quienes dijeron que Luis había ocupado su lugar en el tálamo nupcial, pero Monsieur de Vintimille ejerció sin lugar a dudas sus derechos conyugales, ya que algunos meses después se interrogaría acerca de la paternidad del hijo que estaba esperando su mujer.

El embarazo de Pauline, que se manifestó a comienzos de 1740, fue difícil, pero ello no impidió que la joven siguiera teniendo firmemente en un puño al rey y perseverar en su ofensiva contra Fleury sirviéndose de su hermana como peón estratégico. Por su parte, Luis XV, más enamorado que nunca, seguía con aprensión el desarrollo del embarazo, rodeaba de atenciones a la mujer amada e hizo construir una litera especial para conducirla de Choisy a Versalles en el momento del parto. A partir de agosto, el estado de Pauline empeoró sensiblemente; postrada por una fiebre que ya no la abandonaría, la favorita se negó a curarse y se hundió en un melancólico sentimiento de culpabilidad. El rey, según cuenta el duque de Luynes en sus *Mémoires*, «era el único que lograba convencerla de que se atuviera a las prescripciones de los médicos» y se esforzaba por hacerla salir de su mutismo. Una vez, exasperado por su silencio, hasta le gritó que «el remedio que había que emplear para curarla era cortarle la cabeza [...] sacarle toda la sangre y sustituirla por sangre de cordero, tan mala y áspera era». Pero lo cierto era que de su extraordinaria energía no quedaba ni rastro.

El 24 de agosto, acompañada de un grupo de amigos, Madame de Vintimille

regresó a Versailles y se instaló en su apartamento, donde el rey se reunía con ella todas las noches para cenar; el 2 de septiembre dio a luz un niño que el arzobispo de París acudió de inmediato a asperjar, arrastrando consigo a su recalcitrante sobrino. El marqués de Vintimille, que ya hacía mucho tiempo que andaba a la greña con su esposa, se complacía en poner en circulación historias infamantes sobre ella. Y Pauline, que le pagaba con una aversión igual, no compartía ya el lecho con él.

El rey reaccionó con visible alegría al nacimiento del niño y manifestó por él un interés que no había mostrado por sus propios hijos. Con el paso del tiempo, en efecto, el parecido del pequeño Vintimille con el soberano sería tal que le valdría el sobrenombre de *demi-Louis*, como la moneda entonces en circulación, que llevaba la efigie del monarca. Pero si el recién nacido gozaba de buena salud, la de la puerpera empeoraba a ojos vistas. Apasionado por la medicina y morbosamente atraído por la enfermedad, el rey convocaría en consulta a los doctores, pero éstos, al no conseguir ponerse de acuerdo sobre la naturaleza del mal que minaba a la paciente, se limitaron a ordenar una sangría. Para evitar que el ruido de los caballos y las carrozas perturbaran el reposo de su amada, el soberano, con una medida excepcional a la que solamente se había recurrido en los últimos días de vida del Rey Sol, hizo cubrir de heno el empedrado debajo de sus ventanas. El día 8 veló a la enferma hasta las dos de la mañana; luego, tranquilizado por una efímera mejoría, se retiró a su apartamento. Poco después, Madame de Vintimille fue presa de atroces dolores que la indujeron a pensar que había sido envenenada y mandó llamar a un confesor, pero éste no llegó a tiempo de suministrarle los sacramentos. A las siete de la mañana, con apenas veintinueve años de edad, Pauline dejó de existir.

Su trágico fin resultaría aún más siniestro a la luz de lo que sucedió inmediatamente después. Encargado de transmitir las últimas voluntades de la difunta, el sacerdote que la había asistido acudió a los aposentos de Madame de Mailly, pero, abatido por un síncope, se desplomó en el umbral de su habitación. Lo peor, sin embargo, aún estaba por llegar. Como no estaba permitido que el rey se encontrase bajo el mismo techo que un muerto, el cuerpo de Madame de Vintimille fue transportado con precipitación, cubierto simplemente por una sábana, del palacio al palacete de Villeroy, donde los criados lo dejaron sin vigilancia para ir a emborracharse a la taberna. Impulsada por la curiosidad y por el odio hacia una mujer que tenía fama de corromper al soberano, la plebe de Versailles penetró en el palacete y se apoderó del cadáver, sometiéndolo a toda clase de ultrajes: un siniestro anuncio de la ferocidad de la que era capaz el buen pueblo francés cuando se erigía en juez de la conducta de sus príncipes.

Luis XV supo de la muerte de Madame de Vintimille cuando se despertó y, tras ordenar que se dijese la misa en su habitación, corrió las cortinas de la cama,

sustrayéndose a todas las miradas. Las puertas de su apartamento permanecieron cerradas hasta las cinco de la tarde; después se levantó y, llevándose consigo a Madame de Mailly, al duque de Ayen, al duque de Noailles y al marqués de Meuse, partió para Saint-Léger, la casa de campo de los Toulouse, sin decir cuándo regresaría a Versalles. Allí, entre unos cuantos amigos fieles, el rey se abandonó a su dolor: no sólo había sido nuevamente golpeado por la muerte, que lo privaba de lo que le era más querido, sino que, además, aquella muerte le imponía espantosas responsabilidades. La mujer amada había muerto como consecuencia de un embarazo que era obra suya y tal vez, por culpa suya, había incurrido en la condenación eterna. «Por el aspecto serio del rey», observaba Luynes, «y por el modo escrupuloso con que escuchaba la misa, daba la impresión de que dentro de él tenía lugar una gran lucha entre las reflexiones religiosas y sus tendencias naturales».

Para llenar el terrible vacío dejado por Pauline, a Luis no le quedaban más que las lágrimas y los recuerdos, y nadie era más capaz de compartirlos con él que Madame de Mailly.

Efectivamente, los celos no habían impedido a Louise seguir amando a su hermana, asistirle durante su enfermedad y sufrir un duro golpe por su desaparición. Y resultó que, como ocurre en los cuentos edificantes, fue precisamente la nobleza de su comportamiento lo que le hizo reconquistar la posición perdida.

Impulsado por la antigua costumbre y por el luto común, el rey volvió a Louise, reanudó con ella los viejos hábitos, las cenas en los *petits appartements* y las excursiones a La Muette y a Choisy, y acabó compartiendo también el lecho con ella. A comienzos de 1742, a pesar de un recrudecimiento de sus escrúpulos religiosos, Luis se decidió incluso a instalar a su antigua amante en un pequeño apartamentos comunicado con el suyo por una escalera interior, aun cuando, para evitar que el gesto tuviera el carácter de un reconocimiento oficial, se sirvió del marqués de Meuse como testaferro. La total dedicación de Louise no bastó, sin embargo, para disipar el humor sombrío y el tedio que continuaban oprimiendo al soberano, ni los signos de la edad que ella mostraba en su rostro contribuirían a encender de nuevo sus deseos. Era posible preguntarse cuánto tiempo más se conformaría Luis XV con esta relación, pero, a su pesar, fue precisamente Madame de Mailly la que aceleró su fin. Y una vez más fue una hermana suya la que la apuñaló por la espalda.

Marie-Anne

A finales de 1742, con la generosidad que la caracterizaba, Louise acudió en

socorro de sus dos hermanas más jóvenes, Hortense-Félicité y Marie-Anne, ambas muy bellas y de conducta impecable. La primera, nacida en 1715, se había casado con el marqués de Flavacourt, que servía a la sazón en el ejército, lejos de la capital; la segunda, dos años más joven, era viuda del marqués de La Tournelle, y las dos disfrutaban de la hospitalidad de una tía materna, la acreditada duquesa de Mazarin, con la cual Madame de Mailly había roto relaciones. Pero, al faltar repentinamente Madame de Mazarin, el heredero de la duquesa, el conde de Maurepas, puso brutalmente en la calle a las dos hermanas, las cuales apelaron a Louise para encontrar alojamiento en Versalles. En nombre de la solidaridad familiar, Louise les perdonó que se hubieran puesto de parte de su tía y cedió a Madame de Flavacourt su cargo como dama de palacio de la reina, mientras que la marquesa de La Tournelle obtuvo, gracias a que el rey se interesó directamente por ello, la que había dejado vacante la duquesa de Mazarin. Estos empleos no solamente permitían establecer relaciones directas con la familia real, sino que daban derecho a un apartamento en la corte.

A decir verdad, para movilizarse en favor de la marquesa de La Tournelle al rey no le había hecho falta ser solicitado. La había visto por primera vez en 1740, en casa del duque de Antin, en Petit-Bourg, y no había podido evitar exclamar: «¡Dios mío, qué bella es!» Pero esto era tan cierto», precisaba la duquesa de Brancas en sus *Mémoires*, «que pareció una constatación, y no dio en modo alguno la impresión de revelar un sentimiento por parte del rey», el cual, por su parte, intimidado por las mujeres demasiado atractivas, «no quiso reconocer que se sentía atraído por ella». Dos años después sería el duque de Richelieu quien se tomó la molestia de hacerle tomar conciencia de ello.

Nacido en 1696, Louis-François-Armand du Plessis, duque de Richelieu y tataranieto de una hermana del célebre cardenal, era considerado ya como el «conquistador del siglo» y sería asimismo el maestro de Luis XV en materia de libertinaje. Sin embargo, si el ilustre Don Juan seguía desde hacía tiempo, con extremo interés, las historias de alcoba del rey, era antes que nada para poder servirse de ellas, en el momento oportuno, para sus ambiciones políticas. Como la modestia no era el rasgo distintivo del duque, se proponía, a ejemplo de su ilustre antepasado, llegar a ser ministro y, si era posible, primer ministro. En 1742, con el debilitamiento de la salud del cardenal Fleury y la llegada a la corte de la hermosa Marie-Anne, le pareció que el momento había llegado por fin.

El breve reinado de Madame de Vintimille había revelado en qué medida Luis XV podía ser influido por una mujer: era, pues, de fundamental importancia para Richelieu desembarazarse de la condesa de Mailly, que, aparte de todo, desconfiaba de él, y procurar al rey una nueva amante capaz de orientar sus decisiones. Viuda, bella, inteligente y voluntariosa, la marquesa de La Tournelle era una candidata perfecta; no quedaba más que animar los avances del rey. Al fin y al cabo, el duque

tenía también razones exquisitamente sentimentales para interesarse por los amores de ambos; el primer y más glorioso título de su carrera de seductor, ¿no había sido haber enternecido, con sólo quince años, el corazón de la duquesa de Borgoña, la madre de Luis, de la que éste no conservaba ningún recuerdo? Y la madre de Marie-Anne, ¿no se había batido en duelo por él, en sus tiempos, con Madame de Polignac?

El proyecto de Richelieu no estaba, sin embargo, exento de obstáculos; las primeras dificultades provenían de Madame de La Tournelle. La marquesa estaba locamente enamorada de un sobrino de Richelieu, el conde de Agenois, y no tenía la menor intención de separarse de él para convertirse en amante del rey. Fue necesario hacer de modo que Agenois se uniese al ejército, se dejase enredar por una intrigante y escribiera a ésta cartas comprometedoras que se enseñarían después a Marie-Anne para que ésta, herida en su orgullo, se decidiera a dejarlo. Pero, una vez persuadida a secundar el proyecto de Richelieu, tampoco se mostró la joven más maleable. Puesto que no amaba al rey y lo que la empujaba era únicamente la ambición, estaba dispuesta a ceder sólo con unas condiciones precisas: exigía que su hermana abandonara Versalles y pedía ser reconocida oficialmente como favorita, que se le otorgase el título de duquesa y recibir el mismo trato reservado en su época a la Montespan, incluyendo el compromiso de legitimar a los hijos eventualmente nacidos de la relación. En primer lugar, no obstante, era necesario que el rey le hiciese la corte y una declaración en toda regla, ya que por nada del mundo aceptaría, como había sucedido con su hermana Mailly, la humillación de un encuentro clandestino encomendado a los buenos oficios de un sirviente. Además, si a Richelieu le había costado poco trabajo animar a Luis XV a interesarse por Madame de La Tournelle y encender en él un violento deseo de posesión, inducirle a actuar no se revelaría empresa fácil.

El soberano nunca había tenido necesidad de cortejar a las mujeres y le resultaba especialmente difícil empezar a hacerlo con una altiva deidad ante la cual se sentía aún más tímido y apurado de lo habitual. ¿No la había retratado Nattier dos años antes, sonrosada y resplandeciente como la aurora, con un brazo estirado en ademán imperioso y empuñando una antorcha invertida presta a incendiar los corazones? Pero Richelieu atizaba el fuego: «Madame de La Tournelle, bella como los Amores, debe ser conquistada; y no serán vuestros generales los que la conquisten para vos; y si no la conquistáis, no será conquistada en absoluto [...]. Para empezar, bastará con que le digáis que estáis chiflado por ella».

Nunca lo suficientemente explícitas como para poder satisfacer las exigencias de Marie-Anne, las intenciones de Luis XV resultaban, por el contrario, incluso demasiado claras para toda la corte, ya desde la pobre condesa de Mailly. Una vez más, Louise se dio cuenta del error que su ingenuidad le había hecho cometer cuando ya era tarde para remediarlo. Una vez más, con la brutalidad de los

tímidos, su amante le anunció: «Os prometí, señora, hablaros con sinceridad; estoy locamente enamorado de Madame de La Tournelle; aún no es mía, pero lo será». Y, una vez más, ella estuvo dispuesta a soportar cualquier humillación con tal de no perder definitivamente al hombre que amaba. Pero, a diferencia de Madame de Vintimille, Marie-Anne no lo estaba a cohabitar y desconocía el sentimiento de la piedad. Además, al ceder su cargo de dama de la reina a Madame de Flavacourt, Louise había quemado el terreno bajo sus pies y ahora su presencia en la corte dependía exclusivamente de la benevolencia del rey.

La resistencia desesperada de Madame de Mailly se prolongaría desde finales de septiembre de 1742 hasta la primera semana de noviembre, mientras París y Versalles seguían, conteniendo el aliento, la marcha de los acontecimientos. Todos, incluyendo al cardenal Fleury, conocían el papel que desempeñaba Richelieu en la intriga; sería asimismo el duque el que la llevara a su término. Ante la determinación de Louise, los arriesgadísimos aplazamientos de Marie-Anne y la indecisión del rey, el «profesor de locura» de Luis XV se resolvió a tomar la situación en sus manos: arrancó a Madame de La Tournelle una cita nocturna con su pretendiente y fue de inmediato a informar de ella a Madame de Mailly. A diferencia de Luis, Richelieu sabía cómo hablar a las mujeres: «No sabéis cuánto me disgusta», le dijo; «ahora debéis pensar solamente en vuestro honor. No me preocupa otra cosa, puesto que ya no podéis amar al rey. Él no merecía vuestro corazón; es necesario que renunciéis al rey, que os abandona. Os llevaré a París cuando queráis». «Mi sacrificio se ha cumplido», le dijo ella; «esto será mi muerte, pero esta noche estaré en París». Y efectivamente, la noche del 3 de noviembre, tras una postrera y melancólica cena en compañía de Luis XV y del marqués de Meuse, Madame de Mailly dejó Versalles para siempre. Su relación con el rey había durado nueve años.

Louise no era devota y en el pasado había hecho cuanto estaba en su poder para tratar de librar a su amante de sus escrúpulos religiosos y de su terror al infierno; pero, en aquellas desdichadas circunstancias, le emocionó la elocuencia del padre Renauld, un predicador oratoriano muy apreciado en París, el cual, convertido en su director espiritual, «llevó la gracia a su corazón desgarrado». A partir de aquel momento se dedicaría a la oración y a las obras de caridad y frecuentaría las iglesias modestamente vestida y confundida entre el vulgo. Cuando un hombre, al verla entrar en la parroquia de San Roque, dijo en voz alta: «¡Cuánto jaleo por una puta!», se limitó a contestarle: «Ahora que la conocéis, rezad por ella».

Aunque la austeridad no estaba ya de moda, la conversión de Louise causó cierto efecto en la corte y durante algunos meses su caso pareció recordar al de Mademoiselle de La Vallière, pero su nombre cayó pronto en el olvido. Se volvió a hablar fugazmente de ella en la primavera de 1751, en el momento de su muerte. La

condesa nombró heredero universal al hijo de Madame de Vintimille y de Luis XV y pidió ser enterrada en el cementerio de los Inocentes, entre los pobres.

«La pobre Madame de Mailly ha muerto», fue el epitafio de Madame de Pompadour; «me disgusta verdaderamente; era desgraciada y el rey no se ha conmovido». Pero precisamente esa desdicha devolvería la dignidad a Louise, permitiéndole recuperar la fe perdida. Sería la última de las amantes reales que llevase cilicio.

Una vez se hubo desembarazado de su hermana y hubo quedado dueña del terreno, Madame de La Tournelle planificó su toma de posesión del corazón de Luis XV con una lucidez, un cinismo y una sangre fría que sorprendieron hasta a Richelieu. La cuestión es que Marie-Anne no se hacía ilusiones acerca de aquel corazón. Sabía que era disimulador, inconstante y egoísta, al igual que no ignoraba que, incapaz de dominar la impaciencia de sus deseos, era después presa del hastío que seguía a la posesión. El ejemplo de las dos hermanas que la habían precedido era altamente instructivo: para mantener al soberano ligado a ella era preciso o bien apoyarse en la fuerza de la costumbre o bien subyugarlo psicológicamente.

Unos días después de la marcha de Louise, Marie-Anne quiso hacer alarde de su triunfo, obligando al soberano a hacer una excursión a Choisy en compañía de los invitados habituales a los *petits appartements*, es decir, los mejores amigos de su hermana. Se podía pensar que, a cambio de esta oficialización, ella recibiría por fin al rey en su lecho, pero no fue así. Luis «arañó» su puerta en vano; no fue el único en indignarse de su rechazo. Pero a las reprimendas del duque de Richelieu, impacientado por su reluctancia, la marquesa respondió con tranquila insolencia: «Vuestra cólera, *mon cher oncle*, no me sorprende. Me la esperaba; sin embargo, no la encuentro demasiado justificada. No veo por qué tiene que sorprender el negar honestamente la *petite visite*. Lo único que podría hacer que me arrepintiera de ello es que esto aumentara su deseo». Similar a los personajes femeninos que Crébillon hijo describía, precisamente en aquellos años, en sus novelas, la más joven de las Mailly-Nesle era una buena demostración de que la moral libertina no era monopolio de los hombres y en ocasiones permitía también a las mujeres «vengar a su sexo».

Sólo en el tercer viaje a Choisy, el 9 de diciembre, se decidió la marquesa a ceder a las ansias del monarca enamorado. En espera de aquel momento, Luis había dado prueba ya de su determinación: se enfrentó valientemente con el cardenal Fleury, el cual, apelando a sus sentimientos religiosos y a sus responsabilidades como soberano, había intentado ponerlo en guardia sobre la gravedad del escándalo en el que su relación con una tercera hermana Mailly-Nesle precipitaría a la monarquía. Efectivamente, por París circulaban epigramas como éste:

*L'une est presque en oubli, l'autre presque en poussière,
La troisième est en pied; la quatrième attend
Pour faire place à la dernière.
Choisir une famille entière,
Est-ce être infidèle ou constant?* ¹⁷

El año 1742 se cerró con la victoria de Madame de La Tournelle y 1743 se abrió con la muerte del cardenal. A pesar de los recientes sinsabores, Luis XV lloró sinceramente la pérdida de quien durante tantos años había hecho las veces de un padre para él y, siguiendo el ejemplo de Luis XIV, anunció que no se valdría más de la ayuda de un primer ministro porque pensaba gobernar por sí solo. Todos, no obstante, se preguntaban quién lo iba a gobernar: más de un miembro del gabinete del Consejo –desde el conde de Maurepas hasta el conde de Argenson y el cardenal de Tencin– aspiraba a ese papel, pero también Madame de La Tournelle y su «querido tío» estaban decididos a actuar.

Durante todo el año 1743 Marie-Anne se mantendría fiel a su táctica de tener a su amante en la cuerda floja. Con una consumada coquetería, mostrándose ya alegre, ya melancólica, alternaba los momentos de frialdad con los de ternura y abandono y avivaba los celos de Luis dejándole creer que todavía estaba enamorada del conde de Agenois; por lo demás, se abstenía de recordarle sus promesas y hacía gala del mayor desinterés por las intrigas cortesanas. Entretanto, iba desembarazándose de muchos de los antiguos asiduos a los *petits appartements* y sustituyéndolos por personas gratas a ella, aislaba aún más al rey de su corte y estrechaba el vínculo que lo unía a ella. En la tarea de distraer a Luis la ayudaban dos hermanas: la bella marquesa de Flavacourt, a quien daban el sobrenombre afectuoso de *la poule* y que ofrecía la garantía de un marido muy celoso, y la gruesa, alegre y jovial duquesa de Lauraguais, tres años mayor que Marie-Anne y que poseía el mérito de divertir al rey y hacer que se sintiera a sus anchas. Con la primera es muy probable que Luis XV no tuviera nunca relaciones íntimas, pero no se puede decir lo mismo de la duquesa, que ejercía sobre el soberano una indudable atracción. Pero para la marquesa de La Tournelle se trataba de un detalle irrelevante, que no ponía en cuestión su primacía ni estorbaba en modo alguno sus proyectos.

A fin de año, Marie-Anne recogió los frutos de su «astucia femenina» con una doble y clamorosa victoria: en octubre, el rey, «quitándose la máscara sin recato y sin mostrar ningún remordimiento», le concedió el título de duquesa de Châteauroux y el 28 de diciembre otorgó al duque de Richelieu el cargo de primer gentilhombre de su cámara.

El ducado de Châteauroux, con las rentas a él aparejadas, no sólo resolvía los apuros económicos de Marie-Anne sino que le confería «los honores del *tabouret*» (el derecho a sentarse en presencia de los soberanos) y le investía oficialmente el

papel de favorita. La ceremonia de la presentación tuvo lugar el 22 de octubre en el *déboté* ; después Marie-Anne fue a tomar posesión de su *tabouret* de manos de la reina. María Leszczyńska, que había aprendido desde hacía tiempo a disimular su indignación, la felicitó cortésmente por «la gracia que el rey [le había] concedido» y la hizo sentar a su izquierda, junto a la duquesa de Lauraguais. Para que su triunfo fuera completo, consiguió que quien redactara su título fuera el conde de Maurepas, el primo que la había echado de la casa de la duquesa de Mazarin y difundía coplas difamatorias sobre ella.

No le quedaba a Marie-Anne sino gozar de la posición adquirida y emular las glorias de la Montespan. De la favorita del Rey Sol poseía la belleza, la altivez, la chispa intelectual y la gracia aristocrática; después de veinte años de servidumbre bajo la férula de un viejo y avaro sacerdote, Versalles tenía más que nunca precisión de una verdadera reina, que pudiese devolver a la corte de Francia la elegancia, el fasto y la animación. A medida que avanzaba en la empresa de hacerse necesaria a su amante, Marie-Anne descubría también los lados ocultos y seductores de la personalidad de éste –la soledad interior, la aguda sensibilidad, la vulnerabilidad afectiva, el pudor– y acabó por encontrarse con que se había enamorado de él. Todo, pues, dejaba presagiar para la tercera de las hermanas Mailly-Nesle un largo y tranquilo reinado. Pero sin que ella lo supiera, desde hacía meses y meses, en un apartamento parisiense de Saint-Honoré, una aventurera genial, dotada de una energía sin igual y de una inteligencia visionaria, estaba preparando para ella un destino distinto y más glorioso.

En aquella época, la célebre Claudine-Alexandrine de Tencin tenía sesenta años, había conseguido dejar a sus espaldas una larga cadena de escándalos y había convertido su salón, frecuentado por Fontenelle, Marivaux, Montesquieu y Helvétius, en el centro intelectual más importante de la capital. Sin embargo, lo que más le importaba a la antigua abadesa era la carrera de su hermano, el cardenal de Tencin, al cual la unía un profundísimo afecto. Protegido por Fleury y habiendo entrado, tras una brillante misión en Roma, en el gabinete del Consejo como ministro sin cartera, Tencin se había hecho la ilusión de poder ocupar el puesto del viejo cardenal. Lo cierto es que no sólo las cosas no fueron así, sino que Luis XV no lo tuvo en absoluto en cuenta. Mientras que Tencin parecía dispuesto a regresar a su diócesis de Lyon, su hermana no se dio por vencida e ideó una compleja estrategia de alianzas. Así pues, se dirigió al duque de Richelieu, antiguo amigo y antaño amante suyo, exhortándole a presionar a la favorita para convencerla de que usara su influencia sobre el rey a favor de su hermano. Una vez en el poder, el cardenal haría frente común con su protectora contra Maurepas y abriría las puertas del Consejo a Richelieu.

Esta maraña de ambiciones no se mantenía unida solamente por el interés de cada uno de los miembros del trío sino por una preocupación que todos ellos

compartían: Francia era un país abandonado a sí mismo, donde reinaban la ineptitud, el oportunismo y la corrupción y que corría el peligro de «quedar patas arriba». La política de apoyo al emperador Carlos VII de Baviera, al cual Austria oponía al marido de María Teresa, estaba fracasando miserablemente por la insuficiencia de las fuerzas desplegadas y por la incapacidad de los comandantes: «Las noticias que llegan de Baviera no hacen más que empeorar», escribía Madame de Tencin a Richelieu, que a su vez contaba a Marie-Anne: «Como sabéis, no están haciendo más que necedades; pero yo creo que harán tantas que al final habrá un vuelco. Se dice que el rey hasta evita ser informado de lo que sucede y dice que es mejor no saber nada que recibir noticias desagradables. ¡Menuda sangre fría!». Palabras proféticas, puesto que el 29 de junio de 1743, en el curso de las operaciones de retirada de Baviera, el desacuerdo de los generales y la indisciplina de los soldados permitieron a los austríacos infligir a Francia la sangrienta derrota de Dettingen.

A pesar de su inicial desconfianza y de la dudosa reputación de Madame de Tencin, Marie-Anne, poco a poco, se fue dejando implicar en el juego político de sus dos cómplices, convenciéndose de que tenía una misión que cumplir: a ella le correspondía empujar al rey a acabar con sus titubeos, imponerse a sus ministros, tomar enérgicamente en sus manos la dirección de los asuntos y ponerse a la cabeza de sus ejércitos. Como en su momento había hecho Pauline, la duquesa de Châteauroux empezó a interesarse por todos los nombramientos y a inmiscuirse en las negociaciones en curso con Prusia para la campaña militar de 1744, hasta tal punto que recibió de Federico II una carta de agradecimiento por haber contribuido a «estrechar los lazos duraderos de una eterna alianza». No daba tregua a Luis XV, acicateándolo a la acción todos los días: «Me matáis, señora», gemía el rey. «Justo, Sire; es preciso que un rey muera para poder resucitar.»

En marzo de 1744 Francia declaró oficialmente la guerra a Inglaterra y, un mes después, a la reina de Bohemia y Hungría; el 3 de mayo de ese año, Luis XV partió para asumir el mando supremo del ejército, que tenía como primer objetivo la invasión del Flandes católico, perteneciente a María Teresa. La reina, como no se atrevía a hablar con él, le solicitó por escrito su autorización para seguirlo; él respondió que razones de economía hacían preferible que se quedase en Versalles. En cuanto al delfín, estaba fuera de lugar que se expusiera a tales peligros antes de su matrimonio, fijado para un año después.

La campaña empezó bajo los mejores auspicios: al llegar a Lille en medio del entusiasmo del ejército y de la población, el rey fue inmediatamente informado de la resistencia de Wervik y Menin y dio orden al mariscal de Noailles de dirigirse a Ypres. El 8 de junio, de vuelta en Lille, se reunieron con él, ante el desconcierto general, la duquesa de Châteauroux y su hermana, la duquesa de Lauraguais.

Aunque todos sus amigos se lo desaconsejaron, Marie-Anne arrancó a Luis XV

el permiso para seguirlo. Cada vez más celosa, soportaba mal la idea de una larga separación y temía perder su ascendiente sobre él. Y luego, ¿cómo resistir la tentación de participar de los éxitos en una guerra que ella había auspiciado con tanta convicción? ¿Y qué mejor ocasión para testimoniar públicamente la grandeza de su amor por el soberano y por Francia? Su pensamiento retrocedió quizá a la campaña militar que había realizado en aquellos mismos lugares Luis XIV, llevando en su séquito la carroza en la que viajaban la reina, Mademoiselle de La Vallière y la Montespan... Con la diferencia de que, esta vez, ella era la única que tenía el privilegio de acompañar al rey.

Los franceses, sin embargo, habían cambiado mucho desde la época del Rey Sol. Las historias de alcoba de Luis XV con las hermanas Mailly-Nesle escandalizaban desde tiempo atrás a la opinión pública y los soldados se enorgullecían de arriesgar la vida por un rey guerrero, no por un soldado enamorado. Recibidas con una hostilidad que se manifestaba con coplas obscenas y comentarios insultantes, las dos duquesas se instalaron en un edificio; para la ocasión, se unió éste mediante una galería con el palacio en el que se alojaba el soberano. Para evitar que aumentara el descontento de las tropas, el rey se dirigió solo a Ypres y visitó también solo las principales ciudades de Flandes. Después se trasladó a Alsacia, donde se había abierto un nuevo frente, y esta vez Marie-Anne se negó a separarse de él. En cada etapa, el soberano y su amante se alojaban en edificios distintos, comunicados por medio de corredores que se construían expresamente, y la acogida era siempre la misma: aplausos para el rey e insultos para la favorita. El 4 de agosto la pareja llegó a Metz; cansados de esconderse y habituados ya al mal humor popular, el soberano y su amante dejaron de lado toda cautela y pasaron juntos buena parte del tiempo. No podían imaginar que su amor tenía los días contados.

El domingo 9 de agosto, Luis XV se despertó con fiebre y un fuerte dolor de cabeza; en los días siguientes, a pesar de sangrías, eméticos y purgas, su estado continuó empeorando. El 11 por la noche, La Peyronie, primer cirujano del rey y leal a la favorita, el cual hasta entonces había desdramatizado la situación, se sintió en el deber de decir a François Fitz-James, obispo de Soissons y Gran Limosnero del rey, que estaba preocupado por la vida del soberano.

Desde el principio de la enfermedad, Marie-Anne y su hermana se instalaron a la cabecera de Luis y, con la ayuda de Richelieu, que se aferraba a sus funciones de primer gentilhombre de cámara, habían prohibido a todo el mundo acercarse al soberano. Los mismos príncipes de la sangre y los altos funcionarios de la corona solamente podían entrar en la habitación del enfermo en el momento de la misa.

Este impedimento tenía por objeto impedir que alguien informase al rey del peligro que corría, ya que esto le habría inducido a confesarse y, en consecuencia, a separarse de la favorita.

La mañana del 12 de agosto, contradiciendo las exhortaciones del obispo de Soissons, Luis se negó a confesarse, manifestando que se sentía demasiado débil y confuso para hacerlo. A primera hora de la tarde, sin embargo, pareció angustiado y dijo suspirando a Madame de Châteauroux que quizá fuese necesario que se separaran. Entretanto, como el estado del enfermo seguía agravándose, la favorita y Richelieu no pudieron oponerse ya a que los príncipes de la sangre y los altos funcionarios del séquito entrasen libremente en su cámara. Llegó por fin el momento de que el Gran Limosnero y el obispo de Metz restablecieran la autoridad de la Iglesia y empujaran al rey a un arrepentimiento ejemplar.

El día 13 por la mañana, Luis pidió al gran chambelán que llamara a su confesor. Cuando llegó el padre Pérusseau, la duquesa de Châteauroux se retiró, junto con su hermana, a una estancia contigua a la habitación del enfermo, en ansiosa espera de conocer su suerte. Al final, la puerta se abrió de par en par y el obispo de Soissons tronó: «Señoras, el rey os ordena que os marchéis inmediatamente». Aquella forma de despedirla, públicamente anunciada, no podía ser más humillante; sin embargo, a la favorita aún le aguardaba lo peor.

En cuanto las dos hermanas hubieron sido expulsadas, el Gran Limosnero dio orden de destruir la galería que comunicaba el palacio donde se alojaba Madame de Châteauroux con el del rey; al amanecer del día siguiente ya no quedaba rastro de ella: «Hasta tal extremo», escribía Luynes, «que quienes la habían visto el día antes y los anteriores bien pudieron creer que estaban equivocados». Además, al enterarse de que las dos duquesas se encontraban todavía en la ciudad, Soissons se opuso a que el rey recibiera la comunión y ordenó que se cerrasen todos los tabernáculos de las iglesias hasta que la concubina se hubiese marchado. El rey conminó a Marie-Anne a que abandonara Metz acto seguido. Pero tampoco partir sería cosa fácil.

Alentada por el comportamiento de las autoridades religiosas, la población desencadenó su furia contra la favorita, amenazando con un linchamiento, y no fue sino con grandes dificultades como se logró encontrar una carroza, que, con las cortinillas bajadas, salió de la ciudad llevando a las dos hermanas. El viaje de regreso a París fue espantoso. En cada etapa, en cada pueblo y en cada ciudad, encerrada en su berlina, la orgullosa duquesa de Châteauroux era objeto de los mismos insultos y de las mismas amenazas y padecía los mismos temores; entretanto, su pensamiento volaba a Metz, aguardando con angustia los partes sobre el estado del enfermo.

Una vez tuvo confirmación de la marcha, el obispo de Soissons administró la comunión al rey, imponiéndole un inútil y mortificante acto de contrición pública, en el que pedía perdón por el escándalo que había dado a su pueblo y se comprometía a enmendarse. El 15 de agosto el soberano recibió la extremaunción, pero, a partir del día siguiente, su estado empezó a mejorar y el 17, cuando llegó la

reina, estaba ya fuera de peligro. Luis acogió a su esposa con afecto y le pidió perdón por todos los disgustos que le había causado: paralizada por la emoción y por el miedo a equivocarse, María dejó que su *dame d'atour*, la duquesa de Villars, respondiera por ella y se limitó a arrodillarse junto al lecho a rezar. «El rey, helado por semejante manera de responder a su conmovedor discurso, desde aquel momento le habló sólo de cosas sin importancia.»

Al cabo de veinte días, mientras Francia, delirante de alegría, le daba el nombre de *Bien Aimé*, Luis celebraba consejo de nuevo. A medida que recuperaba las fuerzas, sin embargo, pudo tomar conciencia plenamente de la gravedad de la humillación a la que había sido sometido y de la vergonzosa instrumentalización de su enfermedad. Y las órdenes de exilio que poco después caerían sobre los principales responsables de la «cábala devota» demostraría que no estaba dispuesto a perdonar. Mientras tanto, Madame de Châteauroux, por fin en París, volvía a tener esperanza.

«Estad tranquilo, querido tío», escribía el 13 de septiembre a Richelieu; «nos aguardan tiempos mejores. Hemos tenido momentos difíciles, pero ya han pasado: si lo conozco bien, el rey no es un devoto, sino un *honnête homme* y muy fiel en la amistad, y, sean cuales fueren las consideraciones que él haga, no creo equivocarme diciendo que sólo podrán ser en mi provecho».

Madame de Châteauroux no se engañaba. El 13 de noviembre, Luis XV hizo su entrada solemne en París recibido festivamente por el pueblo; la noche del 15, de incógnito y acompañado por Richelieu, salió subrepticamente de las Tullerías y fue a llamar a la puerta de la favorita, en la rue de Bac. Abrumada por la emoción, MarieAnne se sintió indispuesta y no dejaba de repetir obsesivamente: «¡Cómo nos han tratado!».

Era deseo del rey que volviese inmediatamente a Versalles, pero la duquesa declaró que ocuparía de nuevo oficialmente su puesto sólo con la condición de obtener plena satisfacción por las ofensas sufridas. El primero cuya cabeza pedía Marie-Anne era su odiado primo Maurepas, que se había regocijado públicamente de su desgracia. Como Luis no estaba dispuesto a prescindir del ministro, la favorita quiso que por lo menos se le diese el medio de infligir al conde una humillación ejemplar. Y así fue: el 25 de noviembre se hizo llegar a Maurepas la orden del soberano de dirigirse personalmente a la rue de Bac para comunicar a Madame de Châteauroux que se reclamaba su presencia en la corte.

La favorita no gozaría de su triunfo por mucho tiempo. Poco después de marcharse el ministro fue atacada de una fiebre muy alta, dolor de cabeza y violentísimos calambres; el 8 de diciembre, después de diez días de terribles sufrimientos, expiró a la edad de veintisiete años. Su cuerpo fue inhumado a escondidas, a las seis de la mañana, por miedo a que el pueblo se apoderase de él y lo ultrajase.

Como ya había ocurrido con Madame de Vintimille, nadie creyó natural aquella muerte y, también en este caso, fueron muchos los que pensaron que había sido causada por el veneno.

La marquesa de Pompadour

Una burguesa en el poder

Alta, esbelta, «muy bien constituida, con rostro redondo, rasgos regulares, una tez espléndida, manos y brazos magníficos, ojos espléndidos, aunque no grandísimos, pero con una luz, una vivacidad y un ardor como no he visto nunca en ninguna mujer», Madame de Lenormant d'Étiolles era tan hermosa que «no había hombre que no la deseara como amante». Pero el único en el que, desde su adolescencia, se habían centrado todas sus expectativas sentimentales, el único al que se sentía destinada a amar, era el rey de Francia.

Por otro lado, ¿no la aprobó Giacomo Casanova, cuando conoció al *Bien Aimé* en Versalles, reconociendo que «no hubiera podido dejar de enamorarse a primera vista de aquel rostro»? «Luis XV», escribió, «tenía una bellísima cabeza [...] y nunca ha habido un pintor tan hábil como para representar eficazmente el movimiento que hacía con ella cuando se volvía a mirar a alguien».

Este sueño de amor, que compartían, como hemos tenido ocasión de ver, numerosas jóvenes de la nobleza que residían en la corte, no era muy adecuado para una muchacha de la burguesía, que tenía muy pocas ocasiones de acercarse al soberano y hacer que se fijara en ella. Pero Jeanne-Antoinette, amén de ser hermosa, era extraordinariamente tenaz, y sus ambiciones coincidían con las del ambiente de las altas finanzas en el que se había educado. Aquellos banqueros, aquellos arrendadores de impuestos que, trabajando entre bastidores, alimentaban el tesoro real –los mismos contra los que La Bruyère había lanzado sus anatemas y de los que Montesquieu decía que estaban «por encima de los demás por sus riquezas» y «por debajo de cualquiera por su nacimiento»– estaban ahora decididos a ocupar en Versalles una posición de prestigio y, después de contar con el apoyo de la duquesa de Châteauroux, hallaron en Madame d'Étiolles su embajadora ideal. Así, en los mismos años en los que una oscura burguesa como Madame Geoffrin conseguía quebrar el monopolio aristocrático de la vida mundana parisiense y dar vida a un salón que había de convertirse en el emblema de la sociabilidad de las Luces, la hija de un hombre de negocios acaparaba el corazón de Luis XV, arrebatando a la nobleza el privilegio del favor real. Su fulgurante ascenso no se limitaba, pues, a ofrecer un ejemplo de excepcional éxito individual, sino que se elevaba a símbolo de la movilidad social del Tercer Estado. Y, como era inevitable, Versalles reaccionó a la doble afrenta jurando a la intrusa un odio inextinguible.

Hay que reconocer que, empezando por su apellido, del que se apoderaría la

sátira, la familia Poisson [«pescado»] era una presa fácil para la maledicencia. Hombre de confianza de los hermanos Pâris (uno, Pâris de Montmartel, banquero de la corona, el otro, PârisDuverney, proveedor del ejército), el padre de Jeanne-Antoinette había sido condenado por fraude en perjuicio de la administración pública y se vio obligado a huir a Alemania y pasar allí algunos años. Además, la sospecha de que la niña no era hija suya no decía mucho en favor de su esposa. Entre los dos posibles padres, Pâris de Montmartel y Lenormant de Tournehem, fue este último el que dio lugar a más conjeturas, a causa del afectuoso interés que siempre mostró por la pequeña Poisson.

A pesar del entorno familiar, cuando menos despreocupado, Jeanne-Antoinette, a la que llamaban Reinette, era tiernamente amada por ambos progenitores y recibió una excelente educación. Orgullosa de su belleza, su madre soñaba con un gran futuro para ella y le inculcó la idea de ser un «bocado de rey», mientras que Lenormant de Tournehem fomentaba sus dotes artísticas, procurándole los mejores maestros de danza y haciendo que le dieran lecciones de declamación y canto dos máximas autoridades en los respectivos terrenos, el célebre dramaturgo Crébillon padre y el gran virtuoso Jélyotte. Jeanne-Antoinette resultó ser una alumna extraordinaria y hubiera podido convertirse en una de las mejores actrices de su época, si Lenormant no hubiese tenido otros planes para ella. Viudo y sin hijos, el riquísimo recaudador de impuestos destinó a Reinette a su sobrino Charles-Guillaume Lenormand d'Étiolles, nombrándolo al mismo tiempo su heredero universal.

Celebrado el 9 de marzo de 1741, el matrimonio se inició bajo los mejores auspicios. El novio tenía veinticuatro años –cuatro más que la novia–, era inteligente, culto, había emprendido una segura carrera de hombre de negocios y, aunque podía aspirar a un partido mil veces mejor, se enamoró perdidamente de su joven esposa. Después de un primer hijo muerto aún en pañales, consoló a la pareja el nacimiento de una niña, a la que se impuso el nombre de Alexandrine.

Fueran cuales fuesen los sentimientos que albergara Reinette por su marido, el matrimonio le abría las puertas de una vida agradable y brillante, que al parecer le iba como anillo al dedo. Llamada a desarrollar las funciones de ama de casa en la fastuosa residencia de Lenormant de Tournehem, adonde había ido a vivir junto con su marido, introducida en los salones más importantes de la capital, tuvo ocasión de conocer a escritores ilustres como Fontenelle, Montesquieu, Marivaux o Voltaire y de apreciar el clima intelectual de aquel París de principios de los años cuarenta, profundamente marcado por la revolución de las Luces. Muy pronto, sin embargo, sería ella la que constituyera una sorpresa para el gran mundo parisense. Después de conocerla en la Ópera, el presidente Hénault se apresuró a comunicar su entusiasmo a Madame du Deffand, que estaba tomando las aguas en Forges, describiéndola en estos términos: «[Es] una de las mujeres más hermosas que he

visto en mi vida; conoce la música a la perfección, canta numerosas canciones con todo el brío y el gusto posibles y recita a Étiolles en un teatro tan bello como la Ópera, donde hay también maquinarias y escenas móviles».

Era precisamente en la bella finca de Lenormant en Étiolles, cerca del bosque de Sénart, donde Reinette podía dar rienda suelta a su talento como actriz. La sociedad mundana, no contenta con ir casi cotidianamente al teatro, se divertía organizando espectáculos de aficionados en los innumerables teatritos privados que había tanto en viviendas parisienses como en residencias campestres. Lo que diferenciaba a Madame d'Étiolles, por tanto, no era la pasión por el teatro sino el nivel excepcional de sus interpretaciones; ella misma era tan consciente de ello que, en la primavera de 1745, decidió cambiar de escenario y se propuso conquistar al rey.

La joven no esperó a la desaparición de Madame de Châteauroux para tratar de atraer la atención de Luis XV. Cuando el rey iba a cazar al bosque de Sénart, ella se las arreglaba para cruzarse en su camino, vestida de rosa en una calesa azul o vestida de azul en una calesa rosa, y, según parece, sus apariciones fueron lo suficientemente sugestivas para alarmar a la favorita.

Sin embargo, no sabemos cómo consiguió finalmente Reinette entrar en contacto con el soberano. Es muy probable que sus primeros coloquios íntimos con Luis fuesen el resultado de los esfuerzos combinados de una extensa conspiración que comprendía a los hermanos Pâris, a Lenormand de Tournehem, a Madame de Tencin –¡ella otra vez!–, a Binet de Marchais, primo de Reinette y *valet de chambre* del delfín, y, el más importante de todos, a Dominique-Guillaume Le Bel, *valet de chambre* del rey y antiguo amante de Madame Poisson. Evidentemente, cada uno de ellos tenía sus buenos motivos para desear que el puesto de Madame de Châteauroux fuese ocupado por una persona de su confianza. Además, en las semanas cruciales en las que se estaban iniciando las relaciones de Reinette con el rey, Lenormant tomó medidas para alejar a su sobrino de París haciéndole emprender un viaje de negocios.

En febrero de 1745, las fiestas organizadas con ocasión de la boda del delfín con la infanta de España proporcionaron un marco ideal para sus primeros encuentros galantes, permitiendo al soberano un margen de libertad para él inusual. El jueves lardero se celebró en la corte un baile de máscaras; hacia la medianoche, la reina, el delfín y la delfina salieron de los apartamentos reales disfrazados de pastores y seguidos de un grupo de siete personas disfrazadas de tejos, del cual debía formar parte también el rey. Idénticos entre sí, estos arbolitos se dispersaron entre la multitud y el rey pudo entrevistarse con Madame d'Étiolles sin problemas. El 28 de febrero, último domingo de carnaval, Luis salió del palacio para hacer una rápida aparición en el baile ofrecido por la ciudad de Versalles y luego, de incógnito,

acompañado sólo por el duque de Ayen, se reunió con Reinette en París, en el baile que se celebraba en el Ayuntamiento, para después pasar la noche en su casa.

En las semanas siguientes, las visitas de Madame d'Étiolles a Versailles no pasaron inadvertidas. «Si fuese cierto», escribía con absoluta seguridad el duque de Luynes, «se trataría, verosíblemente, sólo de una aventura y no de una amante»: una mujer como la Poisson no podía, en fin, picar tan alto. Pero pocas semanas después se veía obligado a retractarse: «Se dice que está perdidamente enamorada del rey y que la pasión es recíproca». Lo mismo descubrió Monsieur d'Étiolles al regreso de su viaje al encontrar en casa esperándolo solamente a su tío, a quien incumbió el ingrato deber de informarlo de que su esposa se había marchado para siempre.

Ya no le faltaba a Reinette más que aprender los usos y costumbres de aquel mundo, desconocido para ella, en el que iba a vivir. Para fortuna suya, la joven tuvo cinco meses para prepararse. Desde primero de mayo hasta fines de septiembre de aquel año, efectivamente, mientras Luis XV estaba dedicado a la conquista de Flandes, ella vivió meses felices en Étiolles asistida por unos mentores de excepción: el duque de Gontaut, amigo íntimo del rey, gran señor dotado del más refinado dominio de los usos mundanos, y el abad de Bernis, poco después ministro y cardenal, encarnación perfecta del *esprit*, la versatilidad intelectual y el alegre hedonismo del siglo XVIII. En cuanto comprendió de dónde soplaban el viento, también Voltaire, nombrado historiógrafo real el 1 de abril, se apresuró a acudir a Étiolles, haciéndose preceder de unos versos de afectada adulación en los cuales felicitaba a la nueva Cleopatra por la brillante victoria obtenida por Luis XV en Fontenoy.

Entretanto, mientras Reinette se aplicaba al estudio de las genealogías y de la etiqueta y mantenía una apretada correspondencia con el rey en guerra, Châtelet decretaba su separación legal de su marido y, el 11 de julio, Luis XV le hacía llegar el título de marquesa de Pompadour. Pâris de Montmartel había anticipado al Tesoro real las doscientas mil libras necesarias para comprar el señorío cuyo nombre ella tomaba; Voltaire se inspiró en él para enviarle un nuevo y más explícito homenaje:

*Sincère et tendre Pompadour,
Car je peux vous donner d'avance
Ce nom qui rime avec l'amour,
Et qui sera bientôt le plus beau nom de France...*¹⁸

El 14 de septiembre, exactamente cinco días después del regreso de Luis XV a Versailles, la nueva marquesa era presentada oficialmente al rey la reina. «Una fecha que habría de entrar en los anales de la corte: ¡la joven Poisson, esposa separada de un arrendador de impuestos, hacía su ingreso oficial en el santuario de la monarquía, donde solamente tenían derecho de ciudadanía los aristócratas que

pudieran demostrar, con las pruebas en la mano, una nobleza que se remontase a 1400!» Había también, es cierto, numerosos representantes de una nobleza más reciente, elevada al segundo orden por disposición del rey, pero su ascenso se remontaba por lo menos a dos generaciones atrás. Una célebre anécdota nos permite calibrar la violencia de la indignación que invadió la corte ante el escándalo de la recién llegada y, al mismo tiempo, su incapacidad para resistirse a las seducciones del poder real. Al principio no fue fácil encontrar una dama dispuesta a hacer de madrina de la marquesa en la ceremonia de la presentación, pero la propuesta de Luis XV de pagar sus deudas de juego acabó persuadiendo a la anciana princesa de Conti, sobrina del Rey Sol y de la orgullosa Athénaïs, a aceptar el ingrato deber. Y cuando un abad ignorante preguntó en su presencia: «¿Quién es la puta que va a ser capaz de presentar a semejante mujer a la reina?», la princesa se echó a reír, diciendo: «No añadáis más, abad, soy yo».

La ceremonia de la presentación fue de maravilla: bellísima, elegantísima, segura de sí misma y al propio tiempo modesta, Madame de Pompadour siguió a la perfección, ante una multitud malévola, el complicado ceremonial. Introducida primero a presencia del rey y después de la reina, hizo las tres reverencias de rigor y mantuvo un breve intercambio de frases, para luego retirarse con otras tres reverencias, andando hacia atrás. Nada podía ya impedir a la marquesa instalarse oficialmente en el apartamento que hasta un año antes había sido el de la duquesa de Châteauroux y participar con pleno derecho en la vida de Versalles. Ya no se podía hacer otra cosa que esperar a que el rey se cansara lo antes posible de ella y decidiera poner sus atenciones en un objeto más digno.

Las cosas irían de otra manera y Madame de Pompadour permanecería al lado de Luis XV diecinueve larguísimos años. Ninguna amante real fue jamás tan poderosa, y jamás alcanzó ninguna tanta celebridad, aunque se trate de una celebridad discutida, sujeta a muchos estereotipos y que deja abierta más de una interrogante.

Si por una parte tenemos la impresión de saberlo todo acerca de la marquesa (su bello rostro retratado en edades diversas por Boucher, Nattier, La Tour o Drouais; sus riquísimos trajes, sus gustos refinados, que pondrían su sello en el estilo de una época), por otra, el cúmulo de noticias, comentarios y anécdotas que nos transmiten sus contemporáneos parece desvelarnos su faceta amenazadora y rapaz, al describirla como una mujer ávida, perversa y sedienta de poder y, sobre todo, al atribuirle la responsabilidad por los desastres militares de la guerra de los Siete Años, por la desgracia de los mejores ministros, por el descontento popular y por la decadencia del prestigio de la monarquía. Acusaciones estas demasiado graves como para no suscitar algún recelo, pero al mismo tiempo apoyadas por indicios demasiado ciertos como para poder despacharlos como simple malignidad. Y es por esto por lo que los historiadores y biógrafos modernos se esfuerzan por penetrar la personalidad de Madame de Pompadour, por reconstruir tanto las

razones de su comportamiento como las de sus denigradores, y por comparar su imagen pública con el verdadero papel que desempeñó en la dirección de los asuntos.

La primera razón de la hostilidad que Versalles le mostró era pura y simplemente su extracción social: la marquesa –esto era un hecho– usurpaba un papel que siempre había correspondido a las mujeres de la nobleza y abría una brecha por la cual se colaban en la corte unos financieros de oscuros orígenes. «Hoy se corre más riesgo insultando a un recaudador de impuestos que a un hombre de alto rango», constataba el lugarteniente general de la policía. Efectivamente, un mes escaso después de la llegada de la Pompadour a Versalles, Philibert Orry, inspector de las finanzas absolutamente íntegro que había tenido palabras humillantes para los hermanos Pâris, era sacrificado al resentimiento de los amigos de la favorita. Como si esto no bastara, el importante cargo de *Directeur des Bâtiments du Roi* –una especie de Ministerio de Bellas Artes de la época– era desagregado del mandato de Orry y conferido a Lenormant de Tournehem, para pasar luego al hermano de Reinette, Abel Poisson, nombrado marqués de Vandières (al cual, por lo demás, se debería una de las etapas más felices del mecenazgo artístico de la corona).

A este resentimiento, totalmente comprensible, se añadía otro más grave y menos justificado. Se consideraba culpable a la marquesa de animar a Luis XV a aislarse de su corte para dominarlo mejor y de influir en la elección de los escasos afortunados que eran llamados a compartir su intimidad, lo cual equivalía a apropiarse subrepticamente de una prerrogativa exclusiva del soberano: el ejercicio del favor.

En realidad, como sabemos, el rey había manifestado desde hacía tiempo su deseo de tener una vida privada, paralela a la oficial; cuando llegó la Pompadour, las cenas en los *petits appartements* y las excursiones a La Muette y a Choisy eran ya una institución consolidada. Las tareas que aguardaban a Madame de Pompadour no eran diferentes de las efectuadas en el pasado por las favoritas anteriores y consistían esencialmente en satisfacer las exigencias eróticas del soberano y cuidarse de divertirlo. Pero como la marquesa, dotada de un tibio temperamento amoroso y de una salud precaria, sabía que no era la persona más adecuada para asumir con brillantez la primera de estas tareas, centraba su inteligencia y su inventiva en la segunda.

No era fácil «distraer al hombre más difícil de divertir de todo el reino», pero Reinette disponía de muchas flechas para su arco. Ante todo, lejos de ser un demérito, el hecho de proceder de otro mundo, de llevar consigo los gustos, los intereses y las opiniones de la capital, representaba a los ojos del soberano una refrescante novedad. Alegre, culta, curiosa, llena de recursos, la marquesa había aprendido en los salones parisienses un arte de conversar que no temía la comparación; y precisamente ese tono burgués contra el que la corte se lanzaba

ferozmente, unido al empleo de expresiones que no tenían derecho de ciudadanía en Versalles, contribuían a hacerla vagamente exótica. Ya sólo esto hubiera bastado para ofrecer a Luis una evasión del cerrado mundo de Versalles y sus grandes damas exigentes y soberbias, pero la favorita contaba con otras bazas no menos valiosas: como buena burguesa, Madame de Pompadour era disciplinada, tenaz, concreta, prudente y equilibrada en sus juicios, respetuosa de la jerarquía, constante en los afectos, leal en la amistad. «*Votre Solidité*», la llamaba en broma el soberano, sabiendo bien que era el primero en beneficiarse de tal virtud.

Mientras Luis se entregaba al placer de la novedad, Reinette se aplicaba a hacer de modo que la «novedad» se convirtiese en una posición estable. Y como no tenía apoyos y advertía toda la hostilidad de los cortesanos, era inevitable que tratara de transformar los *petits appartements* y el estrecho círculo que en ellos se reunía en su bastión. El 30 de enero de 1747, invitado a cenar por primera vez, el duque de Croÿ se apresuraba a dejar constancia del ceremonial en su diario: «Después de subir, aguardamos en el salón pequeño. El rey llegó y de inmediato se sentó a la mesa con las damas. El comedor era encantador y la cena fue agradable e informal. Sólo nos servían dos o tres pajes, que se retiraron tras haber servido a cada uno lo que había de tomar. A mi juicio, la libertad y el decoro eran absolutamente respetados [...] él no parecía en modo alguno tímido, sino totalmente a sus anchas; hablaba mucho y muy bien y parecía divertirse y ser capaz de ello. Daba la impresión de estar muy enamorado de Madame de Pompadour, y lo demostraba de modo espontáneo, libre de toda incomodidad, y parecía haber hecho su elección». Cuando acabaron de cenar fueron al salón contiguo y pasaron el resto de la velada a la mesa de juego; después, como en una pareja burguesa, a Madame de Pompadour le entró sueño e insistió en que el rey se retirara; éste, poniéndose de pie, «le dijo a media voz [...] y alegremente: “¡Vamos! ¡Vamos a la cama!”». Dado que era en las *maisons de plaisance* donde la marquesa conseguía tener a su amante todo para ella, también favorecía la tendencia del soberano a abandonar Versalles por La Muette y Choisy. Los historiadores señalan, en efecto, que en 1750 Luis XV pasó en el palacio cincuenta noches y al año siguiente sesenta y tres; si hacemos caso al duque de Croÿ, en 1752 los cortesanos sólo tuvieron ocasión de verlo en Versalles los domingos. Pero el alejamiento de Luis de la corte ¿era verdaderamente una fuga, como pensaban sus contemporáneos, o más bien, como plantea una reciente hipótesis, una estrategia consciente, utilizada por él para definir «nuevos ritos de distinción y despegue que le permitieran mantener viva la emulación entre los cortesanos y conservar el control del sistema», con el fin de recuperar un poder que se le estaba escapando de las manos?

Fue sólo a partir de 1747 cuando los ataques contra Madame de Pompadour se situaron en el terreno de la moral. Después de Metz, se esperaba que el rey reanudase su vida conyugal, y ante la definitiva instalación de la nueva favorita en

Versalles la desilusión motivó la coalición de la familia real con los jesuitas y el partido devoto. El primero en declarar la guerra fue el delfín, que puso a la marquesa el apodo de «mamá puta». Así, mientras los confesores intentaban hacer volver al rey al orden y los predicadores tronaban contra el adulterio, el delfín y sus hermanas se negaban a dirigir la palabra a la amante de su padre, al tiempo que un diluvio de sátiras, versos obscenos y coplillas –las denominadas *poissonnades*– lanzaban la opinión popular contra la favorita. Llamado a capítulo, el lugarteniente de la policía de París se defendía declarando que no estaba al corriente de lo que acaecía en Versailles. Era desde luego evidente que muchas informaciones relativas a la vida íntima de la marquesa solamente podían provenir de cortesanos bien informados. Tocó luego al conde de Maurepas, responsable de la Real Casa, acudir a dar explicaciones. Decano de los ministros, desde 1718 secretario de Estado, el conde aborrecía a la Pompadour no menos de lo que había aborrecido a la Châteauroux y no soportaba que las favoritas se entrometieran en los asuntos públicos. Extremadamente ingenioso y versificador incansable, se servía de su estro satírico para atacar a las personas que se interponían en su camino y se sospechaba, no sin razón, que estaba en el origen de las *poissonnades*. Como cuenta D'Argenson, al preguntarle la marquesa: «En suma, ¿cuándo sabréis los nombres de los autores de esas coplas?», Maurepas le respondió: «Cuando lo sepa, señora, se lo diré al rey». Y cuando ella observó: «Vos, señor, no tenéis muy en cuenta a las amantes del rey», replicó en tono insultante: «Siempre las he respetado, de cualquier especie que fueran».

El ministro se consideraba intocable, pero el exceso de seguridad en sí mismo y el gusto por el desafío lo llevó a dar un paso en falso. Pocos días después del choque con la favorita, puso en circulación, ya no en París sino en Versailles, una nueva cuarteta infamante sobre ella. La marquesa estaba empezando a recuperarse de un aborto –el tercero en pocos años– y sufría trastornos ginecológicos; los despiadados versos, que difundían un pormenor de su vida íntima del que pocos estaban al corriente, que hacían alusión a las «blancas flores» que la favorita sembraba tras de sí, no podían deberse más que a Maurepas. Dos días después, el 23 de abril de 1749, una carta del rey pedía al ministro que dimitiera y le mandaba retirarse a sus tierras; su exilio duraría veinticinco años.

La expulsión de Maurepas fue la primera e irrefutable demostración del poder adquirido por Madame de Pompadour: ni siquiera la duquesa de Châteauroux después del drama de Metz había podido tanto. Duramente provocada, la favorita dejó a un lado su buen natural y sacó las garras.

Tampoco se dejaría intimidar por la reina. Reinette siempre había manifestado la máxima deferencia por María Leszczyńska y, desde su llegada a Versailles, había hecho todo lo posible para que el soberano fuera más amable con ella. Habituada a la arrogancia de las hermanas Mailly-Nesle, quienes, orgullosas de la antigüedad de

su linaje, la trataban con condescendencia, a la reina le era grata y, la única de su familia, se había abstenido de mostrar hostilidad hacia ella. Pero, excesivamente ansiosa de agradar a la esposa de su amante y sin dominar todavía la etiqueta cortesana, la marquesa se abandonó a excesos de celo fuera de lugar. Como a María le gustaban las flores, la Pompadour, desconociendo que el protocolo prohibía hacer cualquier género de regalo a los soberanos, la inundaba de homenajes campestres, hasta tal punto que un día llegó incluso a llevarle personalmente una gran cesta de rosas. Irritada por aquel gesto de ofensiva intimidad, la reina quiso ponerla en su sitio y, sin darle tiempo para dejar la cesta en el suelo, le pidió que diese una prueba de sus tan celebradas dotes para el canto. Tras un momento de apuro, Reinette entonó el aria de la *Armida* de Lully en la que la maga se regocija por haber vencido a Reinaldo en su poder:

*Enfin, il est en ma puissance,
Ce fatal ennemi, ce superbe vainqueur...*¹⁹

Al acabar de cantar, puso sus flores en el suelo y, tras hacer una profunda reverencia, se marchó, dejando a la pobre María blanca como el papel.

A Madame de Pompadour, por lo demás, no le hacía ninguna falta que la animaran a lucir sus dotes artísticas. Durante cinco años, desde 1747 hasta 1752, la favorita llevó a cabo una empresa memorable conocida con el nombre de «*théâtre des cabinets*». Con objeto de divertir al rey, la marquesa creó una pequeña compañía de actores aficionados, escogidos entre los cortesanos más fieles, y puso en escena unos cuarenta espectáculos –comedias, ballets y óperas– en los cuales, además de hacer las veces de empresario, figuraba como actriz y cantante. El extraordinario nivel del empeño, su excelencia interpretativa, su belleza y su brío, sabiamente puestos en valor por una elección muy cuidadosa de los papeles más afines a ella, constituyeron para la marquesa una indudable afirmación de sus personales talentos, pero dieron a sus enemigos una nueva oportunidad de coligarse contra ella.

El número limitadísimo de personas admitidas a las funciones teatrales dio una vez más a la Pompadour la capacidad de «erigirse en árbitro de los favores», agudizando el resentimiento de los cortesanos excluidos, mientras que el proyecto de la marquesa de construir una sala para espectáculos más grande chocó con la resistencia del duque de Richelieu, responsable, en calidad de *Intendant des Menus Plaisirs et Affaires de la Chambre du Roi*, de todo lo que concernía a las fiestas, los bailes, los conciertos y los espectáculos para la casa real. Ajeno a la elección de la nueva favorita, lleno de desprecio por su extracción social, el duque aprovechó la ocasión para humillarla públicamente obstaculizando sus peticiones. Pero era la naturaleza misma de la iniciativa la que se prestaba a encender la indignación de los

reaccionarios. La hostilidad que las autoridades eclesiásticas albergaban desde siempre hacia el teatro halló una clamorosa confirmación en el repertorio seleccionado por la marquesa, en el cual ocupaban el lugar de honor el adulterio, el amor y el placer. Poniendo impudicamente en escena sus propios atractivos físicos, haciendo explícita la voluntad de divertir al rey, la favorita evidenciaba la naturaleza nefasta del ascendiente que ejercía sobre él. No contenta con subyugarlo sexualmente, la marquesa mostraba ser capaz de distraerlo de su tedio existencial, condicionándolo así psicológicamente y habituándolo a depender de ella. Desde la época de las hermanas MaillyNesle, la prensa clandestina echaba en cara a Luis XV que se comportara como un sultán asiático; las acusaciones contra la Pompadour contribuían ahora a reforzar la imagen de un soberano blando, indolente, dominado por las mujeres y propenso a gobernar Francia como un déspota.

En realidad, no eran tanto las exhibiciones desvergonzadas como las convicciones personales de la favorita las que alarmaban al partido devoto. Su cultura, sus gustos, sus intereses, sus amistades, las personas a las que otorgaba su protección, con Voltaire a la cabeza, llevaban el sello de los nuevos tiempos: el célebre pastel de Quentin de La Tour, expuesto en el Louvre en agosto de 1755, ¿no la mostraba acaso rodeada de libros, entre los cuales destacaba bien visible la *Histoire naturelle* de Buffon, la *Henriade* de Voltaire, el tercer tomo del *Esprit des Lois* de Montesquieu y el cuarto de la *Encyclopédie*?

Las *Mémoires* de Marmontel describen las apariciones de Madame de Pompadour en el entresuelo situado encima del apartamento ocupado por ella en Versalles, en el cual alojaba a su médico y confidente François Quesnay, jefe de los fisiócratas: «Allí se decidía sobre la paz y la guerra y sobre la elección de ministros, y nosotros, en el entresuelo, razonábamos sobre agricultura, calculábamos el producto nacional bruto y de vez en cuando comíamos alegremente con Diderot, D'Alembert, Duclos, Helvétius, Turgot o Buffon; y Madame de Pompadour, al no poder convencer a este grupo de filósofos para que bajara a su salón, iba ella misma a reunirse con ellos en la mesa y a conversar con ellos». El escritor no nos dice cuáles eran las opiniones expresadas por la marquesa en el transcurso de estas conversaciones, pero su desprecio por los devotos queda bien claro en una carta a Diderot, quien había solicitado su intervención en socorro de la Enciclopedia, sobre la que había caído, en febrero de 1752, la censura regia. «La decisión de condenar la Enciclopedia», escribía ella, «ha sido tomada sobre la base de las declaraciones de los devotos, que no siempre son sinceros ni dignos de crédito. Si el libro no es como lo describen, sólo puedo deplorarlo y maldecir la hipocresía y el falso celo, esperando que vos me deis una ocasión de seros útil». Por lo demás, fue ella misma la que escogió, como comedia de debut del «*théâtre des cabinets*», precisamente *Tartufo*, la comedia en la cual Molière ridiculizaba la hipocresía de los devotos.

Entre las acusaciones que se le hacían a la marquesa estaba, en un momento en el que el gobierno elaboraba un plan de saneamiento de la economía, la de dilapidar el Tesoro real inventando cada día nuevas diversiones y cultivando una pasión desaforada por las casas, los cuadros, las esculturas, los muebles, las telas y los objetos preciosos. Pero para la Pompadour el amor por el lujo y las cosas bellas no era un vicio, sino un signo de civilización y de progreso. Sus gustos eran los del ambiente en el que había crecido; fue precisamente aquel ambiente el que orientó desde los tiempos de la regencia la producción artística del país. Fueron los grandes financieros los que se hicieron construir en París las viviendas más elegantes, los que compraron las colecciones más ricas, los que continuaron la tradición principesca del mecenazgo artístico. Además, como ellos, la marquesa era buena administradora y tenía instinto para los negocios, y si no resistió la tentación de adquirir un número impresionante de residencias –mencionaremos al menos el palacio del Elíseo–, supo también vender ventajosamente aquellas de las que quería desembarazarse. Y, sin embargo, la sucesión de nuevas obras y la campaña de difamación organizada en su perjuicio consolidaron en la opinión popular la imagen de una favorita ávida y sin escrúpulos. No deja de ser cierto que su pasión por la arquitectura y la decoración era plenamente compartida por el soberano y dio lugar a una feliz y gozosa colaboración entre los dos amantes, una colaboración cuyos objetivos iban mucho más allá que su exclusivo placer.

La manera en que la marquesa alentaba personalmente a todos los jóvenes talentos de la época y su apoyo a las artes menores y a las diversas formas de artesanías de lujo, así como su participación en las preferencias del mecenazgo real y su interés por la política artística de Lenormant de Tournehem y del marqués de Vandières, supondrían una aportación de la máxima importancia al florecimiento de la civilización artística de la Francia del siglo XVIII. Sería ella, por ejemplo, la que empujara a la manufactura de Vincennes a perfeccionar sus técnicas para poder competir con las porcelanas de Meissen. Trasladada a Sèvres por deseo explícito de la marquesa, la fábrica creó colores –entre ellos el célebre «rosa Pompadour» y motivos decorativos de tal calidad y elegancia que se ganaron la admiración de Europa entera. Y sería también ella, deseosa de emular a Madame de Maintenon con una iniciativa análoga a la de Saint-Cyr, la que diera origen a la École Royale Militaire, una institución que se encargaría de educar gratuitamente a quinientos jóvenes vástagos de la nobleza destinados al oficio de las armas. Realizado por Gabriel, el espléndido conjunto arquitectónico, que aún hoy podemos admirar al fondo del Campo de Marte, muestra cómo el gusto de la Pompadour supo conjugar la exigencia de lo útil con una idea de elegancia clásica.

Ambición, energía y tenacidad no fueron suficientes, sin embargo, para impedir que obsesionara a Madame de Pompadour la idea de la precariedad de su posición. Por un lado, Luis XV sufría por el chantaje afectivo del delfín, de la delfina y de

sus hijas, a quienes quería mucho, y seguía estando atormentado por los escrúpulos religiosos, que convertían cada Pascua en una incógnita; por otro, volvía a mirar con creciente interés a otras mujeres, obligando a la marquesa a una incesante vigilancia. Si a este estado de tensión añadimos la carga cotidiana impuesta por la vida de corte, no puede sorprender que tanto el sistema nervioso de la marquesa como su salud, extremadamente delicada, se resintieran grandemente, permitiendo que el desconsuelo la dominara en ocasiones. «La vida que llevo es tremenda», escribía en 1749 a la condesa de Lutzelbourg. «Apenas tengo un minuto para mí: ensayos, representaciones, continuos viajes dos veces a la semana, ya al castillito, ya a La Muette, etcétera. Deberes gravosos e imprescindibles: reina, delfín, delfina [...] tres muchachas, dos niños; juzgad vos si es posible respirar, compadecedme.»

No obstante, Madame de Pompadour no tenía intención de renunciar a esta vida, por alto que fuera su coste. Es inútil preguntarse si su extraordinaria determinación estaba dictada por un amor desinteresado al rey o por un inmoderado deseo de poder: en su situación, los dos sentimientos eran difíciles de separar.

Con todo, precisamente lo que tanto temía Madame de Pompadour, el final de su relación sexual con Luis XV, consolidó definitivamente la posición de la marquesa y le confirió un papel político sin precedentes. En 1750, sólo después de cinco años desde el inicio de sus relaciones, Madame de Pompadour dejó de ser la amante del soberano; excitantes y afrodisíacos habían resultado ineficaces contra su frigidez; y la marquesa no había conseguido impedir que sus trastornos ginecológicos se hicieran crónicos; por lo tanto, acordó con el rey poner fin a su relación física. En aquella época, Luis XV acababa de cumplir cuarenta años y no tenía ni la edad ni el temperamento para juzgar concluida la época de los amores; a pesar de ello, se mostró decidido a conservar a su lado a la favorita. La marquesa había pasado a ser parte integrante de su vida; sabía cómo combatir sus crisis de desaliento, sus angustias y su hipocondría, conocía sus gustos y sus costumbres. Pero era también –una merced rara en Versalles– una amiga leal, afectuosa y tierna, cuyos intereses coincidían totalmente con los suyos.

Sabiendo esto, Luis permitió a su favorita realizar una doble metamorfosis (que con el tiempo tendría consecuencias desastrosas para su propia reputación y para la de la marquesa). En línea con el comportamiento de sus antepasados y con el concepto del matrimonio aristocrático, el rey, tras abandonar el lecho de su esposa, había acabado por hacer públicas sus traiciones, relegando a María a un papel de reina sin influencia. Con la favorita, por el contrario, se portó de la manera opuesta: la oficialización del término de la intimidad sexual confirió nueva legitimidad al vínculo que los unía y, a diferencia de lo que había hecho con su esposa, Luis XV tuvo buen cuidado de no faltar al respeto a la marquesa haciendo alarde de relaciones que pudieran poner de nuevo en cuestión su papel. Un papel –el de compañera fiel y cómplice devota– totalmente inédito en la corte de Francia,

incompatible con la moral aristocrática y destinado a provocar, con su misma incongruencia, una larga cadena de escándalos.

La segunda metamorfosis de Madame de Pompadour fue, por el contrario, de naturaleza pública. No sólo fue evidente para todos, a partir de 1750, que el rey únicamente tomaba en consideración las peticiones de los cortesanos que le llegaban a través de la favorita, sino que la marquesa extendía de forma creciente su poder a la esfera política, de la cual, por tradición, siempre se había mantenido apartadas a las favoritas. Se trataba de una nueva y más peligrosa infracción al orden de la sociedad patriarcal y Madame de Pompadour no tenía las cualidades necesarias para desmentir los viejos lugares comunes de la misoginia: la catástrofe de la guerra de los Siete Años arrojaría una trágica luz sobre su incapacidad política.

«En Versalles», se ha observado, «Luis XV se sirvió de la arquitectura para dar a conocer sus sentimientos de amante, de esposo y sobre todo de padre, instaurando una jerarquía con arreglo a la cual la proximidad física era proporcional a la intimidad afectiva». En la compleja estrategia que presidía la asignación de los diversos apartamentos del palacio, hasta el cambio de alojamiento efectuado por Madame de Pompadour en 1751 cobraba un preciso valor simbólico. Al trasladar a la marquesa del apartamento de encima del suyo, anteriormente ocupado por Madame de Châteauroux, su primera amante declarada, al de debajo del suyo, en la planta baja, donde hasta entonces vivía la condesa de Toulouse, amiga y confidente de su juventud, el rey, al mismo tiempo que anunciaba a la corte el término de su relación amorosa con la favorita, le daba público testimonio de aprecio, confiriéndole «una legitimación oficial de su nuevo estatus oficioso como consejera y ministro». El gesto poseía un valor de compensación e investía públicamente a la marquesa de ese «poder femenino» que durante siglos había actuado entre bastidores.

Madame de Pompadour estaba dispuesta a interpretar su nuevo papel. Desde hacía tiempo había adoptado la costumbre de hacerse rogar largamente antes de conceder audiencia, recibir sentada a sus visitantes –príncipes, embajadores, altos funcionarios, cortesanos– y usar el *plurale majestatis* para subrayar mejor su simbiosis con el rey. «No se habla de otra cosa que de los discursos burgueses y absurdos que pronuncia la marquesa, la cual se comporta como si tuviese todo el poder y fuese el primer ministro», escribía el 23 de enero de 1751, cegado por el odio, el marqués de Argenson. «A un embajador que se despide le dice: “Continuad así, estoy muy contenta de vos; sabed que desde hace mucho tiempo soy vuestra amiga”. Ella decide, dispone y trata a los ministros del rey como si fuesen los suyos.» Más conciso, el duque de Croÿ anotaba en su diario: «La señora marquesa es más despótica que nunca; todo pasa a través de ella»; al año siguiente vuelve a constatar que «su crédito no hace más que aumentar» y «no sólo las

cuestiones importantes, sino también las de ínfima relevancia, pasan por sus manos».

A pesar de la seguridad de la que hacía alarde, Madame de Pompadour seguía viviendo dominada por el terror a un cambio repentino en el soberano. En 1752 corrió el riesgo de ser sacrificada a las ambiciones de la bella condesa de Choiseul-Beaupré; logró librarse de su rival sólo gracias a la intervención del conde de Stainville, después duque de Choiseul. Para hacerse perdonar, Luis XV le concedió el título de duquesa, pero, aun con todo, el futuro se anunciaba erizado de peligros. Y como lo que preocupaba a Madame de Pompadour no era tanto los pecados carnales del rey como sus remordimientos de conciencia, trató de legitimar su presencia en la corte haciéndose devota. Desde el momento en que su concubinato con Luis había terminado y la suya era una amistad perfectamente lícita, ¿por qué no permitir que el rey volviera a acercarse a los sacramentos? El proyecto no carecía de audacia, pero tenía en Madame de Maintenon –«a la cual la marquesa imitaba desde hacía tiempo»– un precedente acreditado; la amiga de los *philosophes* se aplicó a llevarlo a cabo con todos los medios a su alcance. Bajo la guía del padre Dominique de Sacy, empezó a ir a misa con asiduidad, a observar los días de vigilia, a vestirse con más sobriedad y a intensificar las obras de caridad: la crisis espiritual que siguió a la repentina muerte de su hija Alexandrine contribuyó a dar visos de verdad a su comportamiento. Y como el único reproche que se le podía hacer entonces era el de ser una mujer separada, incluso escribió a su marido proponiéndole una reconciliación, propuesta que, para gran alivio suyo, Monsieur d'Étiolles rechazó.

En enero de 1756, obtenido el cargo de dama de palacio de la reina (el cual justificaría su presencia en Versalles), la marquesa anunció oficialmente su «entrada en la devoción», y «el martes siguiente recibió a los embajadores ya no sentada ante el tocador sino ante el telar».

El clima religioso de la época no era propicio a la indulgencia: atacados por los jansenistas y por el Parlamento, que los acusaban de laxismo, los jesuitas se atuvieron a la línea intransigente exigiendo a los dos antiguos adúlteros que realizaran un gesto público de reparación de un pecado que había sido igualmente público. Para que el rey pudiera recibir la absolución y volver a tocar a los escrofulosos, no bastaba el hecho de que sus relaciones no fuesen ya culpables: era necesario que Madame de Pompadour abandonara la corte. Pero ésta era la única eventualidad que ella no estaba dispuesta a tomar en consideración.

El atentado de Damiens hizo sentir una vez más a la marquesa la fragilidad de su posición. El 5 de enero de 1757, hacia las seis de la tarde, cuando se disponía a subir a la carroza, Luis XV fue apuñalado por un fanático que se había colado entre la gente del séquito. Creyéndose en peligro de muerte, el rey se confesó, pidió perdón a su familia y pasó las consignas al delfín; luego dio orden de correr las

cortinas de su cama y durante varios días, aunque los médicos lo declararon fuera de peligro, se encerró en sí mismo, atrincherándose en el más completo mutismo. ¿Era verdaderamente, como sostendría Choiseul, el comportamiento de un hipocondríaco pusilánime presa del miedo a un «peligro imaginario»? Tal vez, por el contrario, en aquellas horas, el rey tuvo ocasión de pensar en el vergonzoso episodio de Metz, en su familia llorosa y anhelante de recuperarlo, en los chantajes de los que era nuevamente prisionero, en el «temor de que su conducta privada le hubiera enajenado la amistad de su pueblo» y en el comportamiento que había de observar en lo sucesivo...

Entretanto, retirada en el apartamento debajo del monarca, asistida por un puñado de amigos fieles, Madame de Pompadour vivía días de angustia. No sólo Luis XV parecía haberla olvidado, sino que una conspiración capitaneada por el delfín se proponía alejarla de él: los familiares del rey habían convencido a una criatura de la marquesa, el ministro de Marina, Machault, de que le ordenase, en nombre del soberano, abandonar Versalles. La marquesa, desesperada, se preparaba ya para hacer el equipaje cuando Madame de Mirepoix, una íntima de los *petits appartements*, la persuadió de que no abandonase la partida. Sabia decisión, puesto que el 13 de enero, escapando al control del delfín y de sus hijas, Luis bajaba de nuevo la escalera interior que comunicaba su apartamento con el de la marquesa y volvía a visitarla como si nada hubiese ocurrido. «Era el dios de la Ópera que descendía en una máquina teatral para calmar todas las preocupaciones. Ella estaba tan contenta de verlo que no le reprochó su silencio, sino que hizo que estuviera a gusto; y él se sintió feliz de encontrar tranquilidad en lugar del torbellino de reproches que temía, y desde aquel momento reanudó sus costumbres habituales.»

Tanto Machault como el conde de Argenson, ministro de la Guerra, culpables de haber faltado al respeto a la marquesa, fueron sacrificados al resentimiento de ésta: el rey se privó así de dos de sus mejores colaboradores justo en el momento en el que hubieran sido más necesarios. En efecto, 1757 no sólo fue el año en que el gesto de Damiens, impulsado por la campaña difamatoria desencadenada contra el soberano tanto por los ambientes parlamentarios como por los religiosos, daba la medida de la incomprensión que se había instaurado entre Luis XV y su pueblo, sino que fue también la fecha en la cual se registraron los primeros clamorosos fracasos de Francia, enredada desde mayo de 1756 en un conflicto europeo cuyos resultados se revelarían fatales para el prestigio de la monarquía.

El país acababa de concluir la guerra de Sucesión austríaca con un sentimiento de profunda frustración. A pesar de los notables sacrificios financieros realizados y de algunas importantes victorias, Francia había salido de la paz estipulada en Aix-la-Chapelle en 1748 con las manos vacías y con la conciencia de haber «trabajado para el rey de Prusia»: una expresión que se hizo proverbial.

Con la guerra de los Siete Años, las cosas fueron infinitamente peor. Alineada

esta vez del lado de Austria y Rusia contra Inglaterra y Prusia, Francia perdió casi entero el imperio colonial que había construido durante más de un siglo de esfuerzos en América del Norte y la India. El balance en el continente no fue menos desastroso: los costes de la nueva guerra fueron aún mayores que los de la anterior, la actuación militar en conjunto menos brillante y la política de la «inversión de las alianzas» se resolvió exclusivamente en desventaja de Francia. En el bando enemigo, Inglaterra salió reforzada del conflicto y Prusia indemne, mientras que Austria perdía definitivamente Silesia y Rusia se libraba casi sin daños.

No es fácil decir en qué medida hay que considerar a Madame de Pompadour corresponsable de la larga serie de errores que en el transcurso de esta catastrófica guerra acabaron por debilitar gravemente el prestigio internacional de Francia y minar su cohesión interna.

Fue seguramente por intermediación de la marquesa como el conde de Kaunitz, canciller y ministro de Exteriores de María Teresa, hizo llegar a Luis XV la propuesta de un pacto de alianza entre los dos países. Conocía a la favorita desde la época en que era embajador en Versalles y había tenido ocasión de constatar que, en Francia, «la opinión de la amante del rey ha de tenerse muy en cuenta». En agosto de 1755, el embajador austríaco, el conde de Starhemberg, entregaba a Madame de Pompadour una carta de Kaunitz dirigida a ella y otra de la emperatriz dirigida al rey. En las negociaciones que se iniciaron de esta manera, ¿se limitó la marquesa a servir de «buzón»? No exactamente, puesto que Luis XV encomendó la tarea de tratar secretamente con Austria a dos protegidos de la favorita, el abad de Bernis y el conde de Stainville, poco después duque de Choiseul y a la sazón embajador en Viena. Las reuniones entre éste y el embajador austríaco, a quienes se añadirían posteriormente dos ministros, se desarrollarían además en presencia de la marquesa en su finca de Bellevue: estaba, pues, constantemente informada de la negociación en curso. «Es a ella a la que debemos dirigirnos en el futuro», escribía a Kaunitz el sagaz Starhemberg después de la firma del tratado en Versalles; «quiere ser estimada y, en efecto, lo merece». El apoyo entusiasta dado por la marquesa a la casa de Austria probaría la exactitud del diagnóstico.

La noticia del abandono de la alianza con Prusia –que, por lo demás, había llegado ya a un acuerdo secreto con los ingleses, con los cuales Francia estaba en guerra– a favor de Viena suscitó una reacción no menos hostil en los ambientes cortesanos, tradicionalmente antiaustríacos, que en los progresistas de la capital, muy favorables a Federico II. Con el fin de desacreditar un pacto que representaba una grave amenaza para sus proyectos de expansión territorial en perjuicio de María Teresa, el «rey filósofo» se había dedicado a instigar la opinión pública francesa contra Madame de Pompadour. Profundamente misógino, habituado a una vida espartana exclusivamente entre hombres, Federico despreciaba a la favorita, su

ambición y los medios de los que se había valido para llegar tan alto, y hallaba indigna la debilidad de la que Luis XV daba prueba con las mujeres. Para convencer a los franceses de que las decisiones políticas del rey de Francia estaban dictadas en primer lugar por la vanidad, la avidez de poder y la codicia de su innoble amante, Federico II procedió a hacer circular cartas apócrifas en las cuales la emperatriz adulaba empalagosamente a la Pompadour llamándola *ma cousine* y *ma princesse*, así como a difundir noticias tendenciosas sobre los gastos de la favorita y anécdotas escandalosas sobre las depravaciones sexuales del rey.

La marquesa era inteligente y conocía todos los secretos de las intrigas de corte, al igual que de las estrategias de los diversos grupos de poder de Versalles, pero no tenía ninguna preparación política y carecía de la visión de conjunto indispensable para hacer frente a la difícil situación en la que la guerra de los Siete Años estaba precipitando a Francia.

Es cierto que quien decidía las estrategias a seguir en el curso del conflicto no era ella, pero su influencia, aunque limitada, resultaría de todos modos desastrosa.

Cegada por el odio a Federico II y por el deseo de venganza, espantada por las derrotas militares francesas y preocupada por proteger el equilibrio emotivo de Luis XV ante una realidad demasiado desagradable, la marquesa, entregada a un activismo frenético, no hizo sino acumular un error tras otro. Como siempre había sido su costumbre, luchaba por poner en los puestos de mando a personas de su confianza, lo cual no suponía necesariamente que fuesen buenos generales. Queriendo compensar la inercia del soberano, se mezclaba en todo, daba su parecer sobre todo y rozó lo grotesco cuando empezó a usar los lunares postizos para sugerir las maniobras militares sobre los mapas de los campos de batalla. Ingenuamente convencida de que nuevos generales y nuevos ministros tendrían el poder mágico de cambiar la realidad, la Pompadour contribuyó a hacer que la rueda de los nombramientos girara sin cesar, hasta sacrificar al mismo Bernis, que había llegado en 1757 al ministerio de Exteriores.

Esta vez, sin embargo, la elección de un leal suyo fue acertada: llamado a suceder a Bernis, en diciembre de 1758, y elevado al rango de duque, Étienne-François de Choiseul, ya conde de Stainville, era el hombre que Luis XV y su favorita necesitaban. Perfectamente al corriente de la política de la corte de Viena, Choiseul consiguió, si bien a costa de enormes sacrificios, poner fin a la guerra y conservar para Francia un papel de primer plano en la política europea. Y junto con la paz llevó a Versalles un poco de optimismo. Desde la época de Maurepas, Luis XV no había tenido nunca un ministro tan alentador, agradable y tranquilizador. Perteneciente a una antigua familia lorenese, extremadamente inteligente, dotado de auténtico genio diplomático y de una gran capacidad de trabajo, Choiseul tenía una altísima idea de sí mismo —«desde la infancia [...] he considerado a mi señor y su sangre superiores a mí, y a todos los demás mis iguales o inferiores a mí»— y sabía

conjugar sin prejuicios la ética del honor y la del placer. El duque amaba la vida en todas sus formas y parecía que en él el cinismo tenía en lo esencial la función de hacerle la existencia más llevadera. «Nunca he conocido un hombre que supiese como él difundir en torno suyo la alegría y el buen humor», escribiría un gran amigo suyo, el barón de Gleichen. «Cuando entraba en una habitación rebuscaba en sus bolsillos y parecía extraer de ellos una cantidad inagotable de bromas y de regocijo.» Madame de Pompadour había encontrado por fin la persona con la que compartir el duro trabajo de hacer sonreír al rey.

Los dramas de la guerra no eran los únicos motivos de disgusto de la favorita. Desde que dejó de acoger en su lecho a Luis XV, la marquesa tuvo que tener en cuenta la necesidad de procurarle amantes ocasionales capaces de satisfacer sus exigencias eróticas. En abril de 1753, el marqués de Argenson hablaba de la actividad de la marquesa como proxeneta como de un hecho confirmado: «Esta auténtica comediente se considera la superintendente de los placeres del monarca y pretende que el Estado le esté agradecido por proporcionar novedades de todo género para contentar su gusto bilioso, negro, melancólico y perezoso». No se trataba de una tarea fácil, ni mucho menos agradable, pero, como buena burguesa, Reinette era realista y poseía una notable capacidad de organización. Como no era posible recurrir a damas de la alta sociedad, que antes o después hubieran querido salir de la oscuridad y entrar en competición con la favorita, y, por razones de seguridad y de higiene, las prostitutas profesionales estaban excluidas a priori, se orientó hacia muchachas jóvenes, educadas y atractivas, cuya virginidad constituyese una garantía contra las enfermedades venéreas y cuya falta de experiencia las hiciese maleables. La vida que les esperaba, al menos hasta que concluían su misión, era en realidad terriblemente monótona y semejaba una clausura. La discreción y el secreto requerido por la operación les imponían permanecer encerradas, durante muchos meses, en compañía de algún criado, en una morada bastante modesta situada en la rue SaintMédéric, en un barrio periférico de la población de Versalles, sin otro entretenimiento que reunirse dos o tres veces a la semana con su amante –cuyo rango a menudo desconocían– en un entresuelo en el interior del laberinto palaciego. Si les acontecía quedarse embarazadas, se las enviaba de nuevo a casa y recibían asistencia en el momento del parto, tras lo cual o bien volvían a prestar sus servicios o se procedía a fijarles una dote, buscarles marido y asegurar el porvenir del niño. El encargo de elegir a las muchachas adecuadas se confió a Le Bel, primer sirviente del rey, el cual, contrariamente a lo que se puede pensar, no se vio obligado a descender demasiado bajo en la escala social. En el mundo de la pequeña nobleza y de la modesta burguesía no faltaban, de hecho, las familias dispuestas a mejorar su situación económica y a garantizar un futuro a sus hijas induciéndolas a aceptar, a cambio de una remuneración, un «honor» que las más encopetadas damas de la corte se

disputaban encarnizadamente. La zona donde estaba ubicada la casa destinada a alojar a las jóvenes se llamaba *Parc-aux-cerfs*: un nombre hecho para echar a volar la imaginación y que, a pesar de todas las precauciones tomadas, en breve plazo se convertiría en símbolo de la torpeza moral del Rey Cristianísimo. El argumento era demasiado apetitoso para dejarlo escapar. Por tanto, los enemigos de Luis XV y de la Pompadour, fuesen devotos o *philosophes*, jesuitas o jansenistas, cortesanos o parlamentarios, lo utilizaron para desencadenar el resentimiento popular, y los escritorzuelos que lograban llegar a fin de mes redactando novelas pornográficas, crónicas escandalosas y libelos por encargo, desataron la fantasía, avivando astutamente la morbosa curiosidad de los lectores y suscitando al propio tiempo su indignación. *Cour* y *ville* contribuyeron por igual a acentuar los detalles sórdidos, y las historias de orgías, muchachas raptadas y lujo sardanapalesco saltaban de la una a la otra. El *Parc-aux-cerfs* era visto como el «abismo de la inocencia y de la ingenuidad, que engullía a las innumerables víctimas que, una vez restituidas a la sociedad, llevaban a ella la corrupción y el gusto por la orgía y por todos los vicios de los que, necesariamente, se inficionaban en el comercio con los agentes infames de semejante lugar». La primera entre los «infames», *deux ex machina* de aquel antro de «despreciable abyección», en el cual, además, el dinero público corría a raudales, era naturalmente Madame de Pompadour. Todavía durante la Revolución hubo quien sostuvo que el *Parc-aux-cerfs* estaba en el origen del «espantoso déficit» dejado por la monarquía; en el siglo siguiente, la historiografía antimonárquica –con Michelet a la cabeza– vacilaría en hacer suyas estas leyendas.

Hay que decir en este punto que nunca hubo más de un huésped a la vez en la casa de la rue Saint-Médéric; que, muy verosímelmente, Luis XV jamás puso allí los pies y que los encuentros con la muchacha de turno tenían lugar siempre en el aposento de Le Bel apodado, con cierto humorismo, *trébuchet*, es decir «trampa para pájaros». De no haber sido el rey, hubiera podido prescindir de esta organización y sus costumbres no hubieran sido diferentes de las de los grandes señores de la corte y de la mayor parte de los habitantes de la capital (se calcula que, hacia mediados del siglo XVIII), las prostitutas que trabajaban en París eran alrededor de treinta mil). Es decir, hubiese podido frecuentar sin ser molestado las casas de tolerancia, asegurarse los favores exclusivos de una o varias mantenidas y tomar parte en «partidas de placer» en las elegantes *petites maisons* diseminadas por el verdor de la periferia parisiense.

Pero Luis XV no era un hombre como los demás; tenía obligaciones morales y religiosas distintas de las de sus súbditos, como escribió Pierre de Nolhac, la solución del *Parc-aux-cerfs* era «discreta, innoble y decorosa». Es verdad que si el rey hubiera podido seguir acostándose con las damas de su corte, el *Parc-aux-cerfs* nunca hubiera existido. Sin embargo, esto, como ya hemos dicho, hubiera sido demasiado arriesgado para Madame de Pompadour, que en consecuencia había

optado por proveer ella misma a las necesidades del soberano, atándolo a ella aún más merced a una perversa lógica conyugal de infracciones toleradas. La decisión de alojar a las jóvenes amantes del monarca fuera del palacio, por otra parte, le resultó improrrogable después de un episodio que la alarmó no poco.

A principios de la primavera de 1753, el rey halló esperándolo en la «trampa» de Le Bel a una joven de extraordinaria belleza: una muchacha de catorce años, piel sonrosada y curvas voluptuosas, hermana menor de la que había sido la modelo de uno de los desnudos más célebres de Boucher; a decir de los contemporáneos, se parecían como dos gotas de agua. Hija de unos artesanos de origen irlandés, Marie-Louise O'Murphy, llamada Morphise, a la que la madre había cedido a Le Bel a cambio de una espléndida compensación, se despidió con alegre impudicia de su virginidad, declarando al rey que lo había reconocido por haber visto su rostro acuñado en las monedas de escudo. La espontaneidad y la alegría de Morphise sedujeron al soberano; si bien a fin de año la muchacha hubo de dejar paso a una sustituta por estar encinta, una vez traído al mundo el niño fue enviada a reanudar el servicio e instalada en palacio. Era más de lo que Madame de Pompadour estaba dispuesta a tolerar: Morphise recibió una rica dote y fue dada en matrimonio a un caballero que se la llevó a su castillo de Auvernia. El 25 de noviembre de 1755, el mismo día y ante el mismo notario ante el cual Morphise había firmado su contrato de matrimonio, un testaferro del rey procedió a la compra de la casa de la rue Saint-Médéric. Desde aquel momento, ninguna de las muchachas destinadas a los placeres del soberano sería alojada en el palacio real y sus visitas serían rígidamente reguladas.

Las precauciones tomadas por la marquesa y la eficacia de su organización no bastaron para ponerla a cubierto de las incógnitas; entre las ocho jóvenes concubinas identificadas hasta ahora por los historiadores se encuentra una ambiciosa veinteañera llegada de provincias para causarle las mayores aprensiones. Anne Coupier, llamada Mademoiselle de Romans, había nacido en 1737 en Grenoble, en el seno de una familia de la alta burguesía. El primero en sorprenderse de su atractivo fue Giacomo Casanova, que la había conocido siendo una chiquilla: «Dos ojos negros tan bellos que no recuerdo haber visto nunca semejantes [...] la piel blanquísima, los cabellos negros, apenas velados por una ligera capa de polvos, una estatura magnífica, dientes soberbios». Tampoco el rey permanecería insensible a su belleza estatuaría y le reservaría un trato especial: Anne («*ma grande*» [mi alta] la llamaba Luis) no iría a vivir como las demás concubinas a la rue Saint-Médéric, sino que se alojaría en una hermosa casa para ella sola, en la avenida principal de Passy, donde tendría libertad para llevar la vida que quisiera. Pero esto no era suficiente: el niño que dio a luz en enero de 1762 fue inscrito en el registro de la parroquia de Chaillot con el nombre de Louis-Aimé de Borbón, hijo de Luis de Borbón y de Mademoiselle Coupier de Romans. Fue el

único de los ocho hijos naturales nacidos en el transcurso de los años que, aunque fuese con las debidas cautelas, Luis aceptó declarar como propio; más allá no llegaría. El escándalo de los hijos legitimados por Luis XIV había acarreado demasiados desastres como para que su biznieto pensara en seguir su ejemplo.

Para la marquesa, Mademoiselle de Romans era, objetivamente, una adversaria temible. Arrogante, desvergonzada, orgullosa del ascendiente que había conquistado sobre el rey, la joven –en espera del momento de mostrarse en Versalles– ostentaba su maternidad en el Bosque de Bolonia. En obediencia a los consejos de Rousseau, radiante y vestida a la última moda, adquirió la costumbre de amamantar a su hijo sentada debajo de un árbol, en medio de la curiosidad general. Madame de Pompadour no resistió la tentación de ir a contemplar la escena. Con la cabeza cubierta por un velo y un pañuelo sobre la boca, la marquesa se acercó a Mademoiselle de Romans evitando ser reconocida, en compañía de la fiel Madame du Hausset, la cual nos ha dejado un relato del encuentro que podría figurar en un folletín: «La señora la saludó y, dándome con el codo, me dijo: «¡Habladle!». Me adelanté y le dije:

»«¡Qué niño tan guapo!»

»«Sí, señora; aunque soy su madre, estoy de acuerdo con vos.»

»Madame, que me apretaba el brazo, estaba temblando y yo me sentía muy preocupada [...]. Miré alrededor, temiendo que apareciese alguien que nos conociera. Me arriesgué a preguntarle si el padre era un hombre guapo.

»«Muy guapo», me contestó, “y si os dijese quién es, diríais lo mismo”.

»«¿Tengo, pues, el honor de conocerlo?»

»«Es muy probable”.»

De regreso en Versalles, Madame de Pompadour no mencionó al rey el episodio. Precozmente envejecida, con una salud muy dañada, atacada en todos los frentes y obligada a un «combate perpetuo», la marquesa no podía dejar de interrogarse con angustia acerca de su futuro, pero ello la empujaba a aferrarse como nunca al presente.

Sería la muerte la que la librara de todas sus incertidumbres, llevándosela cuando aún estaba en la cima de un poder que ninguna favorita había ejercido antes que ella. Minada desde hacía tiempo por la tuberculosis, Madame de Pompadour falleció en Versalles el 15 de abril de 1764; inmediatamente después, cubierto por una simple sábana, su cuerpo abandonó para siempre el palacio en el que había vivido veinte años. Al recibir la noticia de su muerte, Luis XV anuló la ceremonia del *grand couvert* y se retiró a sus apartamentos. Al cabo de dos días, el rey rindió a su vieja amiga un último y solitario homenaje, presenciando a distancia, desde una terraza del palacio, el cortejo fúnebre que la condujo, bajo una lluvia torrencial, a su definitiva morada. De vuelta en su apartamento, con el rostro

surcado por las lágrimas, el soberano dijo con amargura a Champlost, el sirviente que estaba con él: «Éste es el único homenaje que he podido rendirle».

Madame du Barry

El ángel de los bajos fondos

La muerte no se encarnizó solamente con las amantes de Luis XV, sino que también volvió a cebarse en su familia. En el plazo de nueve años, desde 1759 hasta 1768, desaparecieron Madame Infante, la hija que se había casado con el duque de Parma; el hijo primogénito del delfín –el duque de Borgoña, un hermosísimo niño de diez años–, el propio delfín, la delfina María Josefina de Sajonia y, finalmente, María Leszczyńska.

Afectado por la pérdida de sus seres más queridos, privado del apoyo psicológico de la Pompadour, presa de una negra melancolía, atormentado por sus escrúpulos religiosos y cada vez menos amado por su pueblo y en el umbral de los sesenta años, el soberano sintió la necesidad de cambiar de vida. A que este cambio fuera aún más inevitable contribuyó el debilitamiento de sus capacidades amoratorias, que durante largo tiempo le habían permitido buscar en el goce inmediato de los sentidos el olvido del tedio existencial y de las obsesiones mortuorias de las que era prisionero.

Tras la muerte de la marquesa, Luis XV no tuvo más hijos ilegítimos, se desembarazó de las últimas *petites maîtresses* y, tal vez bajo la influencia de su nuevo confesor, el abad Maudoux, dejó de ser motivo de escándalo. En el otoño de 1766, el duque de Croÿ pudo constatar que su tiempo estaba ocupado con los Consejos, el trabajo, las cacerías, los viajes y su familia. El *Parc-aux-cerfs* pertenecía ya al pasado. El leal Le Bel continuaba, es cierto, procurándole con el máximo secreto encuentros galantes, pero no siempre el soberano era capaz de dispensar a sus visitantes la acogida que hubiera querido.

Pero, a comienzos de 1768, precisamente en los últimos meses de la enfermedad de María Leszczyńska, Luis XV pareció salir repentinamente de su indiferencia, volviendo a mostrar interés por la vida. Poco después, la corte vino a saber que quien había operado la transformación había sido una prostituta de alto copete, conocida en los ambientes libertinos como Mademoiselle Lange o, mejor dicho, L'Ange: corría el rumor de que su madre, que residía en una pequeña ciudad de provincias limítrofe con la Lorena, la había concebido muy joven de un fraile franciscano llamado el hermano Ange.

Nacida en Vaucouleurs el 19 de agosto de 1743, hija del amor, Jeanne Bécu –éste era su verdadero nombre– marchó con su madre a París y pasó nueve años en el austero convento de las Adoratrices del Sagrado Corazón de Jesús, donde recibió

una discreta educación. Sin embargo, cuando le llegó el momento, ya con quince años, de volver con su familia, se encontró con que tenía que hallar por sí misma sus medios de subsistencia. Su madre, después de trabajar como sastra, era cocinera en una casa de financieros y, conforme se marchitaba su juventud, podía contar menos con la generosidad de sus amantes ocasionales, que hasta entonces le habían ayudado a salir adelante. Siguiendo su ejemplo, Jeanne ejerció varios oficios. Fue primero criada, luego dependienta de una tienda de modas, después ayudante de peluquería: no le faltaba buena voluntad y con sus numerosos admiradores no era avara de sus encantos, pero su deslumbradora belleza acababa siempre poniéndola en aprietos. Así pues, pronto se dio cuenta de que para hacer fructificar aquel valioso capital necesitaba ayuda. Y como la virtud nunca había sido su fuerte y su única ambición era la de llevar una existencia agradable y poseer vestidos y joyas, L'Ange se confió a la guía del autodenominado conde Jean-Baptiste du Barry, quien, después de haber sido su amante, hizo de ella una prostituta de alto copete.

Du Barry había nacido en el seno de una familia de la pequeña nobleza de provincias y había iniciado su carrera de abogado en Toulouse, donde se casó con una mujer apacible y virtuosa; después, sin embargo, jactancioso y megalómano, se llenó de deudas y se fue a buscar desquite a la capital. Dado que ninguno de sus proyectos parecía destinado a realizarse, abandonado todo recato, el conde hizo de la práctica sistemática de la disolución una profesión lucrativa. Su propio apelativo de *roué* ²⁰ evocaba la extrema licencia que había caracterizado la época de la regencia. Brillante hablador, dotado de una imaginación ardiente y de una indomable energía, violento y prepotente, Du Barry hacía gala de su impiedad y de sus vicios, y el gusto por la provocación y la absoluta falta de escrúpulos iban de la mano en él con la ostentación de un estilo de vida de gran señor. Vivía en una casa fastuosa adonde atraía a libertinos, holgazanes hombres de mundo, curiosos y escritores de éxito; frecuentaba los teatros y los lugares de reunión *à la page*, donde se dejaba ver en compañía de sus jóvenes y hermosas protegidas, cuyos favores vendía a alto precio, aguardando una gran ocasión que le permitiese hacer fortuna. Y la ocasión se presentó con la llegada de L'Ange.

Cuando, a fines de 1764, Du Barry se tropezó con Jeanne, se dio cuenta inmediatamente de que la muchacha tenía bazas excepcionales y enseguida la hizo suya. Se la llevó a vivir con él y, tras una breve luna de miel durante la cual se ocupó de completar su educación erótica, empezó a procurarles los primeros clientes. Y como L'Ange se plegaba con extrema docilidad a sus peticiones y tenía mucho éxito, el *roué* intensificó el número de *rendez-vous* que le fijaba cotidianamente, imponiéndole, como anotaba el 27 de septiembre el inspector de policía Mathieu Marais en su diario, una existencia «infame»: «Para él es exactamente igual que una vaca lechera. Con objeto de procurarse protección y dinero, la alquila a cualquiera, con tal que sea noble o adinerado».

Du Barry no dejó de ofrecer a Jeanne al duque de Richelieu, que, con más de setenta años de edad, para conseguir mantener sus costumbres sexuales tenía que recurrir a compañeras de cama extremadamente aguerridas. La joven había ido a encontrarse con él varias veces en el célebre «pabellón de Hannover» –construido con el botín de guerra de su última campaña militar–, y el viejo libertino se había mostrado entusiasmado con las prestaciones profesionales de Jeanne. El duque lo puso luego al corriente de las intrigas que se tejían en la corte para encontrar al rey una nueva favorita, declarándose decidido a tener, como en el caso de Madame de Châteauroux –y a diferencia de lo ocurrido con la Pompadour–, un papel determinante en la elección. Al escucharlo, Du Barry fue fulminado por una intuición: L’Ange era la amante que había que ofrecer a Luis XV; era ella la carta ganadora que le permitiría «jugarse el todo por el todo», pero solamente Richelieu podía ayudarle a realizar el proyecto.

«El mariscal», leemos en la biografía del duque, anónimamente publicada después de su muerte, «contó veinte veces que en aquella cena se había divertido mucho con todas las locuras de Du Barry y que le había dicho en broma: “Y ahora, ve a ver a Le Bel; a lo mejor, a través de él, tu favorita obtiene por un día los honores del Louvre”». Du Barry no se lo hizo repetir dos veces y, a fuerza de insistir, logró convencer al omnipotente *valet de chambre* de Luis XV que situara a Jeanne bien a la vista en el recorrido del soberano en Versailles. Le Bel corría un gran riesgo, ya que contravenía la férrea norma de excluir a las cortesanas de profesión. Según parece, ayudaron a hacer capitular al viejo sirviente una entrevista con la directa interesada y una demostración práctica de sus capacidades.

Todo fue como estaba previsto: el rey reparó en Jeanne y, enterado por Le Bel de que se trataba de una joven que había contraído un matrimonio blanco, pidió conocerla. En perfecta sintonía con los cánones estéticos de la época, la excepcional belleza de la joven debió de causarle una enorme impresión: «Es alta, bien constituida, de un rubio encantador», leemos en las notas del príncipe de Ligne, «tiene la frente alta, hermosos ojos, cejas armoniosas, rostro ovalado, con pequeños hoyuelos en las mejillas que la hacen provocativa como ninguna otra; la boca pronta a la risa, la piel fina, un pecho que confunde a todos los demás, sugiriendo a muchas evitar la comparación». Pero para el soberano la revelación tuvo lugar en el momento de su primera cita: siguiendo las instrucciones recibidas por Du Barry, L’Ange no se dejó intimidar por su regio cliente y se comportó con la descarada seguridad de una profesional del eros, decidida a valerse de todos los secretos del oficio, empezando por su célebre *baptême d’ambre* (la costumbre de perfumarse el sexo), que nunca dejaba de causar impresión.

A pesar de su larga práctica amatoria, Luis XV nunca había tenido relación con una auténtica cortesana; ni las damas del gran mundo, prontas a su pudor, ni las jóvenes inquilinas del *Parc-aux-cerfs*, por lo general en su primera experiencia, le

habían procurado jamás sensaciones semejantes a las que experimentaba, en el umbral de la vejez, con la recién llegada. «Con una sinceridad de la que otros no hubieran sido capaces», el duque de Noailles, a quien había confiado su extático estupor, le respondió: «Su Majestad nunca ha estado en un burdel». Esto, sin embargo, no cambiaba las cosas: Luis había encontrado en Jeanne «una mujer que poseía el arte de reanimar sus deseos, y se vio transportar a un mundo desconocido».

Cuando, para gran consternación de Le Bel, lo que hubiera debido ser un encuentro sin futuro se transformó en una relación estable, el sirviente se vio obligado a informar a Luis XV de la verdadera identidad de L'Ange. El soberano no quiso atenerse a razones: el pasado de la muchacha no le interesaba y para hacerla respetable bastaba buscarle un marido de acomodo. Como no podía proponerse a sí mismo, Du Barry presentó de inmediato como candidato a un hermano soltero que, el 23 de julio de 1768, a cambio de una pingüe recompensa, condujo al altar a Jeanne para regresar acto seguido a Languedoc. Ese mismo otoño, el rey instaló a la joven, que ahora había asumido el título de condesa Du Barry, en Versalles, en el apartamento que había dejado libre Le Bel: el *valet de chambre* había muerto de una crisis hepática, al decir de muchos por no haber conseguido impedir que su amo se expusiera al ludibrio.

En realidad, el escándalo no hubiera sido tan vulgar si el ministro en el cual el rey había puesto su confianza durante tantos años no se hubiese prodigado para hacer que así fuera. Desde un principio, en efecto, el duque de Choiseul mostró a Madame du Barry una hostilidad implacable y, aprovechándose del poder que su cargo le confería, pidió a la policía que indagase las faltas de L'Ange y de su protector para luego apresurarse a hacerlas de dominio público. No fue sólo Madame du Deffand, amiga íntima de Choiseul, la que habló de Madame du Barry como «una ninfa procedente de los más famosos monasterios de Citerea y Afrodita»: *cour* y *ville* iban a la par en la inagotable riqueza de pormenores acerca de las gestas verdaderas o supuestas de L'Ange.

También azuzó al duque de Choiseul contra la favorita la hermana de aquél, la arrogante y autoritaria duquesa de Gramont, que desde la muerte de Madame de Pompadour nutría la esperanza de suceder a la marquesa como amante oficial del rey: la aparición de la Du Barry venía, pues, a estorbar peligrosamente sus proyectos. Cegada por el odio, Madame de Gramont incitó a su hermano a presentar batalla a la intrusa, apoyada en este caso tanto por la amante como por la esposa del duque. Unía a las tres mujeres, que no obstante se aborrecían, la convicción de que la negativa a transigir con L'Ange aumentaría la gloria del ministro. Éste, por su parte, tenía la oportunidad de desafiar la autoridad del monarca en nombre del honor aristocrático y, al mismo tiempo, hacer gala de una indignación moral en realidad muy poco congruente con su conducta: ¿no era él

mismo un libertino impenitente que, como destacaban sus enemigos, se había servido del favor de otra «puta» real para hacer carrera, y cuyo apego a su hermana era considerado de naturaleza incestuosa?

La campaña denigratoria del clan Choiseul tenía como objetivo obligar al rey a tomar conciencia de la abyección de su amante e inducirlo a desembarazarse de ella apoyándose en su sentimiento de vergüenza. Pero, obnubilado por la presunción de ser indispensable al soberano, el duque dio prueba de tener mala memoria: los métodos a los que recurrió, de hecho, eran los mismos usados en su momento por el conde de Maurepas contra Madame de Pompadour y, si bien las acusaciones contra la Du Barry eran mucho más graves, también fue esta vez el ministro el que perdió la partida. Los ataques contra la joven tuvieron como primera consecuencia dar por sentada su presencia en Versalles y empujar al rey a acudir en su ayuda. Luis detestaba tener que dar explicaciones, pero en el caso de L'Ange fue claro: «Es bella, me gusta y eso basta; cuando yo quiera estarán todos a sus pies», escribió a Choiseul. La advertencia era explícita, pero el duque se permitió no tenerla en cuenta.

El paso siguiente fue la presentación de Madame du Barry en la corte: la indignación que había suscitado, veinticuatro años antes, la llegada de una favorita burguesa a Versalles no fue nada en comparación con el espanto de la nobleza francesa, obligada a acoger entre sus filas a una prostituta. Hasta el final, la cábala organizada por Choiseul trató de impedir esta suprema degradación, pero, al cabo de un año de euforia erótica, el rey no podía prescindir de Jeanne y quería tenerla a su lado en cada momento del día. Du Barry dio una vez más prueba de inventiva, sacando a relucir prestigiosos testimonios de nobleza, y Richelieu logró descubrir una vieja condesa en decadencia dispuesta a hacer de madrina a cambio de dinero. Finalmente, tras muchos aplazamientos, el 22 de abril de 1769 llegó el gran día. Ninguna de las grandes damas de la corte estaba presente, pero el palacio rebosaba de gente incrédula, el rey estaba visiblemente nervioso y la ceremonia estuvo a punto de ser aplazada por enésima vez. La favorita llegó con enorme retraso para permitir que el célebre peluquero Legros terminara su peinado. Ella sabía que el único reconocimiento al que podía aspirar era el de la belleza, y en el momento de exhibirse ante una multitud malévola había decidido no escatimar los efectos. Su aparición dejó a todo el mundo sin respiración: espléndida en el traje de ceremonia que le había sugerido Richelieu, con un extraordinario peinado de rizos naturales en forma de pirámide y adornos de encaje, plumas y flores frescas, y luciendo los diamantes de la corona, la joven condesa superó con la máxima naturalidad las etapas de un complejo ceremonial que requería días y días de preparación. La prueba más difícil eran las tres inclinaciones de despedida que había que realizar andando hacia atrás, con el riesgo de tropezar con la pesada cola del traje de corte:

L'Ange salió del paso a la perfección, apartando la falda con un solo y resuelto taconazo, como si no hubiese hecho otra cosa en su vida.

Pero ni siquiera su nueva posición como amante oficial del rey puso a Madame du Barry al abrigo de las provocaciones insultantes del clan Choiseul; a largo plazo la joven, aunque sólo deseara gozar de la increíble fortuna que le había tocado en suerte, tuvo que reaccionar. Aun careciendo por completo de ambiciones políticas, fue inevitable que L'Ange se convirtiera, en virtud de la propia hostilidad que le demostraba Choiseul, en el punto de referencia de los enemigos del duque: desde el mariscal Richelieu, que esperaba acceder por fin, gracias a ella, al gabinete del Consejo, hasta el duque de Aiguillon y hasta el propio partido devoto, que no hallaba inconveniente en servirse de una pecadora pública para vengarse del ministro que había expulsado a los jesuitas del país. Y si en la decisión sobre la suerte de Choiseul pesaron además razones esencialmente políticas (por una parte, el duque apoyaba en secreto la oposición parlamentaria con vistas a una reforma de la monarquía según el modelo inglés; por otra, quería lanzar a Francia a otra guerra contra Inglaterra), su comportamiento insolente para con Madame du Barry –y de rechazo para con el rey– contribuyó indudablemente a debilitar su posición y a alienarle el favor de Luis XV. La orden de exilio que lo sorprendió en vísperas de la Navidad de 1770 le permitió, con todo, desafiar por vez postrera la autoridad real, transformando su desgracia en un auténtico triunfo. El 26 de diciembre, la circulación en la capital era bloqueada por las interminables filas de carrozas que se dirigían al palacete de Choiseul; y no fue sólo la alta sociedad parisiense la que quiso testimoniar su solidaridad al ministro caído: miles de personas se apostaron, en señal de homenaje, a lo largo de la carretera que el duque había de recorrer para llegar a su propiedad de Chanteloup. Era preciso remontarse muy atrás en el tiempo, al 30 de octubre de 1632, el día en que en Toulouse, por orden del cardenal Richelieu, el hacha del verdugo se abatió sobre el duque de Montmorency, culpable de haberse rebelado contra la tiranía del cardenal ministro, para encontrar una manifestación de indignación general y de hostilidad al gobierno comparable con la provocada por la noticia del exilio de Choiseul. Una decisión, sostenían públicamente los amigos del ministro exiliado, dictada por el simple capricho de una ramera.

Desde su instalación en Versalles, Madame de Barry se convirtió en el blanco preferido de todos los que tenían cuentas pendientes con la política de Luis XV. La relación del rey con una mujer de mala vida, que reunía en sí los vicios típicos de su profesión, como la lujuria, la avidez, la vulgaridad y la ignorancia, ¿no era la prueba evidente del cinismo y de la corrupción del Bienamado? Y la degradación moral del soberano ¿no era un reflejo de la que afectaba a la propia monarquía?

Son éstas las interrogantes, o, mejor dicho, las acusaciones formuladas por las

Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry, segundo clasificado entre los libros prohibidos, los cuales, ante las mismas narices de censores y policía, circulaban alegremente «*sous le manteau*» en la Francia del siglo XVIII. Anónimamente publicadas en 1775, las *Anecdotes* constituyen el resumen de todo lo dicho y escrito en el transcurso de los años contra la favorita y, uniendo pornografía y política, conquistaron un amplísimo público.

Durante siglos, los franceses estuvieron orgullosos de las proezas amorosas de sus soberanos. La opinión popular podría desencadenarse contra esta o aquella favorita, pero, como ha escrito Robert Darnton, «ocuparse de la sexualidad del rey no era una cosa en sí subversiva. Las amantes de Francisco I, Enrique IV y Luis XIV (salvo Madame de Maintenon) eran acogidas como conquistas, casi como trofeos de guerra. Demostraban la virilidad del soberano, al que procuraban una noble actividad deportiva, siendo ellas mismas aristócratas, damas nobles, del tipo de las elogiadas en la época de los trovadores». En el siglo de las Luces, sin embargo, las cosas habían cambiado. Desde que, en las *Cartas persas*, Montesquieu se sirvió de la novela del serrallo para ilustrar el despotismo asiático, el sexo había pasado a ser una metáfora política a la moda, y la literatura clandestina del escándalo recurriría a él cada vez con más frecuencia para acusar a Luis XV. Desde el comienzo de su carrera amorosa, sus exigencias eróticas fueron denunciadas como prueba no ya de vigor sino de debilidad. Como los sultanes asiáticos, el Rey Cristianísimo se dejaba dominar por las pasiones, descuidaba sus responsabilidades, delegaba el ejercicio del poder en personas indignas y, abandonando toda decencia, se dotaba incluso, con el *Parc-aux-cerfs*, de un auténtico serrallo. El deslizamiento progresivo de su estilo de gobierno desde el absolutismo monárquico hasta el «despotismo ministerial» hallaba su correspondencia en la progresiva caída de sus elecciones femeninas: de la arrogancia aristocrática de las Mailly-Nesle, el rey había pasado a la pretenciosidad burguesa de la Poisson, para luego precipitarse, tras la larga fila de *petites maîtresses*, en los brazos de una prostituta salida de la hez del pueblo.

A través de las gestas sexuales de su antiheroína, entre chismorreos y coplillas, las *Anecdotes* eran portadoras de un mensaje de inaudita violencia, que atacaba los fundamentos mismos de la legitimidad de la monarquía borbónica. La desacralización del rey alcanzaba su cima en una parodia del *Padrenuestro*: «Padre nuestro que estás en Versalles. Maldito sea tu nombre. Destruído sea tu reino. No se haga más tu voluntad, ni en el cielo ni en la tierra. Devuélvenos nuestro pan de cada día, que nos has robado...». El viejo rey depravado, impotente, cornudo, convertido en el hazmerreír de la Du Barry, ya no podía ser considerado por los franceses «como un padre ni como una figura divina. Había perdido ya hasta los últimos residuos de legitimidad».

Con todo, en el período siguiente al exilio de Choiseul, lejos de abdicar de sus

responsabilidades de soberano, Luis XV gobernaría Francia con insólita energía, variando radicalmente la política seguida en los dos decenios anteriores. El canciller Maupeou dio un auténtico golpe de Estado suprimiendo los Parlamentos y sentando las bases de un nuevo sistema judicial; el ministro de Hacienda –el abad Terray– inauguró una línea dura de rigor fiscal y administrativo, mientras que el ministro de Exteriores –el duque de Aiguillon– cultivó una decidida política de paz. En conjunto, era un programa coherente de reformas, jamás emprendido con anterioridad durante el reinado del soberano y que hubiera podido tener resultados beneficiosos para la monarquía francesa si la muerte de Luis XV no le hubiese puesto fin demasiado pronto.

En cuanto a Madame du Barry, los testimonios de quienes la conocieron o recogieron informaciones directas sobre ella coinciden en describirla como una persona encantadora: desde el príncipe de Ligne hasta Talleyrand, desde el marqués de Belleval hasta el conde Dufort de Cheverny, desde Sénac de Meilhan hasta Madame Vigée Le Brun, todos destacan su generosidad, su amabilidad y su gran bondad. La «vida infame» que le fue impuesta por Du Barry no la envileció ni la tornó áspera, y su capacidad de amar sobrevivió a lo desagradable del oficio. Todos reconocen a esta hija del pueblo una preferencia natural y unas maneras aristocráticas en perfecta armonía con su belleza delicada. Extremadamente ilustrativo a este respecto es el parangón trazado por Talleyrand en sus *Mémoires* con la que la había precedido en el papel de favorita: «Aunque había crecido y vivido en la sociedad financiera de París, que era en aquellos tiempos muy diferente, Madame de Pompadour no poseía buenos modales y tenía un modo de hablar vulgar que no había logrado corregir ni siquiera en Versalles. Era completamente distinta de Madame du Barry, que, menos bien educada, había conseguido hablar una lengua bastante pura [...] le gustaba hablar y había aprendido el arte de narrar con vivacidad». Desde luego, no podemos saber cuál era el vocabulario del que L'Ange se servía en la intimidad con su amante ni si de verdad, como denunciaban las crónicas escandalosas, el soberano gustaba de «encanallarse» con ella, pero en público la favorita hablaba siempre con él y de él con infinito respeto.

Desde que se convirtió en *maîtresse en titre* [amante oficial], la única debilidad de la condesa que pudiese objetivamente ser blanco de las críticas era su pasión por el lujo: ese amor por los vestidos, las joyas y las bellas casas que, como a la Manon Lescaut del abate Prévost, la había llevado a venderse sin remordimientos a hombres ricos capaces de garantizarle un tren de vida conforme a sus aspiraciones y que ahora podía satisfacer plenamente. Y el soberano, el cual en el pasado nunca había brillado por la generosidad para con sus favoritas, se mostraba dispuesto a meter la mano hasta el fondo en las cajas del erario para atender los deseos de su amada.

Por otra parte, en los últimos años de su reinado, Luis XV se basaría en el fasto y la magnificencia como estrategia política, respondiendo con una imagen triunfal de la monarquía al descontento suscitado por sus reformas. Los festejos organizados con ocasión del matrimonio de sus tres nietos –el del delfín con María Antonieta de Austria en 1770, el del conde de Provenza en 1771 y el del conde de Artois en 1773– devolverían Versalles a los antiguos esplendores del Rey Sol. Y en aquellas grandiosas teatralizaciones de la realeza el soberano quería que precisamente la favorita, que tan duras críticas le valía, ostentase sin discusión el récord de la belleza y la elegancia.

Madame du Barry demostró estar a la altura de las expectativas del rey, revelando que poseía un gusto seguro y un indudable sentido estético. Y gracias a la calidad de sus opciones, las inmensas sumas de dinero gastadas por ella no se volatilizarían sin dejar huella, sino que darían impulso a uno de los momentos de gracia del arte francés del siglo XVIII, el denominado estilo «Du Barry»: un estilo ecléctico, fiel espejo de la trayectoria de L'Ange, «excepcional justo porque se sitúa en el entrecruzamiento de diversos ambientes. Era el arte de la corte y de la ciudad al servicio del amor venal».

En el plano de la moda femenina, la condesa fue una innovadora y se fundó en una sabia sencillez. Como bien podía hacer gracias a su perfección física, que no tenía necesidad de expedientes para ser realzada, recogía al desgaire sus espléndidos rizos rubios, eliminó toda forma de maquillaje y colorete, abandonó los corsés, las ballenas y la amplitud desmesurada del miriñaque de los vestidos de aparato, dando preferencia a las líneas mórbidas y fluctuantes que destacaban las formas naturales del cuerpo. Adoraba las sedas claras, bordadas con flores, y fue ella la que lanzó la moda de las rayas, tan típica de la época, para después pasar, una vez abandonada la corte, a los tejidos de algodón y muselina blanca. Jeanne anticipó, en suma, aproximadamente en una década el ideal de belleza femenina, natural y refinada, sensual e inocente, que encontrará en Madame Vigée Le Brun su máxima intérprete. No es casual que la pintora la retratara lo menos tres veces, haciéndole justicia en sus *Mémoires*.

En los cinco años que pasó en Versalles, Madame du Barry no tuvo tiempo de influir, como Madame de Pompadour, en la evolución del gusto, pero sí animó con su mecenazgo las diversas formas de creación artística contemporánea, de la arquitectura a la pintura y la escultura, de la ebanistería a la porcelana, la decoración de interiores y las artesanías de lujo. La condesa no se limitó, sin embargo, a acumular lo mejor que producían los artistas de fama, y supo mostrarse audaz defensora de lo nuevo. Lo demostraría en su bella propiedad de Louveciennes, recibida en usufructo del rey, confiando el proyecto del pabellón del parque no ya al célebre Gabriel, sino a un arquitecto menos conocido, de treinta y tres años de edad, Claude-Nicolas Ledoux, quien ideó un maravilloso pabellón con

un peristilo a tres columnas que anunciaba el arte neoclásico. Este pabellón, «obra maestra del espíritu nuevo a la que los principales artistas de su tiempo podrán aportar lo mejor de sí mismos [...] será una especie de “templo del amor”, destinado no a vivir, sino a acoger al rey más refinado del mundo; es uno de los más bellos caprichos campestres de la época, un “santuario de la voluptuosidad”, como observa Pidansat de Mairobert».

Juzgando de un gusto superado, «a la Boucher», las pinturas ejecutadas por Fragonard para el pabellón, Madame du Barry decidió reemplazarlas encargando a Joseph-Marie Vien, un apóstol del retorno a la Antigüedad, unas composiciones de un estilo más académico. Actualmente en la Frick Collection de Nueva York, los cuatro grandes paneles de Fragonard muestran cómo a veces el amor a la modernidad impone sacrificios crueles.

Sin embargo, no fue en Louveciennes sino en el Petit-Trianon –la espléndida construcción de Gabriel que Madame de Pompadour quiso erigir en el parque de Versalles– donde L’Ange acabó su carrera como favorita. Era allí donde la pareja gustaba de encontrarse en la intimidad, dejando tras de sí, aunque sólo fuese por unas horas, las limitaciones de la vida de corte, y fue allí donde, el 27 de abril de 1774, Luis XV se sintió enfermo. Llevado a toda prisa al palacio, los médicos se hicieron cargo de él y lo pusieron bajo estrecha observación; el soberano pareció reponerse, pero el 29 su estado se agravó y aparecieron los primeros síntomas de la viruela. Velado de día por sus hijas y de noche por su amante, se mantuvo al rey en la ignorancia de la naturaleza de su mal, por temor a que el descubrimiento de la gravedad del peligro que lo amenazaba pudiese acelerar su fin. El duque de Richelieu prestó al soberano su último servicio como primer gentilhomme de cámara, tratando de protegerlo de los «horrores del aparato» religioso. Por tres veces se opuso el viejo libertino al arzobispo de París, impidiéndole acercarse al lecho del enfermo. «Si tenéis tantas ganas de confesar», le dijo en tono desafiante, «venid a un rincón. Os aseguro que mi confesión nos os divertirá menos que la del rey». Entretanto, fuera del aposento del monarca moribundo, aguardando con angustia los partes de los médicos, la corte inquieta, dividida en facciones, se iba distanciando de la favorita.

El 4 de mayo, al verse las manos cubiertas de pústulas, Luis XV comprendió que tenía la viruela y por la tarde se despidió de su amante: «Ahora que estoy al corriente de mi estado», le dijo, «es preciso que no se repita el escándalo de Metz. Si hubiese sabido lo que ahora sé, no os hubiera hecho entrar. Ahora debo dedicarme solamente a Dios y a mi pueblo. Mañana, por tanto, os retiraréis. Decid a D’Aiguillon que venga a verme a las diez». Al día siguiente, por orden del rey, L’Ange abandonó para siempre Versalles y marchó a Rueil, el castillo del duque de Aiguillon. Cuando decidió enviar a su amante a lugar seguro, a una casa amiga, Luis XV no había tenido en cuenta la intransigencia de la Iglesia y la dureza de

corazón de su propia familia. Entre las condiciones que se le impusieron para obtener la absolución de sus pecados y para reconciliarse con aquel Dios cuya misericordia nunca había dejado de esperar, figuraba, en efecto, la de hacer encerrar a la favorita en un convento. Dos días después de su muerte, el 12 de mayo, una *lettre de cachet* [carta con sello real con orden de prisión] firmada por Luis XVI confinó a Madame du Barry en el monasterio de Pont-aux-Dames, a muchas millas de París, con la orden de no tener ningún contacto con el mundo exterior. María Antonieta, que desde su llegada a Francia había experimentado hacia ella una aversión insuperable, se apresuró a comunicar la noticia a su madre: «¡El rey se ha limitado a mandar a esa criatura a un convento y a expulsar de la corte a todo el que lleve ese escandaloso nombre!». La joven reina no podía imaginar qué amenazas encerraba para ella aquella palabra ni que, unos años después, sería ella la piedra de escándalo.

Apartada en una celda de un lúgubre edificio en ruinas donde era tratada como una criminal, Madame du Barry reveló toda su fuerza de carácter. Después de haberse mostrado generosa y benigna en el triunfo, después de haber desafiado a la muerte cuidando al rey enfermo, L'Ange hizo frente a la desgracia con dignidad y valentía. Tras un primer momento de desánimo, se adaptó a la vida conventual, buscando consuelo en las prácticas religiosas y se hizo querer de las monjas.

Pero la brutalidad del trato que se le dispensaba –aunque dictado por motivos de discreción– suscitó la indignación en los amigos que no la habían olvidado. Y sería uno de los más grandes señores de la época, el príncipe de Ligne, que le profesaba amistad y admiración, quien intercediera por ella ante María Antonieta. «De buena embajada os habéis hecho cargo», observó Luis XVI, informado de su iniciativa; el príncipe respondió que no había tenido más remedio, «puesto que nadie más había tenido el valor de hacerlo».

En la primavera de 1775 se autorizó a Madame du Barry a dejar el convento con la condición de residir a no menos de diez millas de Versalles y de París; sólo en el otoño del año siguiente Luis XVI le devolvió la plena libertad y le reconoció el derecho de seguir en posesión de sus bienes y de sus joyas y continuar gozando de sus rentas vitalicias.

Asentada definitivamente en su amado Louveciennes, ya dueña de sí misma, la antigua favorita empezó una nueva vida. Con sólo treinta y tres años de edad, riquísima y más bella que nunca, la condesa se guardó bien de buscarse un marido y escogió la independencia. Después de haber encarnado con gracia exquisita la esencia del espíritu libertino, L'Ange descubrió los goces de la naturaleza y se convirtió en discípula de Jean-Jacques Rousseau: se vestía con la mayor sencillez, pasaba mucho tiempo al aire libre, en su gran parque a la inglesa; participaba en la vida del pueblo, socorría a los pobres y subvenía a las necesidades de la pequeña comunidad como una auténtica filántropa. El amor a la sencillez no le impedía, sin

embargo, disfrutar de los cuadros, las estatuas, los muebles y los objetos preciosos que había acumulado durante los años de su favor, así como seguir embelleciendo su propiedad y haciendo todavía más espléndido su célebre pabellón. Por otro lado, la ruptura con la corte no la había aislado del mundo; su *retraite* estaba poblada de viejos y nuevos amigos, y Louveciennes se había transformado prontamente en meta de peregrinación para muchos extranjeros ilustres en viaje a París. Hasta el emperador José II, que en 1777 acudió a visitar a María Antonieta, quiso, con gran disgusto de su hermana, ir a conocer a la antigua favorita. Y cuando la condesa manifestó sentirse confusa por «aquel exceso de honor», el emperador le respondió con galantería que «la belleza es siempre reina». Gracias a la distancia, hasta la execración que le había jurado Versalles adquirió su verdadero significado. Cuenta Chamfort, muchos años después de la muerte de Luis XV, que Madame de Beauveau, antigua amante del duque de Choiseul y una de las enemigas más acérrimas de Madame du Barry, al expresarle ésta sus reproches por el odio que le había profesado, le respondió que no tenía que ver con ella sino con el puesto que ocupaba. Y, como también el amor conservaba sus derechos, fue con el robusto y galante duque de Brissac, ardiente admirador suyo desde tiempo atrás, con quien, al final, estableció una larga y feliz relación.

La utopía campestre de Louveciennes no podía, sin embargo, resistir la violencia de la Historia. Al estallar la Revolución, Madame du Barry, con la generosidad que la caracterizaba, se prodigó para ayudar a sus amigos en dificultades, escondiendo en su castillo a los perseguidos y ofreciendo sus servicios a aquella familia real que tan duramente la había tratado. A pesar de todo, la condesa se sentía todavía segura en Louveciennes, protegida como estaba por el amor y la gratitud de su pequeña aldea; pero la pasión por las joyas, la más antigua y tal vez la más fuerte de su vida, acabaría por traicionarla.

A comienzos de enero de 1791 sufrió el robo de sus célebres diamantes, que al mes siguiente la policía inglesa encontró en Londres. Para recuperarlos, se vio obligada a ir varias veces a Inglaterra y sus repetidos viajes a un país enemigo la hicieron sospechosa a los ojos de las autoridades revolucionarias. En febrero de 1793, la condesa se hallaba en Londres cuando tuvo noticia de que su castillo había sido embargado. Quedarse en Inglaterra, como todos le aconsejaban, hubiera significado ser inscrita en la lista de los emigrados, con la automática confiscación de sus bienes, y Jeanne no tenía intención alguna de renunciar a Louveciennes. Así, a finales de marzo decidió regresar a Francia, donde los amigos del pueblo se aplicaron a tejer en torno suyo una red cada vez más apretada y amenazadora de calumnias y sospechas.

El 21 de septiembre de 1793 le llegó una orden de detención y fue encerrada en la prisión de Sainte-Pélagie; el 19 de noviembre fue conducida al Palacio de Justicia y compareció por primera vez ante el Tribunal revolucionario; el 4 de diciembre

fue trasladada a la Conciergerie y comenzó el proceso. Fueron testigos de la acusación los ingratos habitantes de Louveciennes y algunos de los sirvientes a los que había cubierto de beneficios. Se encarnizó especialmente contra ella Zamet, el criado negro que, habiendo entrado a su servicio siendo un niño, adornado con joyas y plumas y vestido de sedas preciosas, fue su paje en los años del triunfo en Versalles. Pero fue todo su pasado el que retornó implacable en la requisitoria de Fouquier-Tinville: «La infame conspiradora que se halla ante vosotros podría, en la opulencia adquirida merced a sus vicios, vivir en el seno de una patria que parecía haber enterrado, con el tirano del que fue digna compañera, el recuerdo de su prostitución y del escándalo de su ascenso social. Pero a sus ojos la libertad del pueblo fue un crimen [...] Al golpear a una Mesalina culpable de conspiración contra la patria, no sólo vengaréis a la República por sus ofensas, sino que arrancaréis de raíz un escándalo público y afirmaréis el dominio de la moral».

Condenada a ser guillotina, Madame du Barry fue sometida «a la postrera y más cruel tortura», a la de la esperanza. La mañana de la ejecución, los jueces le sugirieron la posibilidad de la gracia si se mostraba dispuesta a decir dónde se encontraban sus joyas. Por espacio de tres horas, la desdichada enumeró los infinitos escondrijos en los que había ocultado sus tesoros y, cuando la hicieron subir a la carroza de los condenados, que seguía allí aguardándola, creyó que se trataba de un error.

L'Ange había demostrado, durante la enfermedad de Luis XV, que no temía a la muerte, pero, a su juicio, aquella a la cual se la condenaba era insensata, injusta y cruel. Hija del pueblo, nunca supo lo que era el orgullo aristocrático y hasta el final, en la carreta y delante de la guillotina, lloró, gritó y apeló a los sentimientos de la muchedumbre: ¿una última prueba de su indignidad o simplemente el legítimo deseo de vivir que hace iguales a todos los seres humanos?

Dejemos la última palabra a Madame Vigée Le Brun, otra hija del Tercer Estado, que conoció a la Du Barry y también el drama de la Revolución: «Entre las muchas mujeres que vi perecer en aquellos terribles días, ella fue la única que no logró sostener con firmeza la vista del patíbulo; clamó, imploró la gracia de la multitud horrenda que la rodeaba, y aquella multitud se conmovió hasta el extremo de que el verdugo se apresuró a concluir el suplicio. En parte a causa de esto, estoy cada vez más convencida de que, si las víctimas de aquel tiempo de execrable memoria no hubiesen tenido el noble orgullo de morir con valor, el terror hubiera cesado mucho antes».

María Antonieta

La reina mártir

La mañana del 16 de octubre de 1793, mientras la carreta de los condenados, atravesando lentamente la multitud, transportaba a la viuda Capeto, con las manos atadas a la espalda, desde la prisión de la Conciergerie hasta la Plaza de la Guillotina, Louis David, asomado a la ventana de una casa desde la que se dominaba el recorrido, fijaba en el papel la última imagen de la que había sido reina de Francia. Pero ¿quién hubiera podido distinguir en aquel perfil de mujer, adusto y sin edad, con una cofia que no cubría el destrozo que acababan de perpetrar las tijeras del verdugo en una cabellera antaño legendaria, y el labio inferior saliente, curvado en una mueca de desprecio, a la radiante archiduquesa austríaca que había llegado ventitrés años antes a Versalles para «hacer la felicidad de Francia»?

Entre estas dos imágenes se extiende la existencia entera de María Antonieta. Desde hace dos siglos, historiadores y biógrafos no han cesado de interrogarse sobre ella, aun cuando, como sucede a menudo cuando se trata de la Revolución francesa, han preferido en su mayoría las inmutables certidumbres propias de la elección de bando a las sorpresas de una indagación que trate de ser imparcial.

Durante todo el siglo XIX, los juicios sobre María Antonieta estuvieron fuertemente condicionados por dos estereotipos contrarios: el creado por la Restauración, que la idealizó como una reina mártir, ocultando tras un velo de pudor y respeto todo cuanto pudiera resultar contradictorio con este icono sacro; y el de la soberana indigna, a la que se imputaron responsabilidades gravísimas, construido por la historiografía republicana y antimonárquica. Alguno, como Thomas Jefferson, ha sostenido incluso que sin ella la Revolución no habría tenido lugar. Uno de los primeros en rescatar a María Antonieta de estos esquemas deformantes y en reconocerle el derecho a ser ella misma fue un escritor de su país de origen, el novelista austríaco Stefan Zweig. Publicada en Viena en 1932, su biografía, la más apasionante que se ha escrito jamás de la desventurada reina, no sólo contribuyó a renovar radicalmente el interés por María Antonieta sino que ha condicionado en buena medida las interpretaciones posteriores. No obstante, el «secreto» de la personalidad de María Antonieta continúa eludiéndonos.

Si Zweig trazó el retrato inolvidable de una joven ni buena ni mala, pero sí frívola y ligera, sin aptitudes especiales y totalmente inadecuada para el papel de soberana, que se convirtió en reina sólo en el momento en que le fue arrebatada la corona, Antonia Fraser y Simone Bertière, autoras de dos monumentales biografías

a ella dedicadas, prefieren hablar de evolución más que de metamorfosis. La biógrafa inglesa presenta la tesis de una lenta maduración de la personalidad de la desdichada soberana, a través de la cual va tomando progresivamente conciencia de sus deberes; para la estudiosa francesa, lo que cambia no es tanto el carácter de María Antonieta como la realidad a la que tiene que hacer frente en los diversos momentos de su vida.

María Antonia Josefa Juana había nacido en Viena el 2 de noviembre de 1755, penúltima de los dieciséis hijos –once mujeres y cinco varones– de María Teresa de Austria, heredera de numerosos tronos de los Habsburgo, y Francisco de Lorena, emperador del Sacro Imperio Romano. Todas las hadas parecían haberse dado cita en torno a su cuna para prodigarle sus dones a manos llenas: a una familia afectuosa y unida y a un árbol genealógico en el que se entrelazaban los nombres de las más grandes dinastías de Europa habían añadido vivacidad, atractivo, gracia y jovialidad, amén de talento para conquistar los corazones. Lo que determinó su destino fue la revolución diplomática a escala europea que los embajadores de su madre estaban concertando con gran secreto, precisamente entonces, con Francia, merced a los buenos oficios de la marquesa de Pompadour. En obediencia a esta nueva política de alianzas, el 21 de abril de 1770 María Antonia abandonó su ciudad natal para casarse con Luis Augusto, delfín de Francia: desde aquel momento sería «Marie Antoinette».

A pesar de la grandiosidad de los festejos, los augurios del matrimonio, celebrado en Versalles el 16 de mayo, no fueron favorables. La que deseaba aquella unión era sobre todo María Teresa, ya que era ella la que, en la guerra de los Siete Años, había sacado provecho del pacto con Francia y ahora deseaba reforzarlo para llevar a cabo sin obstáculos su política hegemónica. Para Francia, por el contrario, la alianza había tenido hasta entonces resultados desastrosos y Luis XV, empujado por su ministro de Exteriores, el duque de Choiseul, se había resignado a llevarlo a efecto sólo a falta de una alternativa mejor. Como era previsible, no fue solamente la corte la que acogió con hostilidad la noticia del matrimonio, sino todo el país; la propia familia real no había olvidado la recomendación hecha por Luis XIV a sus descendientes en el lecho de muerte: que no se aliaran con la casa de Austria. Tampoco hubieran podido ser favorables en ningún caso a una unión patrocinada por Choiseul –reo de haber expulsado a los jesuitas de Francia– las cuatro hijas núbiles de Luis XV, que fueron las primeras que llamaron «la austríaca» a María Antonieta.

Lo que era aún más grave, el propio delfín estaba prevenido contra su esposa, educado por sus padres y luego por su preceptor en el odio a la casa de Austria. Era de desear, naturalmente, que la delfina olvidase cuanto antes sus orígenes y se transformase, como era el preciso deber de una futura reina, en una auténtica francesa, pero no eran éstas las intenciones de María Teresa: para ella, el

matrimonio de María Antonieta representaba un éxito en la medida en que su hija fuera capaz de servir a los intereses de Viena (las cartas de la emperatriz atestiguan la intimidatoria insistencia con que seguiría recordándole la fidelidad que debía a la casa de Austria).

La delfina, además, afrontó la difícil tarea que la aguardaba sin haber sido preparada en modo alguno para ella. Aun con toda su buena voluntad, el abad de Vermond, llegado a Viena en diciembre de 1768 para enseñarle los rudimentos de la cultura francesa, se vio ante una empresa imposible. La archiduquesita era encantadora pero ignorantísima, perezosa, indisciplinada e incapaz hasta de la mínima concentración. Tampoco sus actitudes cambiarían al llegar a Francia, como enseguida tuvo ocasión de constatar su dama de honor, la condesa de Noailles, a quien se encomendó la delicada tarea de iniciar a la delfina en los usos y costumbres de Versalles. María Antonieta le pondría pronto el apodo de *Madame l'Étiquette* y se burlaría constantemente de ella.

Estaba, en fin, el problema del carácter del delfín. Luis debía su posición de heredero al trono a dos desgracias que le habían afectado profundamente: la muerte de su hermano mayor, víctima de la tuberculosis cuando él tenía seis años y medio (y la desesperación de sus padres, que idolatraban a su primogénito, contribuyó a hacerle sentirse culpable por ocupar su lugar) y, tres años después, la de su padre, arrebatado por la misma enfermedad. Por si esto fuera poco, quince meses después desapareció también su madre. Abrumado por el dolor, espantado por las tareas que le esperaban, Luis, que por naturaleza era tímido e inseguro, se replegó aún más en sí mismo. En vez de ayudarlo a abrirse a los demás, su preceptor, el duque de La Vauguyon, un santurrón intrigante, típico ejemplo de Tartufo de corte, se aprovechaba de la esquivez de su discípulo para conservar intacta su influencia sobre él. En el momento de su boda, Luis tenía quince años y medio y su aspecto era el de un adolescente en la culminación de la edad ingrata, que aún no sabía muy bien qué hacer con un cuerpo que de repente se había convertido en un estorbo, gestos torpes y cara mofletuda, a la cual los grandes ojos azules de mirada miope conferían una expresión atónita. Es difícil imaginar que Luis pudiese impresionar a primera vista a su esposa por su prestancia física, pero tampoco sus cualidades morales –la seriedad, la integridad, el amor al estudio, una indudable inteligencia– eran aquellas a las que María Antonieta era sensible por naturaleza.

Ambos sabían, sin embargo, que lo que se les pedía no era que se enamoraran sino que trajeran hijos al mundo. Lo cierto es que ninguno de los dos estaba preparado para ello: el delfín era todavía impúber y el desarrollo de la delfina estaba apenas empezando. A pesar de ello, teniendo en cuenta las implicaciones políticas del matrimonio, en lugar de mantener separados a los esposos, como era lo habitual en estos casos, se prefirió tratar de hacer definitiva la unión. La primera noche de bodas acabó en un rotundo fracaso, pero nadie se preocupó

excesivamente por ello. Toda la responsabilidad de lo que *no* había sucedido recaía sobre el esposo, pero había una amplia casuística que testimoniaba que no todos saben dar prueba de virilidad con una desconocida a la que se ha visto por primera vez unas horas antes. El padre del delfín, por ejemplo, había tardado seis meses en decidirse a hacer suya a una mujer a la que después había amado tiernamente. Había que dar a los dos jóvenes tiempo para conocerse y esperar confiados que la naturaleza siguiera su curso.

No sabemos lo que pensó la delfina de su primer encuentro con su marido, pero lo cierto es que los bailes, los espectáculos y los fuegos artificiales de Versalles la entusiasmaron. El 30 de mayo, sin embargo, cuando fue por primera vez a París para asistir a los nuevos fuegos artificiales con los que la capital quería unirse a las celebraciones, la fiesta se convirtió en tragedia: al menos treinta y cinco personas murieron aplastadas por el gentío. El incidente se interpretó como un signo de mal augurio, y no fue el único. Pocos días antes de que María Antonieta fuese confiada a la delegación francesa que fue a recibirla a la frontera, el joven Goethe, a la sazón de veintiún años de edad, visitó en compañía de otros turistas el lugar en el que iba a desarrollarse la ceremonia. Era un pabellón de madera construido en la Isla de las Especias, en medio del Rin, análogo a los que en otro tiempo había hospedado a la infanta española y a la francesa en el Bidasoa, pero Goethe no pudo contener un grito de horror al darse cuenta de que los tapices que decoraban la sala representaban el mito de Medea: ¿cómo no ver en aquellas imágenes una premonición siniestra para la joven desposada?

Durante los diez primeros años de su vida en Versalles, María Antonieta envió a su madre una carta al mes: María Teresa exigía ser tenida al corriente de sus relaciones con su marido y con los demás miembros de la familia real, de sus ocupaciones, de sus pensamientos más íntimos, además de todas las informaciones que pudieran ser de alguna utilidad para su política exterior. Lo que María Antonieta no sospechaba, sin embargo, era que el conde de Mercy-Argenteau, el afable y paternal embajador austríaco que su madre había puesto a su lado, enteraba puntualmente a la soberana de todo lo que ella intentaba ocultarle: su desinterés por su cónyuge, su impaciencia con el ceremonial, sus tropiezos, su deseo de distraerse, de reír, de bailar, de aplazar todo lo posible las pesadas responsabilidades a las que no cesaban de llamarla. El conde no dejaba tampoco de informar a la emperatriz de los comentarios malévolos que empezaban a circular sobre la delfina.

El ansia pedagógica de María Teresa era proporcional a la aprensión que la irresponsabilidad de su hija despertaba en ella; el comportamiento de María Antonieta hacia Madame du Barry vino pronto a confirmar sus temores. La delfina había adoptado de inmediato hacia la amante de Luis XV una actitud insultante, negándose a dirigirle la palabra, y la condesa se había quejado de ello al rey.

Cuando la emperatriz se enteró de que María Antonieta, sin darse cuenta de la gravedad de su comportamiento y sorda a las advertencias maternas, se había dejado meter irreflexivamente en la guerra que las hijas de Luis XV libraban entre bastidores, en la esperanza de volver a llevar a su padre al camino de la virtud, su cólera fue tremenda: ¿qué insensata locura empujaba a la delfina a hacerse aborrecer por el monarca, a quien todo debía y de quien todo dependía? (María Teresa se abstenía de añadir que también ella necesitaba la benevolencia de Luis XV para proceder, junto con Prusia y Rusia, a la partición de Polonia, ligada a Francia por antiguos lazos de amistad). Las instrucciones de la emperatriz –que en sus Estados hacía azotar a las prostitutas– eran claras: su hija debía amoldarse a los gustos del rey y abstenerse de juicios morales inoportunos.

Por primera vez, a pesar del pánico que su madre le infundía, María Antonieta contravino sus mandatos. Su aversión hacia L'Ange tenía su origen en lo que le habían dicho las tías de su marido –al fin y al cabo, el único punto de referencia familiar que tenía en Versalles– y en la convicción de que la Du Barry era responsable de la desgracia de Choiseul, el artífice de su matrimonio. Y fueron parte a acrecentar su antipatía su educación puritana, su juventud y su inocencia. Pero tanta animosidad ¿no se debía también al hecho de que aquella mujer innoble era infinitamente más hermosa y elegante que ella y que, a diferencia de ella, parecía feliz con el amor que el soberano le demostraba? Y el desprecio, el legítimo desprecio que ella, María Antonieta, una archiduquesa austríaca destinada a convertirse en reina de Francia, experimentaba por aquella criatura inferior, ¿no era un modo de darse valor y volver a hallar una razón de ser que en ocasiones se le escapaba?

La situación se agravó aún más cuando a las presiones de María Teresa se sumaron las de Luis XV y las del delfín. Lo que se le pedía era que pusiera fin a las murmuraciones suscitadas por su comportamiento con un pequeño gesto de cortesía hacia la favorita: bastaría con que, al menos una vez, le dirigiese la palabra en público. Pero esto, para María Antonieta, equivalía a una capitulación humillante a la que el honor le impedía plegarse. Durante siete meses se obstinó en no obedecer, mientras la situación se iba haciendo más tensa. En cada ceremonia, en cada recepción oficial, se esperaba que la delfina diese prueba de buena voluntad, pero esta prueba no llegaba, y Madame du Barry decidió reducir al mínimo imprescindible sus apariciones en público. El 1 de enero de 1772, con ocasión de la ceremonia de las felicitaciones de Año Nuevo, María Antonieta se resignó por fin y, al verse ante la favorita, le dijo: «Hay mucha gente hoy en Versalles». Era lo máximo que estaba dispuesta a conceder. Aquel inaudito capricho había durado siete meses y no fue más que la primera y palmaria demostración de su carácter poco razonable, pero también de su determinación de no apearse de sus decisiones.

A lo que María Antonieta no podía sustraerse era a las visitas conyugales, que fueron reanudadas un año después de la boda. Ambos esposos habían cambiado: cazador apasionado como su abuelo, el delfín se había vuelto muy fuerte y robusto, y María Antonieta parecía mayor y menos frágil; sin embargo, a pesar de reiteradas tentativas, el suyo seguía siendo un matrimonio blanco. María Teresa había traído al mundo dieciséis hijos y había amado apasionadamente a su marido; Luis XV había tenido innumerables amantes y ambos pertenecían a una civilización en la que no producía ningún apuro hablar de problemas fisiológicos. Tanto el uno como el otro, por tanto, afrontaron directamente el problema con los dos directos interesados. Luis XV interrogó a su nieto, el cual le confió que cada vez le hacía desistir del acto sexual una sensación de dolor, pero los médicos que lo examinaron lo encontraron totalmente normal. Por su parte, María Teresa no se cansaba de recomendar a su hija paciencia, amabilidad y docilidad, incitándola a adoptar la costumbre –por lo demás impracticable en Versalles– de compartir el lecho con su marido. En julio de 1773 las relaciones íntimas de la pareja dieron un decidido paso adelante: «Puedo decir a mi querida mamá», escribe en efecto María Antonieta a la emperatriz, «que mis asuntos han progresado mucho y creo que el matrimonio se ha consumado, aunque todavía no estoy encinta», lo cual equivalía a decir que el delfín había conseguido desflorar a su esposa, sin completar sin embargo el acto sexual. Hicieron falta todavía cuatro años y la intervención personal del emperador José II para que el matrimonio pudiese considerarse realmente consumado.

Luis XVI era ya rey desde hacía más de dos años cuando el hermano de María Antonieta se resolvió a ocuparse personalmente de la situación. Se inclinaba a compartir la convicción de su madre, la cual consideraba que la responsabilidad del «fiasco» recaía por completo en su yerno y que éste sufría una ligera imperfección física que se podía resolver con una pequeña intervención quirúrgica. Una intervención a la que las cartas de María Teresa hacían vagas alusiones y que el esposo no estaba dispuesto a afrontar. Pero ¿hasta qué punto todo esto era verdad? El emperador quería conocer la verdad del asunto, y no sólo por razones afectivas. El hermano menor de su cuñado, el conde de Artois, había tenido ya un hijo, asegurando así la continuidad dinástica, y de haberse llegado a saber que Luis XVI no encontraba con las demás mujeres las dificultades que experimentaba con su esposa nada hubiera puesto a María Antonieta a salvo de un repudio y a Austria de la pérdida de un valioso aliado.

En abril de 1777, José II llegó a Francia de incógnito para una estancia de seis semanas. Su encuentro con María Antonieta fue extremadamente cariñoso: a su hermana no le costó nada conquistarlo y, segura de tenerlo de su parte, acabó por confiarse a él en unos términos muy distintos de los que usaba con su madre. También Luis XVI le brindó un excelente recibimiento y le habló con toda franqueza de sus dificultades sexuales. De sus conversaciones con los cónyuges

dedujo que no había ninguna necesidad de una operación, que el rey era completamente normal y que sólo su timidez, su inexperiencia y su miedo, a los que se sumaban las resistencias de su esposa, le impedían superar el umbral de dolor por el que pasaba la iniciación sexual para poder luego llegar al goce. Este dolor era probablemente acentuado por la «estrechez del camino» de la esposa en relación con las características viriles de Luis, pero no se trataba en absoluto de un obstáculo insuperable: su padre había tenido el mismo problema con sus dos mujeres y en ambos casos le costó un tiempo el resolverlo.

El 11 de mayo y el 9 de junio, José II describió los resultados de su investigación a su hermano, el duque Leopoldo de Toscana, en dos cartas notablemente explícitas: «[Luis] tiene erecciones fuertes, de buena capacidad; introduce el miembro, se queda allí un par de minutos sin moverse, se retira sin eyacular nunca, aún en erección, y da las buenas noches [...]. Se conforma con esto, declarando simplemente que lo hace sólo porque es su deber y no experimenta ningún placer. ¡Ah, si hubiera podido estar presente una vez, ya le hubiera hecho yo ver! Habría que azotarlo, para hacerle eyacular de rabia como a los jumentos. Dicho esto, tampoco mi hermana tiene un gran temperamento; menuda pareja de incapaces forman entre los dos».

Si la molesta situación duraba desde hacía tanto tiempo, Luis XVI no era desde luego el único culpable. Ya con anterioridad, Jean-Marie Lassonne, el médico consultado por Luis XV, había atribuido el problema que su nieto tenía con su esposa a «mucha torpeza e inexperiencia por una y otra parte»; José II se daba cuenta perfectamente de que su hermana experimentaba por su marido un sentimiento de extrañeza muy próximo a la aversión. En contraste con lo que escribía a su madre, María Antonieta no se esforzaba lo más mínimo por ser una esposa dulce, paciente y comprensiva, ni se tomaba el menor trabajo para ayudar a su cónyuge a superar sus dificultades.

Con toda probabilidad, y a pesar de la rudeza de su lenguaje, el emperador supo encontrar las palabras justas para convencer a su cuñado y a su hermana de que cambiasen de actitud, puesto que el 30 de agosto, tres meses justos después de su partida, María Antonieta pudo escribir a María Teresa una carta que semeja un grito de triunfo: «La felicidad que experimento estos días es la mayor de mi vida. Hace ya más de una semana que nuestro matrimonio ha sido consumado; la prueba se ha repetido ayer de una manera más completa que la primera vez [...]. No creo estar todavía encinta, pero por lo menos tengo la esperanza de poderlo estar de un momento a otro».

Habían pasado exactamente siete años y tres meses desde el día de su boda: demasiados para no dejar una huella imborrable.

El que los biógrafos modernos, y no sólo la *petite histoire*, se hayan obstinado en dedicar gran atención a la vida íntima de Luis XVI y María Antonieta se debe, en

primer lugar, al hecho de que tenía una enorme importancia a los ojos de sus contemporáneos, amén de tener precisas repercusiones políticas. En una monarquía hereditaria de origen divino como la francesa, la función de un matrimonio real era garantizar la continuidad dinástica y la legitimidad de la descendencia dentro del respeto a la ley sálica y sobre la base de dos presupuestos: la virilidad del rey y la pureza de la reina. El nacimiento de un delfín tenía lugar en público y concernía al país entero. Francia había esperado pacientemente diez años hasta que Catalina de Médicis dio herederos a Enrique II y veinte hasta que Ana de Austria dio a luz al Rey Sol, pero desde entonces los tiempos habían cambiado mucho y la vida sexual de los soberanos se había convertido en un tema candente. Luis XVI era pío y virtuoso, su esposa encantaba a todo el que se acercaba a ella, los dos eran muy jóvenes y la continuidad dinástica estaba asegurada por los hermanos del rey: se podía esperar, por lo tanto, que la violenta campaña de difamación que había acompañado al largo reinado de Luis XV se concluyese con su muerte. Sin embargo, la monarquía no se había dado cuenta aún de que había perdido por el camino el velo de sacralidad que durante siglos había cubierto sus miserias. Por otra parte, la literatura de libelos había dado prueba de ejercer una influencia demasiado fuerte sobre la opinión pública, servía a demasiados intereses y contaba ya con un número de lectores y con un volumen de ventas demasiado relevantes para permanecer inactiva. Así pues, mientras el reinado anterior dejaba tras de sí, con las *Anecdotes sur Madame du Barry*, su sórdida epopeya tenía comienzo otra más trágica. Esta vez el acicate no eran los excesos sexuales del rey, sino su impotencia; no eran las gestas escandalosas de la favorita, sino los vicios secretos de la reina. Y como, a diferencia de la impotencia, los vicios no ponen límites a la imaginación, era inevitable que fuese María Antonieta la protagonista absoluta de la farsa obscena que la acompañaría hasta la guillotina.

Al delfín y la delfina, que desde que Luis XV cayó enfermo habían sido confinados en sus apartamentos para protegerlos del peligro de la viruela, les dio la noticia de la muerte del monarca un fragor que aumentaba de volumen a medida que se aproximaba: era la multitud de cortesanos que llegaban corriendo desde todos los rincones del palacio para rendirles pleitesía. Según una tradición, abrumados por la emoción, Luis Augusto y María Antonieta cayeron de rodillas murmurando: «¡Señor, protégenos; somos demasiado jóvenes!». Tenían respectivamente veinte y diecinueve años y se preparaban para hacer frente a su nueva tarea de modos diametralmente opuestos.

Mientras que Luis XVI trataba de remediar su total falta de experiencia aplicándose con gran seriedad a aprender el oficio de soberano, María Antonieta saboreaba los placeres de la libertad, resuelta a hacer de reina a su manera. A diferencia de su marido, llevaba los estigmas de la realeza, y a su juicio esto bastaba

para legitimar todo gesto suyo. «Poseía algo que en el trono vale más que la belleza perfecta», escribirá el conde de Tilly, que en aquellos años se contaba entre sus pajes, «el porte de una reina de Francia, aun en los momentos en los que más trataba de parecer solamente una mujer hermosa. Tenía unos ojos no bellos pero capaces de adoptar cualquier expresión, y la benevolencia o la aversión se pintaban en su mirada de la manera más extraordinaria; no estoy totalmente seguro de que la nariz fuera la justa para su rostro. La boca era decididamente desagradable; el labio grueso, prominente y en ocasiones caído se ha citado como rasgo noble y característico de su fisonomía, pero sólo le habría servido para representar la cólera y la indignación, y no era ésta la expresión habitual de su belleza; su piel era magnífica, como también sus hombros y su cuello; el pecho era un poco demasiado plano y el busto hubiera podido ser más elegante; manos y brazos tan bellos no he vuelto a ver jamás. Tenía dos maneras de andar, una decidida, un poco apresurada, la otra más mórbida y más ondulante, casi diría acariciadora, aunque no se permitía olvidar el respeto. Nadie ha hecho nunca la reverencia con más gracia, llegando a saludar a diez personas con una sola inclinación y dando a cada uno, con la cabeza y con la mirada, lo que le era debido. En pocas palabras, si no me equivoco, igual que a las demás mujeres se ofrece una silla, a ella *casi* siempre hubiera uno querido acercarle un trono».

Con todo, en el trono quería María Antonieta sentarse lo menos posible; lo que deseaba era disponer de los enormes privilegios que correspondían a una reina para ser una mujer como las demás: «Quería al mismo tiempo la luz y la oscuridad, los honores y la soledad», y en el filo de esta paradoja viviría los años más despreocupados de su vida.

Se divertía como lo hacía la juventud elegante de su época, en compañía de gente de su edad, bromeando, bailando, recitando, cantando, gastando fortunas en la mesa de juego, paseando al claro de luna. ¿Qué sentido tenía quedarse en Versalles y no ir, como hacían los más grandes señores de Europa, a descubrir París y sus innumerables placeres? Y como París era la capital de la moda, a ella le competía dictar las leyes de aquélla con sus vestidos, sus peinados y sus joyas.

Pero las diversiones no bastaban para llenar la vida, y nadie, en aquellos años setenta que habían traído el triunfo de Rousseau, podía renunciar a ser sentimental. Sola desde hacía demasiado tiempo, sometida a una dura prueba por su experiencia matrimonial, María Antonieta redescubrió las dulzuras de la amistad en su relación simbiótica con la princesa de Lamballe y con la condesa de Polignac. Sin embargo, si la amistad obedecía en ella a los dictados del corazón, su modo de demostrarla era siempre el de una reina, y la lluvia de beneficios, cargos y honores que derramaba sobre las dos favoritas, y especialmente sobre el insaciable clan de los Polignac, no podía dejar de suscitar la indignación de toda la corte. Y como para expandirse la amistad requiere intimidad y espontaneidad, María Antonieta gozaba

de sus alegrías lejos de los grandes salones de ceremonia, en el retiro de sus apartamentos y en el encantador Petit-Trianon, que Luis XVI le había ofrecido como regalo. También María Leszczyńska había planteado la misma exigencia, pero la había manifestado con una discreción y una moderación que a la joven reina le eran desconocidas. María Antonieta se limitaba a desaparecer cuantas veces le era posible para marchar al Petit-Trianon con unos pocos íntimos, sin que ni siquiera sus damas de compañía pudieran seguirla. Por otra parte, sólo a condición de olvidarse de su papel y de sus funciones podía dedicarse al último juego a la moda, la comedia campestre, disfrazándose de pastorcilla, bebiendo leche recién ordeñada en sublimes porcelanas de Sèvres, gozando de las emociones estéticas de una naturaleza recreada para ella por la mano sabia de los jardineros y por el talento arquitectónico de Mique, en total adhesión no ya al modelo de la *cour* sino al de la *ville*, donde la nobleza francesa sabía hacerse intérprete de la moral, de la sensibilidad y de los gustos de su época. «Aquí», decía, «ya no soy reina, sino yo misma».

Se ha observado que, al optar por vivir como sus súbditos, María Antonieta se adelantaba a los tiempos, es decir, se comportaba como una «princesa moderna». Sin embargo, los valores en los que se inspiraba María Antonieta no eran, desde luego, los valores democráticos sobre los que modelarían su conducta las reinas de los siglos posteriores. Y, sea como fuere, no era eso lo que le pedían sus súbditos. La monarquía francesa del Antiguo Régimen exigía a sus soberanas que fuesen esposas fieles, reservadas, inaccesibles, conscientes del significado simbólico de cada mínimo gesto, y que no se dejaran ver solas, en los teatros y lugares de reunión, mezcladas con la muchedumbre como mujeres corrientes. Si debían ser bellas, elegantes, sonrientes y amables era sólo en función del espectáculo atemporal de la realeza, no de sus aspiraciones privadas.

En vez de dedicarse a mantener viva a una corte esclerotizada y dividida en múltiples camarillas; en vez de comprender que la etiqueta, por muy opresora, arcaica y extravagante que fuese, no era una vana apariencia desprovista de todo significado, sino que constituía el único modo de obtener respeto, dando a cada uno lo que le correspondía, empezando por el soberano, María Antonieta debilitó aún más el complejo equilibrio sobre el que se sostenía Versalles. Desdeñaba captarse a los príncipes de la sangre, indispensables apoyos del trono, y mortificaba el orgullo de algunas de las familias más poderosas de Francia, los Noailles, los Rohan, transformándolas en enemigos implacables de la corona. «Con su desprecio se alienó a los grandes nombres, haciendo huir de París o afluir a provincias a la vieja aristocracia [...]. Su círculo privado creó un espacio cerrado, mientras que una corte, el escenario por excelencia, tendría que ser lugar de apertura, emulación y promoción. ¿De qué servía estar en Versalles si no se podía *hacer la corte* a los

soberanos?» Por todo ello, no debe sorprender el que Versailles decidiese volverle la espalda.

Pero la autoridad misma del rey quedaba puesta en entredicho por el atolondrado comportamiento de María Antonieta. Convencida de que era más inteligente que su marido y que podía torearlo como quisiera (cosa que, por lo demás, la corte de Viena siempre la había animado a hacer), aburrida de sus desmañados avances sexuales, lo había ido expulsando poco a poco de su vida. Había organizado sus jornadas con arreglo a horarios incompatibles con los del rey para reducir al mínimo sus visitas nocturnas, lo había puesto en ridículo delante de sus amigos, buscando después la complicidad de éstos para disuadirlo de participar en sus diversiones, no ocultaba la escasa consideración que le tenía y, sobre todo, se había abandonado a confidencias indiscretas acerca de su incapacidad sexual. «Mis gustos no son los mismos del rey», escribía en abril de 1775 a un diplomático austríaco, el conde de Rosenberg, que no vaciló en enseñar la carta a sus familiares, «el cual sólo ama la caza y las obras mecánicas [Luis XVI tenía un pequeño laboratorio donde se entretenía forjando el hierro y fabricando cerraduras]. Convendréis que en una fragua yo desentonaría; no sería Vulcano, y el papel de Venus podría desagradarle mucho más que mis gustos, que él no desaprueba». Todavía más grave que la irresponsabilidad de sus sarcasmos era el hecho de que las afirmaciones de María Antonieta eran totalmente ciertas: desde su subida al trono, Luis XVI hacía gala de una culpable indulgencia hacia su esposa, y no sólo porque sus fracasos sexuales lo ponían en un estado psicológico de debilidad y porque ella lo intimidaba, sino porque, a sus ojos, la prioridad absoluta era impedir que se mezclara en los asuntos políticos y, conociendo bien las presiones que sufría por parte de sus parientes, prefería dejar que se distrajera como mejor le pareciese. María Antonieta lo sabía perfectamente: ni melindres ni súplicas le habían servido para que el duque de Choiseul fuese de nuevo llamado al ministerio, y todos sus intentos de que la tuvieran al corriente de las decisiones importantes parecían destinadas al fracaso. Y, por mucho que ella las considerase sólo derrotas provisionales, su deseo de venganza, avivado por su amor propio herido, crecía desmesuradamente.

Sin embargo, no faltaron las señales inquietantes. El 3 de noviembre de 1775, María Antonieta informó directamente a su madre de los versos infamantes que circulaban sobre ella: «Estamos en lo más recio de una epidemia de coplas satíricas. Se han escrito sobre todas las personas de la corte, hombres y mujeres, y la desconsideración francesa ha llegado hasta el rey. Ni siquiera a mí me han perdonado. A pesar de que en Francia las maldades gustan mucho, éstas son tan sosas y de tan mal gusto que no tienen éxito ni entre el público ni entre la *bonne compagnie*». Escritas sin duda para tranquilizar a la emperatriz, estas escasas líneas no podrían, sin embargo, ilustrar mejor el soberano desprecio con que María

Antonieta acogía las injurias de sus agresores. ¿Por qué preocuparse por el efecto que semejantes vulgaridades podían tener sobre una opinión pública de la cual ella no hacía ningún caso? Para ella, el único criterio de valoración era el del *bon ton* y el único juicio que le importaba era el de la *bonne compagnie*. La reina no sabía aún que su propia corte le estaba declarando la guerra y que las acusaciones que darían origen a su leyenda negra provenían de Versalles y no de París.

En realidad, como ya había sucedido con Luis XV, las historias ignominiosas que circulaban se basaban en hechos de los cuales sólo los cortesanos podían tener conocimiento. Y los primeros sospechosos eran nada menos que los hermanos del rey. Tanto el conde de Provenza, que era el primero en el orden de sucesión, como el conde de Artois, ya padre de un hijo varón, tenían interés en desacreditar a Luis XVI y en sembrar dudas sobre la autenticidad de una eventual paternidad suya. María Antonieta no sentía ninguna simpatía por el primero, pero era íntima de Artois y se dejaba arrastrar por él a las aventuras más extravagantes. Fueran quienes fuesen los remitentes, coplas, anécdotas y panfletos fijaron el argumento de los libelos posteriores: el rey era impotente e inepto y estaba dominado por su mujer, la cual desfogaba su lujuria con sirvientes y caballerizos y no dejaba de mantener relaciones sáficas con sus amigas del alma. Y cuando en octubre de 1781, tras el nacimiento de una primera niña, María Antonieta trajo al mundo al anhelado delfín, el mal estaba ya hecho. La gente se mostraba proclive a prestar oídos a las insinuaciones que atribuían el niño al duque de Coligny y canturreaba:

*Louis, si tu veux voir
Bâtard, cocu, putain,
Regarde en ton miroir,
La reine et le dauphin*²¹.

Si María Antonieta se obstinaba en no tener en cuenta las torpes habladurías que circulaban sobre ella, el escandaloso *affaire* del collar la obligó a abrir los ojos.

El 9 de agosto de 1785, Charles-Auguste Böhmer, uno de los más célebres joyeros parisienses, acudió a Versalles a ver a María Antonieta para solicitar el pago de un collar que la reina había comprado por mediación del cardenal Rohan. Se trataba de una joya única en el mundo, compuesta por 647 diamantes escogidos entre los más grandes, más bellos y más puros nunca vistos, y en cuya adquisición el joyero había invertido todo su capital. El collar había sido entregado seis meses antes al cardenal, que tenía que pagarlo en dos plazos, pero hasta el momento no había hecho honor a sus compromisos, exponiendo al joyero al peligro de una bancarrota. El collar costaba, en efecto, la vertiginosa cifra de un millón seiscientas mil libras.

La reina cayó de las nubes. Conocía el collar porque tiempo atrás Böhmer se lo había ofrecido directamente, pero lo había rechazado por hallarlo demasiado caro.

En cuanto al cardenal de Rohan, Gran Limosnero de Francia, le profesaba aborrecimiento por haberle faltado al respeto cuando éste era embajador en Viena, y no le dirigía la palabra desde hacía años. Imprudente en sus simpatías, la soberana lo era también en sus odios, y sería precisamente la animosidad que mostraba hacia el prelado lo que sentó las bases de un gigantesco escándalo que al final se volvería contra ella y contra el prestigio de la monarquía.

Lo cierto era que, mortificado por el trato que la reina le dispensaba y con la esperanza de hacer algo grato a sus ojos, Rohan había caído en las redes de Jeanne de Saint-Rémy, condesa de La Motte, una aventurera mitómana, última descendiente de una rama ilegítima de los Valois. Provista de una fantasía ardiente y de una astucia diabólica, la condesa había persuadido al cardenal de que María Antonieta deseaba comprar el collar a escondidas de su marido y por tanto necesitaba un intermediario capaz de adelantar el dinero. Exhibió como prueba unas cartas con la firma de la reina falsificada, pero lo que acabó de decidir a Rohan a lanzarse a la operación fue una cita nocturna en el parque de Versailles a la cual se le dijo que se presentaría la soberana en persona. Y, efectivamente, en el sitio y a la hora indicados por la condesa, una figura velada –una ramera contratada para hacer el papel de la reina– se acercó al cardenal ofreciéndole una rosa para luego desaparecer de inmediato. Firmado el contrato de compraventa, Rohan entregó el collar a Madame de La Motte, que, con ayuda de su marido, se apresuró a desmontar los diamantes para hacerlos vender en Londres y acto seguido se esfumó.

María Antonieta, por el contrario, estaba convencida de que la intriga había sido promovida por el cardenal para arrojar fango sobre ella y, con pleno apoyo de Luis XVI, solicitó que Rohan fuese detenido delante de toda la corte y encerrado en la Bastilla. Por insistencia de la reina, que exigía que se aclarase la maquinación de la que había sido víctima, el rey se resolvió asimismo a hacer que el Parlamento de París instruyera un proceso en toda regla contra los culpables. «Con justa indignación», escribió a los magistrados, «hemos constatado de qué manera han osado servirse de un nombre augusto y caro a nos por tantas razones y violar con tan inaudita temeridad el respeto debido a la majestad real». No se podía ni pensar que la reina pudiera ser llamada como testigo, pero enviaría una memoria con las informaciones que pudieran ser útiles.

A pesar de las excelentes intenciones que la animaban, la «majestad real» salió del proceso hecha trizas. Los soberanos pidieron la máxima transparencia, pero la monarquía absoluta se había fundado hasta entonces en el secreto y en la atenta selección de las noticias que había que dar al público como carnaza. No fue casual, como se recordará, que Luis XIV hubiera confiado la investigación del asunto de los venenos a la Cámara Ardiente.

El Parlamento, restablecido a sus antiguas funciones tras la muerte de Luis XV,

no dejó escapar una espléndida ocasión de humillar a la autoridad real; el poderoso clan de los Rohan defendió con uñas y dientes al cardenal, pintándolo como una víctima de María Antonieta; la Iglesia se mostró indignada por el público ultraje inferido por el rey a uno de sus príncipes, y el proceso se cerró con la plena absolución del prelado (el cual fue incluso eximido de pedir perdón por haber faltado al respeto a la reina) y con la condena sólo de Madame de La Motte. Pero toda Francia se apasionó con un folletín que tenía como protagonistas a una reina, un cardenal, un mago –entre los acusados figuraba también Cagliostro, amigo íntimo de Rohan– y una aristócrata en decadencia y que giraba en torno al collar más valioso del siglo. Bastaría compararlo con otro folletín, éste noble y caballeresco, el de Ana de Austria y el duque de Buckingham, para ver cuán bajo había caído la monarquía. En efecto, nadie dudaba de que la verdadera culpable era la reina: su pasión desenfrenada por el lujo, los vestidos y las joyas era bien conocida, como también lo era la desenvoltura con que se servía del dinero público. Por ello resultaba evidente que se había procesado a otros en su lugar. Mientras en París los jueces eran aclamados por la multitud y diez mil personas festejaban la liberación del cardenal delante de la Bastilla, en Versalles María Antonieta no ocultaba su desesperación: «El dolor de la reina fue incontenible», relatará su camarera, Madame Campan. «No bien supe el resultado del proceso, me dirigí a sus aposentos y la hallé sola en su saloncito; estaba llorando. “Venid”, me dijo, “venid a compadecer a vuestra reina, ultrajada y víctima de las intrigas y de la injusticia. A mi vez, sin embargo, yo os compadeceré a vos por ser francesa. Si yo no he encontrado jueces ecuanímes en un proceso que me ofendía personalmente, ¿qué podríais esperar vos en un proceso que afectase a vuestra fortuna y a vuestro honor?”.»

La campaña denigratoria contra la reina, que ya se había intensificado después del nacimiento de sus primeros hijos, se endureció aún más a raíz del asunto del collar. Si los primeros ataques lanzados contra María Antonieta por Versalles tenían como objetivo desacreditar al rey como hombre y como soberano, el blanco de los siguientes fue inequívocamente ella. Los escritores anónimos unían, con la argamasa de la pornografía, dos retóricas hasta entonces diferenciadas y que se habían alternado en el curso de los siglos: la de una oposición más declaradamente política, reservada desde los tiempos de Catalina de Médicis a las reinas en el poder, y la de cuño moralista, destinada a las favoritas. De la primera, los libelos desenterraron los antiguos argumentos xenófobos y misóginos, haciendo de María Antonieta la extranjera por antonomasia. La Austríaca, que se había apoderado abusivamente de las riendas del mando, valiéndose de los engaños propios de su sexo, obedecía a su vez a otra y más terrible bruja, su madre la emperatriz, que proyectaba llevar a Francia a la ruina. Pero como en época reciente, antes de la llegada de María Antonieta, eran las amantes y no las reinas las que estaban en

candelero, y después de la muerte de Luis XV y la desaparición Madame du Barry del primer plano, el arsenal de lugares comunes contra ellas había quedado inutilizado, se procedió a adoptarlo en bloque contra la soberana. Por otra parte, todas las acusaciones tradicionalmente usadas contra las favoritas –la frivolidad, la pasión desaforada por el lujo, la rapacidad, la lujuria– se ajustaban perfectamente a la reina, que poco después sería apodada Madame Déficit. Quizá, paradójicamente, María Antonieta fue víctima de un marido demasiado virtuoso, que no tenía amantes que le sirviesen de pantalla. De este modo, por una trágica ironía de la suerte, la orgullosa princesa Habsburgo ocupaba en la imaginería popular el lugar dejado por L'Ange.

Los panfletos aparecidos con posterioridad del proceso son bastante elocuentes en este sentido: impresos en Londres –como ya lo habían sido los libelos contra la Du Barry– en dos oleadas consecutivas, las falsas memorias de Madame de La Motte invertían completamente los papeles: la verdadera criminal era la reina, mientras que la estafadora, marcada a fuego por el verdugo, era representada como una muchacha inocente de la cual la soberana lesbica había abusado sexualmente para luego servirse de ella como chivo expiatorio.

Sin embargo, precisamente en los años en los que los ataques contra ella se tornaron más violentos, María Antonieta experimentó un profundo cambio y descubrió una dicha que le era desconocida. El nacimiento de sus hijos no vino solamente a poner fin a una larga pesadilla, sino que además le dio una nueva razón para vivir. No tuvo ya necesidad de distraerse para olvidar su soledad afectiva o para ahogar la nostalgia de una infancia cada vez más lejana: por fin tenía alguien a quien amar. Su reacción en el momento de su primera maternidad, cuando le anunciaron que había nacido una niña y no el ansiado varón, es ilustrativa: «La princesita», cuenta Madame Campan, «fue presentada a la reina. Ésta la estrechó contra su corazón con ternura de madre: “Pobrecilla”, le dijo, “no eras deseada, pero no por ello me serás menos querida. Un hijo hubiera pertenecido sobre todo al Estado. Tú serás mía: recibirás todos mis cuidados, compartirás mis alegrías y suavizarás mis penas”». No se trataba sólo de palabras de circunstancias: el amor maternal, que Jean-Jacques Rousseau tanto había contribuido a poner de moda, no fue para ella un simple juego. Contraviniendo, como solía hacer, la etiqueta y las costumbres, María Antonieta decidió seguir de cerca el crecimiento y la educación de sus pequeños y se aplicó a ello con gran energía. Siempre había lamentado que su madre no hubiese tenido tiempo para ocuparse de ella y no quería que a sus hijos les ocurriese lo mismo.

Se arrogó asimismo el derecho, que desde luego no correspondía a una reina, de decidir el futuro de la niña, escogiendo para ella al duque de Angulema, primogénito de su cuñado D'Artois, además de futuro rey de Nápoles, hijo de su

amada hermana Carolina. De esta manera quería evitar a su hija el destino que esperaba a las princesas reales y las arrancaba de su familia, de sus costumbres y de su país, para trasladarlas a un mundo desconocido. Dicho de otro modo, quería evitarle la experiencia que le había tocado en suerte a ella. Al nacimiento de Madame Royale siguió en 1781 el del delfín, después, en 1785, el del duque de Normandía y, al año siguiente, la reina dio a luz una segunda niña, muerta en sus primeros meses de vida. Con esto, María Antonieta consideró que ya había cumplido lo suficiente con sus deberes dinásticos y puso fin de una vez y para siempre a su carga conyugal.

La maternidad modificó también profundamente sus relaciones con su marido. La bondad de Luis XVI, la gratitud que le demostraba por haberlo hecho padre, la solidaridad que le testimoniaba no la dejaron indiferente. Y al fin, a pesar de su impopularidad y de sus errores, el rey le permitió ocuparse de la política y empezó a escuchar sus consejos. Y ella se comportó por primera vez como una reina francesa, declarando a Mercy-Argenteau que no le parecía justo «que la corte de Viena nombrase a los ministros de la corte de Francia».

En los mismos años en los que descubría el sentimiento maternal y se reconciliaba con su marido, María Antonieta encontraba también el amor. Había conocido a Axel Fersen en enero de 1774 y no lo había vuelto a ver hasta cuatro años después, cuando estaba encinta de su primera hija, pero el bellísimo caballero sueco había impresionado profundamente su imaginación. Hasta entonces, a pesar de que las crónicas escandalosas le atribuían una larga lista de amantes, María Antonieta siempre había acogido los homenajes de sus cortejadores dentro de los límites de la más estricta conveniencia: con Fersen, por el contrario, fue ella la que tomó la iniciativa, manifestándole, desde 1779, un claro interés. Pero el conde, que era un hombre frío, ambicioso y calculador, tuvo miedo de las habladurías suscitadas por las atenciones de la reina y prefirió eclipsarse. Sólo a partir de 1783, después de pasar tres años en América, donde se distinguió combatiendo en el ejército francés a favor de los rebeldes, se dejó conquistar por María Antonieta, dando prueba de una devoción que nunca disminuiría. Novelistas e historiadores no han cesado de interrogarse sobre la naturaleza de su relación: ¿se trató de un amor sublime y casto, como mandaba la tradición caballeresca, o fueron amantes? Tras la muerte de la reina, Fersen tuvo buen cuidado de destruir todos los documentos que hubieran podido ayudarnos a hallar una respuesta, cosa que también puede considerarse como un indicio. No imaginando, sin embargo, el encarnizamiento de sus biógrafos y de los de la reina, dejó al morir un registro de todas las cartas enviadas por él, con su fecha y el nombre de su destinatario y a menudo con un resumen de su contenido. La lista de las enviadas a una misteriosa Joséphine –Josefa era el segundo nombre de la soberana– permiten suponer que

desde 1787 María Antonieta, superada su repugnancia hacia la sexualidad, descubriera un otro yo entre los brazos del hombre amado.

El sentido de la responsabilidad, el equilibrio interior y las alegrías del corazón llegaron demasiado tarde para borrar los errores del pasado, tanto más cuanto que en los años inmediatamente anteriores a la Revolución, bajo el empuje dramático de los acontecimientos, María Antonieta acabó por hacer buenas las acusaciones que los libelistas habían vertido sobre ella, influyendo en la elección de los ministros, participando en las decisiones de gobierno e incitando al rey a la intransigencia.

La reina no poseía intuición política: tenía carácter, pero carecía de ductilidad y de sutileza y era autoritaria, testaruda e incapaz de una visión de conjunto. Las convicciones que la guiaban formaban parte de su patrimonio genético. La monarquía absoluta, la autoridad real y la obediencia de sus súbditos eran para ella verdades de fe, y la mera hipótesis de una monarquía constitucional le parecía un sacrilegio. Al escogerla desde un principio como blanco, la literatura de libelos había puesto el dedo en la llaga: era ella la verdadera enemiga de la Revolución; era ella, aquella reina frívola y tarambana, aquella *tête au vent*, como la llamaba su hermano José II, la más inflexible guardiana del orden tradicional.

No seguiremos a María Antonieta en los años que presenciaron la caída de la monarquía. Desde la apertura de los Estados Generales, el 5 de mayo de 1789, hasta el 16 de octubre de 1793, su trayectoria se entreteje estrechamente con la compleja y convulsa de la Revolución y refleja una nueva etapa de su vida que va más allá del cuadro de la historia que hemos querido contar aquí.

Limitémonos a una simple constatación. Mientras la literatura de libelos incluía a la ciudadana Capeto, junto con Mesalina, Agripina, Fredegunda y Catalina de Médicis, en la lista de las reinas criminales, María Antonieta, ante la prueba de un vía crucis al cual ninguna soberana francesa había sido sometida jamás, reveló poseer todas las virtudes que habían caracterizado a las reinas ejemplares de la tradición judeocristiana, aquellas virtudes que dos siglos antes el célebre padre Caussin había elogiado en la *Cour Sainte* para animar a las mujeres a ser fuertes: la dedicación a la familia, la dignidad, el valor, la constancia en la adversidad, la determinación, la elocuencia.

Confinada en las Tullerías y luego prisionera en el Temple junto a su marido, su cuñada, su hija y el pequeño delfín, María Antonieta se comportó como una esposa y madre ejemplar. El dolor por la pérdida de su hijo primogénito, muerto de tuberculosis en 1789, el drama que se había abatido sobre ellos y las condiciones en las que tenían que vivir la acercaron a su marido. Edificada por el heroísmo santo de Luis XVI, también María Antonieta buscó consuelo en la fe, se dedicó a sus hijos y, en íntimo acuerdo con el rey, logró encarnar perfectamente tras los muros de una prisión el modelo de la familia cristiana. Dio asimismo prueba de las

virtudes viriles de las que una reina debía ser capaz: dignidad ante los insultos, las humillaciones y las privaciones que se habían convertido en su pan de cada día, ante la marcha de las mujeres sobre Versalles, en el momento de su fuga de Varennes y del terrible regreso, en la matanza de las Tullerías, en la prueba suprema de la guillotina; constancia para soportar sus desventuras sin dejarse abatir por ellas; determinación de no ceder; elocuencia ante el tribunal revolucionario, cuando en el transcurso del proceso, acusada por Fouquier-Tinville de incesto, puso en dificultades a los jueces hablando directamente a las mujeres presentes en la sala: «La naturaleza se niega a responder a semejante acusación dirigida contra una madre. Yo apelo a todas las que puedan hallarse aquí».

El 16 de octubre de 1793, a las cuatro y media de la mañana, pocas horas antes de ser conducida a la guillotina, María Antonieta escribió a Madame Elisabeth, su cuñada: «Os escribo, hermana mía, por última vez: he sido condenada, no a una muerte vergonzosa, que esta muerte sólo es vergonzosa para los criminales, sino a ir a reunirme con vuestro hermano; tan inocente como él, espero mostrar en el momento extremo la misma firmeza. Estoy tranquila como cuando la conciencia no nos reprocha nada; me disgusta profundamente dejar a mis pobres hijos; y a vos misma, mi buena y admirable hermana, a vos, que en nombre de la amistad lo habéis sacrificado todo para estar a nuestro lado, ¡en qué situación os dejo! [...] Espero que [mis hijos] tomen ejemplo de nosotros: ¡cuánto consuelo nos ha dado, en nuestras desgracias, la amistad! Y también las alegrías son más intensas cuando es posible compartirlas con un amigo: ¿y dónde hallarlos más caros y más amorosos que en la propia familia? Que mi hijo no olvide nunca las últimas palabras de su padre: “No intentes jamás vengar mi muerte”...

»Y ahora no me queda más que confiaros mis últimos pensamientos. Hubiera querido escribirlos desde el comienzo del proceso, pero, aparte de que no me estaba permitido escribir, se desarrolló con tanta celeridad que no hubiera tenido tiempo materialmente.

»Muero en la religión católica, apostólica y romana, la de mis padres, aquella en la que crecí y que siempre he profesado. No espero ningún consuelo espiritual; no sé siquiera si todavía existen sacerdotes de esta religión, y además el lugar en el que estoy los expondría a demasiados peligros, aunque entraran en él sólo una vez: por tanto, pido perdón a Dios sinceramente por todas las culpas que pueda haber cometido en mi vida. Espero que en su bondad Él se digne acoger mis últimas oraciones, y haga otro tanto con las que desde hace mucho tiempo le dirijo para que Él consienta recibir mi alma en su misericordia y en su bondad.

»Pido perdón a todos los que conozco y en particular a vos, hermana mía, por todos los disgustos de los que, sin quererlo, he podido ser causa. A todos mis enemigos les perdono el mal que me han hecho. Digo adiós a todas mis tías, a todos mis hermanos y hermanas. Tenía amigos: el pensamiento de separarme para

siempre de ellos y el de sus sufrimientos están entre los mayores tormentos que al morir llevo conmigo: que sepan al menos que he pensado en ellos hasta el último instante.

»Adiós, mi buena y amorosa hermana, ¡que esta carta llegue hasta vos! No dejéis nunca de pensar en mí: os abrazo con todo mi corazón, junto con mis pobres y queridos hijos. ¡Qué dolor, Dios mío, tener que dejarlos para siempre! ¡Adiós! ¡Adiós! Desde este momento me ocuparé solamente de mis deberes espirituales. Como no soy libre en mis actos, quizá me traigan a uno de sus sacerdotes, pero juro que no le diré una sola palabra y que lo trataré como a un extraño».

Fue en calidad de reina y mártir cristiana como María Antonieta, única elegida de la larga serie de soberanas que se habían sucedido en el trono de Francia, se convirtió, en los años de la Restauración, en objeto de un culto que resiste tenazmente todas las revisiones históricas. Entró en el mito aun antes de morir, en el trayecto que la condujo de la Conciergerie a la Plaza de la Guillotina; pero la mueca que David fijó en el papel sigue allí para testimoniar que, no menos poderoso que las virtudes cristianas, el desprecio dio fuerzas hasta el final al valor de una auténtica Habsburgo.

Fuentes

El proyecto de este libro tomó forma a partir de una serie de artículos sobre las reinas y las favoritas de los reyes de Francia escritos para las páginas culturales de la *Reppublica*. Quiero por ello agradecer a Paolo Mauri y a Antonio Gnoli que me hayan dado la oportunidad de contar de nuevo, ciñéndome a mis intereses y en la óptica que me es propia, unas historias que nunca han dejado de apasionar a historiadores y biógrafos, y a Roberto Calasso que haya hecho posible prolongar este placer en un relato más amplio. Quiero además expresar mi agradecimiento a Giuseppe Galasso, que no sólo ha sido pródigo en consejos esclarecedores sino que ha tenido la paciencia de leer todo lo que iba escribiendo. Y, en fin, mi gratitud afectuosa a Ena Marchi y a Pia Cigala Fulgosi, que con el rigor y la competencia de su edición han contribuido desde luego a hacer más seductoras a mis *Amantes y reinas*.

Bibliografía

Esta bibliografía se limita a señalar las lecturas que he utilizado más directamente en el transcurso de mi trabajo. Precisamente para mantener el carácter de indicación general y esencial, me abstengo de dar noticia de las obras de los escritores contemporáneos a las historias aquí narradas, empezando por el extenso y fundamental cúmulo de memorias, diarios y correspondencias indispensables para captar el espíritu de la época. A ellos, como a otros textos más específicos, hago referencia, por el contrario, en las fuentes.

Antes de iniciar la lista de dichas lecturas, quisiera mencionar mi deber de gratitud hacia la bella galería de retratos que Simone Bertière ha dedicado a las reinas de Francia. Publicada por las Éditions des Fallois entre 1994 y 2002 y disponible hoy también en edición económica, la amplia revisión historiográfica de Bertière se divide en siete volúmenes: los dos primeros, titulados *Les Reines de France au temps des Valois*, comprende *Le beau XVI^e siècle* (1994) y *Les années sanglantes* (1994); siguen después los cuatro volúmenes del ciclo *Les Reines de France au temps des Bourbons*, a saber, *Les Deux Régentes* (1996), *Les Femmes du Roi-Soleil* (1998), *La Reine et la favorite* (2000) y *Marie-Antoinette l'insoumise* (2002).

Sobre las regencias de Catalina de Médicis, Maria de Médicis y Ana de Austria aconsejo también el libro de Anka Muhlstein, *Reines éphémères, mères perpétuelles*, Albin Michel, París 2001.

Sobre la CONDICIÓN DE LAS MUJERES EN LA SOCIEDAD DEL ANTIGUO RÉGIMEN:

Storia delle donne in Occidente, bajo la dirección de Georges Duby y Michelle Perrot, 5 vols., Laterza, Bari; vol. III: *Dal Rinascimento all'età moderna*, edición a cargo de Natalie Zemon Davis y Arlette Farge, 1991.

Évelyne Berriot-Salvadore, *Les femmes dans la société française de la Renaissance*, Drosz, Ginebra 1990.

Guy Chaussinand-Nogaret, *La vie quotidienne des femmes du roi, d'Agnès Sorel à Marie Antoinette*, Hachette, París 1990.

Femmes et pouvoirs sous l'ancien régime, bajo la dirección de Danielle Haase Dubosc y Éliane Viennot, Rivages, París 1991.

Sara F. Matthews Grieco, *Ange ou Diablesse. La représentation de la femme au XVI^e siècle*, Flammarion, París 1991.

Linda Timmermans, *L'accès des femmes à la culture (1598-1715). Un débat d'idées de Saint François de Sales à la marquise de Lambert*, Champion, París 1993.

Encyclopédie politique et historique des femmes. Europe, Amérique du Nord, bajo la dirección de Christine Fauré, Presses Universitaires de France, París 1997.

Fanny Cosandey, *La reine de France. Symbole et pouvoir*, Gallimard, París 2000.

Madeleine Lazard, *Les avenues de Fémynie. Les femmes et la Renaissance*, Fayard, París 2001.

Roger Duchêne, *Être femme au temps de Louis XIV*, Perrin, París 2004.

Edmund y Jules Goncourt, *La femme au dix-huitième siècle* (1882), Flammarion, París 1982.

Sobre la CORTE DE LOS VALOIS:

Frances Amelia Yates, *The Valois Tapestries*, Routledge and Kegan Paul, 2.^a edición, Londres 1975.

Ivan Cloulas, *La vie quotidienne dans les châteaux de la Loire au temps de la Renaissance*, Hachette, París 1983.

Jean-Marie Constant, *La vie quotidienne de la noblesse française aux XVIe-XVIIe siècles*, Hachette, París 1985.

Monique Chatenet, *La cour de France au seizième siècle: vie sociale et architecture*, Picard, París 2002.

Sobre DIANA DE POITIERS:

Philippe Erlanger, *Diane de Poitiers*, Gallimard, París 1995.

Françoise Bardon, *Diane de Poitiers et le mythe de Diane*, Presses Universitaires de France, París 1963.

Ivan Cloulas, *Diane de Poitiers*, Fayard, París 1997.

André Castelot, *Diane, Henri, Catherine, le triangle royal*, Perrin, París 1997.

Marie-Christine de Kent, *The Serpent and the Moon*, Touchstone, Nueva York 2004.

AA.VV., *Le mythe de Diane en France au XVIe siècle. Actes du colloque E.N.S. Bd. Jordan*, 23-31 de mayo de 2001, *Albineana* 14 (2002), *Cahiers d'Aubigné*, Champion, París 2002.

Sobre CATALINA DE MÉDICIS:

Jean-Hyppolite Mariéjol, *Catherine de Médicis, 1519-1589*, Talladier, 1.^a edición 1920; París 1979.

Ivan Cloulas, *Catherine de Médicis*, Fayard, París 1979.

Jean Orieux, *Catherine de Médicis ou la reine noire*, Flammarion, París 1986.

Robert Jean Knecht, *Catherine de' Medici*, Longman, Londres-Nueva York 1988.

Janine Garrisson, *Catherine de Médicis. L'impossible harmonie*, Payot, París 2002.

Jean-François Solnon, *Catherine de Médicis*, Perrin, París 2003.

Leonie Frieda, *Catherine de Medici*, Weidenfeld & Nicolson, Londres 2004.

Sobre MARGARITA DE VALOIS:

Jean-Hyppolite Mariéjol, *Marguerite de Valois, reine de Navarre et de France (1553-1615)*, Hachette, París 1928.

Éliane Viennot, *Marguerite de Valois, histoire d'une femme, histoire d'un mythe*, Payot, París 1993.

AA.VV., *Marguerite de France, Reine de Navarre et son Temps, Actes du Colloque d'Agen*, 12-13 de octubre de 1991, organizado por la Société Française des Seiziémistes y por el Centro Matteo Bandello d'Agen, recopilados por Madeleine Lazard y J. Cubelier de Beynac, Centro Matteo Bandello d'Agen, Agen 1994.

Robert Muchembled, *Passion de femmes au temps de la reine Margot. 1553-1615*, Éditions du Seuil, París 2003.

Sobre GABRIELLE D'ESTRÉES:

Adrien Desclozeaux, *Gabrielle d'Estrées, marquise de Monceaux, duchesse de Beaufort*, Champion, París 1889.

Jacques Bolle, *Pourquoi tuer Gabrielle d'Estrées? Nouvelle enquête et solution inattendue grâce à des Documents inédits des Archives secrètes des Médicis*, G. Barbera Editore, Florencia 1955.

Inès Murat, *Gabrielle d'Estrées*, Fayard, París 1992.

Sobre MARÍA DE MÉDICIS:

Louis Batiffol, *La vie intime d'une Reine de France au XVIIe siècle, Marie de Médicis*, 2 vols., Calmann-Lévy, París 1931.

Michel Carmona, *Marie de Médicis*, Fayard, París 1981.

Françoise Kermina, *Marie de Médicis: reine, régente et rebelle*, Perrin, París 1979.

AA.VV., *Le «Siècle» de Marie de Médicis. Actes du Séminaire de la Chaire de Rhétorique et Société en Europe (XVIe-XVIIe siècle)*, bajo la dirección de Marc Fumaroli, Collège de France, 21-23 de enero de 2000, edición a cargo de Françoise Graziani y Francesco Solinas, Edizioni dell'Orso, Alejandría 2002.

Sobre ANA DE AUSTRIA:

Ruth Kleinman, *Anne of Austria: Queen of France*, Ohio State University Press, Columbus 1985.

Claude Dulong, *Anne d'Autriche*, Hachette, 1.^a edición 1980; París 1985.

Sobre MARÍA MANCINI:

Lucien Perey (seudónimo de Luce Herpin), *Le Roman du grand roi: Louis XIV et Marie Mancini, d'après les lettres et documents inédits*, Calmann-Lévy, París 1894; *Une princesse romaine au XVII^e siècle. Marie Mancini Colonna*, Calmann-Lévy, París 1896.

Françoise Mallet-Joris, *Marie Mancini, le premier amour de Louis XIV*, Hachette, París 1965.

Claude Dulong, *Marie Mancini. La première passion de Louis XIV*, Perrin, París 1993.

Pierre Combescot, *Les petites Mazarines*, Grasset, París 1993.

Sobre EL REY SOL Y SU CORTE:

Dictionnaire du Grand Siècle, edición a cargo de François Bluche, Fayard, París 1990.

Jean-François Solnon, *La cour de France*, Fayard, 1.^a edición, 1987; edición de bolsillo, París 1996.

Emmanuel Le Roy Ladurie, *Saint-Simon ou le système de la cour*, Fayard, París 1997.

Georges Minois, *Le confesseur du roi. Les directeurs de conscience sous la monarchie française*, Fayard, París 1987.

Mathieu Da Vinha, *Les valets de chambre de Louis XIV*, Perrin, París 2004.

François Bluche, *Louis XIV*, Fayard, París 1986.

Jean-Christian Petitfils, *Louis XIV*, Perrin, París 1995.

Sobre MARÍA TERESA DE AUSTRIA:

Claude Dulong, *Le mariage du Roi-Soleil*, Albin Michel, París 1986.

Sobre LOUISE DE LA VALLIÈRE:

Sainte-Beuve, «Madame de La Vallière» (1851), en *Causeries du lundi*, 3.^a edición revisada y corregida, 15 vols., Garnier, París 1857/1870, vol. III, págs. 451-473.

Jules Lair, *Louise de La Vallière et la jeunesse de Louis XIV d'après des documents inédits avec le texte authentique des lettres de la duchesse au Maréchal de Bellefonds*, Plon, París 1881.

Henri-Louis Duclos, *Mademoiselle de La Vallière et Marie-Thérèse d'Autriche femme de Louis XIV*, con documentos inéditos, 2 vols. Perrin, París 1890.

Jean-Baptiste Érian, *La Madeleine française. Louise de La Vallière dans sa famille, à la cour, au Carmel*, Nouvelles Éditions Latines, París 1961.

Georges Couton, *Le Chair et l'Âme. Louis XIV entre ses maîtresses et Bossuet*.

Presses Universitaires de Grenoble, Grenoble 1995.

Jean-Christian Petitfils, *Louise de La Vallière*, Perrin, 1.^a edición, 1990; París 2002.

Sobre MADAME DE MONTESPAN:

Arsène Houssaye, *Madame de Montespan. Études historiques sur la cour de Louis XIV*, Plon, París 1985.

Gonzague Truc, *Madame de Montespan*, A. Colin, París 1936.

Jean-Christian Petitfils, *Madame de Montespan*, Fayard, París 1988.

Lisa Hilton, *Athénaïs, the Real Queen of France*, Little Brown, Londres 2002.

Sobre el ASUNTO DE LOS VENENOS:

Georges Mongrédien, *Madame de Montespan et l'affaire des poisons*, Hachette, París 1953.

Arlette Lebigre, *L'Affaire des poisons*, Complete, Bruselas 1989.

Jean-Christian Petitfils, *L'Affaire des poisons; alchimistes et sorciers sous Louis XIV*, Albin Michel, París 1997.

Anne Somerset, *The Affair of the Poisons. Murder, Infanticide and Satanism at the Court of Louis XIV*, Weidenfeld & Nicolson, Londres 2003.

Sobre MADAME DE MAINTENON:

Anne-Jules, duque de Noailles, *Histoire de Madame de Maintenon*, 4 vols., Comptoir des Imprimeurs, París 1848.

Sainte-Beuve, «Madame de Maintenon» (1851), en *Causeries du lundi*, cit., vol. IV, págs. 401-440.

Théophile Lavallé, *Madame de Maintenon et la maison royale de Saint-Cyr (1686-1793)*, Plon, París 1862.

Madame de Saint-Taillandier, *Madame de Maintenon. L'énigme de sa vie auprès du grand roi*, Hachette, París 1920.

Jean Cordelier, *Madame de Maintenon, une femme au Grand Siècle*, Éditions du Seuil, París 1955.

Françoise Chandernagor, *L'Allée du Roi*, Juilliard, París 1981.

André Castelot, *Madame de Maintenon. La reine secrète*, Perrin, París 1996.

Jean-Paul Desprat, *Madame de Maintenon. Le prix de la réputation*, Perrin, París 2003.

Sobre LUIS XV Y SU CORTE:

Pierre Gaxotte, *Le Siècle de Louis XV*, Fayard, 1.^a edición, 1933; París 1974.

Michel Antoine, *Louis XV*, Fayard, París 1989; edición de bolsillo, Hachette, París 1991.

Maurice Lever, *Louis XV libertin malgré lui*, Payot, París 2001.

Bernard Hours, *Louis XV et sa cour*, Presses Universitaires de France, París 2002.

Sobre MARÍA LESZCZYŃSKA:

Pierre de Nolhac, *Louis XV et Marie Leczinska d'après des nouveaux documents*, Calmann-Lévy, París 1926.

Comtesse d'Armaillé, *La reine Marie Leckzinska*, Didier, París 1864.

Sobre las HERMANAS MAILLY-NESLE:

Edmond y Jules de Goncourt, *La duchesse de Châteauroux et ses sœurs. Avec des lettres et des documents inédits*, edición definitiva publicada bajo la dirección de la Académie Goncourt, Flammarion-Fasquelle, París 1934.

Sobre MADAME DE POMPADOUR:

Émile Compardon, *Madame de Pompadour et la cour de Louis XV*, Plon, París 1897.

Edmond y Jules de Goncourt, *Madame de Pompadour*, 1860 y 1861; reimpresión Olivier Orban, París 1862. Esta y las demás biografías de los Goncourt citadas se han recogido en un único volumen: *Les maîtresses de Louis XV et autres portraits de femmes*, edición a cargo de Robert Kopp, Robert Laffont, París 2003.

Pierre de Nolhac, *Louis XV et Madame de Pompadour*, 2 vols., Goupil, París 1903; *Le Château de Versailles sous Louis XV*, Champion, París 1898; *Madame de Pompadour et la politique*, Calmann-Lévy, París 1928.

Nancy Mitford, *Madame de Pompadour*, Hamish Hamilton, Londres 1954.

Danielle Gallet, *Madame de Pompadour ou le pouvoir féminin*, Fayard, París 1985.

Jacques Levrone, *Madame de Pompadour. L'amour et la politique*, Perrin, París 1975.

Évelyne Lever, *Madame de Pompadour*, Perrin, París 2000.

Sobre MADAME DU BARRY:

Edmond y Jules de Goncourt, *La Du Barry*, Fasquelle, París 1899.

Claude Saint-André, *Madame du Barry*, Émile-Paul, París 1908.

Roger Gérard-Doscot, *Madame du Barry*, Éditions Rencontre, Lausana 1965.

André Castelot, *Madame du Barry*, Perrin, París 1989.

Dominique Muller, *Une traînée de poudre. Jeanne du Barry, la dernière favorite*, Lattès, París 1990.

Joan Haslip, *Madame du Barry. The Wages of Beauty*, Weidenfeld & Nicolson,

Londres 1991.

Jacques de Saint-Victor, *Madame du Barry. Un nom de scandale*, Perrin, París 2002.

Sobre MARÍA ANTONIETA:

Edmond y Jules de Goncourt, *Histoire de Marie-Antoinette*, FirminDidot, París 1858.

Pierre de Nolhac, *La Reine Marie-Antoinette*, Boussod, Valadon et Cie, París 1890; reimpresión Conard, París 1929; *Marie-Antoinette, Dauphine*, Boussod, París 1897; *Autour de la Reine*, Tallandier, París 1929; *Le Trianon de Marie-Antoinette*, Manzi, Joyant et Cie, París 1914.

Georges Lenôtre, *La captivité et la mort de Marie-Antoinette*, Perrin, París 1897.

Stefan Zweig, *Marie-Antoinette*, Insel Verlag, Leipzig 1932.

André Castelot, *Marie-Antoinette*, Amiot-Dumont, París 1953.

Joan Haslip, *Marie-Antoinette*, Weidenfeld & Nicolson, Londres 1987.

Jean Chalon, *Chère Marie-Antoinette*, Perrin, París 1988.

Chantal Thomas, *La reine scélérate. Marie-Antoinette dans les pamphlets*, Éditions du Seuil, 1989; edición de bolsillo, París 2003.

Évelyne Lever, *Marie-Antoinette, la dernière reine*, Gallimard, París 2000.

Antonia Fraser, *Marie-Antoinette, the Journey*, Weidenfeld & Nicolson, Londres 2001.

Jean-Christian Petitfils, *Luis XVI*, Perrin, París 2005.

Sobre el ASUNTO DEL COLLAR:

Frantz Funck-Brentano, *Marie-Antoinette et l'énigme du collier*, Tallandier, París 1926.

Frances Mossiker, *The Queen's Necklace*, Simon and Schuster, Nueva York 1961.

Pierre Combescot, *Les diamants de la guillotine*, Robert Laffont, París 2003.

Notas

El poder de las mujeres

Jean Bodin, *De Republica libri sex*, J. Du Puys, Parisiis, 1586, cap. VIII: «De ordinibus civium», pág. 356.

Marie de Gournay, *Grief des dames* (1626), en *Égalité des hommes et des femmes* (1622), prefacio de Milagros Palma, Côté femmes Éditions, París 1989, pág. 108.

É. Berriot-Salvadore, *Les femmes dans la société française de la Renaissance*, cit., pág. 476.

Anne de France (*Le Enseignements*), *À la requeste de tres haulte et puissante dame ma dame Suzanne de Bourbon*, chez Le Prince, à Lyon, 1521.

La Bibliothèque d'Antoine Du Verdier, Lyon 1585, pág. 843, citado en É. Berriot-Salvadore, *Les femmes dans la société française de la Renaissance*, cit., pág. 392.

Una italiana en la corte de Francia

I. Cloulas, *Cathérine de Médicis*, cit., pág. 56.

«Relazione di Francia di Matteo Dandolo», 1542, en *Le relazioni degli ambasciatori veneti al senato durante il secolo decimosesto*, 15 vols., Società editrice fiorentina, Florencia 1839-1863, serie I, vol. IV, págs. 47-48.

Diana de Poitiers

La belleza como mito

Marguerite Yourcenar, «Ah, mon bon château», en *Sous bénéfice d'inventaire*, Gallimard, París 1978, pág. 42.

Citado en Ph. Erlanger, *Diane de Poitiers*, cit., pág. 132.

I. Cloulas, *Diane de Poitiers*, cit., pág. 102.

Ibíd., págs. 102-103.

Brantôme, «Sur l'amour des dames vieilles», *Second Volume des Dames*, en *Recueil des Dames, poésies et tombeaux*, edición a cargo de Étienne Vaucheret, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, París 1991, pág. 605.

Brantôme, «Sur le sujet qui contente plus en amours», *ibíd.*, pág. 423.

F. Bardon, *Diane de Poitiers et le mythe de Diane*, cit., págs. 2 y 40, citado en Éliane Viennot, *Diane parmi les figures du pouvoir féminin*, en *Le mythe de Diane en France au XVIe siècle*, cit., pág. 463.

Véase Olivier Pot, *Le mythe de Diane chez du Bellay*, *ibíd.*, págs. 57-61.

«*Tout ainsi que la Lune en s'approchant auprès / Du Soleil prend clarté, vertu, force, et puissance, / Puis s'esloignant de luy, d'une douce influence / Et ciel, et terre, et mer elle nourrist apres: / Ainsi nostre Soleil, vous ornant de ses rais, / Vous fait par tout verser un bon-heur en la France*» [Así como la Luna, acercándose / al Sol, toma luz, virtud, fuerza, potencia, / luego, alejándose de él, con una suave influencia / y cielo, y tierra, y mar después nutre: / así nuestro Sol, adornándoos con sus rayos, / os hacer derramar por doquier en Francia una felicidad], en Pierre de Ronsard, *Œuvres complètes*, STFM, Hachette, París 1914, vol. X, pág. 7.

I. Cloulas, *Cathérine de Médicis*, cit., pág. 82.

Nostradamus, *Les premières centuries ou prophéties*, edición a cargo de Pierre Brind'amour, Droz, Ginebra 1996, n. I. 35, pág. 99.

Brantôme, «Sur ce que les dames aiment les vaillants hommes», *Second Volume des Dames*, en *Recueil des Dames*, cit., pág. 711.

Catalina de Médicis Las razones de la política

Brantôme, «Sur la reine d'Écosse», *Premier Volume des Dames*, *ibíd.*, pág. 72.

Citado en S. Bertiére, *Les années sanglantes*, cit., pág. 47.

J. Garrison, *Cathérine de Médicis*, cit., págs. 62-63.

I. Cloulas, *Cathérine de Médicis*, cit., pág. 319.

Lettres de Cathérine de Médicis, II, pág. 92, citado en J.-H. Mariéjol, *Cathérine de Médicis*, cit., pág. 216.

Brantôme, «Sur la reine Cathérine de Médicis», *Premier Volume des Dames*, en *Recueil des Dames*, cit., pág. 58.

Pierre de l'Estoile, *Mémoires-Journaux, 1574-1611*, édit. pour la première fois complète et entièrement conforme aux manuscrits originaux par M. M. G. Brunet, A. Champollion, E. Halphen, Paul Lacroix, Charles Read et Tamizey de Larroque, Tricotel, Librairie des Bibliophiles, París 1875-1896 (ed. anastática Tallandier, París 1982), vol. I, pág. 189.

Brantôme, «Sur la reine Cathérine de Médicis», *Premier Volume des Dames*, en *Recueil des Dames*, cit., pág. 69.

Véase Jean-François Solnon, *Henri III: un désir de majesté*, Perrin, París 2001, págs. 121-122.

J. Garrison, *Cathérine de Médicis*, cit., pág. 156.

R. J. Knecht, *Cathérine de' Médici*, cit., trad. francesa de Sarah Leclercq, *Catherine de Médicis. Pouvoir royal, amour maternel*, Le Cri, Bruselas 2003, pág. 193.

Discours merveilleux de la vie, actions et déportements de Cathérine de Médicis, royne-mère, edición crítica de Nicole Cazauran, Droz, Ginebra 1995, pág. 260.

Catalina a Enrique, 30 de mayo de 1574, citada en S. Bertiére, *Les années sanglantes*, cit., pág. 255.

Citado ibíd., pág. 393.

Citado ibíd., pág. 394.

La reina Margot

La corona perdida

Marguerite de Valois, *Mémoires et autres écrits 1574-1614*, edición crítica a cargo de Éliane Viennot, Champion, París 1999, pág. 82.

Ibíd., págs. 97-98.

Ibíd., págs. 99-100.

Ibíd., pág. 83.

Ibíd., págs. 100-101.

Étienne Pasquier, carta V (a Monsieur Mangot, consejero del rey), en *Lettres familières*, edición a cargo de D. Thickett, Droz, París-Ginebra 1974, libro XI, pág. 396.

Pierre de l'Estoile, *Mémoires-Journaux*, cit., vol. XII, pág. 387, citado en É. Viennot, *Marguerite de Valois*, cit., pág. 65.

Ibíd., pág. 89.

Brantôme, «Sur ce qu'il ne faut jamais parler mal des dames», *Second Volume des Dames*, en *Recueil des Dames*, cit., pág. 642.

Marguerite de Valois, *Mémoires*, cit., pág. 120.

Ibíd., pág. 121.

Pierre de L'Estoile, *Mémoires-Journaux*, cit., agosto de 1579, vol. I, pág. 322.

Carta 171, A Jacques de Harley, Seigneur de Champvallon [1583, primavera, París], en Marguerite de Valois, *Correspondance 1569-1614*, edición a cargo de Éliane Viennot, Champion, París 1998, pág. 246.

Vulgarización de Marsilio Ficino del *Commentarium in Convivium Platonis de Amore* (1484), publicada póstumamente en 1544.

Carta 170, A Jacques de Harley, Seigneur de Champvallon [1583, primavera, París], en Marguerite de Valois, *Correspondance 1569-1614*, cit., pág. 243.

Carta 162, A Jacques de Harley, Seigneur de Champvallon [1583, invierno,

París], ibíd., pág. 233.

Carta 171, A Jacques de Harley, Seigneur de Champvallon [1583, primavera, París], ibíd., pág. 246.

Carta 170, A Jacques de Harley, Seigneur de Champvallon [1583, primavera, París], ibíd., pág. 243.

Carta 164, A Jacques de Harley, Seigneur de Champvallon [1583, invierno, París], ibíd., pág. 235.

Scipion Duplex, *Histoire de Louis le Juste*, Claude Sonnius, París 1635, citado en É. Viennot, *Marguerite de Valois*, cit., pág. 210.

Marguerite de Valois, *Mémoires*, cit., pág. 193.

Bulletin de la Société de l'Histoire de France, 1851-1852, pág. 344.

Marguerite de Valois, *Mémoires*, cit., pág. 199.

Agrippa d'Aubigné, *Histoire universelle (1550-1601)*, edición a cargo de Alphonse de Rouble, Renouard, París 1886-1909, vol. V, pág. 381, citado en É. Viennot, *Marguerite de Valois*, cit., pág. 122.

320 bis 1599, 17-18 de diciembre, París, De Enrique IV, en Marguerite de Valois, *Correspondance*, cit., pág. 435.

321 [1599, hacia el 20 de diciembre, Usson], A Enrique IV, loc. cit.

Œuvres d'Estienne Pasquier, Amsterdam 1723, vol. II, carta 5, pág. 666, citado en Évelyne Berriot-Salvadore, «Marguerite de France et son temps», en *Marguerite de France, Reine de Navarre et son temps*, cit., pág. 260.

Discours Docte & Subtil, Dicté promptement par la reine Marguerite, et envoyé à l'auteur des «Secrets moraux», en Marguerite de Valois, *Mémoires*, cit., pág. 269.

Ibíd., pág. 270.

Gabrielle d'Estrées

A un paso del trono

Maximilien de Béthune, duc de Sully, *Mémoires de sages et royales Oeconomies d'Estat, domestiques, politiques et militaires de Henry le Grand*, edición a cargo de David Buisseret y Bernard Barbiche, 2 vols., Klincksieck, París 1970-1988, vol. II, pág. 278.

Citado en Michel de Decker, *Gabrielle d'Estrées*, Pygmalion, París 2003, pág. 24.

Citado en I. Murat, *Gabrielle d'Estrées*, cit., págs. 58-59.

Henri IV, *Lettres d'amour et écrits politiques*, edición a cargo de Jean-Pierre Babelon, Fayard, París 1988, págs. 192-193.

Ibíd., pág. 195.

Ibíd., pág. 210.

Pierre de l'Estoile, *Mémoires-Journaux*, cit., vol. VI, pág. 153.

Ibíd., págs. 245-246.
 Sully, *Mémoires*, cit., vol. II, pág. 279.
 Pierre de l'Estoile, *Mémoires-Journaux*, cit., vol. VII, pág. 178.
 Véase Sully, *Mémoires*, cit., vol. II, pág. 281.
 Ibíd., pág. 43.
 Citado en J. Bolle, *Pourquoi tuer Gabrielle d'Estrées?*, cit., pág. 12.
 Citado en I. Murat, *Gabrielle d'Estrées*, cit., pág. 383.
 J. Bolle, *Pourquoi tuer Gabrielle d'Estrées?*, cit., pág. 14.
 Véase carta atribuida a La Varenne y citada por Sully en sus *Mémoires*, cit., vol. II, pág. 355.
 Ibíd., pág. 354.
 Carta escrita en Fontainebleau el 15 de abril de 1599, en Henri IV, *Lettres d'amour*, cit., pág. 240.
 Charles Merki, *La marquise de Verneuil et la mort d'Henri IV*, Plon-Nourrit, París 1912, pág. 58.

Una nueva reina florentina

Mémoires de Maximilien de Béthune, duc de Sully, principal ministre de Henri-leGrand, mis en ordre, avec des Remarques, par M.L.D.L.D.L., nouvelle édition, revue et corrigée, 8 vols., À Londres, 1770, vol. III., pág. 262.
 Las palabras son de Richelieu, citadas en S. Bertièrre, *Les Deux Régentes*, cit., pág. 32.
 Carta del 27 de enero de 1601, en Henri IV, *Lettres d'amour*, cit., pág. 278.
Mémoires de Sully, cit., vol. V, pág. 241.
 Ibíd., vol. IV, pág. 19.
 Ibíd., vol. V, pág. 240.
 Ibíd., págs. 233-234.
 Ibíd., pág. 240.
 Pierre de l'Estoile, citado en A. Muhlstein, *Reines éphémères, mères perpétuelles*, cit., pág. 121.
 Pierre de l'Estoile, *Mémoires-Journaux*, cit., vol. IX, pág. 254.
 Véase A. Muhlstein, *Reines éphémères, mères perpétuelles*, cit., pág. 122.
 S. Bertièrre, *Les Deux Régentes*, cit., pág. 61.
 François de Bassompierre, *Journal de ma vie: mémoires du maréchal de Bassompierre (1609)*, 4 vols., Vve. J. Renouard, París 1870-1877, vol. I, pág. 251.
 S. Bertièrre, *Les Deux Régentes*, cit., pág. 60.
 Ibíd., pág. 63.
 Citado en A. Muhlstein, *Reines éphémères, mères perpétuelles*, cit., pág. 123.

María de Médicis
La pasión del poder

Citado en S. Bertièrre, *Les Deux Régentes*, cit., pág. 109.

Mémoires de Madame de Motteville sur Anne d'Autriche et sa cour, nouvelle édition d'après le manuscrit de Conrart par M. F. Rieux, 4 vols., Charpentier, París 1855, vol. I, pág. 57.

S. Bertièrre, *Les Deux Régentes*, cit., pág. 124.

Citado en M. Carmona, *Marie de Médicis*, cit., pág. 334.

S. Bertièrre, *Les Deux Régentes*, cit., pág. 128.

Citado ibíd., pág. 148.

Citado ibíd., pág. 249.

Françoise Hildesheimer, *Richelieu*, Flammarion, París 2004, pág. 235.

Mémoires de Madame de Motteville, cit., vol. I, págs. 92-93.

Mathias Waschek, «Le cycle Médicis comme discours parégyrique», en *Le «Siècle» de Marie de Médicis*, cit., pág. 125.

Marc Fumaroli, «Préface», ibíd., p. XV.

Giovan Battista Marino, *L'Adone*, edición a cargo de Giovanni Pozzi, 2 vols., Adelphi, Milán 1988, canto undécimo, «Le Bellezze», vol. I, pág. 593.

Ana de Austria
«Una seducción infinita»

Journal de Jean Héroard, bajo la dirección de Madeleine Foissil, 2 vols., Fayard, París 1989, pág. 2330.

Mémoires de Madame de Motteville, cit., vol. I, pág. 11.

S. Bertièrre, *Les Deux Régentes*, cit., pág. 167.

Mémoires de Madame de Motteville, cit., vol. I, pág. 31.

Ibíd., pág. 90.

Ibíd., pág. 37.

Ibíd., pág. XXVII.

Ibíd., págs. 36-37.

Ibíd., págs. 14-15.

Ibíd., pág. 14.

Ibíd., pág. 15.

Cardinal de Retz, *Mémoires, La conjuration du comte Jean-Louis de Fiesque, Pamphlets*, edición a cargo de Maurice Allen y Édith Thomas, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, París 1956, págs. 290-291.

François de La Rochefoucauld, *Mémoires*, en *Œuvres complètes*, edición a cargo

de L. Martin-Chauffier, cronología e índices a cargo de Jean Marchand, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, París 1964, pág. 41.

Mémoires de Madame de Motteville, cit., vol. I, pág. 16.

La Rochefoucauld, *Mémoires*, en *Œuvres complètes*, cit., págs. 41-42.

Mémoires de M. de La Porte, Premier Valet de Chambre de Louis XIV, nouvelle édition, contenant plusieurs particularités des Règnes de Louis XIII et de Louis XIV, chez Volland, París 1791, pág. 5.

Gédéon Tallemant des Réaux, *Historiettes*, edición a cargo de Antoine Adam, 2 vols., Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, París 1960-1961, vol. I, pág. 240.

Citado en S. Bertiére, *Les Deux Régentes*, cit., págs. 295-296.

Citado en C. Dulong, *Anne d'Autriche*, cit., pág. 232.

Mémoires de Madame de Motteville, cit., vol. I, pág. 96.

Ibíd., pág. 152.

Mazzarino a Ana de Austria, 5 de septiembre de 1651, en *Lettres du cardinal Mazarin à la Reine, à la Princesse Palatine, etc., écrites pendant sa retraite hors de France en 1651 et 1652* avec notes et explications par M. Ravenel, Renouard, París 1836, pág. 251.

Citado en S. Bertiére, *Les Deux Régentes*, cit., pág. 387.

C. Dulong, *Anne d'Autriche*, cit., pág. 417.

Ibíd., pág. 419.

María Mancini

La vida como una novela

Citado en C. Dulong, *Marie Mancini*, cit., pág. 97.

Madame de La Fayette, *Histoire de Madame Henriette d'Angleterre*, en *Œuvres complètes*, Éditions François Bourin, París 1990, pág. 444.

Apologie, ou les véritables mémoires de madame la Connétable de Colonna Maria Mancini, écrits par Elle-même, J. Van Gelder, Leiden 1678; trad. italiana *I dispiaceri del Cardinale. Apologia, ovvero le autentiche memorie di Maria Mancini connestabile Colonna scritte da lei stessa*, edición a cargo de Daria Galateria, Sellerio, Palermo 1987, pág. 23.

Mémoires de Madame de Motteville, cit., vol. VI, pág. 144.

Madame de La Fayette, *Histoire de Madame Henriette d'Angleterre*, cit., pág. 440.

Mémoires de Madame de Motteville, cit., vol. VI, págs. 152-153.

Mémoires de l'abbé de Choisy. Mémoires pour servir à l'histoire de Louis XIV. Mémoires de l'abbé de Choisy habillé en femme, edición a cargo de Georges Mongrédien, Mercure de France, París 1979, pág. 55.

Jean Racine, *Bérénice*, acto IV, escena V, v. 1154.

Ibíd., acto V, escena VII, vv. 1346-1347.

Madame de La Fayette, *Histoire de Madame Henriette d'Angleterre*, cit., pág. 444.

Citado en C. Dulong, *Marie Mancini*, cit., págs. 62-63.

Ibíd., pág. 64.

Madame de La Fayette, *Histoire de Madame Henriette d'Angleterre*, cit., pág. 445.

Apologie, ou les véritables mémoires de madame la Connétable de Colonna Maria Mancini, cit.; trad. italiana cit., pág. 32.

C. Dulong, *Marie Mancini*, cit., pág. 332.

María Teresa de Austria

Una reina en la sombra

Mémoires de Madame de Motteville, cit., vol. VI, págs. 201-204.

Madame de La Fayette, *Histoire de Madame Henriette d'Angleterre*, cit., pág. 441.

Mémoires de Madame de Motteville, cit., vol. VI, págs. 216-217.

Ibíd., págs. 217-218.

Ibíd., pág. 341.

Louise de La Vallière

«Aquella pequeña violeta que
se escondía entre la hierba»

Hilarion de Coste, *Les Éloges et les Vies des Reynes, des Princesses, et des Dames illustres en Piété, en Courage et en Doctrine, qui ont fleury de nostre temps et du temps de nos Pères*, 2 vols., S. Cramoisy, París 1630.

Pierre Le Moyne, *La Galerie des Femmes fortes*, A. De Sommaville et A. Courbé, París 1642 (dedicado a Ana de Austria).

Nicolas Caussin, *Le Reynes et Dames*, en *La Cour Sainte*, 2 vols., J. Du Bray, París 1647, vol. II, págs. 114-308.

Jacques Du Bosc, *La Femme héroïque, ou les Heroïnes comparées avec les Héros en toute sorte de vertus*, 2 vols., A. De Sommaville et A. Courbé, París 1645 (dedicado a Ana de Austria).

Georges de Scudéry, *Les Femmes Illustres ou les Harangues héroïques*, A. De Sommaville et A. Courbé, París 1642.

François Du Soucy de Gerzan, *La Science des Sages et le Triomphe des Dames, du sieur de Gerzan*, Quinet, París 1647.

Citado en J.-C. Petitfils, *Louise de La Vallière*, cit., págs. 127-128.

Jean Cocteau, *Reines de la France*, Grasset, París 1952, pág. 83.

Mémoires de l'abbé de Choisy, cit., pág. 85.

J.-C. Petitfils, *Louise de La Vallière*, cit., pág. 34.

Mémoires de l'abbé de Choisy, cit., pág. 219.

Ibíd., pág. 188.

Madame de La Fayette, *Histoire de Madame Henriette d'Angleterre*, cit., pág. 449.

Ibíd., pág. 448.

Mémoires de Madame de Motteville, cit., vol. IV, págs. 256.

Ibíd., pág. 258.

Madame de La Fayette, *Histoire de Madame Henriette d'Angleterre*, cit., pág. 452.

Mémoires de l'abbé de Choisy, cit., pág. 188.

Citado en J.-C. Petitfils, *Louise de La Vallière*, cit., pág. 142.

Relatione et osservationi di Francia fatta dal Cardinale Chigi Legato, c. 472, Codice Barberiniano Latini 5259, Biblioteca Apostolica Vaticana, Roma.

Mémoires de Madame de Motteville, cit., vol. IV, págs. 350.

Ibíd., pág. 351.

Ibíd., pág. 366.

Ibíd., pág. 430.

Ibíd., pág. 405.

Ibíd., pág. 420.

Ibíd., pág. 422.

Ibíd., pág. 444.

Mémoires de l'abbé de Choisy, cit., pág. 85.

Madame de La Fayette, *Histoire de Madame Henriette d'Angleterre*, cit. pág. 462.

Souvenirs de Madame de Caylus, edición a cargo de Bernard Noël, Mercure de France, 1.^a ed., 1965; París 2003, pág. 36.

Citado en J.-C. Petitfils, *Louise de La Vallière*, cit., págs. 196-197.

Souvenirs de Madame de Caylus, cit., pág. 36.

Publicadas varias veces y sometidas a numerosos retoques, las *Prières et réflexions sur la Miséricorde de Dieu et sur notre misère après une grande maladie* hallaron, entre finales del siglo XVII y principios del XVIII, un notable éxito. La mejor edición, basada en un manuscrito anterior al de la primera edición de 1680, se hizo a cargo de Ferdinand Daulnoy en las ediciones Art Catholique, París 1928.

Ahora imposible de encontrar, el texto aparece reproducido como apéndice a la bibliografía de J.-C. Petitfils.

J.-C. Petitfils, *Louise de La Vallière*, cit., pág. 323.

Ibíd., pág. 324.

Ibíd., pág. 338.

Charlotte-Élizabeth de Bavière, duchesse d'Orléans, *Correspondance complète de Madame, duchesse d'Orléans, née Princesse Palatina, mère du Régent*, nueva traducción de M. G. Brunet, con una nota histórica, biográfica y literaria del traductor, 2 vols., Fasquelle, París 1904, vol. II, pág. 120.

Madame de Sévigné a Madame de Grignan, 12 de febrero de 1671, en *Correspondance*, edición a cargo de Roger Duchêne, 3 vols., Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, París 1972, vol. I, págs. 157-158.

Lettres de Madame de La Vallière à Monsieur le Maréchal de Bellefonds, en J. Lair, *Louise de La Vallière et la jeunesse de Louis XIV*, cit., pág. 355, nota 1.

11 de enero de 1674, ibíd., pág. 358.

8 de febrero de 1674, ibíd., pág. 361.

Souvenirs de Madame de Caylus, cit., pág. 36.

Bossuet a Bellefonds, 8 de abril de 1674, en *Correspondance de Bossuet*, nueva edición aumentada a cargo de C. Urbain y E. Levesque, 15 vols., Hachette, París 1909-1929 (Kraus Reprint LTD, Vaduz 1965), vol. I, pág. 315.

Madame de Sévigné a Madame de Grignan, 1 de septiembre [de 1680], en *Correspondance*, cit., vol. II, pág. 1066.

Madame de Sévigné a Guitaut, 27 de abril de 1674, ibíd., vol. I, pág. 695.

Citado en J.-C. Petitfils, *Louise de La Vallière*, cit., pág. 285.

De la carta circular enviada al morir Louise de La Vallière por la priora del convento de la rue Saint-Jacques a los demás Carmelos de Francia, citada ibíd., pág. 315.

Athénaïs de Montespan

Una belleza triunfante

Souvenirs de Madame de Caylus, cit., pág. 54.

Giovan Battista Primi Visconti, *Mémoires sur la cour de Louis XIV (1673-1681)*, edición a cargo de Jean-François Solnon, Librairie Académique Perrin, París 1988, pág. 16.

Souvenirs de Madame de Caylus, cit., pág. 59.

Louis de Rouvroy Saint-Simon, *Mémoires (1691-1701). Additions au journal de Dangeau*, edición a cargo de Yves Coirault, 8 vols., Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, París 1982-1987, vol. II, pág. 972.

Mademoiselle de Montpensier, *Mémoires*, 2 vols., Librairie Fontaine Éditeur, París 1985, vol. II, pág. 223.

Souvenirs de Madame de Caylus, cit., pág. 39.

Ibíd., pág. 43.

Ibíd., pág. 39.

Mademoiselle de Montpensier, *Mémoires*, cit., vol. II, pág. 229.

Citado en L. Hilton, *Athénaïs, the Real Queen of France*, cit., pág. 53.

Citado en J.-C. Petitfils, *Madame de Montespan*, cit., pág. 39.

Citado ibíd., pág. 43.

Saint-Simon, *Mémoires*, cit., vol. V, págs. 527-528.

Souvenirs de Madame de Caylus, cit., pág. 61.

Madame de Sévigné a Madame de Grignan, 29 de julio de 1676, en *Correspondance*, cit., vol. II, pág. 352.

Souvenirs de Madame de Caylus, cit., pág. 49.

Véase G. Truc, *Madame de Montespan*, cit.

S. Bertiére, *Les Femmes du Roi-Soleil*, cit., pág. 208.

Madame de Sévigné a Madame de Grignan, 7 de agosto de 1675, en *Correspondance*, cit., vol. II, pág. 38.

Madame de Sévigné a Madame de Grignan, 18 de noviembre de 1676, ibíd., pág. 449.

S. Bertiére, *Les Femmes du Roi-Soleil*, cit., págs. 205-206.

Marqués de San Maurizio, *Lettres sur la cour de Louis XIV, 1667-1670*, cit. ibíd., pág. 201.

Souvenirs de Madame de Caylus, cit., pág. 39.

Primi Visconti, *Mémoires sur la cour de Louis XIV*, cit., pág. 135.

Saint-Simon, *Mémoires*, cit., vol. V, pág. 537.

Mémoires de Madame de Motteville, cit., vol. I, pág. 100.

Citado en R. Duchêne, *Être femme en temps de Louis XIV*, cit., pág. 245.

Primi Visconti, *Mémoires sur la cour de Louis XIV*, cit., pág. 65.

Georges Minois, *Le confesseur du roi. Les directeurs de conscience sous la monarchie française*, Fayard, París 1988, págs. 400-401.

Citado en J.-C. Petitfils, *Madame de Montespan*, cit., pág. 123.

Correspondance de Bossuet, cit., págs. 350-351.

Madame de Sévigné a Madame de Grignan, 29 de abril de 1676, en *Correspondance*, cit., vol. II, pág. 278.

Souvenirs de Madame de Caylus, cit., pág. 44.

Madame de Sévigné a Madame de Grignan, 29 de julio de 1676, en *Correspondance*, cit., vol. II, pág. 352.

Madame de Sévigné a Madame de Grignan, 7 de agosto de 1676, ibíd., pág. 362.

Citado en J.-C. Petitfils, *Madame de Montespan*, cit., pág. 138.

Primi Visconti, *Mémoires sur la cour de Louis XIV*, cit., pág. 117.
 Ibíd., pág. 115.
 Ibíd., pág. 106.
 Citado en S. Bertiére, *Les Femmes du Roi-Soleil*, cit., pág. 214.
 Madame de Sévigné a Madame de Grignan, 11 de junio de 1677, en *Correspondance*, cit., vol. II, pág. 462.
 Saint-Simon, *Mémoires*, cit., vol. V, pág. 546.
 Bussy-Rabutin, citado en J.-C. Petitfils, *Madame de Montespan*, cit., pág. 165.
 Primi Visconti, *Mémoires sur la cour de Louis XIV*, cit., pág. 121.
 Ibíd., pág. 118.
 Madame de Sévigné a Madame de Grignan, 1 de septiembre de 1680, en *Correspondance*, cit., vol. II, pág. 1066.

El asunto de los venenos

Madame de Sévigné a Madame de Grignan, 17 de julio de 1676, ibíd., pág. 342.
Mémoires de l'abbé de Choisy, cit., pág. 145.
 Ibíd., pág. 146.
 J.-C. Petitfils, *Madame de Montespan*, cit., págs. 226-227.
 J.-C. Petitfils, *L'Affaire des Poisons*, cit.

Madame de Maintenon

La institutriz de Francia

Théophile Lavallée, «Des lettres de Mme de Maintenon, publiées par La Beaumelle. Étude littéraire servant de préface», en *Correspondance générale de Madame de Maintenon*, publiée pour la première fois par Théophile Lavallée, 5 vols., Charpentier, París 1865-1866, vol. I, pág. II.

«Instruction aux demoiselles de deux grandes classes» (1707), en Madame de Maintenon, «*Comment la sagesse vient aux filles*». *Propos d'éducation choisis et présentés par Pierre E. Leroy et Marcel Loyau*, Bartillant, París 1998, pág. 39.

Paul Scarron, «Au Lecteur qui ne m'a jamais vu», en *La Relation véritable de tout ce qui s'est passé en l'autre monde au combat des Parques et des poètes, sur la mort de Voiture, et autres pièces burlesques, par Mr Scarron*, chez Toussaint Quinet, París 1648, págs. 360-361.

Citado en J.-P. Desprat, *Madame de Maintenon*, cit., pág. 59.

«Entretien particulier avec Mme de Glapion» (1707), en Madame de Maintenon, «*Comment la sagesse vient aux filles*», cit., pág. 38.

Citado en J.-P. Desprat, *Madame de Maintenon*, cit., pág. 82.

Carta LXI del caballero de Méré a la duquesa de Lesdiguières (1656?), en Antoine Gombaud, Chevalier de Méré, *Lettres de Monsieur le chevalier de Méré*, 2 vols., D. Thierry y C. Barbin, París 1682, vol. I, págs. 288-289.

Paul Scarron, *Poésies diverses*, edición a cargo de Maurice Cauchie, M. Didier, París 1962, vol. II, pág. 273.

René de Saint-Léger de Boisrond, *Mémoires*, citado en J.-P. Desprat, *Madame de Maintenon*, cit., pág. 101.

Ninon de Lenclos a Saint-Évremond, sin fecha, en Saint-Évremond, *Lettres*, edición a cargo de René Ternois, 2 vols., Didier, París 1968, vol. II, pág. 260.

«Entretien particulier avec Mme de Glapion» (1707), en Madame de Maintenon, *Comment la sagesse vient aux filles*, cit., pág. 38.

Madame de Sévigné a Madame de Grignan, 13 de enero [1672], en *Correspondance*, cit., vol. I, pág. 414.

Madame de Sévigné a Madame de Grignan, 9 de marzo [1672], ibíd., pág. 456.

Citado en J.-P. Desprat, *Madame de Maintenon*, cit., pág. 125.

Souvenirs de Madame de Caylus, cit., pág. 48.

Mémoires de Monsieur de La Porte, cit., pág. 262.

Souvenirs de Madame de Caylus, cit., pág. 40.

Carta del 27 de agosto de 1660, en Madame de Maintenon, *Lettres*, edición a cargo de Marcel Langlois (ed. en 5 vols. de la cual no salió nunca el I), Letouzé et Ané, París 1935-1939, vol. II, pág. 18.

J.-P. Desprat, *Madame de Maintenon*, cit., pág. 141.

Madame de Sévigné a Madame de Grignan, 7 de agosto de 1675, en *Correspondance*, cit., vol. II, pág. 39.

Madame de Sévigné a Madame de Grignan, 6 de abril de 1680, ibíd., pág. 899.

Souvenirs de Madame de Caylus, cit., pág. 85.

Ibíd., págs. 89-90.

Mémoires de l'abbé de Choisy, cit., pág. 172.

Citado en J.-P. Desprat, *Madame de Maintenon*, cit., pág. 213.

Citado ibíd., pág. 221.

Jean Racine, *Esther*, acto I, escena III, vv. 208-212.

Madame de Maintenon a Monsieur d'Aubigné, 16 de julio de 1684, en Madame de Maintenon, *Lettres*, cit., vol. III, pág. 63.

Madame de Sévigné a Bussy-Rabutin, 28 de octubre de 1685, en *Correspondance*, cit., vol. III, pág. 239.

Madame de Maintenon a Monsieur d'Aubigné, 27 de septiembre de 1672, en Madame de Maintenon, *Lettres*, cit., vol. II, pág. 65.

Madame de Maintenon a Monsieur de Villette, 5 de abril de 1681, ibíd., pág. 364.

Souvenirs de Madame de Caylus, cit., pág. 32.

Ibíd., pág. 31.

Ibíd., pág. 33.

Saint-Simon, *Mémoires*, cit., vol. V, pág. 549.

Pierre-E. Leroy, introducción a Madame de Maintenon, «*Comment la sagesse vient aux filles*», cit., pág. 21.

Madame de Maintenon, «Conversation sur la faveur», en *Portraits, Souvenirs*, ibíd., pág. 59.

«Últimes paroles du Roi et entretien avec le Régent», en Madame de Maintenon, Mme de Caylus et Mme de Dangeau, *L'estime et la tendresse. Correspondances intimes réunies et présentées par Pierre-E. Leroy et Marcel Loyau*, Albin Michel, París 1998, pág. 218.

S. Bertièrre, «La fin d'un vieux couple», en *Les femmes du Roi-Soleil*, cit., pág. 480.

María Leszczyńska

La reina polaca

Edmond-Jean-François Barbier, *Chronique de la Régence et du Règne de Louis XV (1718-1763), ou Journal de Barbier*, 1ère éd. complète, conforme au manuscrit autographe de l'auteur (1718-1726), 8 vols., Charpentier, París 1857-1866, vol. I, pág. 390.

Véase M. Antoine, *Louis XV*, cit., pág. 26.

Citado en S. Bertièrre, *La Reine et la favorite*, cit., pág. 129.

Journal de Barbier, cit., vol. I, pág. 407.

Ibíd., pág. 408.

Ibíd., pág. 409.

Citado en S. Bertièrre, *La Reine et la favorite*, cit., pág. 138.

Journal de Barbier, cit., vol. I, pág. 409.

Pierre-Édouard Lemontey, *Histoire de la Régence et de la minorité de Louis XV jusqu'au ministère du Cardinal de Fleury*, 2 vols., Paulin, París 1832, vol. II, pág. 261.

Citado en M. Antoine, *Louis XV*, cit., pág. 14.

Ibíd., pág. 29.

Ibíd., pág. 434.

Roberto Calasso, *La rovina di Kasch*, Adelphi, Milán 1983, pág. 374.

M. Antoine, *Louis XV*, cit., pág. 142.

Citado ibíd., pág. 437.

Ibíd., pág. 411.

Journal de Mathieu Marais, febrero de 1721, citado en S. Bertièrre, *La Reine et la favorite*, cit., pág. 98.

Journal et Mémoires du marquis d'Argenson, edición a cargo de E.-J.-B. Rathery, 9 vols., chez la veuve de J. Renouard, París 1859-1867 (Johnson Reprint Corporation, Nueva York-Londres 1968), vol. IV, pág. 168.

Ibid., vol. I, pág. 265.

Charles-Philippe d'Albert, duc de Luynes, *Mémoires sur la cour de Louis XV, 1735-1758*, 17 vols., publiés sous le patronage de M. le duc de Luynes par MM. L. Dussieux et E. Souillie, París 1860-1865, lunes 8 de diciembre de 1749, vol. X, pág. 170.

Las hermanas Mailly-Nesle Amores en familia

Journal et Mémoires du marquis d'Argenson, cit., vol. I, pág. 220.

E. y J. de Goncourt, *La duchesse de Châteauroux*, cit., págs. 79-80.

Journal et Mémoires du marquis d'Argenson, cit., vol. I, págs. 230-231.

Emmanuel de Croÿ, *Journal de cour*, edición a cargo de Laurent Sortais, 3 vols., Paléo, Clermont-Ferrand, 2004, vol. I, pág. 70.

E. y J. de Goncourt, *La duchesse de Châteauroux*, cit., pág. 110.

Citado en Pierre de Nolhac, *Louis XV et Marie Leczinska*, cit., pág. 234.

Citado en M. Antoine, *Louis XV*, cit., pág. 301.

E. y J. de Goncourt, *La duchesse de Châteauroux*, cit., pág. 141.

Luynes, *Mémoires*, cit., viernes 25 de agosto de 1741, vol. III, pág. 458.

Ibid., martes 3 de octubre de 1741, vol. VI, pág. 2.

Madame de Brancas, *Histoire de Madame de Châteauroux. Tiré des Mémoires de Madame de Brancas*, Le Cabinet des lettrés, Gallimard, París 2005, págs. 38-39.

Para un retrato del duque de Richelieu, remito a Benedetta Craveri, «Fatti della vita del maresciallo di Richelieu», en *Vita privata del maresciallo di Richelieu*, Adelphi, Milán 1989, págs. 167-202.

Mémoires du président Hénault, nueva ed. a cargo de François Rousseau, Hachette, París 1911, pág. 124.

Madame de Brancas, *Histoire de Madame de Châteauroux*, cit., págs. 59-60.

Luynes, *Mémoires*, vol. IV, cit. en E. y J. de Goncourt, *La duchesse de Châteauroux*, cit., pág. 198.

Journal et Mémoires du marquis d'Argenson, cit., vol. IV, pág. 43.

Madame de Brancas, *Histoire de Madame de Châteauroux*, cit., pág. 62.

Barthélemy-François-Joseph Mouffle d'Argerville, *Vie privée de Louis XV ou Principaux événements, particularités et anecdotes de son règne (anno 1742)*, 4 vols., chez John Peter Lyton, à Londres, 1781, vol. II, págs. 128-129.

Citado en E. y J. de Goncourt, *La duchesse de Châteauroux*, cit., pág. 363.

Carta de Madame de Châteauroux al duque de Richelieu, en *Mémoires de la duchesse de Brancas, suivis de la correspondance de Mme de Châteauroux*, edición a cargo de Eugène Asse, Librairie des bibliophiles, París 1890, págs. 91-92.

Citado en E. y J. de Goncourt, *La duchesse de Châteauroux*, cit., pág. 225.

Emmanuel de Croÿ, *Journal de cour*, cit., vol. I, pág. 45.

Véase Benedetta Craveri, «Madame de Tencin: la aventurera de la Ilustración», en *La cultura de la conversación*, traducción de César Palma, Siruela, Madrid 2003, págs. 339-357.

Citado en S. Bertiére, *La Reine et la favorite*, cit., pág. 208.

Carta de Madame de Tencin al duque de Richelieu, 22 de junio de 1743, en *Vie privée du maréchal de Richelieu, contenant ses amours et ses intrigues; Et tout ce qui a rapport aux divers Rôles qu'a joués cet Homme célèbre pendant plus de quatre-vingt ans*, 3 vols., chez Buisson Librairie, París 1791, vol. II, pág. 413.

Carta de Federico II de Prusia de 12 de mayo de 1744, citada en E. y J. de Goncourt, *La duchesse de Châteauroux*, cit., págs. 287-288.

Citado ibíd., pág. 321.

Luynes, *Mémoires*, cit., miércoles 26 de agosto de 1744, vol. IV, pág. 48.

Madame de La Ferté-Imbault, *Anecdotes du Règne de Louis XV*, Archives Nationales de France, Fonds d'Étampes, Valençay et Geoffrin, 508 ap, 27, pág. 31. Madame de La Ferté-Imbault refiere el episodio basándose en las informaciones de la duquesa de Luynes, amiga íntima de la reina.

Carta de la duquesa de Châteauroux al duque de Richelieu en *Mémoires de la duchesse de Brancas*, cit., pág. 164.

Madame de Brancas, *Histoire de Madame de Châteauroux*, cit., pág. 88.

La marquesa de Pompadour

Una burguesa en el poder

Jean-Nicolas Dufort de Cheverney, *Mémoires*, edición a cargo de Jean-Pierre Guicciardi, Perrin, París 1990, pág. 97.

Giacomo Casanova, *Storia della mia vita*, introducción de Piero Chiara, edición a cargo de Piero Chiara y de Federico Roncoroni, 3 vols., I Meridiani, Mondadori, Milán 1983, vol. I, pág. 766. [*Historia de mi vida*, 3 vols., traducción de Luis Romano Haces y Luis Ogg, Libros y Publicaciones Periódicas, Barcelona 1984.]

Cartas persas, carta XLVIII.

Le président Hénault à Madame du Deffand, 18 de julio [1742], en *Correspondance complète de la Marquise du Deffand avec ses amis*, par M. de Lescure, 2 vols., Plon, París 1865 (Slatkine Reprints, Ginebra 1971), vol. I, pág. 70.

Luynes, *Mémoires*, cit., miércoles 10 de marzo de 1745, vol. VI, pág. 354.

Ibíd., martes 27 de abril de 1745, pág. 423.

«*Quand César / Ce héros charmant, / De qui Rome était idolâtre, / Battait le Belge ou l'Allemand, / On en faisait son compliment / À la divine Cléopâtre. / Ce héros des amants ainsi que des guerriers / Unissait le myrte aux lauriers; / Mais l'if est aujourd'hui l'arbre que je révère...*» [«Cuando César, / aquel héroe encantador / del que Roma era idólatra, / vencía al belga o al alemán, / se daba la enhorabuena / a la divina Cleopatra. / Aquel héroe de los amantes al igual que de los guerreros / unía el mirto a los laureles; / pero el tejo es hoy el árbol que venero...»], Voltaire a Jeanne-Antoinette Poisson Lenormant d'Étiolles, marquesa de Pompadour (20 de mayo de 1745 *ca.*), en Voltaire, *Correspondance*, edición a cargo de Théodore Besterman, 13 vols., Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, París 1977-1993, vol. II, pág. 965.

Voltaire a la misma (mayo-junio de 1745), ibíd., pág. 970.

É. Lever, *Madame de Pompadour*, cit., pág. 64.

Citado en S. Bertiére, *La Reine et la favorite*, cit., pág. 285.

Lettres de M. de Marville, lieutenant général de police, au ministre Maurepas (1742-1747), edición a cargo de Arthur Michel de Boislisle, 3 vols., Champion, París 1896-1905, vol. II, pág. 209, cit. en Thomas E. Kaiser, «Madame de Pompadour and the Theaters of Power», en *French Historical Studies*, XIX, 4, otoño de 1966, pág. 1028.

Dufort de Cheverny, *Mémoires*, cit., pág. 331.

Emmanuel de Croÿ, *Journal de cour*, cit., vol. I, pág. 71.

Ibíd., pág. 171.

B. Hours, *Louis XVI et sa cour*, cit., pág. 278.

Journal et Mémoires du marquis d'Argenson, cit., vol. V, pág. 462.

«*Par vos façons nobles et franches, / Iris, vous enchantez nos cœurs; / Sur nos pas vous semez des fleurs; / Mais ces sont des fleurs blanches*» [«Por vuestras maneras nobles y francas, / Iris, encantáis nuestros corazones; / sobre nuestros pasos sembráis flores; / pero son flores blancas», citado ibíd., pág. 456.

T. E. Kaiser, «Madame de Pompadour and the Theaters of Power», cit., pág. 1032.

Jean-François Marmontel, *Mémoires*, edición a cargo de Jean-Pierre Guicciardi y Gilles Thierriat, Mercure de France, París 1999, pág. 173.

Citado en É. Lever, *Madame de Pompadour*, cit., pág. 227.

Citado ibíd., pág. 167.

Kevin L. Justus, «Gilded palace, gilded playpen: Louis XV' use of palatial space to control his rebellious children and their politics», en *Journal of Family History*, XXI, 4, octubre de 1966, pág. 474, citado en B. Hours, *Louis XVI et sa cour*, cit., pág. 103.

Ibíd., pág. 106.

- Journal et Mémoires du marquis d'Argenson*, cit., vol. VI, pág. 342.
- Emmanuel de Croÿ, *Journal de cour*, cit., vol. I, pág. 159.
- Ibíd., págs. 192-193.
- Ibíd., vol. II, pág. 49.
- Ibíd., pág. 48.
- Mémoires du duc de Choiseul*, edición a cargo de Jean-Pierre Guicciardi, nota de Philippe Bonnet, Mercure de France, París 1982, pág. 134.
- Dufort de Cheverney, *Mémoires*, cit., pág. 205.
- Mémoires du duc de Choiseul*, cit., pág. 140.
- Correspondance secrète entre le comte A.W. Kaunitz-Rietberg et le baron Ignaz de Koch, 1750-1752*, publiée par Hanns Schlitter, Plon-Nourrit, París 1899, carta del 7 de noviembre de 1750, pág. 22, citado en É. Lever, *Madame de Pompadour*, cit., pág. 248.
- M. Antoine, *Louis XV*, cit., pág. 675.
- Citado en Alfred Ritter von Arneth, *Geschichte von Maria Theresa's*, 10 vols., W. Braumüller, Viena, 1863-1879, citado en É. Lever, *Madame de Pompadour*, cit., pág. 255.
- Mémoires du duc de Choiseul*, cit., pág. 44.
- Souvenirs de Charles-Henri baron de Gleichen*, précédés d'une notice par M. Paul Grimblot, Léon Techener fils, París 1868, pág. 20.
- Journal et Mémoires du marquis d'Argenson*, cit., pág. 457.
- Mouffle d'Angerville, *Vie privée de Louis XV*, cit., vol. III, págs. 16-17.
- Louis-Gabriel Bourdon, *Le Parc au Cerf, ou l'origine de l'affreux déficit par un zélé patriote*, París 1790, citado en T. E. Kaiser, «Madame de Pompadour and the Theaters of Power», cit., pág. 1042.
- Citado en M. Antoine, *Louis XV*, cit., pág. 506.
- Casanova, *Storia della mia vita*, cit., vol. II, pág. 726.
- Mémoires de Madame du Hausset sur Louis XV et madame de Pompadour*, edición a cargo de Jean-Pierre Guicciardi, Mercure de France, París 1985, pág. 169.
- Ibíd., pág. 82.
- Dufort de Cheverny, *Mémoires*, cit., pág. 335.

Madame du Barry El ángel de los bajos fondos

- Journal du duc de Croÿ*, citado en M. Antoine, *Louis XV*, cit., pág. 886.
- Citado en J. de Saint-Victor, *Madame du Barry*, cit., pág. 69.
- Vie privée du Maréchal de Richelieu*, cit., vol. II, pág. 253.
- Citado en J. de Saint-Victor, *Madame du Barry*, cit., pág. 32.

Mouffle d'Angerville, *Vie privée de Louis XV*, cit., pág. 373.

Vie privée du Maréchal de Richelieu, cit., vol. II, pág. 257.

Madame du Deffand a Horace Walpole, 14 de enero de 1769, en *Correspondance complète de la Marquise du Deffand avec ses amis*, cit., vol. I, pág. 531.

Mémoires du duc de Choiseul, cit., pág. 198.

Robert Darnton, *The forbidden Best-Sellers of Pre-Revolutionary France*, Norton, Nueva York 1995; trad. italiana de Vittorio Beonio Brocchieri, *Libri proibiti. Pornografia, satira e utopia all'origine della Rivoluzione francese*, Mondadori, Milán 1997, pág. 164.

Ibíd., pág. 157.

Ibíd., pág. 168.

Mémoires du Prince de Talleyrand, avec un préface et notes par le duc de Broglie, 5 vols., Calmann-Lévy, París 1891-1892, vol. V, págs. 548-585.

Christian Baulez, «Le mobilier et les objets d'art de Madame du Barry», en AA.VV., *Madame du Barry, de Versailles à Louveciennes*, Flammarion, París 1992, pág. 51, citado en J. de Saint-Victor, *Madame du Barry*, cit., pág. 187.

Ibíd., pág. 192.

Carta de Voltaire a Madame du Deffand, 9 de mayo de 1764, en *Correspondance*, cit., vol. I, pág. 202.

G. Imbert, Métra et al., *Correspondance secrète politique et littéraire ou Mémoires pour servir à l'Histoire des Cours, des Sociétés et de la Littérature en France, depuis la mort de Louis XV*, 18 tomos en 9 vols., Adamson, Londres 1787-1790, vol. I, pág. 16.

J. de Saint-Victor, *Madame du Barry*, cit., pág. 221.

María Antonieta a la emperatriz María Teresa, 14 de mayo de 1774, en Marie-Antoinette, *Correspondance*, 2 vols., Paléo, Clermont-Ferrand 2004, vol. I, pág. 51.

Charles-Joseph de Ligne, *Fragments de l'histoire de ma vie*, edición a cargo de Jerom Vercruysse, 2 vols., Champion, París 2001-2002, vol. I, pág. 74.

Citado en S. Bertièrre, *Marie-Antoinette l'insoumise*, cit., pág. 265.

Sébastien-Roch-Nicolas de Chamfort, *Maximes et pensées. Caractères et anecdotes*, Gallimard, París 1970, pág. 208.

Citado en J. de Saint-Victor, *Madame du Barry*, cit., pág. 284.

Louise-Élizabeth Vigée Le Brun, *Souvenirs*, edición a cargo de Claudine Herrmann, 2 vols., Éditions Des femmes, París 1984, vol. I, pág. 127.

María Antonieta

La reina mártir

S. Bertièrre, *Marie-Antoinette l'insoumise*, cit., pág. 33.

Citado ibíd., pág. 168.

Ibíd., pág. 290.

Ibíd., pág. 292.

Loc. cit.

Citado ibíd., pág. 181.

Mémoires du comte Alexandre de Tilly pour servir à l'histoire des mœurs de la fin de XVIIIe siècle, edición a cargo de Christian Melchior-Bonnet, Mercure de France, París 1986, págs. 66-67.

J.-C. Petitfils, *Louis XVI*, cit., pág. 297.

Journal du Gouverneur Morris (1789 à 1792), ministre plénipotentiaire des États-Unis en France, edición a cargo de Anne Cary Morris, trad. francesa de E. Pariset, Mercure de France, París 2002, pág. 58.

Véase C. Thomas, *La Reine scélérate*, cit., pág. 91.

Ibíd., pág. 299.

María Antonieta al conde de Rosenberg, 17 de abril de 1775, en *Marie-Antoinette. Correspondance secrète entre Marie-Thérèse et le comte Mercy-Argenteau avec les lettres de Marie-Thérèse et de Marie-Antoinette*, 3 vols., Firmin-Didot, París 1874, vol. II, pág. 361.

Ibíd., pág. 404.

Citado en J.-C. Petitfils, *Louis XVI*, cit., pág. 303.

Ibíd., pág. 499.

Madame Campan, *Mémoires sur la vie de Marie-Antoinette, reine de France et de Navarre*, Firmin-Didot, París 1849, pág. 220.

Ibíd., pág. 161.

A. Fraser, *Marie-Antoinette*, cit., pág. 231.

Citado en S. Bertièrre, *Marie-Antoinette l'insoumise*, cit., pág. 669.

Carta del 16 de octubre de 1793 a Madame Élisabeth, en *Marie-Antoinette, Correspondance*, cit., vol. II, págs. 256-258.

1 «He aquí en verdad que Amor, una hermosa mañana / vino a ofrecerme una florecilla [expresión galante] muy linda / pues, mirad, la florecilla tan gentil / era un muchacho fresco, gallardo y jovencito. / Pero yo, temblorosa y apartando los ojos, / “Oh, no”, decía. “¡Ah! ¡No os engañéis” / respondió el Amor, y de improviso ante mi vista / presentó un laurel maravilloso. / “Mejor es”, le dije, “ser sabia que reina”. / Pero me sentí estremecer y temblar, / Diana flaqueó y comprendéis sin dificultad / de qué mañana pretendo hablar...»

2 «Ay, Dios mío, cómo lamento / el tiempo que he perdido en mi juventud: / cuántas veces he deseado / tener a Diana como mi única amante, / mas temía que ella, que es una diosa, / no quisiera rebajarse / a hacer caso de mí, que, sin eso, / no tenía placer, alegría ni contento / hasta la hora en que se decidió / que yo obedeciese a su mandato.»

3 «El joven león derrotará al viejo, / sobre el campo de batalla en singular combate, / en la jaula de oro le traspasará los ojos: / dos clases una, luego morir, muerte cruel».

4 «Antaño fue Gabriel a anunciar a la Virgen / que de ella nacería el Salvador del mundo; / hoy, sin embargo, a causa de una Gabrielle, el rey / a su propia salvación ha querido renunciar.»

5 «¡Casaos, por Dios, señor! Vuestro linaje es cierto: / ya que un poco de plomo y un poco de cera / legitiman a un hijo de puta.»

6 «¡Sois emperador, señor, y lloráis!» y «¡Me amáis, así al menos afirmáis; / y sin embargo marchó, y sois vos quien me lo ordenáis!».

7 Respectivamente la dama de honor y la dama *d'atour*, que era responsable del guardarropa de la reina.

8 Felipe de Orléans, segundo hijo de Ana de Austria.

9 Cualesquiera que sean las alegrías que la gloria nos ofrece, / cuando se está enamorado en grado sumo / morir entre los brazos de una bella persona / es, a mi juicio, la más dulce de las muertes.

10 «Antes de que el mar viniese al mundo / Rochechouart llevaba las olas.»

11 El grupo estaba compuesto por dos princesas, dos duquesas y dos marquesas o condesas.

12 Desde la época de Enrique IV los confesores pertenecían a la orden de los jesuitas.

13 La *chaise de commodité* era utilizada para las funciones corporales.

14 Françoise-Marie de Borbón, nacida el 7 de mayo de 1677, legitimada en 1681 con el título de Mademoiselle de Blois; se casó con Felipe, duque de Chartres, después duque de Orléans, el futuro regente; Louis-Alexandre de Borbón, nacido el 6 de junio de 1678, legitimado en 1681 con el título de conde de Toulouse y, desde 1703, duque de Penthièvre.

15 «Viandante, no hagas ruido: / cuida de no despertarlo, / porque ésta es la primera noche / que el pobre Scarron dormita.»

16 «Mas ¿qué digo? Vuestra vida, Esther, ¿es vuestra? / ¿No pertenece a Dios, de quien la habéis recibido? / ¿Y quién sabe, cuando al trono condujo vuestros pasos, / si no os guardaba para salvar a su pueblo?»

17 «La una casi ha caído en el olvido, la otra casi en el polvo, / la tercera está aún en pie; la cuarta espera / dejar sitio a la última. / Escoger una familia entera / ¿significa ser infiel o constante?»

18 «Sincera y tierna Pompadour, / ya que desde ahora puedo daros / un nombre que rima con *amour*, / y que pronto será el más bello nombre de Francia.»

19 «Por fin está en mi poder / el fatal enemigo, el soberbio vencedor...»

20 «Merecedor del suplicio de la rueda»: era Felipe de Orléans quien denominaba así a sus compañeros de juerga.

21 «Luis, si quieres ver / un bastardo, un cornudo y una puta, / mírate en el espejo / y mira a la reina y al delfín.»

Título original: *Amanti e regine. Il potere delle donne*

Edición en formato digital: febrero de 2015

© Adelphi Edizioni, S.p.A., Milán, 2005

© De la traducción, María Condor, 2006

© Ediciones Siruela, S. A., 2006, 2015

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16396-28-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com

Índice

El poder de las mujeres	6
Una italiana en la corte de Francia	13
Diana de Poitiers. La belleza como mito	16
Catalina de Médicis. Las razones de la política	25
La reina Margot. La corona perdida	40
Gabrielle d'Estrées. A un paso del trono	58
Una nueva reina florentina	70
María de Médicis. La pasión del poder	78
Ana de Austria. «Una seducción infinita»	88
María Mancini. La vida como una novela	104
María Teresa de Austria. Una reina en la sombra	111
Louise de La Vallière. «Aquella pequeña violeta que se escondía entre la hierba»	115
Athénaïs de Montespan. Una belleza triunfante	155
El asunto de los venenos	171
Madame de Maintenon. La institutriz de Francia	178
María Leszczyńska. La reina polaca	196
Las hermanas Mailly-Nesle. Amores en familia	205
La marquesa de Pompadour. Una burguesa en el poder	226
Madame du Barry. El ángel de los bajos fondos	248
María Antonieta. La reina mártir	261
Fuentes	280
Bibliografía	282
Notas	289
Notas	309
Créditos	310

